
MENSAJE DESDE LA ETERNIDAD



Marlo Morgan

Por la autora del best-séller mundial
Las voces del desierto

ESPIRITUALIDAD



Mensaje desde la eternidad

MARLO MORGAN



SÍGUENOS EN

megustaleer



[@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)



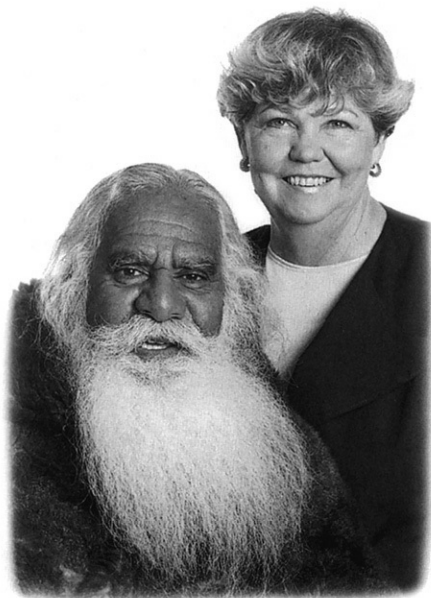
[@megustaleer](https://twitter.com/megustaleer)



[@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Burnum Burnum, anciano de la tribu wurundjeri.



Fotografía cedida por Don Kellogg

La piel morena de la muchacha resplandecía bajo el velo de sudor que bañaba su rostro y que, en forma de gotas, se precipitaba desde la barbilla temblorosa. Tenía dieciocho años y estaba a punto de dar a luz. Su cuerpo desnudo se abría en cuclillas sobre un manto de hierbas humeantes para permitir que la esencia emanada de los rescoldos la envolviera y penetrara en el conducto vaginal, favoreciendo así la dilatación. Se aferraba con ambas manos a la recia estaca de madera que había clavado en el suelo, de tal forma que sus brazos doloridos abrazaban la protuberancia del vientre. La respiración acelerada alivió por momentos la escalada del dolor. Era su primer parto, un acontecimiento no concebido para vivirlo en soledad.

Alzó la mirada y vio que el aire se estremecía en la reverberación causada por el sofocante calor del desierto. El espejismo ondulante se elevaba desde el marrón rojizo de la tierra hasta el azul polvoriento del cielo, desdibujando la línea que los separaba. El aire no había empezado a refrescar, aunque el sol había emprendido ya su diario descenso tras el horizonte. Las terribles punzadas en la espalda y en el vientre habían convertido en un suplicio cada paso en su camino hasta aquel lugar sagrado. La anhelada visión del árbol de los nacimientos sólo le produjo más dolor y desilusión, pues el árbol que buscaba había muerto. No quedaban hojas, ni sombra, ni señal alguna de vida en el gran cascarón gris cuyo interior habían devorado las insaciables hormigas blancas. Sólo los escarpados riscos que flanqueaban el lecho seco de un arroyo cercano proporcionaban una angosta línea de sombra. Las mujeres jóvenes siempre buscaban algún asidero para dar a luz, ya fuera la mano de otra mujer o el tronco de un árbol, pero la muchacha no contaba con ninguna de las dos cosas y había tenido que hundir en la tierra una rama seca. Cuando vio que el árbol de la familia había muerto, cuando vio aquella coraza hueca que había albergado un corazón y una línea de la vida, entendió que era su destino —o el designio de la Divina Unidad— vivir a solas aquel momento crucial de su existencia. Lo interpretó como un augurio de grandes pérdidas y se entristeció por la

desaparición del espíritu del árbol. La creencia de que la tierra es la escuela de las emociones era uno de los pilares de su fe. Su gente jamás ocultaba ni negaba los sentimientos. Eran consecuentes con su forma de sentir y habían aprendido a controlar las acciones que acompañaban sus estados de ánimo. Se sentía apenada no sólo porque aquel caparazón desnudo fuera lo único que quedaba del fiel amigo que le había brindado durante años su majestuosa sombra y su oxígeno, sino también por los oscuros presagios que encerraba aquella muerte.

Las contracciones se hicieron más intensas. Aquel espíritu privado de tótem que llevaba en el vientre se contorcía violentamente, resistiéndose a salir. Ella se apartó del humeante lecho de hierbas y cavó un pequeño hoyo en la arena tibia sobre el cual se puso en cuclillas, apoyando la espalda contra una roca. Mientras empujaba, le vino a la memoria el día, meses atrás, en que su marido y ella habían acordado dejar de masticar la hierba anticonceptiva que todas las parejas de su nación del desierto consumían hasta el momento en que se sintieran listos para asumir la responsabilidad de la llegada de un nuevo espíritu. Sólo entonces tomaban de mutuo acuerdo la decisión de concebir un hijo, es decir, de engendrar el cuerpo que habría de albergar un nuevo espíritu. Días antes, su marido había soñado con un extraño pájaro herido que tenía una sola ala y que no podía volar ni construir su nido. El pájaro aleteaba desesperadamente en el suelo hasta convertirse en un borrón, una imagen difusa. Era un sueño confuso, así que la esposa se internó a solas en la árida naturaleza en busca de alguna señal aclaratoria. Regresó sin que ningún animal especial ni ningún reptil se cruzara en su camino, por lo que decidieron entonces recurrir al consejo de los más ancianos y sabios de la tribu. Éstos les informaron de que un espíritu de la eternidad se había comunicado con ellos a través del sueño para pedirles que se convirtieran en sus padres. Como de costumbre, primero el espíritu nonato formulaba su pedido, y sólo después venía el acto de la concepción. El pueblo tribal al que pertenecía la muchacha vivía muy pendiente de los deseos, mensajes y niveles de conciencia de los espíritus nonatos. Ella se había dirigido al lugar sagrado de su familia porque su cultura concedía gran importancia al sitio en que uno llega al mundo. El lugar de nacimiento viene determinado por los pasos de la madre, y el nonato no ejerce ningún tipo de control sobre su elección. El niño, a su vez, manifiesta su primera señal de vida mediante un movimiento que la madre no puede controlar. El lugar donde la madre siente la primera patada de su hijo es un factor de gran importancia, pues determina la elección del tótem y la canción de su hijo. El emplazamiento de las estrellas en ese momento señala la personalidad del nuevo miembro de la tribu.

El primer movimiento de su hijo no había sido un suave estremecimiento, sino una violenta sacudida que había empezado meses atrás y se había prolongado hasta aquel momento. Todo el abdomen de la joven se desplazaba de un lado al otro y de arriba abajo, algo que las demás mujeres y los curanderos de la tribu consideraban anormal. Su

complexión menuda evidenciaba aún más el tamaño desmedido de aquella protuberancia que nunca parecía hallar reposo. Según habían constatado varios observadores, el ser que albergaba en su vientre se debatía por salir antes de tiempo o bien para exigir un espacio muy superior a la capacidad elástica de la piel de la madre. Durante los meses anteriores, la joven había buscado consejo. Aún no había adquirido pericia en la interpretación de los mensajes de las estrellas, pero poco a poco iba aprendiendo. A menudo, durante los momentos de mayor convulsión en el interior de su cuerpo, solía mirar al cielo para estudiar la configuración de los astros, pero al hacerlo se sentía aturdida. Se le empañaba la vista y, en lugar de un mapa estelar claramente trazado, sólo acertaba a distinguir grandes borrones luminosos. Si no apartaba la mirada de la bóveda celeste, se mareaba y se sentía al borde del desfallecimiento. Todo lo relacionado con aquel niño resultaba brusco, imprevisible y confuso.

El último año había sido para su pueblo el más difícil que se recordaba en muchas generaciones, tanto en el plano físico como espiritual. Tras años de viaje, los exploradores de la tribu regresaban portando en sus varas mensajeras la noticia de que unos forasteros de piel tan blanca como los fantasmas estaban matando y secuestrando tribus enteras. Aquel mismo año, varias comunidades vecinas —y, más recientemente, su propia tribu— habían sido secuestradas y confinadas entre vallas y muros.

El dolor la golpeó de nuevo. Aunque concentraba todas sus energías en exhalar cortas bocanadas de aire con el fin de soportar mejor las contracciones, un pensamiento se abrió camino en su mente: «Bienvenido seas, pequeño. Vamos, no tengas miedo. Hoy es un buen día para nacer.» Tras algunos jadeos más y un profundo gruñido, asomó por fin el cuerpo perfectamente formado de una niña en cuyo rostro destacaba la característica nariz ancha de sus antepasados.

La madre tomó en sus brazos el cuerpo escurridizo de la recién nacida. Sosteniéndola ante sí, miró directamente a los ojos negros de la niña silenciosa y proclamó: «Has de saber que te amamos y te apoyamos en este viaje. Te hablo desde la parte recóndita de mis ojos, desde la eternidad que hay en mí, a la parte recóndita de tus ojos.» Luego, sostuvo a la recién nacida con el brazo derecho mientras, con la mano izquierda, cogía un puñado de arena tibia y frotaba su diminuto cuerpo. A medida que retiraba la capa de fina arena, iba desapareciendo el manto de mucosidad y materia sanguinolenta que recubría el cuerpo de su hija para dejar al descubierto una piel tersa y suave. La niña empezó a moverse. Sin interrumpir la operación de limpieza, la madre inspeccionó el fruto de su vientre: primero la cabeza, redonda y lampiña, lo bastante grande para albergar un espíritu pacífico y los conocimientos que habría de adquirir; luego, las suaves prominencias del pecho y el estómago, destinadas a alojar un corazón cálido y un buen apetito. Tenía piernas de corredor, largas y con dedos anchos, y diminutas manos que se movían vigorosamente en su recién estrenada libertad. Su cuerpo era perfecto. Ningún

defecto físico iba a entorpecer aquella nueva vida.

La muchacha unió sus labios a los minúsculos labios de la niña y le envió un pensamiento: «Mezclo mi aire con el aire de toda la vida para que penetre en tu cuerpo. Nunca estarás sola, pues formas parte de la Sagrada Unidad de todos los seres.» Mientras la acariciaba suavemente y limpiaba la mucosidad de sus ojos y vías respiratorias, la joven madre prosiguió: «Esta noche dormirás sobre las sepulturas de tus antepasados, y algún día caminarás sobre ellas. Los alimentos que recibirás han germinado entre los huesos y la sangre de los abuelos de nuestros abuelos.» Luego, mientras contemplaba los genitales de su hija, pensó: «Espíritu de la eternidad, has venido a vivir una experiencia madre-hija. Me honra que me hayas elegido.»

El bebé emitió suaves gorjeos, como si deseara estrenar sus cuerdas vocales. La madre siguió friccionando la piel de aquella ínfima forma de vida, estimulando así su sistema nervioso, hasta que hubo eliminado todo rastro de suciedad. Luego, echó mano de un cuenco de madera que solía utilizar para recolectar alimentos y depositó en él a la niña. A continuación, abrió en la arena una cavidad en la que colocó la improvisada cuna, procurando que los pies de la recién nacida quedaran más elevados que la cabeza.

Llegados a este punto, la muchacha necesitó recurrir de nuevo a la respiración acelerada para expulsar los restos del contenido de su útero. Sin embargo, en lugar de las esperadas vísceras, observó con asombro que de su vientre brotaba una cabeza, luego dos brazos y finalmente un par de piernas. Era otro bebé, un poco más grande que el primero, un niño. «¿Y tú de dónde has salido?», pensó para sus adentros aunque, en voz alta, como si estuviera automáticamente programada, repitió el ancestral saludo que desde el inicio de los tiempos había sido el primer sonido que escuchaban todos los miembros de la tribu. «Bienvenido seas. Has de saber que te amamos y te apoyamos en este viaje.» Luego, introdujo aire en la boca del segundo recién nacido y lo frotó enérgicamente con arena. En el rostro de la muchacha, espejo de sus emociones, la sonrisa se alternaba con una expresión de perplejidad. Dos bebés en un mismo parto no era algo común entre su gente. Mientras seguía restregando la arena tibia sobre la piel del hijo inesperado, éste irguió la cabeza con excepcional fuerza y determinación. Al igual que su hermana, no presentaba ningún defecto físico. El pequeño varón extendió los brazos y las piernas, y luego sacudió los pies, cual crisálida que celebrara su gloriosa transformación en bella forma alada. Se regocijaba en la dicha de no encontrar restricción alguna a sus movimientos. Era obvio que la conmoción abdominal previa al parto había sido instigada por aquel pequeño diablillo y no por su hermana.

La joven madre abrió una bolsa que normalmente llevaba atada alrededor de la cintura pero que en aquella ocasión había dejado en el suelo, al alcance de la mano, y extrajo de su interior una trenza de cabello negro. Tras separar la conexión vital con los dientes, empleó la trenza para anudar el cordón umbilical de la niña, dejando una sección larga

que acabaría por secar, caer y convertirse en moneda de trueque. «El pelo del pueblo de tu padre te libera del cordón del pueblo de tu madre. A partir de este momento, hija mía, compartes vida, identidad y destino con toda nuestra tribu.»

Luego, se volvió hacia el niño y añadió: «¿Por qué, después de haberle entregado el corazón a mi primer hijo, llegas tú, a la zaga, sin haber elegido una senda y un tiempo propios, sino tras los pasos de otro? Es algo que no comprendo. ¿Por qué has decidido venir a través de mí? Tu elección me honra, pero no la entiendo. Eres el más grande, y sin embargo llegas como si el tiempo, el lugar y las circunstancias no significaran nada, como si sólo contara el hecho de llegar. Sigues moviéndote como si necesitaras confirmar que estás aquí realmente. Tu espíritu ha llegado en esta experiencia humana y me honra que así sea, pero no alcanzo a entenderlo. Jamás he oído hablar del nacimiento de dos bebés en un mismo parto. No he venido preparada para celebrar otra ceremonia. Tendré que utilizar una parte de mi bolsa, que está hecha con el cabello de muchas personas y con partes de animales. Es más grande, fuerte y recia. Quizá sea la mejor manera de separarte de mi vientre y prepararte para el mundo. Puesto que has llegado de una forma tan extraña, seguramente querrás o necesitarás más de todo en la vida.»

De pronto, pensó en el primero de los grandes problemas que planteaba aquella atípica situación: los nombres. Todos sus planes al respecto habían quedado desbaratados. Necesitaría consejo para saber qué hacer, pero no quedaba nadie a quien recurrir. Sin embargo, sus cuitas no tardaron en pasar a un segundo plano, pues el proceso del parto aún no había concluido.

Cuando su cuerpo expulsó los residuos finales, los enterró, tal como su pueblo había aprendido de todas las madres animales. Por el bien del recién nacido, todas las señales y olores debían ser eliminados. Luego, se acostó junto a sus hijos. Mientras contemplaba al niño, pensó: «Espero que hayas elegido con acierto, pues tu presencia puede resultar molesta para muchos.» Algunos instantes después, la exhausta madre dormía mientras la primogénita succionaba de su pecho el fluido de la vida. El sol se ocultó, sumergiendo el cielo en la oscuridad. Aquella iba a ser la primera y la última noche que madre e hijos pasarían juntos.

Por la mañana, mientras el firmamento se irisaba con los primeros atisbos de luz, la muchacha tomó los bebés en sus brazos, miró hacia el este y dijo: «Caminamos hoy para honrar el propósito de la existencia de todos los seres. Estamos dispuestos a vivir cualquier experiencia en nombre del bien supremo.» Tras recitar la plegaria matutina, echó a caminar hacia el lugar del que acababa de escapar. No tenía otro sitio adonde ir. Su nación había sido aniquilada, su marido asesinado, y tenía dos bebés a los que debía cuidar. Se sentía agotada. No llevaba más atuendo que un desgastado harapo ceñido al cuerpo con una cinta hecha de pelo, y cargaba una bolsa de piel de canguro atada a la

cintura. Mientras caminaba, sintió cómo sus senos se llenaban y amamantó a sus hijos uno tras otro.

Caminó durante horas. Al principio, cargaba a uno de los bebés en el cuenco de madera y al otro en una especie de mochila hecha de la misma tela que envolvía su cuerpo, pero después colocó a ambos en el cuenco. «Es cierto —pensó—, las personas no están hechas para tener dos hijos a la vez.»

Cuando el sol alcanzó el cenit, la muchacha hizo un alto en el camino y empleó la tela para resguardar su cabeza y el cuerpo de los pequeños, apretados en el cuenco para protegerlos de la arena abrasadora.

A mediodía, un lagarto gris de piel escamosa que mediría unos veinte centímetros pasó como una flecha por delante de la muchacha pero luego regresó para detenerse junto a su pie. Ella lo atrapó con una mano y con la otra torció la cabeza del reptil, que murió al instante. La muchacha le habló en pensamiento: «Gracias por venir a mí. Has nacido para que nos encontráramos en el día de hoy. Tu vida se fundirá con mi agua blanca para alimentar a estos pequeños seres, que agradecerán tu carne. Tu espíritu de resistencia bajo este cielo sin lluvia les dará fuerzas para los días venideros. Ellos perpetuarán tu energía y honrarán el propósito de tu existencia.» Acto seguido, hincó los dientes en la piel áspera y aserrada del reptil y succionó el líquido del cuerpo de sus dientes desgarraban.

Cuando el sol emprendió su descenso hacia el otro extremo del horizonte, la muchacha se levantó y retomó la marcha. Era casi de noche cuando llegó a las afueras de la misión. Uno de los niños del asentamiento se había encaramado en la torre del agua y anunció a gritos su regreso. La muchacha se cubrió el pecho con la tela en el preciso instante en que sus tres hermanas salieron a saludarla. En su tierra, todas las mujeres de la misma generación se referían unas a otras como hermanas. Aunque no estaban unidas por lazos de sangre, aquellas mujeres eran la única familia que le quedaba. Habían salido juntas a buscar ñames cuando las encontraron los hombres blancos del Gobierno y las obligaron a ir hasta aquel lugar. Desde entonces, habían transcurrido cinco meses y a ella le habían dicho una y otra vez que toda su tribu había muerto.

Cuando una de sus hermanas se percató de que la muchacha traía consigo no el regalo de un hijo, sino un cuenco en el que asomaban dos cabezas y múltiples extremidades, se detuvo bruscamente. Su mano descendió en una orden de detención dirigida a las demás.

«Han visto a los dos bebés», pensó la muchacha, pero enderezó la espalda y siguió avanzando con gesto impávido y seguro. Pasó por delante de las mujeres y cruzó la empalizada.

Ya dentro del campamento, la esposa del reverendo, la señora Enright, tomó en sus brazos a uno de los bebés. Sin manifestar el menor atisbo de emoción, cogió al niño y se dirigió a la choza construida con planchas de hojalata ondulada que los aborígenes solían llamar «el lugar de enfermedad del hombre blanco». La joven madre siguió sus pasos.

Para entonces, la noticia se había extendido cual reguero de pólvora. Por el vano de la puerta y los agujeros que hacían las veces de ventanas empezaron a asomar rostros que escudriñaban el interior de la choza.

—No molestéis al reverendo Enright —ordenó la mujer blanca a los ojos que la observaban—. Veamos qué tenemos aquí —comentó, mientras encendía un farol y depositaba al niño en la superficie desnuda de una mesa toscamente construida. Luego,

sostuvo al segundo bebé y los colocó lado a lado—. Una pareja, niño y niña. Bueno, podía haber sido peor. He oído hablar de negros que tienen hasta tres. Por lo menos parecen sanos.

—Éste es el que nació primero —musitó la madre.

—¿Qué?

—Éste fue el primero —repitió, señalando a la niña.

—Eso no importa, querida —contestó la mujer de rostro impasible—. No importa en absoluto.

«Tú no lo entiendes —pensó la madre—. Ni siquiera lo intentas. Venís a nuestra tierra, traéis a vuestros semejantes atados con cadenas y luego decís que nuestras costumbres son malignas. Arrojáis a mi gente desde los acantilados para que mueran entre los peñascos, cuando no pierden la vida a causa de las enfermedades que vosotros habéis traído. Los pocos que logran sobrevivir se ven obligados a hablar con vuestras palabras y a vivir a vuestra manera. Ahora dices que no importa identificar a mis bebés. ¡Nos ha tocado vivir tiempos tan extraños y difíciles, y tú ni siquiera intentas comprendernos!»

En una esquina había un catre herrumbroso cuya lona, de un tono verde aceituna, se veía desgastada y percutida. Los ojos de la señora Enright se posaron en el camastro y después, volviéndose hacia la muchacha, le indicó con un movimiento de cabeza que se dirigiera allí. Estar encerrada entre cuatro paredes era para ella poco menos que un suplicio pero, puesto que una madre no debía apartarse jamás de sus hijos, avanzó con paso tambaleante hasta aquello que el hombre blanco consideraba un lugar de reposo y cayó en un sueño profundo.

La señora Enright dejó a la chica tumbada en la vieja y desteñida cama de campaña que ocupaba una esquina del barracón de la enfermería. No habría sabido decir si se había quedado dormida o había perdido el conocimiento. En verdad, tampoco le importaba. Gotas de sudor rociaban la tersa piel del rostro y del pecho que palpitaba bajo la tela harapienta. Ríos de sudor corrían por los surcos que contorneaban la nariz, deslizándose hasta el cuello para caer en incesante goteo sobre la lona pestilente. «Se lo diré más tarde», pensó.

Durante la noche, la madre sintió que sus pechos se llenaban y tuvo la certeza de que sus bebés estaban junto a ella, mamando. Escuchó un murmullo de voces en la habitación. Primero, la de un anciano, luego la de otro anciano de una tribu distinta. Ninguno de los dos pertenecía a su propia tribu. La voz áspera del reverendo Enright también interrumpía el errante discurrir de su mente. Se despertó a mitad de la noche, aturdida, preguntándose dónde estaba. Le dolía el pecho. La habitación estaba oscura y olía como la cueva de un murciélago. Divisó el marco de la puerta, que encerraba un pálido rectángulo de luz, y recordó que la mesa estaba hacia la derecha. Se levantó, caminó hasta allí y tanteó la superficie en busca de sus hijos, pero fue en vano.

La misión había sido fundada por un grupo de religiosos que había viajado hasta aquel rincón dejado de la mano de Dios con el fin de salvar las almas paganas de los nativos australianos. Más tarde, el Gobierno incorporó la misión a su programa de control demográfico y asumió su financiación. Jamás hubo intención de conceder la plena ciudadanía a los primeros habitantes del continente, sino que se determinó por disposición legal que pasaran a incluirse en el Acta de la Flora y la Fauna. La misión era un auténtico campo de concentración en el que no faltaban las vallas y el castigo corporal para quienes infringían el estricto código de normas. A menudo acudían a la misión grupos de visitantes cuyo recorrido empezaba siempre por la denominada «escuela al aire libre», que no era sino una especie de cobertizo construido sobre toscos pilares de madera. Los responsables de la misión se enorgullecían al afirmar que todos los nativos tenían acceso a la educación. El libro de texto que empleaban los misioneros era la Biblia, y sus enseñanzas se centraban en dejar muy claro que las costumbres tribales eran obra del demonio y, por tanto, quedaban terminantemente prohibidas. Luego, los ilustres visitantes eran conducidos hasta la capilla, una pequeña construcción de planta triangular cuya parte delantera quedaba completamente abierta al exterior, de tal suerte que lo primero que uno veía al acercarse era la enorme figura de un Cristo sangrante colgado de la cruz y, justo debajo, un facistol de madera rodeado de cuatro sillas de cocina rojas. Los miembros de la congregación debían permanecer de pie o sentarse en el suelo de tierra. Después de la capilla, los visitantes acudían a la enfermería, la cual, como lugar para ser mostrado, se había marcado con una equis blanca en la puerta. En su interior no había instrumentos médicos ni mobiliario clínico de ningún tipo. Todos los vendajes, bálsamos y ungüentos entraban y salían según demandaba la ocasión. Los aborígenes habían notado que la mayoría de los que allí entraban lo hacían por su propio pie pero no salían de la misma forma. En la misión había también dos pequeñas cabañas destinadas al alojamiento de los sacerdotes adjuntos y respectivas familias, además de la amplia

residencia en la que vivían los Enright.

Alrededor de 1930, cuanto más alejada de la civilización quedaba una vivienda mayor era también la pobreza de los materiales empleados y la sobriedad de la construcción, que nada tenían que ver con las tradicionales plazas de piedra arenisca típicas de la ciudad. En los asentamientos misioneros, los ornamentos arquitectónicos brillaban por su ausencia, y la vivienda de los Enright no constituía una excepción: era una casa terrera de planta cuadrada, con un tejado de zinc inclinado que sobresalía alrededor de todo el perímetro de la construcción, formando una galería que la ceñía por los cuatro costados. Los Enright habían oído decir que necesitarían el porche para resguardar las ventanas, que debían permanecer abiertas día y noche para que el aire pudiera circular y atenuar el calor. Puesto que desconocían las características atmosféricas del lugar y no sabían cómo serían las estaciones o en qué dirección soplaría el viento, tomaron la salomónica decisión de hacer construir un porche alrededor de toda la casa.

La primera estancia a la que se accedía desde la puerta principal era el salón, cuyo principal elemento decorativo era un gran órgano negro, en principio destinado a la capilla. Antes incluso de que llegara el instrumento musical —cuyo transporte se vio retrasado debido a sus proporciones y fragilidad— la administración había determinado que sería un desperdicio poner aquella obra de arte a disposición de los aborígenes pues, en opinión del reverendo, éstos carecían por completo de sentido musical. De hecho, las gentes de aquella raza no conocían ninguna canción de tipo religioso y parecían haber evolucionado muy poco desde el punto de vista cultural a lo largo de la historia. Puesto que las únicas letras que los aborígenes ponían a sus melodías eran historias absurdas, el sacerdote decidió que el órgano permanecería bajo su custodia en el salón blanco.

El interior de la casa tenía suelos de tarima y estaba decorado con una selección de muebles europeos. El tradicional aguamanil, con sus correspondientes jofaina y jarrón de loza, estaba presente en los dos dormitorios de la vivienda, pero sólo el jarrón del cuarto de invitados estaba decorado con rosas pintadas a mano que hacían juego con la taza para el afeitado destinada a las visitas masculinas.

Junto al ala norte de la vivienda había un barril con agua que se alzaba sobre un armazón de madera y estaba conectado a la casa por medio de una serie de tuberías. La cocina tenía agua corriente, todo un lujo en aquellos remotos parajes. Si bien la torre en la que se almacenaba el agua destinada a toda la población de la comunidad era más elevada y podía albergar un mayor volumen de líquido, la reserva acuífera exclusiva de los Enright era siempre la más abundante.

En el centro del complejo habitacional había una especie de cobertizo que se sostenía sobre cuatro postes y que había sido construido con el fin de albergar un refectorio. Sin embargo, el proyecto no había prosperado. Los forasteros que administraban la misión eran incapaces de entender que no podían forzar la convivencia de las pequeñas tribus

aborígenes que allí vivían —algunas de ellas enemigas ancestrales—, como tampoco se podía esperar que, de la noche al día, reinara la armonía y el ideal de paz del hombre blanco. Para los Enright y sus amigos europeos, todos los negros eran iguales, con independencia de la tribu a la que pertenecieran. Todos ellos exigían similar acopio de paciencia para aprender a utilizar la cuchara, el tenedor o el plato (los cuchillos no estaban permitidos).

Los aborígenes habían levantado sus propias viviendas a lo largo y ancho de la zona vallada. Aquellas toscas estructuras abombadas hechas de cartón, hojalata y tablas que los blancos denominaban «chabolas» daban la impresión de haber caído del cielo en forma de amasijo. Lo cierto es que las habitaciones y las paredes no tenían ninguna utilidad para los aborígenes, puesto que la única función de sus viviendas consistía en proporcionarles sombra y resguardo. Las tribus nómadas rara vez dedican sus esfuerzos a la construcción, pues la suya es una vida de continuo desplazamiento. La misión era una suerte de crisol cultural en el que convivían diez tribus distintas, cada una de ellas con su propia lengua, costumbres y creencias. Los cautivos tenían serias dificultades para entenderse entre sí, y eran pocos los que sabían hablar inglés, la única lengua permitida en la misión. Algunos, como la joven madre, poseían una inteligencia excepcional y aprendían con celeridad, pero la mayoría no asimilaba fácilmente nuevos conocimientos. Eran gentes de naturaleza sencilla y afable que, en la mayor parte de los casos, demostraron ser honestos y dignos de confianza.

Lo que el mundo blanco no entendía era que los aborígenes sabían que se hallaban en una nación ajena a la suya, en una tierra demarcada por canciones que en su cultura hacían las veces de invisibles fronteras, y sabían también que ya nadie recordaría las canciones y cuidaría la sagrada naturaleza. Los blancos se habían hecho con el control de la tierra, pero era obvio que no la cuidaban. Los aborígenes no ignoraban su condición de cautivos, pero creían que debían comportarse como invitados al interior de un círculo ajeno. Convertirlos al cristianismo no supuso ningún problema a partir del momento en que comprendieron que aquélla era la nueva ley y les explicaron, además, que Jesús había sido un héroe. Aunque los misioneros lo ignoraban, los aborígenes sentían un gran respeto por todos los héroes. Sus canciones y bailes, transmitidos de generación en generación a lo largo de miles de años, relataban las hazañas de sus propios antepasados. Según les habían explicado, Jesús era un gran curandero que podía devolver la vida a los muertos. Semejante proeza les resultaba familiar, pues habían visto cómo la practicaban los curanderos de sus tribus.

Puesto que el padre de Jesús había creado el mundo, los aborígenes dedujeron que el Todopoderoso tenía que ser uno de sus antepasados. El reverendo Enright, con su pelo rojizo y su densa barba del mismo color, se reveló como un orador dotado de gran poder de persuasión. En sus arengas, proclamaba que, en lo tocante a la eternidad, sólo cabían

dos opciones: uno podía acceder al cielo gracias a la intervención de Jesús o, en caso de merecer su rechazo, verse arrojado al abismo del averno para siempre jamás. Los aborígenes comprendían el significado de la palabra «eternidad», pero jamás se les había ocurrido imaginar la existencia de un lugar como el infierno.

La joven madre pasó la mañana en vilo, aturdida y angustiada. No encontraba a sus bebés ni a sus hermanas, y tampoco a nadie con quien poder comentar lo sucedido. No le estaba permitido cruzar la valla blanca que rodeaba la residencia de los Enright, así que empezó el día recorriendo la misión, desesperada, tratando de encontrar a los suyos. Tras la aflicción inicial, se concentró en buscar alguna pista que pudiera explicar la súbita desaparición de todos sus seres queridos.

Aquel día no probó bocado y las horas se le eternizaron en un estado de agonía física y mental. Sus pezones rezumaban leche y atraían un enjambre de moscas que pululaban por su piel y sus ropajes con confiado interés. Por más que lo intentara, no lograba entender qué estaba sucediendo. La realidad contradecía de plano cuanto le había enseñado su pueblo desde que tenía uso de razón. Recordó algo que el Anciano le había comentado en cierta ocasión: «Los pieles blancas no son malos. Lo que ocurre es que emplean su albedrío para hacer cosas cuyo olor y sabor no son del agrado de nuestro pueblo.» Pero a la muchacha le resultaba muy difícil resistir la tentación de juzgarlos. El Anciano había añadido algo más: «Creo que son una prueba terrenal. ¡Debemos apoyarnos mutuamente para superarla!» Pero ella no contaba con el apoyo de nadie, estaba completamente sola.

Al final del día, se hallaba inmersa en un estado emocional y mental que jamás hubiera podido imaginar. Había descubierto que podía eludir el presente, que nada le ofrecía, y vivir en el pasado. Mirara hacia donde mirara, sólo veía tristes remedos de lo que, según le habían enseñado, debía ser la vida. «Pero no me rendiré —pensó—. Ayer dije que mis bebés y yo estábamos abiertos a cualquier experiencia. Hoy, me los han arrebatado, me lo han arrebatado todo. Estaré triste, y lloraré su pérdida. Es lo correcto, porque así lo siento, pero siempre escucharé a mi corazón repitiendo “La eternidad es muy, muy larga”. Mis hijos y yo somos espíritus eternos. En este doloroso y complejo viaje están presentes, de alguna manera, el amor y los lazos de apoyo mutuo, aunque no nos podamos ver, aunque no nos podamos tocar. ¿Cuál es el propósito de nuestras vidas? ¡Ojalá lo supiera! Lo que sí sé es que existe un propósito, un designio perfecto que acato con tristeza.»

Algunos meses más tarde, la enviaron a una hacienda ganadera en la que trabajaba de sol a sol ataviada con un vestido de percal y un delantal almidonado. Al alba se ponía los zapatos negros que habrían de llevarla de acá para allá durante todo el día, del horno a la pila de lavar, de la pila al tendedero, de allí al huerto, y del huerto a la cocina de nuevo. Los años fueron pasando, sin apenas variaciones en su rutina diaria. La muchacha se

convirtió en una mujer silenciosa que jamás volvió a saludar la llegada de un nuevo día con su ancestral plegaria matutina. Para ella, no existía el nuevo día. No hablaba, no soñaba, no participaba en ninguna actividad a excepción de las propias de su trabajo. Desde fuera, parecía haber perdido toda esperanza, todo interés por la vida, y a ratos daba incluso la impresión de haber perdido la cordura. La verdad, sin embargo, es que tan sólo trataba de sobrellevar una realidad que no podía cambiar. Sus creencias religiosas no le permitían invertir sus energías en algo que iba en contra de sus deseos más profundos. Así, permaneció fiel a su sentimiento de duelo y se abstuvo de interferir en las vidas ajenas, ni para bien ni para mal. Vivía inmersa en la paz y el silencio de los recuerdos del pasado, tratando de preservar el vínculo espiritual que la unía a los suyos. Este anhelo se convirtió en su único motivo para seguir con vida. Sabía que lo ocurrido no estaba bien. No lo entendía, pero sentía en su interior que no se trataba solamente de tener fe en algo que entraba en conflicto con sus sentimientos, sino que iba más allá. En su tribu, ir más allá de la fe significaba adentrarse en el conocimiento. Aceptó los acontecimientos con resignación porque sabía que todo tenía su razón de ser en el perfecto designio celestial. Habría de pasar mucho tiempo aún antes de que el divino designio se cumpliera y el sol volviera a tener oportunidad de brillar para todas las formas de vida en aquel apartado rincón del mundo.

La noche en que la señora Enright dejó a la joven madre a solas en aquel desvencijado camastro militar sin importarle si vivía o moría, acometió con gran frenesí la tarea de decidir el futuro de los recién nacidos.

«Necesito algo donde poner a estos niños», pensó, y entonces se acordó de que tenía en la cocina una cesta que bien podía servir para tal fin. Se encaminó hacia la casa, pero se detuvo a medio camino y volvió sobre sus pasos para recoger a los recién nacidos. Eran tan pequeños que no había peligro de que se acercaran al borde de la mesa, pero el varón parecía mucho más fuerte de lo habitual. «Con esta gente nunca se sabe. Son tan raros que en verdad no podemos compararlos con nosotros. Mejor será que los lleve conmigo a la casa.»

No tardó en cruzar la escasa distancia que mediaba entre los barracones polvorientos y desangelados y la reluciente valla de madera que rodeaba su residencia. Haciendo malabarismos para abrir la cancela sin dejar caer su doble carga, logró descorrer el pestillo y entró, cerrando tras de sí con un golpe de nalgas. Una vez dentro de la casa, se dirigió al dormitorio, dudando por un momento si poner a los niños desnudos sobre su más preciado tesoro, una alfombra multicolor tejida a mano que le había regalado su abuela cuatro años antes, cuando había abandonado Inglaterra con destino a Australia.

La cesta que buscaba estaba en un estante elevado de la cocina y tuvo que encaramarse a una silla para poder sacarla. Transportó la cesta con gran solemnidad hasta la habitación de invitados y colocó en su interior una almohada de las que había sobre la cama. Luego, se dirigió al balcón que daba a la parte trasera de la casa y regresó con una caja de cartón vacía que había quedado de la última remesa de harina y azúcar. Suspiró profundamente mientras introducía la otra almohada de la cama de invitados en el interior de la caja, destinada a servir de cuna para el otro bebé. No sería fácil sustituir sus maravillosos almohadones de plumas de ganso, pero ya se ocuparía de ese problema más adelante. A falta de pañales, cortó un mantel de té en dos partes iguales, con las que

envolvió a los recién nacidos, que dormían plácidamente. Pensó que jamás había visto a un bebé aborígen arropado bajo una manta; lo cierto es que el clima no lo requería.

Alice Enright había asumido la responsabilidad de solucionar cualquier contratiempo que surgiera en la misión. Su marido, el reverendo, vivía inmerso en los entresijos de la política eclesiástica, y le recordaba a menudo lo importante que era para su futuro profesional que no le hicieran perder el tiempo con nimiedades. Ella se esforzaba por lograr que su marido disfrutara de una vida cómoda y relajada en aquella tierra ajena y remota, tan distinta de su añorada Gran Bretaña. Cuando se casaron, ciertas personas habían manifestado el temor de que ella no estuviera a la altura de las circunstancias. Creían que era demasiado joven e inmadura desde el punto de vista emocional para convivir con un hombre mucho mayor que ella que, además, era sacerdote. Alice trataba de demostrar día tras día que era digna de ser la esposa del reverendo, aunque sabía que su marido —un hombre carente de pasión sexual— jamás la había querido de veras. Sin embargo, en honor a la verdad, habría que añadir que ella tampoco se moría de amor por él. Cuando lo conoció, era joven y deseaba por encima de todas las cosas salir de su casa, viajar y ver mundo. La boda con el reverendo Enright y el viaje a Australia era la oportunidad que había estado esperando.

Se dirigió al teléfono y lo descolgó. Mientras sostenía el auricular con una mano, con la otra presionó la palanca lateral del aparato hasta que escuchó la voz de la operadora al otro lado de la línea. Le comunicó que deseaba hacer una llamada a larga distancia. Alice sabía que la telefonista local escuchaba sus conversaciones para enterarse de cuanto ocurría entre los muros de la misión pero, gracias a Dios, vivían tan alejados de sus feligreses que las habladurías acerca de sus vidas despertaban escaso interés frente a los pecados de los vecinos más cercanos.

—Birdie, soy yo, Alice Enright. Siento mucho tener que molestarte de nuevo, pero se trata de una verdadera emergencia. Tengo aquí a un recién nacido y alguien debería hacerse cargo de él. Bueno, de hecho, se trata de una pareja de gemelos, pero el orfanato católico ha accedido a quedarse con la niña. Hablé con ellos la semana pasada para confirmar si podían acogerla, pero claro, contábamos con un bebé, no dos. La compra semanal de la misión está prevista para mañana, pero puedo decirle a Alex que salga esta misma noche y pase primero por tu casa para dejar al niño. ¿Me lo puedes sacar de encima, es decir, buscar algún lugar donde dejarlo? La verdad es que nos sacarías de un buen apuro...

La mujer al otro lado de la línea era Birdie, la esposa del reverendo Willett, uno de los sacerdotes más veteranos en la comunidad religiosa. Birdie estaba acostumbrada a recibir este tipo de llamadas de parte de Alice y de las demás esposas de los clérigos. Al fin y al cabo, su esposo era el decano de la misión eclesiástica británica destinada en aquellas tierras, y eso la convertía automáticamente en la máxima autoridad femenina de la

comunidad. Se jactaba de no rechazar jamás una petición de auxilio y de no rendirse ante ningún desafío. Le encantaba que las mujeres más jóvenes dijeran de ella: «No hay nada que Birdie Willett no pueda solucionar.»

A lo largo de cuatro décadas, la iglesia anglicana había levantado misiones en Australia con el fin de evangelizar, civilizar y educar a los nativos adultos extraídos del medio salvaje. Mientras tanto, la iglesia católica había fundado orfanatos destinados a acoger a los más pequeños, quienes, al llegar a la edad de dieciséis años —y tras haber crecido confinados entre los muros de una institución religiosa— debían incorporarse en la sociedad. Hasta entonces, el éxito del proyecto se había revelado nulo, excepto quizás en el sentido bíblico de dar de comer al hambriento y de beber al sediento. Lo cierto es que, al salir de los orfanatos, los aborígenes se veían abocados al hambre y la miseria, pues seguían esperando que la comunidad blanca proveyera a sus necesidades. Nadie podía prever cuándo finalizaría aquella cruzada, cuándo se lograría que el último de los salvajes abandonara sus costumbres paganas para integrarse en el mundo civilizado, ni mucho menos cuándo algún milagro permitiría poner fin al incontrolado crecimiento demográfico de la población aborigen.

La conversación telefónica concluyó poco después de que Birdie accediera a buscar un sitio donde dejar al niño.

Alice se asomó a la puerta y agitó los brazos. «¡Llamad a Alex!», gritó hacia la oscuridad de la noche, a sabiendas de que alguno de los aborígenes, deseoso de causarle buena impresión, saldría corriendo a cumplir sus órdenes. Poco le importaba cuál de ellos lo hacía. Siempre había uno o dos merodeando cerca de su casa. En su mente, Alice los veía a todos como una extraña y desafiante amalgama de forma casi humana. Poco después, Alex llamó a la puerta de la cocina. Era un hombre enjuto de sesenta años que aparentaba más edad de la que en verdad tenía y siempre parecía necesitar un buen baño. Alice le explicó su plan y acordaron que el hombre se tomaría una hora de descanso y luego emprendería el largo viaje en coche hasta Sydney. La mujer del reverendo preparó una solución de agua y miel y, utilizando un biberón que había servido recientemente para salvar la vida de una cría de canguro, alimentó a los gemelos antes de colocar la cesta y la caja de cartón en el desvencijado asiento delantero del Ford, en cuya parte de atrás solían apilarse las provisiones.

Alex era un ex convicto, hijo y nieto de convictos. Cuando salió de la cárcel tras cumplir una pena de dieciocho años por robo, descubrió que no tenía donde caerse muerto, no conocía ningún oficio y no disponía de amigos o familiares a los que recurrir. Empezó a beber más de la cuenta y a meterse en toda clase de problemas. Se peleaba a menudo y sentía una tentación irrefrenable de vaciar la caja registradora de los bares y tabernas que frecuentaba. Pero entonces encontró a Dios, o por lo menos encontró a un grupo de personas que sí habían dado con él. Al parecer, atinó a dar las respuestas

adecuadas a las preguntas que le formularon los Enright, pues lo invitaron a trabajar como chófer de la misión. Aunque lo contemplaban como una solución temporal, pensaron que les convenía tener un conductor a mano en aquel lugar tan apartado de toda forma de civilización. Alex solía aprovechar sus desplazamientos a la ciudad para comprar whisky, pero jamás bebía en público. Hasta entonces, no había dado problemas y nadie podía quejarse de él.

Con los gemelos a bordo, Alex dio inicio al trayecto de ocho horas. La niña, cuyo destino era el orfanato, iba en la caja de cartón, mientras que el niño viajaba en la cesta, un embalaje más acorde con el distinguido ambiente de la capital. Apenas si habían recorrido dos kilómetros cuando Alex detuvo el vehículo para taponarse ambos oídos con mechones de lana de oveja. Aunque los bebés iban durmiendo, anticipaba un viaje ruidoso. Alargó la mano por debajo de su asiento y buscó a tientas una botella a la que dio un par de tragos antes de colocarla entre su cuerpo y el de los pequeños. Luego, prosiguió el viaje a través del páramo desolado, avanzando por la angosta línea de la carretera parcialmente pavimentada. Las alteraciones en la dirección del aire provocarían fuertes rachas de viento que fustigarían las ventanas del lado derecho del vehículo. Luego, de pronto, no habría ni pizca de brisa. Algunos kilómetros más adelante, los golpes de viento azotarían las ventanillas del lado izquierdo. El mundo invisible parecía querer rodear a los ocupantes del coche. El rugido del motor era el único sonido que alteraba el silencioso paisaje. Como una peonza en manos de un niño, un remolino de fina polvareda rojiza iba trazando una estela de color en la negra noche tras el paso del vehículo. Hacia arriba, las nubes surcaban el cielo, más veloces que el terrenal medio de locomoción. De cuando en cuando, un nubarrón oscuro eclipsaba la luna, única fuente de luz en la oscuridad, y entonces el inabarcable horizonte se sumergía en profundas tinieblas. Cuando esto ocurría, Alex tenía la impresión de que una gigantesca mano había interrumpido la proyección de la luz celestial. El nubarrón se alejó rápidamente y el haz de luz asomó de nuevo. «Parece un mensaje en código morse —punto, punto, raya— enviado por la naturaleza.» Tomó otro trago de whisky para conjurar un súbito estremecimiento. «Sólo espero que no sea un S.O.S.», recalcó para sus adentros.

La caja en la que viajaba la niña fue la primera en llegar al punto de entrega, ya que el orfanato se encontraba a mitad de camino. Alex aceptó la taza de té y las dos galletas ofrecidas por la hermana que guardaba vigilia aquella noche, pero tomó la precaución de mantenerse a una distancia prudente para no molestar su olfato y no tardó en retirarse. Cuando regresó al vehículo, el otro bebé parecía dormir plácidamente, pero el polvo, los humos contaminantes y la falta de alimento ya empezaban a hacer mella en el pequeño, que no abrió la boca en lo que quedaba de viaje y apenas se movió cuando los rayos de sol anunciaron el alba. Por fin, el vehículo llegó a una calle adoquinada de uso exclusivo en la que se elevaban magníficos caserones contruidos al borde de un acantilado, con

vistas al puerto más bello del mundo. La residencia Willet era una mansión de piedra labrada a mano presidida en la fachada por cuatro elevadas columnas blancas. Al pasar por delante de la casa, se escuchaba el murmullo distante del océano arremetiendo contra los escollos de la caleta. La espectacular vista marina estaba reservada a los afortunados que tenían el privilegio de acceder al piso superior y apostarse junto a los ventanales, o la oportunidad de sentarse a descansar en el singular patio trasero de la casa, tallado en la propia roca del acantilado. La zona de césped ribeteada de flores que se extendía frente a la fachada conducía al acceso de vehículos, un camino arbolado que describía una curva al pasar por los garajes para desembocar en un pórtico ornamental situado en la cara norte de la propiedad. Alex siguió el contorno sinuoso del camino y luego se desvió hacia un lado para detenerse junto a la puerta de madera en la que había una placa de bronce con la inscripción RECOGIDA DE MERCANCÍAS. El bebé respiraba con dificultad, tenía el estómago distendido a causa del líquido que no podía digerir y se retorció de dolor, pero llegó en silencio, como si supiera que no estaba en sus manos cambiar las circunstancias.

Birdie Willett se consideraba la mujer más poderosa de la comunidad eclesiástica de Australia. Lo tenía todo bajo control, y trataba a todas las esposas de los sacerdotes con condescendiente autoridad. Tenía la costumbre de no consentir que ninguna de ellas ocupara el puesto de presidente de un comité por segunda vez. Les permitía adquirir un poco de experiencia administrativa, pero no la suficiente para que pudieran ganar confianza, atraer a un séquito de simpatizantes o llegar a disfrutar tanto de sus ocupaciones como para aspirar a tener una implicación más activa en las mismas. Birdie supervisaba el programa de estudios de los cursos de catequesis de todo el país y participaba en la distribución de las nuevas misiones, incluido el emplazamiento de futuros proyectos.

Todos los programas dirigidos a los ancianos, campañas de caridad, excursiones organizadas por la iglesia y decoraciones religiosas debían contar con su visto bueno. Lo controlaba todo excepto la forma de vestir de los sacerdotes y sus esposas, pero se resarcía de esta limitación imponiendo su criterio en lo tocante al vestuario del reverendo Willett, que elegía ella de la cabeza a los pies, incluyendo los calcetines —todos de color gris— y los calzoncillos.

Estaba tan atareada organizando sus charlas en el jardín, las reuniones del coro de la iglesia y el menú de las fiestas —que planificaba con meses de antelación— que no disponía de tiempo para pensar en el destino de un aborigen recién nacido. Sin embargo, debía mantener su reputación, así que aceptó hacerse cargo del niño y decidió despacharlo al campo con la intención de ocuparse de él más tarde.

Aconsejó a su marido que lo bautizara aquel mismo día, añadiendo que podía hacerlo perfectamente en el fregadero de la cocina. No vio ninguna necesidad de desperdiciar un nombre cristiano en un salvaje, así que decidió bautizarlo como Geoff, que se le antojó

lo bastante neutro. Ya pensaría en el apellido más adelante, si es que surgía la necesidad de hacerlo, puesto que los aborígenes vivían ajenos al mundo de las formalidades legales.

El reverendo Willet pronunció el sacramento y vertió agua sobre la cabeza inerte del bebé. Ninguno de los dos adultos conocía la causa de su postración, pero no era raro que los bebés aborígenes muriesen en los primeros días de vida, y supusieron que aquél correría igual suerte. El reverendo tenía mucha prisa. Anotó la nueva entrada en el libro de registro de la iglesia y se marchó enseguida, sabiendo que Birdie estaría encantada de solucionar cualquier problema que pudiera surgir. El reverendo salía al encuentro de una pobre oveja descarriada, una chica llamada Shirley que trataba de dejar la vida de la prostitución para convertirse en una mujer decente. Aquella sería su quinta visita y todo indicaba que ella estaba perdiendo la batalla por la salvación de su alma y que el bueno del reverendo la acompañaba en su caída.

Geoff sólo permaneció en la gloriosa mansión de los Willett el corto espacio de tiempo que éstos tardaron en bautizarlo y en localizar a una familia del medio rural, de las que acudían a Sydney una o dos veces al año para comprar todo aquello que no podían encontrar en su tierra, dispuestas a añadir la cesta con el bebé aborigen a los demás bultos y cajas que iban cargando en el tren para emprender el viaje de vuelta al pueblo. Los Hanover tenían una hija de nueve años de edad, Abigail, que se encargó de cuidar y dar de comer al pequeño de piel achocolatada, colmándolo con más atenciones de las que dispensaba a su encantadora muñeca de porcelana. El bebé respondió muy bien a los cuidados de la chica y estaba casi repuesto cuando, tras el largo viaje en tren, llegaron a la casa de los Hanover. Nada más llegar, éstos encomendaron a uno de sus empleados que transportara al niño hasta la próxima escala de su periplo. Con tan sólo setenta y dos horas de vida, el gemelo había perdido todo contacto con sus lazos sanguíneos, había recorrido seiscientos cincuenta kilómetros, había sido bautizado como Geoff y estaba a punto de convertirse en el huésped de una acaudalada familia blanca del medio rural, encabezada por el matrimonio que formaban la hermana de Birdie y su esposo, Matty y Howard Willett.

La primera imagen que albergaba en su memoria era la piel lechosa del cuello de Doreen mientras ésta la alzaba del suelo embaldosado y la introducía en una tina de cinc redonda rebosante de agua fría. De pie, sujetándose al borde de la tina, se sintió fascinada por la espuma que recubría la superficie del agua y le llegaba por el cuello. El jabón teñía el agua de maravillosos reflejos tornasolados. Seguramente había perdido el equilibrio al intentar atrapar con sus manos uno de aquellos escurridizos arco iris, o bien había intentado dar un paso cuando de pronto sus pies resbalaron y se encontró bajo el agua.

Más tarde recordaría la angustiosa sensación de falta de aire y la lucha por respirar, por encontrar algo a lo que agarrarse, y evocaría la visión gris y borrosa impresa en sus retinas mientras el miedo a lo desconocido se infiltraba en su corazón y sus pulmones. Milagrosamente, sus manos dieron con el borde del barreño. Tosió y lloró hasta que Doreen regresó a la habitación. Su primer recuerdo de este mundo era un recuerdo de terror. Tenía dos años cuando ocurrió.

Aquella niña era una de muchas cuya vida había sido confiada al Orfanato de las Hermanas de la Misericordia y fue la última a la que bañaron aquel día, aunque quizá fuera más apropiado decir que las ponían en remojo. Doreen le había dicho que ella era la última por ser la más pequeña, pero las demás niñas decían que el verdadero motivo es que era la más fea. Todas ellas eran feas; la niña lo sabía porque se lo había oído decir una y otra vez a los adultos, pero ahora empezaba a saber lo que se siente al ser señalada como la menos agraciada de todas. No había dos tonos de piel idénticos entre las huérfanas, sino que se distinguían por singulares matices de color, como el té que Doreen tomaba cada día y cuya tonalidad variaba en función de las gotas de leche que le agregaba. La diferencia es que el tono de su piel no era la consecuencia de una azarosa mezcla de líquidos, sino el legado de una madre extraviada y un padre desconocido.

La niña empezó a vivir bajo la tutela eclesiástica cuando contaba tan sólo algunas

horas de vida. En el orfanato existía la costumbre de nombrar a las huérfanas por orden alfabético según fueran llegando, empezando cada año por la letra «A». Era la segunda niña admitida en 1936, por lo que recibió el nombre de Beatrice. Jamás logró averiguar nada acerca de sus padres o el resto de su familia. Años más tarde, trataría de imaginar cómo debía de ser tener un hogar, una madre cariñosa, un padre afectuoso, quizás incluso una hermana o hermano. Pero imaginar semejante estampa le resultaba más difícil que dormir con los ojos abiertos. Desde que tenía uso de razón, había sido una huérfana y siempre se había sentido muy vieja.

Cuando llegaba la hora de rezar, en misa y durante las comidas, Beatrice solía estudiar el dorso de las manos de las otras niñas, unidas por las palmas en gesto de plegaria. Tenían la piel tersa y suave, mientras que sus manos estaban surcadas de venas protuberantes, como el relieve irregular de las tierras baldías que rodeaban el orfanato, y se parecían a las manos de la anciana y mordaz hermana Agatha, la madre superiora. Las monjas llevaban hábitos negros que les rozaban los tobillos, y la cabeza tocada con un velo negro que sujetaban con una cinta blanca de tela almidonada. El pelo de la hermana Agatha jamás asomaba bajo el velo, pero la apergaminada piel de su rostro y las cejas plateadas delataban su edad.

Desde la más tierna infancia, Beatrice parecía conocer y asumir su papel de conciliadora. Cada vez que estallaba alguna discusión entre las niñas o una de ellas era excluida del grupo y se sentía sola, Beatrice intervenía, de forma natural y espontánea, para tratar de apaciguar los ánimos y buscar el entendimiento entre las partes enfrentadas. Siempre había sido muy perceptiva en lo tocante a los sentimientos ajenos. Adivinaba el estado de ánimo de cualquier persona con tan sólo escuchar el tono su voz y mirarla atentamente a los ojos. Adivinaba los sentimientos de los demás mucho antes incluso de adquirir conciencia de este hecho o de aceptarlo como un don.

Siempre había tenido gente a su alrededor. Rara vez se había encontrado a solas en una habitación, pero esta circunstancia no evitaba que sintiera en su interior un vacío atroz. No sabía qué era lo que tanto echaba de menos, ni por qué, pero era un sentimiento inevitable. En cierta ocasión, oyó comentar a un visitante que era bueno que los huérfanos no pudieran extrañar todas las cosas que jamás habían tenido. Beatrice meditó sobre aquel comentario, pero llegó a la conclusión de que no era cierto. No era capaz de identificar su carencia, pero estaba segura de que se sentía incompleta.

Un día, oyó por casualidad lo que una de las hermanas decía sobre ella: afirmaba que era un poco rara y que manifestaba un excesivo interés por las otras chicas, de manera que podía acabar resultando una lesbiana. Aquel comentario quedó grabado en su memoria, aunque no tenía ni idea de lo que significaba esa palabra. De cualquier modo, por el tono en que había sido proferida, Beatrice dedujo que no podía ser nada bueno.

El hermano del reverendo Willett y su esposa, Howard y Matty, eran propietarios de un inmensa explotación de ganado vacuno y lanar. Respetado y temido por todos, Howard era la máxima autoridad de la familia, el rancho y toda el área circundante. Era un hombre alto y nervudo de abundante pelo rojizo e hirsuto. Tenía las piernas arqueadas de tanto montar a caballo y, como pasaba el día al aire libre, sometido a las inclemencias del tiempo, su rostro parecía más una máscara de cuero curtido que un cutis humano. Diez años habían pasado desde el día en que contrajo matrimonio con Matty en Inglaterra. Ella era entonces una muchacha menuda y frágil de formas tan delicadas que hombres y mujeres se volvían para mirarla por la calle. Tras vivir durante años ajena a toda forma de lujo, sometida a la dura rutina de la vida en el campo y habiendo dado a luz a dos hijos —Abram, de tres años, y Noah, de siete— la única de estas características físicas que conservaba era su corta estatura. Matty era una persona cálida y agradable que, al decir de los vecinos, constituía el contrapunto al carácter de su marido, el hosco e inflexible jefe de la dinastía Willett. Fue ella quien decidió acoger al niño aborigen que, según le dijeron, había sido abandonado por su madre, pero no sin antes haber asegurado a Howard que se trataba de una situación provisional. La estancia del niño sólo se prolongaría en caso de que no supusiera ninguna molestia para ellos y participara en las tareas del rancho. Los Willett jamás habían tenido contacto con los aborígenes, lo cual no era de extrañar, puesto que vivían en una parte del país en la que no existía población nativa. A sus oídos habían llegado relatos de terceros a partir de los cuales se habían formado una opinión acerca de los pueblos aborígenes. En resumidas cuentas, habían creído y hecho suyos todos los prejuicios que habían escuchado: «No hay ni un aborigen inteligente. La gran mayoría son unos holgazanes que por fuera se convierten en adultos pero por dentro siguen siendo como niños. Nunca crecen, y son incapaces de asumir responsabilidad alguna.»

La posibilidad de que los Willett adoptaran a Geoff, o tan siquiera registraran

oficialmente su nacimiento, quedaba totalmente fuera de cuestión. En los años treinta, el destino de los huérfanos se decidía mediante un par de llamadas telefónicas, un acuerdo sellado con un simple apretón de manos, una reseña de tres líneas en el boletín informativo de la parroquia y una nueva entrada en el registro bautismal. Cuando Geoff llegó al rancho, lo pusieron al cuidado de una criada de cocina que empezó a alimentarlo con todas las variedades de leche animal disponibles hasta que, llegado el cuarto día, el sistema digestivo del pequeño empezó a funcionar con normalidad. A partir de entonces, cada día lo bañaban, le cambiaban los pañales y lo dejaban en una cuna, a la sombra de un gran turbinto que crecía junto a la puerta de la cocina. Allí se quedaba desde el alba hasta la puesta del sol, sin más compañía que el ocasional paso de los empleados, que le dedicaban alguna que otra carantoña. Geoff no tardó en ingeniárselas para salir de la cuna, por lo que, a partir de entonces, pasó a ocupar una manta tendida en la hierba. Ganó en libertad de movimientos, aunque una cuerda anudada a la cintura lo mantenía amarrado al tronco de un árbol cercano. A la edad de dos años, puso todo su empeño en aprender a deshacer el nudo que lo mantenía cautivo, aunque aquel árbol era su único amigo. Geoff adquirió la costumbre de correr para abrazarse al tronco y se dormía con el suave arrullo de sus ramas. Muy pronto, el espacio de menos de cinco metros en el que le permitían moverse se le quedó pequeño. Cuando encontró al niño explorando con innata curiosidad el mundo que lo rodeaba, una de las empleadas de la casa, una mujer de mediana edad llamada Maude, decidió que había llegado el momento de que empezara a participar en las tareas del rancho. Geoff la ayudaba a recoger las verduras del huerto o los huevos del gallinero y a apilar pequeños trozos de madera. Maude puso en sus manos una escoba con el mango partido que le resultaba fácil de manejar. A sus dos años, Geoff era un niño feliz que nunca se aburría y que pasaba gran parte de su tiempo a solas.

Maude ya trabajaba para Howard Willett antes de que éste regresara de Inglaterra convertido en un hombre casado. Le gustaba pensar que habían crecido juntos pero, a decir verdad, sus vidas habían seguido cursos muy distintos desde el principio. Howard era seis años mayor que ella y siempre había sido rico. Tras la muerte de su padre, se había convertido en el amo y señor de todas las propiedades de la familia. Esto se debía a que en casa de su hermano pequeño era Birdie quien llevaba los pantalones, y ésta no tenía ninguna intención de abandonar la vida urbana: convenció a su marido para que renunciara a gran parte de los terrenos a los que tenía derecho por herencia a cambio de las joyas de la familia, vajillas de fina porcelana, delicados linos y telas de importación. Tras el funeral, Howard le había abierto a su cuñada las puertas de la casa paterna para que se llevara cuanto quisiera, y Birdie logró encontrar tesoros suficientes para llenar el camión que había alquilado con el fin de transportarlos hasta Sydney.

Las raíces familiares de Maude eran bastante más humildes. Sus padres eran simples

colonos que habían llegado hasta allí para trabajar una porción de tierra cedida por el Gobierno, sin sospechar que su propiedad lindaba con lo que habría de convertirse en una zona de paso de ganado. Levantaron su hacienda en aquel idílico paraje situado junto a un río que aseguraba la abundancia de agua para el riego de los cultivos y a cuya orilla crecían magníficos árboles que brindaban buena sombra. Sin embargo, aquellas tierras se hallaban en medio de una ruta natural, casi una línea recta, que permitía a los barones del ganado de la región trasladar las manadas y rebaños desde sus propiedades hasta la línea férrea, y de allí a los mercados. Lo único que la joven pareja podía hacer era tratar de proteger su pequeña plantación de verduras, constantemente amenazada por un tropel de cascos y pezuñas que arrasaba cuanto encontraba a su paso. Sólo mantener las gallinas con vida era una empresa casi imposible.

La situación se agravó con una sequía que duró dos años y provocó un acusado descenso del nivel del agua. Los demás colonos lograron que el Gobierno decretase la prohibición de construir diques y de regar con el agua del río. Los padres de Maude se vieron obligados a regar sus tierras con los escasos cubos de agua que aprovechaban de otros usos, claramente insuficientes para sacar adelante la cosecha. Sin embargo, no disponían de dinero para irse a otro lugar ni para construir otra vivienda. Su única hija, Maude, a la sazón tenía ocho años cuando empezó a acudir a la misma escuela y la misma iglesia que frecuentaban los hermanos Willett, y probablemente fue entonces cuando se enamoró de Howard, que tenía catorce años. Lo cierto es que no había muchos más chicos entre los que elegir. En los años sucesivos, las perspectivas económicas no mejoraron en casa de Maude. Cuando la madre de Howard cayó enferma, la muchacha empezó a trabajar para la familia Willett. Presenciaría la muerte de la señora y, más tarde, también la de su marido.

Howard siempre había mantenido un trato educado y formal con Maude, e incluso se abstenía de pronunciar palabras malsonantes cuando ella entraba en la habitación para servir la bebida a sus invitados, té o cerveza, según la clase de reunión y el tipo de amistades convocadas. Jamás se le había insinuado pero, en cierta ocasión, poco antes de viajar a Inglaterra, estuvo en la cocina charlando con el personal de la casa, compartiendo con ellos divertidas anécdotas, y Maude había tenido la impresión de que le guiñaba un ojo. Cuando regresó recién casado de su tierra natal, la criada se llevó una enorme sorpresa y un profundo disgusto. Sentía la punzada del instinto maternal, pero no albergaba ninguna esperanza de llegar a contraer matrimonio, lo cual explica que sintiera un especial interés por el pequeño Geoff. No podía quererlo sin reservas debido al tono oscuro de su piel, pero hacía cuanto estaba en sus manos para mantenerlo ocupado y a salvo de todo peligro. Creía sinceramente que el niño era feliz vagando a sus anchas y no notaba que sintiera la falta de una madre, una familia o el tacto cálido de una mano amiga. Geoff nunca aprendió a besar o abrazar a otra persona.

Mientras era pequeño, lo sentaban en una silla alta para darle de comer. Más tarde, aprendió a hacerlo por sí mismo encaramándose en un banco de la cocina y utilizando una tabla corrediza a modo de mesa. Solía oír a Abram y Noah referirse a Matty como «mamá» y a Howard como «papá», pero a él le enseñaron a dirigirse a los propietarios de la hacienda al igual que todos los demás, es decir, «señora» y «señor». Lo cierto es que tenía poco contacto directo con la familia Willet, cuyos integrantes solían ahuyentarlo como si fuera un molesto insecto. No había nadie en concreto responsable de velar por el bienestar de Geoff. Como las empleadas iban y venían con las temporadas, mujeres más o menos maternas se iban ocupando de él. Siempre estaba solo, aunque se atendiera a sus necesidades físicas.

A la edad de tres años, Geoff empezó a comer en compañía de los demás empleados de la hacienda, ya fuera en el gran cobertizo que hacía las veces de comedor o bien al aire libre, bajo árboles que proyectaban su ancha sombra sobre toscas mesas de madera. Le encantaba escuchar los sucesos de cada día, que a menudo se enriquecían con la aportación de algún forastero, gente que sólo estaba de paso y decidía cambiar un día de trabajo por una cama y un plato de estofado de cordero, patatas fritas, verdura fresca, galletas, mermelada y miel. Los forasteros siempre contaban historias fascinantes de lugares lejanos y solían ser portadores de noticias sorprendentes. La mayor parte de los que pasaban por aquellas tierras eran arrieros, hombres solitarios que viajaban a lomos de su caballo y siempre llevaban una manta enrollada y una sartén colgadas de la silla de montar. De cuando en cuando, llegaba algún viajero al volante de un automóvil, o bien sujetando las riendas de una caravana atestada de cacharros metálicos que se agitaban y producían un estruendo de mil demonios. A veces, los arrieros se hacían acompañar por una mujer de aspecto vulgar que parecía necesitar un buen baño y un par de zapatos nuevos. Si también traían niños, éstos se mostraban muy huraños y permanecían escondidos hasta que llegaba la hora de reiniciar el viaje.

En cierta ocasión, un jornalero llevó a sus dos hijos a la hacienda para que pasaran el día allí y de paso le echaran una mano, pero Geoff no logró arrancarles ni una sola palabra. Los niños permanecieron ocultos tras un árbol y se negaron a salir incluso cuando, hacia el final de la jornada, el hombre se sentó a beber cerveza, conversó animadamente con los empleados de los Willett y se comprometió a buscar a los familiares de algunos de ellos para transmitirles sus mensajes. Ni siquiera supieron valorar el generoso ofrecimiento de Geoff cuando éste los invitó a ver unos magníficos renacuajos negros muy poco comunes que había descubierto. En su memoria quedaron grabados aquellos ojos rebosantes de tristeza en los que reconoció el lamento silencioso de otro ser humano.

El rancho de los Willett era un lugar de continuo trasiego, al que no era ajena la vivienda familiar, una espectacular mansión de tres plantas. En el último piso, seis

buhardillas proporcionaban luz natural a un inmenso salón de baile que rara vez se utilizaba. La casa era un impresionante edificio de planta cuadrada que se abría al exterior en los dos pisos inferiores gracias a una serie de ventanales largos y estrechos con postigos de madera pintados de color verde que tenían por misión resguardar el interior de la canícula estival y las torrenciales lluvias de la estación húmeda. Un porche presidía la fachada de la casa. Allí se celebraban reuniones en torno a una taza de té, en los acogedores sillones europeos que delimitaban los dos espacios independientes de la galería. Brillantes pinceladas de color enmarcaban la vivienda: los rosales aportaban varios tonos de blanco, rosa y rojo, mientras que las caléndulas mezclaban el amarillo limón y el vainilla. El acceso a la vivienda se hacía a través de un camino de grava flanqueado por eucaliptos que medían quince metros de altura. En la parte trasera de la casa había dos enormes depósitos de agua destinada al consumo humano, la cocina y el aseo de la familia Willett. El agua de la lluvia era demasiado escasa y valiosa para desperdiciarla, así que se excavaron profundos pozos de los que se extraía un líquido pestilente debido a la elevada concentración de azufre que contenía. Con esta agua sulfurosa se daba de beber a los animales y se regaban los cultivos. Los seres humanos no consumían el agua de los pozos, pero se veían obligados a comer huevos y carne contaminados por el azufre. De hecho, toda la propiedad destilaba constantemente un olor a podredumbre que, según la estación del año, se hacía más o menos intenso.

En la casa había doce habitaciones que requerían una limpieza diaria y cinco dormitorios cuyas sábanas debían cambiarse a menudo. Además, los Willett eran firmes partidarios de la tecnología aplicada al hogar, así que siempre había algún nuevo artilugio que incorporar a las tareas domésticas, como la primera lavadora eléctrica. El polvo era el principal enemigo al que se enfrentaba la servidumbre; en la estación seca, era tan fino que resultaba casi imposible de eliminar. Se posaba en los suelos, el mobiliario e incluso los pliegues de las cortinas y las toallas, hasta tal punto que, al levantarse por la mañana, los habitantes de la casa dejaban la silueta de su cabeza dibujada en la almohada.

Una de las principales tareas diarias consistía en cambiar el matamoscas, una larga espiral de papel pegajoso que colgaba del techo de cada una de las habitaciones y que atrapaba a cualquier insecto que osara acercarse a ella. Todas las mañanas había que sustituir las tiras de papel, pues al finalizar el día ya no quedaba sitio para ningún otro invertebrado. La mayor parte de las moscas moría en poco tiempo, pero Geoff se entristecía al comprobar que siempre quedaba alguna con vida, debatiéndose en la superficie viscosa del papel, cuando él lo arrojaba al cubo de la basura.

En la parte de atrás de la casa, más allá de los depósitos del agua, se veía lo que quedaba del imperio Willett, una alquería que era casi un poblado independiente, con calles que separaban los cobertizos donde solían realizarse las labores de herrería y donde se reparaba y guardaba la maquinaria. Allí estaban también los graneros, las

dependencias de los peones agrícolas, el dormitorio del servicio doméstico, el establo, la perrera, la pocilga, el gallinero, las cuadras de los burros, el matadero y múltiples corrales, en una extensión de terreno que ocupaba varios kilómetros. Había incluso una lechería en aquel conglomerado de cobertizos separados por turbintos que en los días de calor refrescaban el ambiente con su grata sombra.

Las ovejas requerían el cuidado permanente de varios trabajadores que se ocupaban de la reproducción, los partos y el control de las plagas. Cuando llegaba la época de la esquila, había que contratar trabajadores adicionales para colaborar en la que era la mayor hazaña atlética de todo el año. Por encima de todo, resultaba imprescindible llevar una organización meticulosa de la hacienda, pues sólo así se podía prever la cantidad de comida que había que plantar, cosechar, guardar en conserva y almacenar para garantizar el sustento de todo el personal y de la familia Willett.

Geoff acompañaba en sus quehaceres a los hombres y mujeres que trabajaban en el rancho y conocía las múltiples facetas de la vida en aquel lugar. Ayudaba en lo que podía y se deleitaba con cada pequeño acontecimiento, desde observar cómo los polluelos rompían la cáscara de sus huevos hasta rellenar las tripas con las que se preparaban los embutidos. Nadie lo vigilaba, así que podía pasar horas contemplando las acrobacias de los canguros, que brincaban a uno y otro lado de las vallas con desconcertante agilidad, o bien buscando un huevo de emú para luego forcejear con la cáscara redonda de tonalidades verdinegras hasta que lograba romperla para volver a casa con su trofeo. Se quedaba embelesado viendo a las termitas construir prodigiosas esculturas en la tierra, o a las arañas tejer sus intrincadas redes, y se le iban las horas cazando lagartijas, saltamontes y libélulas. Siempre que alguien descubría una serpiente en las proximidades de la poblada hacienda, acudía corriendo al lugar y escuchaba atentamente cuanto se decía para aprender a reconocer la diferencia entre las serpientes inofensivas y aquellas cuya mordedura resultaba letal. En lo tocante a este tema, los adultos se limitaban a mascullar con brusquedad alguna que otra advertencia, así que prefería valerse por sí mismo. A menudo deseaba tener a alguien con quien compartir la gran aventura de cada día, como la de aquella pequeña araña que salió huyendo de él y se introdujo en un agujero provisto de trampilla. Tampoco pudo hablarle a nadie de aquella vez que tuvo a escasos centímetros una enorme araña peluda más grande que su mano. En los prados circundantes encontraba aves de todos los colores cuyo plumaje cambiaba de tono con cada estación. Aprendió a imitar el canto de todas ellas y conocía de memoria los lugares a los que acudían en busca de alimento. Solía salir a su encuentro con los bolsillos repletos de pequeños manjares que unas pocas, las más osadas, se atrevían a comer en la palma extendida de su joven e inocente mano. Había nacido con un espíritu tan paciente y una capacidad de adaptación tan prodigiosa que llegó incluso a congraciarse con una hembra de pato, hasta tal punto que ésta le permitía nadar junto a su nidada.

Geoff descubrió que, si daba con un rincón en el que no molestaba a nadie y permanecía en silencio, podía observar cualquier actividad sin que lo increparan ni llegaran siquiera a advertir su presencia. Durante los días de esquila, cuando había que trasquilar y clasificar miles de ovejas, el rancho bullía de actividad y había mucha más gente de lo habitual. La cocina se convertía entonces en un lugar poblado de maravillosos efluvios y el constante trasiego de pasos apresurados que se confundían con el estrépito del agua. El proceso del esquila tenía lugar en un cobertizo especialmente construido al efecto, y se convertía en un concurso de rapidez y destreza que se prolongaba a lo largo de varios días. Nadie se molestaba en saber qué hacía Geoff, nadie lo buscaba ni preguntaba por su paradero. A lo largo de aquellos días no tenía más que acercarse a la cocina siempre que le viniera en gana comer algo, y era libre de unirse al jolgorio de la multitud que asistía al esquila o arrellanarse en un rincón tranquilo para echar una cabezadita. Había aprendido a vivir solo en medio del gentío.

Todo lo que Geoff sabía lo había aprendido de la experiencia directa, no en las páginas de un libro. Un día, la tierra y el aire estaban tan secos que la energía condensada encapotó el cielo. Parecía que iba a estallar una terrible tormenta, y los relámpagos centelleaban sin cesar, iluminando el tenebroso cielo. Geoff contemplaba el espectacular fenómeno atmosférico cuando de pronto, a escasos metros del lugar donde se encontraba, un árbol estalló en llamas. Los animales salieron de sus escondrijos en despavorido tropel, buscando un lugar donde ponerse a cubierto. Era como si el aire fuera succionado en una dirección y luego expulsado en la dirección contraria, con redoblada violencia. Geoff siguió el ejemplo de los animales y corrió a refugiarse bajo la lona que colgaba de la carcasa de un viejo carro. La tormenta duró todo el día, pero no cayó ni una gota de agua. Geoff permaneció inmóvil hasta que el hambre pudo más que el miedo, y sólo entonces abandonó su refugio para salir corriendo hacia la cocina. Cuando llegó, nadie se preocupó por saber dónde había estado, nadie le ofreció una palabra de consuelo. Por los comentarios de los empleados, supo que se había producido una tormenta seca. Su grado de autosuficiencia iba en aumento a cada día que pasaba.

Geoff sentía verdadera adoración por las crías de cordero y le encantaba asistir a los partos. Después, veía cómo marcaban a cada una de las crías y las oía chillar cuando los trabajadores cerraban una arandela mecánica en torno a sus pequeñas colas. La arandela estaba preparada para no ceder, de modo que en los días siguientes, la cola se inflamaba y parecía infectarse hasta que al cabo de cierto tiempo, se secaba y acababa por desprenderse. A la edad de cuatro años, Geoff participó por primera vez en uno de aquellos sangrientos rituales, y de resultas tuvo pesadillas durante meses.

Todos los corderos macho, a excepción de unos cuantos elegidos, debían ser capados. Había cientos de animales y sólo un día para hacer todo el trabajo. En el rancho se utilizaba el método de castración más común entre los criadores de corderos, que

consistía en sujetar a cada uno de los animales boca arriba y luego arrancarles los testículos de un mordisco. Geoff era el encargado de recoger los despojos en un cubo a medida que los trabajadores los escupían al suelo. El muchacho cumplía con su cometido y lo sufría en silencio. No podía recurrir a nadie para que respondiera a las preguntas que lo atormentaban. Jamás pudo exteriorizar ni compartir sus sentimientos de compasión y horror.

Al final de la jornada, tenía los dedos sellados por el barro y la sangre. La única persona que pareció fijarse un poco en él y lo ayudó en aquella ocasión fue Roger, uno de los empleados de la hacienda. Rogg, como lo llamaban sus amigos, alzó al pequeño Geoff, lo sentó en una mesa de madera y le puso los pies en un barreño con agua y jabón. El niño permaneció inmóvil durante más de una hora, hasta que Rogg se acordó de él y se acercó con una toalla para rescatarlo y decirle que podía marcharse. Al parecer, lo consideraban demasiado pequeño para darse una ducha, pero nadie se preguntó cómo se iba a arreglar el niño para limpiar la sangre incrustada en su piel.

Las ovejas sufrían el acecho de las moscardas debido a los restos de excrementos que se adherían a la lana. Geoff recibió el encargo de ayudar a recoger las guedejas enmarañadas que caían al suelo a medida que los hombres las cortaban. También le llamaban para lavar las ovejas, o para unirse a los perros en la tarea de conducir a los rebaños de un corral al otro. Lo que más detestaba, sin embargo, era la matanza.

Aquella apartada hacienda australiana era para Geoff un lugar repleto de misterio y belleza, pero también un escenario de horror donde veía a gallinas recién decapitadas que intentaban correr con la sangre manándoles a borbotones por el cuello, hasta que por fin se desplomaban y se debatían antes de morir. También había visto cómo disparaban a los animales, y cómo les cortaban la garganta y les arrancaban los testículos con los dientes. Las personas encargadas de estos trabajos eran las mismas que luego lo llamaban para que fuera a sentarse junto a ellas mientras alguien tocaba el banjo o la armónica y todos cantaban y batían palmas al compás de la música. En algunos momentos, todo aquello le resultaba muy confuso. Nadie le decía lo que estaba bien y lo que estaba mal. Sólo sabía qué cosas le gustaban y cuáles trataba de evitar.

Aunque apenas si alcanzaba la edad escolar, era tal la sensación de vejez que experimentaba Beatrice que un día, tras hacer de mediadora entre unas chicas dos años mayores que se estaban peleando a puñetazos, tuvo la seguridad de que se había convertido en una anciana. Infringiendo las reglas del orfanato, entró en el vestíbulo principal sin pedir permiso. Sabía que había un espejo en el perchero del recibidor y necesitaba saber cuál era su aspecto. Cuando el reflejo le devolvió su imagen inalterada, sintió una alegría inmensa. Allí seguía estando su rostro de niña de seis años, sosteniéndole la mirada. Para Beatrice, fue todo un hallazgo descubrir que podía sentir con tanta intensidad algo que los ojos no podían constatar. Había descubierto cómo vivir en dos mundos al mismo tiempo, cómo ser dos personas distintas, y decidió guardar celosamente aquel secreto que en adelante le sería de gran utilidad.

La vida en el orfanato estaba sometida a una férrea disciplina. Las chicas debían guardar en todo momento una postura recta y caminar marcando el paso. Marchaban para ir al refectorio, a dormir, a la iglesia, a la escuela, a todas partes. Se movían siempre en espacios cerrados, desde los interminables pasillos del edificio hasta el patio exterior acotado por una valla. El ejército de niñas descalzas solía marchar al compás de la melodía que sonaba en una gramola, constantemente interrumpida por órdenes — ¡Arriba, de pie, rápido, en línea, silencio! — que completaban la atmósfera castrense.

Para Beatrice, los recuerdos de la niñez estaban unidos a las aspas de un ventilador. Las aulas en las que pasó gran parte de sus primeros años eran habitaciones alargadas donde la luz penetraba gracias a una serie de ventanas sin cristal que se abrían y cerraban por medio de postigos de madera. Siempre que había visitas, la ocasión quedaba señalada por la inusitada presencia del ventilador eléctrico, que agitaba suavemente el aire caliente. En el comedor había un ventilador de techo que permanecía inmóvil a menos que algún invitado se quedara a tomar el té.

La vida en el orfanato estaba programada con tal rigidez que los días y los años se

confundían entre sí. En la memoria de Beatrice, sólo unos pocos incidentes destacaban de forma nítida.

En el año de su sexto aniversario, el verano se presentó inusitadamente caluroso. Durante días, no hubo siquiera un sople de brisa capaz de agitar el aire tórrido y paliar el terrible calor. Era como si Dios hubiese tocado algún interruptor celestial, dejando en suspenso toda la vida en la Tierra. El cielo era un interminable lienzo azul pálido que se extendía de un lado al otro del horizonte, sin que una sola nube osara romper la monotonía del patrón celeste. Ni siquiera el canto de las aves interrumpía el pesado silencio reinante y el suelo estaba tan seco que había empezado a resquebrajarse, abriéndose en profundas grietas en las que Beatrice dejaba caer ramas para ver cómo desaparecían. Ningún gusano o escarabajo se atrevía a salir de su escondrijo subterráneo desde hacía una semana, e incluso las pertinaces moscas parecían demasiado acaloradas para pasearse por su piel.

Hacia el final del día, poco antes del toque de silencio, Beatrice vio un destartado camión de reparto de agua aparcado en la calle. El vehículo estaba formado por una cabina delantera y una plataforma descubierta que albergaba la gran cisterna cilíndrica, sujeta al chasis mediante cuerdas desgastadas. El conductor había detenido el camión frente a la secretaría del orfanato y, al parecer, lo había dejado desatendido. Beatrice se acercó al vehículo y vio un pequeño grifo del que colgaba una taza de hojalata sujeta con alambre. Probablemente el conductor la había colocado allí con el fin de satisfacer su propia sed durante el viaje. No había nadie a la vista. Con un esfuerzo mínimo, la niña logró liberar la taza del gancho metálico, la colocó bajo el grifo y la llenó de agua. El primer sorbo le pareció tibio y con un regusto extraño, pero aun así resultaba refrescante. Beatrice apuró la taza y luego se tomó otra, y otra, y otra más. Su corazón latía con tanta fuerza que parecía estar a punto de saltarle del pecho. Experimentaba por primera vez la sensación de poder; dominaba la situación y podía beber una cantidad ilimitada de agua, toda la que le viniera en gana. No creía estar haciendo nada malo. La interminable lista de prohibiciones vigentes en el orfanato no hacía ninguna referencia a los camiones de agua. Nadie la vio, y Beatrice volvió a colocar la herrumbrosa taza en su sitio antes de regresar sigilosamente al dormitorio, justo a tiempo para meterse en cama antes de que las monjas pasaran revista.

Algunas horas más tarde, en plena madrugada, Beatrice se despertó con una sensación cálida y placentera que pronto se convirtió en gran malestar debido al contacto directo de su piel con algo frío, húmedo y maloliente. Se había orinado en la cama. Se quedó inmóvil durante lo que le pareció una eternidad, aunque le resultaba difícil, pues se le antojaba peor aún mojar las partes de su cuerpo que permanecían secas. Justo antes del alba, el olor la delató. La hermana Margaret, una joven monja que tenía el rostro cubierto de acné, descubrió el delito y empezó a gritar como si se hubiera declarado un

incendio, despertando con sus alaridos a las demás huérfanas. Acto seguido, sacó a Beatrice de la cama y la empujó hasta el pasillo que separaba las dos filas de literas metálicas.

—¡Niña del demonio! —le regañaba a voz en grito—. ¡Lo has hecho adrede!, ¿verdad? ¡Querías verme limpiando esta porquería! Pero si piensas que te vas a salir con la tuya, estás muy equivocada. Te arrepentirás de esto. ¡Créeme, lo lamentarás! Demonio de cría. ¡Hija de Satanás, eso es lo que eres!

La hermana Margaret arrastró a Beatrice de los pelos hasta la habitación de la hermana Agatha, que aún dormía. La muchacha no podía apartar los ojos de los cabellos cortos y canos de la anciana. En cuanto averiguó la causa de tanto revuelo, la madre superiora delegó en la hermana Margaret la responsabilidad de elegir un castigo y regresó a la cama. Mientras se la llevaban, Beatrice no pensaba en el castigo que la aguardaba, pues tenía la mente ocupada en su más reciente hallazgo: «¡Ya sabía yo que tenía el pelo blanco!»

En la parte posterior del orfanato había dos puertas de metal que cerraban sendos cubículos subterráneos excavados a mano, el mayor de los cuales medía tan sólo cerca de metro y medio de lado. En menos de cinco minutos, Beatrice, que aún llevaba puesta la ropa interior empapada de orines, fue forzada a bajar, junto con su sábana sucia, a la más pequeña de aquellas mazmorras. Había observado con curiosidad aquellas puertas adosadas a la falda de la colina, y sabía de algunas chicas que habían desaparecido y volvían muy enfermas, diciendo que las habían castigado, pero nunca se había percatado de que encerraran a alguien en aquella especie de ataúdes en cuyo interior reinaba una oscuridad impenetrable y no había ninguna entrada de aire. Cuando tocaba la pared o el techo, le caían encima terrones de tierra, así que se acurrucó en el suelo y permaneció inmóvil, aterrada por la idea de que la cueva se viniera abajo en cualquier momento y la sepultara bajo los escombros. Contuvo la respiración cuando sintió que algo trepaba por su pierna y rezó para que no fuera ninguna criatura venenosa. Al cabo de poco tiempo, empezó a sentir arcadas debido al ambiente asfixiante y putrefacto del cubículo e inspeccionó la puerta en busca de alguna rendija por la que pudiera colarse el aire fresco, pero fue en vano. A medida que avanzaba el día, aquel agujero infernal se convirtió en un horno, y el hedor le produjo náuseas y vómitos. Tras haber pasado horas llorando y desgañitándose en gritos de súplica, Beatrice perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, tenía una enorme ampolla en el rostro por haberlo apoyado contra la superficie ardiente de la puerta metálica. Ya no estaba en el foso, sino acostada en una cama, y junto a ella había un médico. Éste le dijo que padecía una enfermedad poco común y probablemente contagiosa, por lo que debería permanecer alejada de todos los demás durante un período de treinta días. Hasta que hubiera pasado un mes, nadie podía tocarla, ni mirarla, ni tan siquiera hablar con ella.

La lección que Beatrice extrajo de aquella experiencia fue la convicción de que la ira de Dios, desatada en su caso por los pecados de beber demasiada agua y orinar donde no debía, sólo podía aplacarse mediante la tortura física y psicológica del pecador. Así fue como el «hombre del cielo» se ganó el primer puesto en la lista de cosas que le inspiraban aprensión.

A consecuencia de aquel incidente, Beatrice quedó excluida de las visitas de adopción. Hasta entonces, de cuando en cuando, las hermanas le hacían ponerse un bonito vestido, calzaban sus pies y trataban inútilmente de desenredar su cabellera para acabar adornándola con una cinta que pretendía disimular la maraña imposible. Luego, las niñas desfilaban de la mano ante los matrimonios anglicanos que las estudiaban meticulosamente, como si fueran especímenes en exhibición. Un día, una mujer hizo algún comentario sobre la cicatriz que desfiguraba el rostro de Beatrice, y las monjas llegaron a la conclusión de que no tenía sentido seguir ofreciéndola en adopción. Tenía seis años.

Geoff tenía siete años el día en que descubrió el arte del dibujo. Nunca hasta entonces había tenido ocasión de observar páginas ilustradas o escritas. Había visto a las cocineras consultar instrucciones de vez en cuando, sabía que el mozo de reparto recibía todas las semanas una lista con los nombres de los suministros que debía comprar y había observado de lejos a los hijos de los Willett mientras hojeaban algún libro. No entendía qué estaban haciendo y tampoco sentía ningún interés por el tema hasta que el azar puso en sus manos una revista.

Ocurrió mientras perseguía a un cachorro que se había colado en el dormitorio de las empleadas. Cuando el perrillo desapareció debajo de una cama, Geoff se agachó y siguió sus pasos. Fue entonces cuando una pila de revistas ilustradas a todo color llamó su atención. A medida que iba pasando las páginas, se quedó hechizado por aquellas imágenes. Seguía arrellanado en el suelo, contemplando las revistas cuando, una hora más tarde, entró Irene, una de las criadas de la casa. Al ver a Geoff, lo invitó a sentarse en su cama mientras le explicaba lo que representaba cada una de las fotografías. Luego sacó un lápiz y una hoja de papel en la que escribió el alfabeto y le dijo a Geoff que, cuando aprendiera a leer, descubriría por sí mismo por qué cada artículo iba acompañado de una serie de imágenes propias.

El niño empezó a copiar las letras siguiendo las demostraciones de Irene, pero pronto su atención se desvió hacia el dibujo y se puso a trazar réplicas de los extraños animales representados en las revistas.

Irene se encargó de conseguir más papel mientras el niño se sumergía cada vez más en aquel maravilloso mundo recién descubierto. Más tarde, ese mismo día, la criada lo invitó a observar la hacienda con nuevos ojos y a dibujar las criaturas que más le gustaban. Dos días después, Geoff estaba sentado en el césped que se extendía frente a la casa cuando se le acercó Irene con un puñado de lápices de cera partidos. Le explicó que con ellos podría añadir color a sus dibujos y le enseñó las técnicas para sombrear ligeramente o

conseguir tonos profundos.

Resultaba obvio que aquel pequeño aborigen de siete años poseía un enorme talento natural. Sin haber recibido ningún tipo de enseñanza, había empezado a producir verdaderas obras de arte. Tenía una asombrosa facilidad para plasmar cualquier imagen sobre papel, y era capaz de reproducir hasta el más mínimo detalle un caballo tras haberlo observado durante breves segundos. Cuando Irene le hizo ver que el caballo no estaba solo, sino que también había árboles y una construcción al fondo, Geoff se apresuró a incorporar sus sugerencias. Parecía tener un don innato para captar y reproducir las proporciones de los objetos vistos a distancia y, tras los primeros bosquejos, sus dibujos empezaron a cobrar vida. Aprendió a representar las sombras y los matices de color tratando de aproximarlos lo más posible a lo que veían sus ojos. Irene le comentó que, según había oído, los aborígenes eran un pueblo muy dotado para las artes. Geoff no entendió qué quería decir con la palabra «aborígenes», pero sonrió y agradeció el comentario porque intuía que la muchacha había dicho algo bueno sobre su persona.

En la contraportada de una de aquellas revistas Irene encontró un dibujo de trazo sencillo con la palabra «¡Cópíame!» escrita en grandes letras. Era un anuncio por el que una escuela de educación a distancia ofrecía un dictamen gratuito a todos los amantes del dibujo que remitieran una muestra de su producción artística. Irene le pidió al niño que copiara el dibujo sin explicarle para qué lo quería y luego lo envió con su nombre, junto con otros seis dibujos de Geoff, a la dirección anunciada.

La propia Irene era poco más que una niña, pues acababa de cumplir diecisiete años. Había nacido en una familia de doce hermanos, la extensa prole de los Foley, y estaba acostumbrada a trabajar de sol a sol en su propia casa, donde, además de ayudar a criar a sus hermanos y hermanas, colaboraba en las tareas domésticas y participaba en las labores del campo. Cuando corrió la voz de que los Willett necesitaban otra criada y ofrecían sueldo, alojamiento y comida a cambio de sus servicios, los padres de Irene se apresuraron a presentarla como candidata al puesto, algo a lo que ella no opuso resistencia. Lo cierto es que en la hacienda trabajaba menos que en su propia casa, aunque echaba de menos a sus hermanos. Había visto a Geoff correteando por la extensa propiedad y a veces lo saludaba, pero nunca había hablado con él hasta que lo encontró hojeando sus revistas. Sabía lo bastante sobre la destreza manual de los niños como para reconocer enseguida el excepcional talento de Geoff.

El sobre con la respuesta de la escuela por correspondencia llegó seis semanas más tarde, el mismo día en que el salón de los Willett se convirtió en el escenario de una decisión trascendental para el futuro de Geoff. Un reverendo estadounidense llamado Albert Marshall y su esposa, Nora, se encontraban de viaje por Australia y, tras haber visitado al reverendo Willett en Sydney, habían aceptado la sugerencia de viajar al medio

rural para visitar a su hermano, Howard. Los Marshall estaban considerando la posibilidad de adoptar a un niño aborigen, pero no querían correr el riesgo de viajar con un bebé recién nacido. Nada más conocer su deseo, el reverendo se había acordado de Geoff. Era un niño tranquilo, pacífico, autosuficiente y necesitado de una buena educación. Los Willett y los Marshall se reunieron en el salón de la casa para discutir la adopción la misma tarde en que Irene recibió un informe repleto de alabanzas a los dibujos que había remitido como siendo obra de un adulto.

Irene llamó a Geoff y se reunió con él en la cocina para contarle que los profesores de una escuela de arte habían dicho que el autor de aquellos dibujos debía asistir a clases para perfeccionar su gran talento natural, y además le habían enviado un regalo. Los responsables de la convocatoria no tenían forma de saber que los dibujos eran obra de un niño de siete años. El regalo que remitieron a nombre de Irene era un estuche de metal pintado con colores brillantes que contenía diez lápices de colores, un pincel y un conjunto de diez acuarelas. Geoff no cabía en sí de emoción cuando Irene puso el estuche en sus manos y le dijo que era suyo. El niño lo abrió con enorme entusiasmo y contempló con ojos incrédulos todos aquellos colores mientras Irene le ofrecía una hoja de papel en blanco.

Geoff estaba sentado en su banco preferido, con un cuenco de agua al lado, haciendo su primera incursión en el fascinante mundo de la acuarela, cuando le ordenaron que se presentara en el salón de la casa. Mientras se adentraba lentamente en el salón, abrumado por la solemnidad del ambiente, el papel de pared rojo, el suelo reluciente y los muebles ricamente tapizados, Geoff se aferró con todas sus fuerzas a su premio, que era también su primera posesión personal. No hubiera mostrado mayor aprensión de haberse enfrentado a una serpiente desconocida. Los Marshall se presentaron y Nora lo sujetó por un hombro mientras le daba palmaditas en la cabeza. Cuando le preguntaron qué llevaba en la mano, Geoff dudó un momento pero acabó enseñando el estuche con su contenido de joyas de colores. Sin embargo, su gran tesoro no suscitó más que algún comentario del tipo «Ah, qué bien, qué bien» y, para alivio del muchacho, los Willett no tardaron en ordenar que se retirara.

Freda llegó al orfanato cuando Beatrice tenía siete años. Puesto que era la sexta incorporación del año, le pusieron un nombre que empezaba por la letra «f», aunque su identidad había sido otra a lo largo de los nueve años anteriores. Las reglas administrativas del orfanato no admitían excepciones. Freda era una niña lenta: todo su cuerpo se movía pesadamente y hablaba con dificultad, se encallaba. Beatrice fue la única persona que le ofreció su amistad, inaugurando así una relación que pronto se convertiría en un verdadero lazo fraternal. Gracias a la paciente ayuda de Beatrice, que le repetía las lecciones una y otra vez, Freda aprendía lo suficiente para que no la castigaran privándola de comer o fustigándole las manos con una regla. ¡Qué orgullosas estaban el día en que Freda logró por fin memorizar algo!

Todas las chicas tenían la obligación de saber recitar las oraciones y memorizar las enseñanzas del catecismo de la Primera Comunión. Cierta día, estando en clase, Beatrice preguntó qué significaba «Espíritu Santo».

—Se te está contagiando la estupidez de tu amiga —contestó la monja que daba la clase en tono airado y sin molestarse en disimular su repulsa—. Ve a sentarte en el pasillo antes de que infectes a todas las demás.

La ceremonia de la Primera Comunión era algo muy importante. Las reglas eclesiásticas debían cumplirse a rajatabla y jamás podían ser cuestionadas. Freda suspendió el examen de catecismo. Conocía la respuesta correcta a las preguntas que le formularon, pero tardó demasiado en contestar, así que no pudo recibir el cuerpo y la sangre de Cristo. Las niñas creían que el cadáver del Señor había sido sacado de la cruz y que una parte del mismo se había empleado para hacer una hogaza que luego se había rebanado en láminas tan finas como el papel, láminas que el cura colocaba sobre las lenguas extendidas durante la ceremonia.

Las chicas solían cubrirse la cabeza con pequeños velos negros para asistir a misa, pero a partir del día en que celebraban su primera comunión, pasaban a usar velos

blancos. Acudir a la iglesia con el velo negro tras haber alcanzado la edad de hacer la Primera Comunión era un estigma humillante, pero Freda cargaba su cruz con bastante dignidad, y sólo la delataba un ligero y ocasional temblor de los labios.

Un día, Beatrice descubrió que, cuando cantaba, Freda pronunciaba las palabras con mucha más fluidez que cuando hablaba. Entre las dos, desarrollaron un método para mejorar su dicción que consistía en ir tarareando notas musicales en su mente mientras hablaba. Aunque su discurso seguía plagado de pequeñas interrupciones, Freda aprendió a comunicarse de forma mucho más rápida y clara, algo que le permitía albergar la esperanza de aprobar al año siguiente el examen oral de la Primera Comunión. Nada le hacía más ilusión en la vida que conquistar el derecho de asistir a misa tocada con un velo blanco.

Freda era físicamente bastante distinta a todas las demás. Era alta, algo sobrada de peso, y tenía una melena lisa de tono cobrizo. El color de su piel era mucho más claro que el de sus compañeras y sus ojos eran de un intenso color verde. Beatrice jamás logró entender el motivo del profundo desprecio que manifestaban hacia ella los adultos que administraban el orfanato. La llamaban «estúpida» con tanta frecuencia que Freda acabó por asumir el insulto como un segundo nombre. Beatrice era la única que jamás la llamaba de esta forma. Freda tenía deficiencias de visión, tanto de cerca como de lejos pero, en todos los años que pasó con las Hermanas de la Misericordia, Beatrice jamás vio que las monjas se molestaran en ponerle gafas a ninguna niña, pues las consideraban un lujo excesivo para unas huérfanas.

La valla metálica que rodeaba el orfanato resultaba prácticamente invisible debido a los grandes arbustos que se habían plantado a ambos lados de la misma y que habían crecido y trepado por los intersticios hasta tapizarla por completo con su denso follaje. Por razones prácticas, el orfanato era una fortaleza casi infranqueable pero, gracias a la vegetación, la valla ofrecía un aspecto más atractivo, sobre todo a los ojos de los visitantes. En aquella parte de Australia el suelo era tan rico en minerales que casi cualquier planta arraigaba y crecía frondosa siempre que recibiera la cantidad de agua necesaria. Las Hermanas de la Misericordia rara vez se aventuraban a pisar el patio de la escuela. Parecían hacer lo posible por evitar la luz directa del sol, que no recibían más que de forma ocasional a la hora del recreo, al abrir la puerta de la calle para que la disciplinada fila de estudiantes saliera a jugar.

Un día de agosto, Beatrice oyó un ligero gemido que parecía provenir del fondo del jardín, de entre los densos arbustos que cubrían la valla. Freda y ella avanzaron a rastras bajo la vegetación y descubrieron un perro de pelaje rojizo. Le habían disparado en el cuello y, al parecer, se había arrastrado hasta allí para morir en paz.

Las dos chicas se plantearon la posibilidad de contárselo a algún adulto, pero la descartaron enseguida, pues sabían que con eso sólo conseguirían la muerte instantánea

del animal, así que tomaron la determinación de hacer por su cuenta todo lo que pudieran para salvarle la vida. Por la tarde, Beatrice se encargó de identificar la raza del perro consultándolo en un libro de la biblioteca, y llegó a la conclusión de que era un dingo salvaje.

En el orfanato, cada una de las huérfanas se encargaba de limpiar su propio plato y taza de hojalata, así como su cuchara, tenedor y cuchillo. Después de comer formaban una fila india, sumergían los objetos en un recipiente con agua y luego los secaban y apilaban en una mesa hasta la siguiente comida. No se les permitía dejar sobras. Cada estudiante tenía el deber de ingerir todo lo que había en su plato. Si alguna de ellas dejaba algo, se guardaba aparte y se le volvía a servir cuantas veces hicieran falta hasta que la comida desapareciera.

Aquella noche, durante la cena, Freda y Beatrice fueron metiendo a hurtadillas pequeños trozos de comida en los bolsillos. Se las ingeniaron incluso para rescatar una lata vacía del cubo de basura mientras fregaban su vajilla. Luego, pidieron y obtuvieron permiso para salir al jardín antes de acostarse. Mientras Freda hacía de centinela, Beatrice alargó el brazo a través de los agujeros de la reja para depositar la lata con agua y la comida junto a la cabeza del perro. El pobre animal no se movió ni emitió sonido alguno, pero Beatrice comprobó que seguía respirando.

Al día siguiente, cuando se acercaron al lugar para ver cómo seguía evolucionando el que ahora consideraban su paciente, la lata estaba volcada y la comida había desaparecido. Pegados al vientre del animal había ahora tres cachorrillos recién nacidos que mamaban con avidez.

Los cachorros vinieron a complicar bastante la situación, así que Beatrice y Freda decidieron confiar el secreto a tres de sus compañeras para que las ayudaran a cuidar y proteger a la joven camada. Todas lo vivían como una gran aventura y no escatimaban esfuerzos a la hora de buscar el bienestar de sus protegidos. Lograron incluso hacerse con una botella de tintura de yodo, que Beatrice vertió sobre la herida abierta por la bala. Tenían que alimentar y dar de beber a la perra, turnarse para camuflar con sus voces los ladridos de los cachorros y rezar para que, pese a todo, la madre lograra resistir el tiempo suficiente para que su camada tuviera alguna posibilidad de sobrevivir. Día tras día, la perra permanecía tumbada e inmóvil bajo los arbustos. Una mañana, amaneció con la cabeza cubierta de algo que parecía arroz hervido. Beatrice alargó la mano a través de la reja y cogió un puñado de aquella sustancia blanquecina. Los gusanos se habían instalado en la llaga purulenta. La perra permaneció en la misma posición durante cinco semanas, haciendo de tripas corazón para comer y mantenerse con vida para poder amamantar a sus crías. Los cachorrillos se habían vuelto tan activos y ruidosos que se hacía cada vez más difícil ocultar su presencia, y un día ocurrió lo inevitable: la hermana Margaret los encontró y ordenó de inmediato que le trajeran una caja, en cuyo interior depositó a los

tres dingos recién nacidos. Las chicas pensaron que jamás volverían a ver a sus amiguitos cuadrúpedos, pero se equivocaban.

Aquella noche, después de la cena, la hermana Margaret hizo llamar a las cinco chicas —tras haber sonsacado sus nombres a una de las otras huérfanas— y las condujo a la lavandería del orfanato. En el centro de la estancia había una caja de fruta vacía en cuyo interior los cachorros aguardaban su suerte. La hermana Margaret ordenó a Beatrice que llenara la pila de lavar con agua. Luego, Freda tuvo que agarrar un viejo saco de harina, introducir en él una enorme pesa y sujetarlo mientras cada una de sus compañeras colocaba un cachorro en su interior. Después, la hermana Margaret cerró el saco con una cuerda y lo introdujo en la pila. Los cachorros se debatían y aullaban mientras la tela blanca se iba sumergiendo bajo el agua. Una de las puntas del saco asomó a la superficie. Por los sonidos y movimientos que provenían de su interior, las chicas dedujeron que los tres cachorros habían agonizado durante varios minutos, luchando entre ellos y arañándose para llegar hasta arriba, para seguir con vida. Al final, con expresión asqueada, la hermana Margaret se fue a la cocina y regresó portando una enorme y pesada tapa de hierro. Recogió una de las largas mangas del hábito negro, alargó su fantasmal brazo blanco y presionó el saco con la tapa, sumergiéndolo hasta el fondo del agua. No cesaba de hablar mientras llevaba a cabo esta operación, aunque más que hablar farfullaba sobre las criaturas salvajes, los animales peligrosos y portadores de plagas, sobre Jesús y su empeño por salvar las pérfidas almas de los niños salvajes, y llegó incluso a sugerir que los hijos de los aborígenes jamás tendrían que haber nacido.

Después, ordenó a cuatro de las chicas que salieran al jardín y cavaran un agujero para enterrar a los cachorros muertos. Beatrice tuvo que cargar el saco empapado hasta la fosa, mientras que Freda se quedó dentro limpiando el suelo de la habitación. Con cada palada de tierra que agrandaba el agujero, aumentaba el odio de Beatrice hacia aquella mujer, aunque entonces ni siquiera conocía la palabra «odio». Sólo sabía lo que sentía en su interior.

Pero la pesadilla aún no había terminado. Todavía tenían que acabar el trabajo, es decir, matar a la madre y enterrar su cuerpo junto al de sus hijos. Cuando Beatrice se arrastró por debajo de los arbustos para ir a su encuentro, la perra yacía muerta. Se sintió agradecida por no tener que hacerlo ella, por poder pensar que el animal había decidido dejar de luchar por seguir con vida. Colocaron a la perra encima del saco que contenía los cachorrillos ahogados y luego cubrieron el agujero con la tierra que antes habían extraído. El sonido de la tierra al golpear el cuerpo inerte del animal quedó grabado para siempre en la memoria de las niñas. Aquella había sido la única ocasión en que Beatrice había visto a una madre con sus hijos, puesto que ninguna de las huérfanas tenía recuerdos o anécdotas familiares que pudiera compartir con las demás. La perra muerta se convirtió en una heroína y, por supuesto, la hermana Margaret pasó a ser considerada

una villana.

Un día después de que los Marshall conocieran al joven Geoff, Matty Willett lo encontró por la mañana durmiendo en su lugar preferido, una pila de heno arrinconada en uno de los graneros del rancho. Seguía abrazado a su nuevo estuche de pinturas cuando Matty lo despertó y le dijo que se iba a ir a América. Geoff jamás había oído aquella palabra que, por tanto, carecía de significado para él. Ese mismo día, Irene recibió el encargo de ducharlo y vestirlo con prendas que les habían quedado pequeñas a los chicos de la familia Willett. Por primera vez en su vida, sintió sus pies embutidos en unos zapatos, que encontró sumamente incómodos.

Cuando empezó a llorar, Irene le explicó que los zapatos hacen daño a todas las personas que los usan, pero que no quería ver a nadie desperdiciando lágrimas por semejante minucia. Le recordó que a sus siete años ya era casi un hombre, por lo que tendría que aprender a aceptar las cosas como eran y a soportar el dolor en silencio. Geoff prometió seguir los consejos de su amiga.

El día de su partida, Irene le entregó un regalo envuelto en papel de colores y ceñido por un lazo. Rogg y otros empleados de la hacienda se despidieron de él agitando sus manos mientras Geoff se alejaba en compañía del reverendo Marshall y Nora. El muchacho preguntó qué era América y cuándo iba a volver al rancho, pero no obtuvo respuesta a sus preguntas. Durante el viaje en coche, Nora le dijo que debía retirar el lazo del envoltorio para abrir el regalo, lo cual sorprendió mucho a Geoff, pues jamás habría sospechado que hubiera algo más bajo aquel obsequio tan bello. Era la primera vez que veía un regalo envuelto, y se llevó una alegría enorme al descubrir que Irene le había regalado un gran bloc de papel de dibujo. Lo cargaba con infinito orgullo, junto con el estuche de pinturas, cuando bajaron del coche para entrar en la estación del tren.

La estación local era un edificio de dimensiones modestas. La taquilla estaba situada en uno de los extremos de la sala y había varios bancos largos en los que algunas personas aguardaban la llegada del tren holgadamente sentadas. La espera fue breve, pues el tren

llegó enseguida. Geoff nunca había visto una estructura mecánica tan colosal como aquella, que además despedía humo y emitía un ruido estrepitoso. La gigantesca locomotora negra que arrastraba los vagones de pasajeros y de mercancías hizo su entrada en la estación y pasó rugiendo delante del niño para detenerse al fondo del andén. Geoff se quedó boquiabierto al comprobar que las ruedas del tren eran más altas que él. El viaje en ferrocarril se prolongó durante todo el día y parte de la noche. Los Marshall iban sentados frente a frente, y Geoff ocupaba su propio asiento junto a la ventanilla. Era emocionante ver cómo el mundo pasaba volando ante sus ojos pero, al mismo tiempo, le producía una extraña sensación en el estómago. Empleó su tiempo en dibujar el retrato de un hombre barbudo que dormitaba al otro lado del pasillo, desplomado en su asiento. Era ya de madrugada cuando llegaron a su punto de destino y se bajaron del tren.

El interior de aquella estación, unido a la experiencia de ir tras los pasos de dos personas que seguían tratándolo como si fuera un perfecto extraño, provocó en el joven Geoff un temblor incontrolable que sacudía todo su cuerpo como si estuviera aterido de frío. Aquella segunda estación era la construcción más impresionante que habían visto sus ojos. Nunca habría imaginado que se pudieran levantar techos tan altos. Miró hacia arriba y contempló las imponentes vigas de hierro negras, deseando que siguieran sustentando el peso de la techumbre mientras él pasaba por debajo. Parecía haber allí cientos de personas, la mayoría de ellas con mucha prisa. Los únicos que permanecían en el mismo lugar eran un grupo de hombres reunidos junto a un gran tablón. Uno de aquellos hombres llevaba un sombrero aplanado a rayas rojiblancas y estaba apostado en lo alto de una escalera que se deslizaba hacia delante y hacia atrás a medida que iba cambiando las cifras de las cuatro columnas del tablón. Las tres primeras columnas indicaban el número del tren, la hora de llegada y la hora de partida, mientras que la cuarta y última informaba a los pasajeros cuál era el andén al que debían dirigirse. El reverendo Marshall anunció que había llegado el momento de salir a la calle y buscar un medio de transporte que los llevara hasta el muelle.

Tomaron un taxi que los dejó en el puerto, donde Geoff vio una embarcación más grande aún que el tren. Dudó por unos instantes, pero finalmente siguió los pasos del matrimonio y cruzó la larga rampa de acceso al barco. Con cada nuevo kilómetro que recorría en coche, tren y barco, se percataba de que se lo llevaban lejos, muy lejos de su hogar. Durante las primeras horas del viaje, le dolían mucho los pies, pero luego se le entumecieron. Nadie sugirió que se librara de aquellas ataduras que le oprimían, por lo que siguió caminando con los pies tullidos, sintiéndose casi como un lisiado y andando como si lo fuera.

Sus sentimientos sobre lo que estaba ocurriendo eran confusos. Sentía dolor físico y emocional, pero no podía llorar, así que se entregó en cuerpo y alma a su recién

descubierta pasión por el dibujo. En el segundo día a bordo del barco, había agotado ya sus existencias de papel. Se acercó al reverendo y a la señora Marshall, que estaban en cubierta, sentados en un sillón y enfrascados en sus respectivas lecturas, para pedirles más papel. Nora le recordó la nueva regla, la nueva palabra que debía aprender: «por favor». Geoff añadió un «por favor» a su pedido y Nora le contestó que «ya vería, quizá más tarde». El niño volvió a formular la petición por la noche, mientras guardaba su estuche de pinturas bajo el camastro en el que dormía, a los pies de la cama del matrimonio. Las primeras palabras que pronunció a la mañana siguiente nada más levantarse eran una repetición del mismo pedido, con todas las formalidades incluidas.

La señora Marshall se sentía impresionada por la habilidad artística del muchacho, pero su esposo creía que era una pérdida de tiempo. Según él, el chico tendría que estar aprendiendo a leer y a escribir en lugar de dibujar, pues no había lugar en el mundo para un artista negro.

Aquella tarde, cuando Geoff suplicó por quinta vez que le dieran más papel, «por favor», el reverendo Marshall le arrebató el estuche de pinturas, se asomó a la barandilla de cubierta y lo arrojó al mar. La colorida caja de metal giró en el aire y centelleó un momento bajo la luz del sol antes de hundirse en el insondable océano, llevándose consigo todo el mundo de Geoff y abriendo una brecha insalvable en su relación con el reverendo.

El sacerdote y su esposa habían actuado de buena fe. Según ellos, aquella adopción era una forma de ofrecer educación y oportunidades de futuro a alguien que, de no haber sido por ellos, seguiría siendo un analfabeto toda su vida y, por encima de todo, aspiraban a salvar su alma. Creían que estaban rescatando a Geoff de una existencia miserable y de las llamas del infierno.

Desde el punto de vista de Geoff, sin embargo, la situación era muy distinta. Resultaba evidente que no encajaba en el mundo de sus nuevos padres y no acababa de entender por qué nada de lo que hacía parecía ser de su agrado. Sabía que era distinto a ellos, pero no sospechaba cuál podría ser la diferencia. En el tercer día de viaje, una mujer con la que Nora había entablado amistad a bordo le hizo reparar en el tono oscuro de su piel en comparación con la piel de todos los demás pasajeros. Geoff ya se había percatado de esta diferencia, pero le concedía la misma importancia que a las dimensiones y tonalidades de sus dibujos, no como algo intrínsecamente bueno o malo, sino como un hecho sin más. Aquel día, sin embargo, se dio cuenta de que, para algunas personas, el tono de la piel era un rasgo significativo. Más tarde, la misma mujer trató de explicarle el significado de las palabras «mamá», «papá», «hijo» y «familia», pero Geoff no se sintió identificado con ninguna de ellas, pues las definiciones no se ajustaban con la realidad que estaba viviendo.

Algunos días más tarde, la familia Marshall desembarcó en Estados Unidos. En el

muelle los esperaba un seminarista que los transportó en coche hasta Vermont. Al día siguiente, el coche se detuvo ante un pequeño chalé amarillo vallado por delante y por detrás. Nora había decorado el interior de la casa con tapicerías de cuadros escoceses y vaporosas cortinas blancas. El ambiente era agradable y había una suave fragancia en el aire, porque los ayudantes de la iglesia habían dispuesto sobre la mesa fruta y panecillos recién salidos del horno. Geoff fue conducido a su nueva habitación, una estancia que hasta entonces se había utilizado como despacho y cuarto de invitados. Como jamás había tenido un lugar exclusivamente suyo, no sabía qué esperar y tampoco se sintió defraudado cuando, en los días sucesivos, y en contra de lo que le habían prometido, los Marshall se abstuvieron de hacer cambios en la habitación.

En su nueva familia y su nuevo hogar Geoff encontró un ambiente similar, en muchos sentidos, al que había dejado en la hacienda de los Willett. Para empezar, vivía de nuevo a sus anchas. Pasaba todo el día al aire libre, a excepción de las horas de comer. Aun así, muchas veces le llevaban el almuerzo —un bocadillo y un vaso de leche— hasta el manzano en cuyas ramas más altas solía encaramarse para observar los alrededores. En una o dos ocasiones, se había atrevido a salir por la puerta trasera del jardín para explorar el callejón y los jardines aledaños antes de que Nora lo descubriera y le regañara por salir sin permiso. Al igual que en el pasado, buscó la compañía de las aves y añadió una familia de ardillas y un gato callejero a su nuevo grupo de amigos.

Un mes después, cuando su nueva madre lo matriculó en la escuela, Geoff se dio cuenta de que algo iba mal. Nora sostuvo la mano del chico —algo que no había hecho hasta entonces— y luego, sin mirarlo en ningún momento, explicó a la secretaria del colegio que en verdad él no era su hijo, sino un aborigen adoptado. Aquélla fue la primera vez que Geoff oyó a alguien decir que había sido rechazado y abandonado por su propio pueblo, por su propia madre. Nora hizo especial hincapié en el hecho de que no lo habían querido en ninguna parte: los Willett lo habían acogido en su hogar, y luego su marido y ella se habían hecho cargo del pequeño. A partir de aquel día, Geoff dejó de llamar «señora» a la esposa del reverendo y empezó a llamarla por su nombre de pila, Nora, aunque nadie pareció reparar en el cambio. El reverendo Marshall, sin embargo, seguiría siendo «señor».

Las palabras «aborigen australiano» quedaron grabadas en lo más hondo de la memoria de Geoff. Creyó ciegamente en lo que había escuchado, creyó que los suyos lo habían abandonado al nacer y sintió rencor hacia sus padres naturales.

Transcurridos diez meses desde la adopción de Geoff, la señora Marshall dio a luz un niño, y diez meses después llegó el segundo hijo del matrimonio. A partir de entonces, el ambiente en la casa y en la iglesia cambió de forma radical para Geoff. Fue testigo del cambio de comportamiento de los Marshall, convertidos en padres cariñosos que se desvivían por el bienestar de sus hijos biológicos, mientras él se iba aislando cada vez

más. Cuando sólo había un bebé en la casa, dormía en la habitación de sus padres pero, con la llegada del segundo hijo, Geoff tuvo que ceder su habitación a los niños. A él le adjudicaron una cama, un baúl, una lámpara y un rincón del sótano.

Siempre que presentaba los dos pequeños a los feligreses, el reverendo Marshall se refería a ellos como hijos suyos que eran y luego añadía: «Éste es Geoff, nuestro hermano del alma adoptado.» Geoff siempre pensó que aquella frase no tenía pies ni cabeza. En algunas ocasiones, el reverendo añadía aún: «Estamos haciendo todo lo que podemos por salvar esta alma. ¡Por favor, rezad por él y por los salvajes de todo el mundo!»

A los nueve años, Geoff entró en contacto con la señora O'Neal, la bibliotecaria del colegio. Era una mujer muy amable que le habló de sus raíces irlandesas y de lo importante que era, en su opinión, que las personas conocieran sus orígenes. La bibliotecaria encontró dos libros sobre los aborígenes australianos y sugirió a Geoff que les echara un vistazo durante su tiempo libre. El muchacho se llevó los libros a casa y aquella noche, mientras todos dormían, empezó a tratar de recomponer el rompecabezas de su pasado. Los libros no hacían referencia alguna a la confiscación de tierras, y tampoco mencionaban el hecho de que el pueblo aborígen había sido invadido y doblegado por la fuerza. En aquellas páginas se describía a los aborígenes australianos como gentes primitivas que vivían prácticamente desnudas, comían insectos y llevaban una existencia miserable. Geoff no sabía qué pensar. Aquellos libros no le daban muchos motivos para sentirse orgulloso de su raza. Quizá no perteneciera a la familia de los Marshall pero, al parecer, estaba mejor con ellos de lo que habría estado con los aborígenes.

Corría el año 1945, Freda tenía once años y Beatrice nueve cuando, un día cálido y soleado, las alumnas de la escuela recibieron con júbilo la noticia de que se iban de excursión. Las llevaron a visitar un bosque cercano, donde fluía un arroyo rodeado de vegetación. Normalmente apenas se advertía la corriente de agua, pero había llovido mucho en los meses previos y el arroyo había crecido hasta convertirse en un río que alcanzaba dos metros de profundidad. Había muchos puntos en los que la profundidad era aún mayor y el agua se arremolinaba. Hacia mediodía, una chica de quince años llamada Hannah descubrió un viejo tronco caído junto a la orilla del río, a escasa distancia de una zona alfombrada de hierba, y decidió convertirlo en un trampolín. Varias chicas siguieron a Hannah para verla zambullirse. Aunque ninguna había aprendido a nadar, era obvio que bastaba chapotear un poco moviendo las extremidades para volver a la orilla. Aquello parecía realmente divertido. Una a una, todas las chicas hicieron acopio de valor y se lanzaron al agua. Ni siquiera Beatrice, que había estado a punto de morir ahogada en un barreño y que tan mal recuerdo conservaba de aquel episodio, fue capaz de resistirse a probar algo que se le antojaba lo más emocionante y divertido que había hecho en su vida. La experiencia no la defraudó, y sólo sintió un molesto cosquilleo cuando el agua le entró por la nariz.

Freda también aguardaba turno. Cuando le tocó, las demás la vieron saltar y luego esperaron y esperaron a que su cabeza asomara a la superficie sin que tal cosa ocurriera. Beatrice no sabía qué hacer. Instintivamente, se lanzó al agua y mientras estaba sumergida tanteó desesperada a su alrededor, tratando de dar con el cuerpo de Freda. Todo fue en vano: Beatrice no tenía la experiencia suficiente para saber cómo permanecer más tiempo en el agua sin cansarse y le costó mucho volver a la orilla. Hannah salió corriendo a buscar ayuda. Una de las hermanas, muy molesta porque se había visto obligada a interrumpir su partido de *croquet*, se desplazó hasta el viejo tronco y empezó a interrogar a las chicas. Les preguntó si estaban seguras de que había alguien

allí abajo, de quién se trataba y cuánto tiempo llevaba aquella estúpida chica bajo el agua. Finalmente se alejó y regresó acompañada por otras dos monjas. Habrían pasado unos veinte minutos cuando reunieron a todas las alumnas y les dieron orden de volver al orfanato. Sin embargo, Beatrice no podía abandonar a Freda. Lloró, gritó e intentó volver a meterse en el agua, pero sólo consiguió que la abofetearan y la obligaran a marcharse.

Pasaron varias semanas hasta que Beatrice pudo volver a conciliar el sueño durante una noche entera. Tenía horribles pesadillas en las que veía a Freda pidiendo socorro mientras la boca se le llenaba de agua. En sus sueños se mezclaban cachorros encerrados en un saco blanco y su mejor amiga, todos ellos luchando desesperadamente por respirar y pidiendo socorro a gritos.

Algún tiempo después, Beatrice oyó decir a la hermana Agatha que la difunta había sido encontrada con los pies atrapados en el fango que cubría el lecho fluvial. Las pesadillas de Beatrice se volvieron aún más terroríficas. Todas las noches le atormentaban visiones de Freda debatiéndose en el lodo, que iba invadiendo su boca, ojos y oídos, incapaz de mover los pies porque dos enormes piedras se lo impedían.

En el orfanato nadie parecía haberse percatado de la muerte de su mejor amiga. No hubo funeral ni responso, ni ceremonia alguna en memoria de Freda. Beatrice llegó a la conclusión de que los muertos salvajes no tenían los mismos derechos que los cristianos.

Por las noches, hablaba con su hermana muerta y le contaba cómo le había ido el día hasta que una noche, por fin, soñó que Freda ganaba alas y emprendía vuelo, conquistando así la libertad. Beatrice seguía sintiendo su presencia, sobre todo cuando veía cierto pájaro blanco que, de tanto en tanto, se posaba en la valla del orfanato y cantaba durante el recreo o sobrevolaba el jardín al atardecer.

Cada vez que llegaba una nueva niña a la institución, las monjas la obligaban a deshacerse de todas sus posesiones personales, quemaban su ropa y le cortaban el pelo. Esta última operación tenía lugar en una elevada silla de madera provista de correas colocada junto al despacho de la madre superiora. Las huérfanas sabían por experiencia que, en los treinta minutos posteriores a un nuevo ingreso, escucharían los alaridos de la niña atada a la silla y presenciarían un espectacular cambio de aspecto. Beatrice aprendió que aquél era un buen momento para entablar amistad con las recién llegadas. A lo largo de los años, se fue percatando de que, si bien cada una de las chicas era una persona única y especial, todas ellas compartían una serie de necesidades y sentimientos comunes. Sin embargo, jamás volvió a establecer un vínculo de hermandad con otra niña.

Beatrice vivía bordeando la frontera que, en el orfanato, separaba el buen comportamiento de la conducta reprochable. No solía mostrarse insolente ni obstinada, pero tampoco se dejaba intimidar. Mantenía conversaciones consigo misma de las que

sacaba sus propias conclusiones. «Esto no está bien —se decía—, yo sé que no debería ser así. Es como jugar a decir mentiras.» Beatrice creía que éstas no eran tales si ella discernía la verdad, y fingía acatar una realidad con la que no estaba de acuerdo. Tras la muerte de Freda, la mayor parte de sus oraciones y del tiempo que pasaba en la iglesia eran pura pantomima. Aparentaba sumisión pero, en realidad, tan sólo fingía.

No tuvo ninguna dificultad a la hora de aprender a leer, y se convirtió en una lectora insaciable. Los textos a los que tenía acceso eran muy limitados, pero cuando cumplió nueve años se ofreció como voluntaria para trabajar en el orfanato limpiando el polvo de los despachos, pues sabía que allí podría saciar su hambre de conocimientos con maravillosos libros de texto, mapas, revistas, enciclopedias completas e incluso cartas personales. Una o dos veces al año, todo el personal del orfanato tenía fiesta y sólo se quedaban dos monjas a cargo de las huérfanas, así que Beatrice aprovechaba para acceder a los muchos libros que no quedaban encerrados tras vitrinas de cristal. Según los postulados de la institución, no tenía mucho sentido enseñar a leer y escribir a las mujeres aborígenes más allá del nivel elemental, que les permitiría entender las señales de tráfico, leer los rótulos de los productos o, eventualmente, estampar su firma en un documento legal. Lo importante era formar a las chicas en labores prácticas, tales como limpiar, lavar, planchar, cuidar de bebés, plantar y cosechar cultivos, preparar conservas y —si se trataba de alguna aborígen excepcionalmente dotada— quizás incluso cuidar a los enfermos de su propia raza.

En un día gris y helado, Beatrice estaba en clase cuando la llamaron para que fuera a cortar y apilar leña. En el transcurso de la mañana, un hombre aborígen de avanzada edad se acercó a la niña y entabló conversación con ella. Era la primera vez que veía a un adulto de su propia raza. No pudieron decirse gran cosa, pues el cura que dirigía el orfanato, el joven padre Paul, lo amonestó por entorpecer el trabajo de la muchacha.

Al atardecer el hombre regresó. Venía caminando desde la dirección opuesta, pero no se comportaba de forma normal y despedía un olor extraño. El padre Paul lo tiró al suelo de un empujón. Luego, le ordenó a voz en grito que se pusiera en pie y se marchara. Lo pateó una y otra vez, hasta que la víctima logró incorporarse y se alejó con paso tambaleante. Tras la paliza, el cura pronunció un sermón sobre los perniciosos efectos del alcohol.

Beatrice también pensaba que beber no debía de ser bueno, y aquella noche, mientras contemplaba las estrellas por la ventana, hizo la promesa de mantenerse alejada del alcohol. Luego pensó que un compromiso así merecía una ceremonia especial. Con una taza de porcelana rota que había encontrado la chica que dormía en la cama contigua a la suya, se hizo un corte en la mano. Mientras las gotas de sangre se deslizaban por su piel, repitió su voto de abstinencia. Beatrice creía que solemnizar una promesa con su propia sangre era una idea propia y genial pero, años más tarde, descubrió que formaba parte de

su cultura desde la noche de los tiempos.

Beatrice jamás hubiera podido sospechar la trascendencia que cobrarían aquellas gotas de sangre en el curso de su vida. En el orfanato, las sábanas se cambiaban cada dos semanas, y precisamente al día siguiente se cambiaban las de la cama de Beatrice. La pequeña herida de la mano había sangrado un poco durante la noche, y la hermana Raphael descubrió la mancha cuando se disponía a lavar las sábanas. Beatrice fue llamada al despacho de la madre superiora, donde ambas monjas la sometieron a un interrogatorio. No quiso hablarles de la ceremonia, ni contarles por qué lo había hecho, pero sí les enseñó la herida de su mano. Las monjas intercambiaron miradas escépticas. Era obvio que no creían en las palabras de Beatrice. «La sangre me salió de esta herida», les había dicho. Sin embargo, ellas compartían un secreto que no estaban dispuestas a revelar: esa sangre podía no proceder de una herida.

Una semana más tarde, las monjas despertaron a seis chicas al alba y les dijeron que habían sido elegidas para ir de excursión a la ciudad. A sus nueve años, Beatrice era la más joven del grupo. Salieron en ayunas, pero antes pasaron por el vestidor del orfanato, un pasillo a cuyos lados se alineaban varios roperos de madera. En las Hermanas de la Misericordia, las prendas de vestir no se colgaban en perchas, sino que se doblaban y se superponían en ordenadas pilas. Las chicas solían llevar un uniforme idéntico, compuesto por un conjunto de blusa blanca y falda marrón, excepto en algunas ocasiones excepcionales, como la visita de algún matrimonio interesado en hacer una adopción. Entonces, las engalanaban con prendas donadas por los fieles. Aquel día, Beatrice se puso un vestido azul marino de cuello redondo ribeteado con cinta roja. El padre Paul llevó a las chicas en coche hasta la ciudad, no con la intención de llevarlas de paseo, sino de ingresarlas en un centro clínico.

Tan pronto como cruzó el umbral de la puerta, un olor fuerte y extraño invadió sus fosas nasales. La sala de espera estaba tan inmaculadamente limpia que las chicas no se atrevían a sentarse y permanecieron de pie, alineadas contra la pared. Una a una, las acompañaron a una serie de habitaciones individuales, donde las ayudaron a desvestirse y a ponerse una bata. Les dijeron que les iban a poner una vacuna y a hacerles una revisión médica. Lo último que Beatrice recordaba era el rostro de la enfermera que la pinchó en el brazo y, más tarde, cubrió su rostro con una mascarilla. Se despertó con náuseas y descubrió que tenía el abdomen vendado, al igual que sus seis compañeras. Todas presentaban una gran incisión suturada en la misma zona. Al día siguiente regresaron al orfanato, pero permanecieron separadas de las demás hasta que les retiraron los puntos. Habían entrado a formar parte de un proyecto experimental con el que un joven y ambicioso cura pretendía controlar el crecimiento de la población aborigen de Australia.

Geoff no sólo era el mejor jugador de fútbol del colegio, sino también uno de sus mejores alumnos. Aprendía con gran facilidad y siempre quedaba el primero en las competiciones de ortografía. Sin embargo, era un niño solitario que sufría el rechazo de sus compañeros porque los padres de éstos les habían enseñado que no debían aceptar la amistad de un chico negro. Su única pasión era el dibujo. Esperaba con ansiedad la clase de expresión artística, pues sabía que allí encontraría todo el papel que quisiera, además de lápices de cera, colores, acuarelas y otros materiales. En cuanto Geoff finalizaba el ejercicio del día, el profesor de dibujo le permitía seguir dibujando a su antojo. Siempre terminaba antes que los demás y, fuera cual fuese el ejercicio, entregaba un trabajo de extraordinaria calidad.

En casa no había papel de dibujo y Geoff no lo podía comprar, pues no recibía asignación alguna y tampoco tenía medios para ganar dinero, hasta que apareció el señor Schroeder.

El señor Schroeder era un veterano de guerra y vivía al otro lado del callejón que colindaba con el jardín de los Marshall. Sus piernas habían quedado inutilizadas, por lo que se veía obligado a vivir sentado en una silla de ruedas. Era un hombre huraño e irascible que buscaba consuelo en el fondo de una botella. Todos sus amigos y seres queridos se habían apartado de él a causa de la bebida.

Un cálido día de otoño Geoff estaba encaramado en lo alto del manzano cuando vio al señor Schroeder tratando de sacar la basura. Aunque había una tabla de madera sobre los peldaños de cemento de la escalerilla, maniobrar la puerta, sostener el cubo de basura sobre el regazo y descender la rampa era todo un desafío para un hombre en silla de ruedas. En aquella ocasión el cubo se le había caído al suelo, volcando parte de su contenido, incluida una caja que le impedía avanzar. En la rampa no había bastante sitio para que el señor Schroeder pudiera dar la vuelta, de modo que estaba atrapado y se desahogaba con una retahíla de maldiciones.

Mientras refunfuñaba, miró hacia arriba y descubrió al chico apostado en el árbol. Su presencia era bastante evidente, pues en aquella época del año las ramas del manzano estaban casi desnudas.

—¡Oye, chico! Ven aquí. Quiero que me ayudes —ordenó el señor Schroeder a voz en grito—. ¡Eh, tú! ¿No ves que necesito auxilio? Acércate, o llama a alguien que pueda ayudarme.

A Geoff no le inspiraba ninguna confianza aquel hombre de barba descuidada y pelo alborotado. Lo había visto en otras ocasiones y lo había oído renegar en su jardín mientras intentaba llevar a cabo las operaciones más sencillas. Sin embargo, puesto que el hombre lo había descubierto físgoneando, decidió bajar de su atalaya para ayudarlo. Dejó atrás la valla que delimitaba la propiedad de los Marshall, cruzó el callejón sin asfaltar a cuyos lados se alineaban los cubos de basura y se acercó al hombre varado. La caja se había quedado atrapada bajo una de las ruedas cromadas, impidiendo el movimiento de la silla. Geoff intentó sacar la caja, pero no pudo.

—Tira de la silla hacia atrás —ordenó el hombre—. A lo mejor así destrabamos la caja.

Pero fue en vano.

—Intente usted alcanzarla con la mano y sacarla mientras yo tiro de la silla hacia atrás —sugirió Geoff—. Esto es trabajo de dos.

El peso era considerable, pero el chico logró arrastrar la silla lo bastante para que el plan funcionara. En cuanto la rueda quedó libre, la silla avanzó rampa abajo a toda velocidad hasta que, uniendo sus fuerzas, el hombre y el muchacho lograron controlarla. El señor Schroeder fue el primero en romper a reír a carcajadas.

—Tenías razón, era trabajo de dos. Gracias por salvarme el pellejo. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Geoff, señor. Geoff Marshall.

—Encantado de conocerte, Geoff. Eres un muchacho muy fuerte. La verdad es que estaba en un buen apuro hasta que apareciste tú. Pasa dentro —invitó el minusválido—. Te daré una recompensa.

—No, gracias, no tiene por qué darme nada —replicó el chico.

—Claro que sí. Entra en la casa, ¿o es que me tienes miedo? Mira, me llamo Schroeder y te prometo que no muerdo.

Geoff empujó al señor Schroeder rampa arriba y entró con él en la cocina, donde se acomodaron y estuvieron charlando durante un rato. El chico le explicó que su padre jamás le permitiría aceptar dinero por ayudar a un vecino. Schroeder replicó que podía considerarlo una especie de sueldo y le propuso que lo fuera a visitar algunas veces a la semana después de clase para echarle una mano en lo que hiciera falta a cambio de dinero.

Como era de esperar, el reverendo Marshall se opuso a la idea de que Geoff cobrara

por sus servicios, pero le gustó la idea de que el chico prestara auxilio a un veterano de guerra minusválido. De hecho, pensó que el tema daría para un buen sermón.

Schroeder no le podía pagar al chico con dinero contante y sonante, pero se las apañó para averiguar qué cosas le gustaban y se las ofrecía a cambio de la ayuda que éste le prestaba. Compró papel de dibujo y material artístico, y puso su casa a disposición de Geoff para que fuera a pintar siempre que le apeteciera. Se hicieron buenos amigos. Schroeder disfrutaba de la compañía y la obra del joven artista, y llegó incluso a enmarcar algunos de sus dibujos. Para colgarlos, Geoff sostenía el marco de madera contra la pared mientras el veterano, apostado a escasa distancia, le daba instrucciones sobre la posición más adecuada. A menudo se reían al comprobar una vez más que casi todos los proyectos que emprendían eran trabajo de dos.

El carácter de Schroeder parecía haberse suavizado gracias a la influencia del chico, y éste estaba encantado de que por fin alguien lo tratara como un hombre. Schroeder empezó a poner mayor esmero en su higiene y aspecto personal, e incluso aprendió a hacer galletas para ofrecer a Geoff cuando éste iba a verlo después de clase. En los meses que siguieron, empezaron a trabajar juntos en la construcción de un jardín.

Schroeder fue la primera persona que hizo reflexionar a Geoff sobre su nombre de pila. Ocurrió en una de aquellas tardes compartidas, cuando el chico, tras un día especialmente duro en el colegio, se quejó de que no tenía amigos y no lograba encajar en ningún grupo. Entonces, el veterano le explicó que tampoco tenía más amistad que la suya ni había encontrado su lugar en la sociedad.

—Nunca podrás cambiar a los demás —le dijo—. Lo que tienes que cambiar es la manera de verte a ti mismo para sentirte cómodo con tu forma de ser, y entonces te dará igual la opinión de los demás. Cuando te sientes orgulloso de quien eres y vives a gusto en tu propia piel, poco importa cuántas personas se consideran tus amigas. Además, por alguna extraña razón, la confianza en uno mismo atrae admiradores. Claro que, a lo mejor, sería buena idea tratar de reducir las diferencias que te apartan de los demás. Tu nombre es un buen ejemplo de lo que trato de explicar. No lo escribes como se hace en Estados Unidos. Estoy seguro de que, al verlo escrito por primera vez, las personas no saben cómo demonios llamarte. ¿Por qué no pides permiso a tus padres para empezar a escribir Jeff en lugar de Geoff? O quizá se te ocurra algún apodo que te guste más y que podemos convertir en tu nuevo nombre de pila.

Los padres adoptivos de Geoff no le dieron permiso para que cambiara la forma de escribir su nombre pero, aun así, el muchacho lo hacía de forma esporádica. Utilizó la nueva grafía para inscribirse en el equipo de béisbol local, pues sabía que su familia jamás asistía a competiciones deportivas. Por su parte, Schroeder empezó a llamarle «bateador» al comprobar que Geoff era el único de su equipo capaz de marcar un *home run*. Geoff le comentó a su amigo que el cambio le resultaba agradable, que sentía como

si su nombre australiano hubiera perdido interés. Sin embargo, la familia Marshall jamás aprobaría ni alentaría su anhelo de integración.

Un día frío y nevado de invierno, cuando Geoff llegó a casa de Schroeder, éste tenía una sorpresa preparada para su joven amigo. Había logrado que alguien lo acompañara a la librería, donde había comprado un libro sobre el arte aborigen de Australia. Juntos, estudiaron aquel singular universo artístico en el que todas las figuras parecían encerrar un significado simbólico. Las personas se representaban con un trazo que parecía una «u» mayúscula, los ríos eran líneas serpenteantes y todas las ilustraciones tenían un fondo de toques puntillistas.

Geoff agradeció a su amigo por haberse tomado la molestia de buscar un libro sobre su cultura natal pero, aunque aparentaba interés, lo cierto es que sentía todo lo contrario. Para él, la información que contenían aquellas páginas era una prueba más de que el suyo era un pueblo primitivo y atrasado. Ningún aspecto del arte aborigen le hizo sentirse orgulloso de sus raíces.

A sus diez años, Beatrice amaba la naturaleza por encima de todas las cosas. Devoraba cuantos libros caían en sus manos con descripciones de los árboles y flores de su tierra natal y se sentía especialmente atraída por las imágenes de la selva tropical, las cascadas, las dunas de arena calcárea y las cuatro líneas costeras del continente australiano. Su curiosidad abarcaba todo el reino animal, de los mamíferos a los insectos, pasando por las aves y las criaturas marinas. Deseaba ver con sus propios ojos el mundo repleto de maravillas que adivinaba al otro lado de los muros del orfanato. A los once años, empezó a interesarse por la astronomía y a consultar libros sobre planetas y estrellas. Por las noches, salía del edificio a hurtadillas para tratar de identificar las constelaciones en el cielo. A los doce, Beatrice se había embarcado en el estudio de complejas teorías y experimentos científicos aunque, por supuesto, no disponía de laboratorio ni de profesor. Sin embargo, con la excusa de que quería hacerse enfermera, había logrado permiso para solicitar periódicamente una lista de títulos de la biblioteca pública. Cada quince días, el padre Paul le traía nuevos volúmenes y devolvía a la biblioteca aquellos que Beatrice ya había leído.

Aquel año, el padre Paul regresó al seminario y el padre Felix llegó al orfanato para sustituirlo durante seis meses. Lo habían puesto al corriente de todos los deberes que heredaba de su antecesor, entre ellos el de alimentar el interés de Beatrice por la lectura. La muchacha no tardaría en apreciar una notable diferencia entre el trato que recibía del padre Paul y el que le dispensaba el nuevo cura. En cuanto entró en su despacho, el padre Felix cerró la puerta con llave. Luego, se acomodó en su silla de piel y le indicó a Beatrice que se sentara al otro lado del escritorio, de tal forma que pudiera alcanzar el material que descansaba sobre el mueble. Después, le ordenó que hojeara cada uno de los volúmenes y le dijera si le gustaban o no, y también qué esperaba aprender de su contenido. Mientras cumplía sus deseos, la muchacha se percató de que el cura hacía algo con las manos por debajo del escritorio. No podía verlas, pero notaba cómo movía

los antebrazos.

Tras el interrogatorio, el padre Felix sonrió y le dijo a Beatrice que se acercara. La muchacha obedeció, reacia, sin saber qué esperar. Una extraña sensación en la boca del estómago le decía que el cura no albergaba buenas intenciones. Al rodear al escritorio, descubrió que el padre Felix se había abierto la bragueta y exhibía su pene erecto, que acariciaba con una mano. Se refirió en tono de burla a su interés por la ciencia y la biología, y le dijo que no podía descuidar el estudio de la anatomía humana. El cura no intentó hacer ningún avance hacia ella, pero siguió dándose placer y, cuando Beatrice apartó el rostro, soltó una carcajada. Mientras cerraba la bragueta, añadió aún que Beatrice debería darle las gracias por haberle enseñado algo que iba a perderse el resto de su vida, ya que nadie en su sano juicio se casaría con una mujer tan desfigurada como ella que, además, había sido operada para no poder tener hijos. Tras pronunciar estas palabras, el cura abrió la puerta y le advirtió que no divulgara a nadie el contenido de aquella conversación, bajo amenaza de no volver a sacarle libros de la biblioteca. Beatrice abandonó las paredes de madera del despacho en estado de conmoción. No acababa de entender qué había ocurrido allí dentro, ni qué había estado haciendo el cura, ni tampoco el significado de sus palabras. Se sentía desconcertada por la actitud del clérigo y también por el hecho de haber visto con sus propios ojos un órgano reproductor masculino. Pero lo que le produjo mayor perplejidad fue descubrir que la operación a la que había sido sometida a la edad de nueve años la había dejado estéril para siempre. En cuestión de segundos, se había dado de bruces con una serie de hechos que jamás habían cruzado su mente. Nunca se había detenido a pensar en los chicos, ni se había planteado la posibilidad de casarse o tener hijos y, desde luego, jamás se le había pasado por la cabeza que un cura decidiera bajarse los pantalones delante de ella. No le contó a nadie lo ocurrido, pero sí logró arrancarle a la hermana Margaret la confirmación de que la cicatriz que tenía en el abdomen era consecuencia de una ligadura de trompas. Beatrice tenía miedo de desobedecer las órdenes del padre Felix. Dos semanas después, llegada la fecha de devolución de los libros, los depositó en el suelo del pasillo, junto a la puerta de su despacho, y más tarde recogió la nueva remesa por el mismo procedimiento, que a partir de entonces utilizarían siempre.

En circunstancias menos adversas, un test de inteligencia habría revelado que, a sus trece años, Beatrice había alcanzado un grado de desarrollo intelectual equivalente al nivel universitario. Sin embargo, la extraordinaria inteligencia de la joven no despertaba el más mínimo interés entre las Hermanas de la Misericordia. Tenían bastante con saber que, desde que vivía enfrascada en sus estudios, Beatrice se había convertido en una muchacha tranquila que ya no causaba problemas.

Los miércoles por la noche, la familia del reverendo Marshall se reunía con su parroquia. Los fines de semana y los meses de verano se celebraban reuniones al aire libre. La vida con los Marshall era un continuo coro de cánticos entonados con pasión, oraciones recitadas con fervor, llanto de pecadores arrepentidos y gritos de aleluya. Al inicio de cada sesión, el padre adoptivo de Geoff congregaba a su atildada familia junto al púlpito. Nora sostenía en brazos al más pequeño de sus retoños, vestido de blanco de la cabeza a los pies, mientras que el mayor, pegado a sus piernas, lucía por lo general una camisa blanca y una diminuta pajarita ceñida al cuello. El reverendo Marshall procedía entonces a la presentación de cada uno de los miembros de su familia. Geoff era el último de la lista, y el reverendo siempre aprovechaba para hacer hincapié en lo caritativos que habían sido él y su esposa al acoger al hijo de unos salvajes para criarlo junto con su inmaculada prole natural. Geoff era un ejemplo para los feligreses. Había aprendido a permanecer recto con una sonrisa estampada en el rostro mientras el amo y señor de su hogar y de la iglesia repetía una y otra vez que todos debemos amar a nuestros enemigos, perdonar la ignorancia, rezar por los herejes, convertir a los salvajes y acabar con la malévola influencia de Satán por el procedimiento de erradicar las culturas incivilizadas. Todo aquello resultaba muy confuso para Geoff, que se levantaba el lunes creyendo que se estaba integrando poco a poco en la comunidad y que ya había pasado a formar parte de la familia de Dios, pero descubría al llegar el miércoles que lo exhibían como ejemplo de las almas perdidas de todo el mundo. La ceremonia de presentación se convirtió para él en un juego, una pantomima, un papel que representaba con tanta convicción como los personajes de los seriales radiofónicos cuyas peripecias Nora seguía fielmente. Había oído decir que los organistas ambulantes solían llevar consigo monos que utilizaban como atracción de feria y comparaba su suerte con la de los simios amaestrados. Que él supiera, no había ninguna otra persona de piel oscura en todo Vermont.

Un miércoles, Geoff se dio cuenta de que el reverendo había estado leyendo acerca de los pueblos aborígenes de Australia. En su sermón de aquella noche, habló de unas gentes tan primitivas que ni siquiera conocían la lengua escrita, no sabían construir casas ni cultivar alimentos e ignoraban conceptos tan elementales como el amor de Jesús o la salvación del alma. Geoff se sintió humillado y quiso explicarles a los Marshall que su interés por los pueblos aborígenes no estribaba en descubrir cómo eran ellos, sino en hacer saber a sus padres adoptivos quién era él, para tratar de acercarlos a su persona. No les dijo nada, sin embargo. Australia quedaba al otro lado del océano y estaba seguro de que jamás volvería a pisar su tierra natal.

Los dos hermanos adoptivos de Geoff nunca sintieron una especial predilección por él. Eran, claro está, mucho más jóvenes que Geoff, y estaban muy unidos entre sí. Cuando uno de los pequeños rompía algún juguete, ambos señalaban a Geoff como el culpable. Era su palabra contra la de los dos hermanos y nadie daba más crédito a su versión de los hechos, así que Geoff siempre salía perdiendo.

Conforme pasaban los años, el rendimiento escolar de Geoff fue decayendo paulatinamente. Entendía las lecciones, pero no sentía interés por lo que le enseñaban, así que se limitaba a cumplir con el mínimo requerido. Jamás se le ocurrió preguntar por qué su ropa procedía de tiendas de segunda mano, mientras que los hijos de los Marshall compraban la suya en grandes almacenes, ni por qué tenía que dormir en un rincón oscuro del sótano mientras los otros dos chicos compartían una habitación amplia y soleada en el primer piso. Nunca lo preguntó porque ya conocía la respuesta: aquél no era su hogar; su hogar no estaba en ninguna parte.

Geoff había cumplido catorce años cuando los Marshall se trasladaron a Tejas. Cuando se enteró de la noticia, le costó salir de su asombro. Al parecer, el asunto se había discutido en el seno de la familia y los padres habían tratado de convencer poco a poco a sus dos hijos naturales para que aceptaran el cambio, pero a Geoff no le dijeron ni una palabra hasta el mismo día del traslado y ni siquiera le dieron permiso para despedirse de su único amigo, el señor Schroeder. En Tejas, gran parte de la población estaba compuesta por mexicanos, indios y negros, y muchos creían que Geoff pertenecía a una de estas etnias. Al parecer, nadie en todo el estado había oído hablar de la existencia de aborígenes australianos. Para Geoff, los años de escolarización que pasó en Tejas fueron los mejores de su vida, no en el sentido estrictamente académico, sino porque se sentía aceptado, y no por un grupo cualquiera, sino por los estudiantes más rebeldes y temidos del instituto. Uno a uno, todos sus nuevos amigos acabaron revelándole que, en el fondo, deseaban aprender a leer, escribir y contar. En el fondo, eran chicos absolutamente normales, pero debían enfrentarse a tantos prejuicios que sólo una actitud provocativa e indisciplinada les garantizaba algo de atención por parte de los responsables del centro. Geoff llegó a la conclusión de que debía adaptarse a su nuevo

entorno, lo cual incluía aprender a decir palabras malsonantes, fumar, beber alcohol y robar. Sin embargo, también se encargaba de enseñar a leer y escribir a los demás chicos de la pandilla.

Tan pronto como hizo amigos, Geoff empezó a tener problemas con la ley. Al principio, cometía infracciones de escasa importancia, como faltar a clase o beber alcohol siendo menor. Luego, lo descubrieron al volante de un coche cuando ni siquiera tenía edad para obtener el permiso de conducir y lo arrestaron por primera vez por este motivo. Se negó a seguir yendo a misa y dijo basta a las provocaciones y abusos de sus hermanos adoptivos. Se mostraba sumamente reservado y se mantenía tan lejos como podía de la casa y de la familia Marshall, de la que se divorció psicológicamente.

A los dieciséis años, Geoff se había convertido en un alcohólico y, una noche, sencillamente no regresó a casa. Había bebido tanto en aquel jueves lluvioso que había perdido el conocimiento en la vieja cabaña que la pandilla utilizaba para sus reuniones. Hasta entonces, había logrado ocultar su adicción a los Marshall porque nunca bebía hasta el punto de caer borracho, sino que ingería constantemente pequeñas cantidades de alcohol que lo mantenían en un estado semiconsciente hora tras hora, día tras día. La ruptura con la familia Marshall fue rápida y sencilla. Ellos no se molestaron en buscarlo, y él no los echó de menos ni por un segundo.

En enero de 1952, Beatrice cumplió dieciséis años. La verdadera fecha de su nacimiento era imposible de señalar y, por tanto, su aniversario pasaba cada año sin pena ni gloria. En la misión de las Hermanas de la Misericordia jamás se había celebrado un cumpleaños.

A principios de febrero, Beatrice recibió órdenes de presentarse en el despacho del padre Paul. Junto a él, reunidos en torno a una larga mesa, se encontraban las hermanas Agatha y Margaret, el padre Raphael y una mujer blanca de mediana edad que lucía un vestido azul y un pequeño sombrero con velo, a juego con el vestido.

—Te presento a la señora Crowley —empezó el padre Paul, señalando a la desconocida—. Ha venido a ofrecerte trabajo. Nosotros sólo nos hacemos responsables de ti hasta los dieciséis años, así que ha llegado el momento de que te valgas por ti misma.

»La señora Crowley tiene una casa de huéspedes y necesita a alguien que la ayude a limpiar las habitaciones, preparar las comidas y atender a las necesidades de los clientes. Tú deberías poder hacerlo, ¿no crees?

—Sí —contestó Beatrice tímidamente.

—Bien. En tal caso, la hermana Margaret te ayudará a recoger tus cosas, y después del almuerzo te irás con la señora Crowley.

El padre Paul se levantó de la silla. Beatrice sabía por experiencia que ya podía salir de la habitación. Se encaminó hacia su rincón del dormitorio y se sentó en la cama. Su corazón latía desbocado. Desde que había perdido a Freda, su hermana del alma, no se había vuelto a permitir el lujo de tener una amiga especial o una confidente, pero aun así echaría de menos a las demás chicas, sobre todo a las más jóvenes. Introdujo la mano bajo el colchón, sacó una caja de puros y la sostuvo con cariño. Aquella pequeña caja contenía todas sus pertenencias, todo lo que tenía algún valor para ella: un frasco vacío de tintura de yodo, el velo blanco de Freda, una piedra reluciente y varias notas escritas

del puño y letra de Freda.

La hermana Margaret entró en la habitación con un saco de papel vacío. Beatrice dobló su ropa interior y sus camisones, los metió en el saco y finalmente introdujo también la caja de puros. Le dieron permiso para elegir dos vestidos de algodón del guardarropa comunitario, que añadió a su exiguo equipaje. Beatrice no había tenido ocasión de llevar calzado a lo largo de los últimos años, pero las monjas dieron con un viejo par de zapatos que se acercaba bastante a la medida de sus pies y que le darían un aire presentable para entrar a servir en casa de la señora Crowley. Ella, sin embargo, odiaba la sensación de incomodidad que le producían.

A mediodía, el padre Paul anunció la partida. Beatrice se despidió de todas sus compañeras sin moverse de su lugar en la mesa.

A la una de la tarde, viajaba sentada en el asiento trasero de un coche, entre bolsas de verduras frescas, una silla de jardín metálica lacada en azul y un viejo perchero de madera que sólo conservaba cuatro de sus seis colgadores originales. La señora Crowley iba al volante. Apenas hablaron durante el trayecto, pero a Beatrice eso le traía sin cuidado, pues estaba demasiado ocupada contemplando el mundo que hasta entonces apenas había atisbado. Cuando recordaba que había dejado atrás para siempre los muros del orfanato, sentía una especie de vértigo. Nada sabía del lugar en el que iba a vivir, ni lo que allí ocurriría ni cómo se enfrentaría a los acontecimientos que estaban por llegar. Sólo sabía que aquella misma mañana había pertenecido al orfanato y que ahora se disponía a pasar un período de prueba antes de pertenecer a alguien que se llamaba «señora Crowley».

Geoff Marshall no guardaría más que un vago y borroso recuerdo del período de su vida comprendido entre los dieciséis y los veintitrés años. Pasó todo ese tiempo sumido en un estado que oscilaba entre la euforia ética y el abismo de la depresión, vagando por autopistas y carreteras secundarias bajo el azote de la lluvia, la nieve, el granizo y el sol abrasador.

El día en que Geoff cumplió diecisiete años, el cielo amaneció encapotado. Corría el año 1953, era enero y Geoff se despertó en el asiento delantero de un camión que transportaba víveres. El conductor se había compadecido del muchacho tras haber estado a punto de arrollarlo con el camión, pues lo había encontrado de pie, bajo la lluvia, en el mismo borde de la carretera. El camión venía de una fábrica de Wichita, Kansas, y se dirigía a Nebraska y luego Iowa para entregar la mercancía. La lluvia no cesaba desde hacía varias horas y el calor condensado en la cabina del conductor, en contacto con el agua helada que caía sobre el parabrisas, empañaba continuamente los cristales, dificultando la visión. El conductor se había arrimado al borde de la carretera en una curva cerrada cuando, de pronto, los faros delanteros del camión habían iluminado un bulto negro y cubierto de hielo apostado junto al arcén. El muchacho llevaba puestos unos pantalones vaqueros de color azul que la lluvia había empapado y oscurecido, así como una delgada chaqueta de color azul marino con el cuello alzado hasta las orejas. Una capa de escarcha se había depositado sobre su ropa, pelo y piel oscura. El conductor giró bruscamente para no atropellar al muchacho y, tras recuperar el control del vehículo, frenó hasta detenerlo por completo. El chico se acercó corriendo.

—Sube —le dijo—. ¿Qué demonios haces aquí? ¡El pueblo más cercano queda a más de sesenta kilómetros!

Geoff le explicó que estaba viajando en autostop y que había llegado hasta allí en el coche de un granjero que luego había enfilado una carretera menor para dirigirse a su propiedad. No llovía cuando se había apeado del coche del granjero, cuatro horas antes.

Desde entonces, el tráfico había sido escaso y ningún coche se había detenido.

El hombre le dijo a Geoff que se quitara la chaqueta y la camisa mojadas, a la vez que sacaba de la parte de atrás del vehículo una vieja toalla que el muchacho se echó sobre los hombros. En el termo del conductor quedaba un poco de café que compartieron. Ninguno de los dos tenía mucho que decir, y Geoff no tardó en quedarse dormido.

Cuando volvió a abrir los ojos, el sol se había ocultado tras nubarrones de color gris, pero ya no tenía frío. Su camisa se había secado y sus pantalones seguían húmedos pero ya no le producían la incomodidad de antes. El conductor había aparcado el camión frente a un restaurante de carretera. Cuando apagó el motor, el súbito silencio despertó al autostopista.

—Es hora de desayunar. ¿Tienes dinero? —preguntó el conductor.

Geoff negó con la cabeza.

—Vale, no pasa nada. Ya pago yo.

El hombre y el muchacho entraron en el restaurante y se sentaron en el primer reservado que encontraron libre, en sendos bancos tapizados con una desgastada tela plástica de color amarillo. Una camarera los observaba desde el otro lado de la barra con expresión de intriga, como si quisiera preguntarles algo. No lo hizo, sin embargo. Algunos minutos más tarde, el conductor preguntó a voz en grito:

—Eh, ¿es que nadie nos va a servir?

—¿Qué van a querer? —contestó la mujer sin levantar la mirada del periódico.

—¿Qué hay?

—Lo normal: huevos, beicon, tostadas, crepes, cereales. ¿Qué va a ser?

—Yo tomaré huevos revueltos con beicon y patatas. ¿Y tú, chico? ¿Te apetece beicon con huevos?

Geoff asintió.

—¿Pagará usted lo del chico? —preguntó la camarera.

—Espere y verá —rechistó el hombre. Acto seguido, le hizo un guiño a Geoff, que estaba sentado frente a él, y añadió—: No hay ninguna necesidad de ser amables con la gente grosera. Esta chica todavía no ha descubierto cuál es el secreto para conseguir buenas propinas.

Mientras les servían el desayuno, entró un hombre que se sentó en la barra. Era alto y enjuto, lucía una incipiente calvicie y frisaba los cincuenta. La camarera lo saludó llamándolo por su nombre de pila, le sirvió una taza de café y luego se sentó frente a él. Lyle y la camarera parecían haber retomado una conversación suspendida desde el día anterior. El hombre aún no había dado con nadie que le ayudara a clasificar los objetos antiguos que guardaba en un viejo granero y que debían salir a subasta el sábado siguiente. La chica se compadeció de él pero no ofreció ninguna solución al problema.

—Aquí mi amigo es muy buen trabajador —afirmó el camionero sin parar de masticar

y señalando a Geoff con la barbilla—. ¿Puede ofrecerle comida, alojamiento y una paga?

—Sí, tengo una habitación —contestó Lyle—. Pero sólo hasta el sábado, quiero decir, no es nada fijo. Le pagaré diez dólares al día durante cinco días.

El conductor sonrió.

—Incluya este desayuno en la paga y cerramos el trato ahora mismo. ¿Te parece bien, chico?

Geoff no salía de su asombro. En un visto y no visto, aquel hombre lo había invitado a desayunar, luego había ofrecido y vendido a otro su mano de obra y ahora se dedicaba a regatear por el desayuno que acababa de ingerir. Geoff no pronunció una palabra hasta que el hombre se acercó a él, extendió su mano y dijo:

—Mi nombre es Lyle Moore. ¿Cómo te llamas tú?

—Geoff Marshall.

—Encantado de conocerte, Geoff. ¿Quieres este trabajo? ¿Estás de acuerdo con las condiciones? Hasta ahora sólo he oído hablar a tu amigo.

—Sí, por mí ningún problema —contestó Geoff—. Estoy libre hasta el sábado.

Y así, Lyle Moore y Geoff Marshall abandonaron el restaurante en el Ford del primero. La granja de los Moore quedaba a tan sólo diez kilómetros del pueblo. En ella había una casa de dos plantas, con la fachada de madera pintada de blanco. La propiedad incluía también un establo con ocho compartimentos, un granero donde se almacenaba el heno y la maquinaria, y otro silo de grandes dimensiones repleto de objetos que la difunta señora Moore había ido coleccionando a lo largo de los años. Cuando llegaba el verano, ella y su marido empezaban a acudir a las subastas de objetos usados y antigüedades que se celebraban en granjas vecinas durante el verano. Era su forma de esparcimiento social. Normalmente, los granjeros realizaban subastas para vender algunos de sus bienes cuando se disponían a reemplazarlos por otros nuevos, aunque a veces también se llevaban a cabo sencillamente porque las antigüedades se habían puesto de moda entre los habitantes de la ciudad.

—El gran problema de Mamá, es decir, mi esposa... siempre la llamaba Mamá, como los chicos —comentó Lyle—, su problema, digo, es que compraba cosas y más cosas pero nunca vendía nada, y ahora no me queda más remedio que deshacerme de todos esos trastos. El sábado vendrá un subastador y necesito saber qué hay en ese granero. Tengo que clasificarlo todo y separarlo por grupos, y sólo cuento con la ayuda de Nancy, la más pequeña de mis hijos. Es demasiado para nosotros dos pero, si nos echas una mano, creo que lo conseguiremos. Estás de paso, ¿no? Se nota que no eres de por aquí. Por cierto, ¿qué edad tienes?

—Este mes cumplo diecinueve —mintió, añadiendo dos años a su verdadera edad—. Ahora mismo me dedico a viajar un poco por el país, tratando de averiguar dónde me gustaría vivir y qué clase de trabajo me gustaría hacer.

—Me parece una buena idea. El mundo es muy grande y oportunidades no faltan.

La habitación de invitados de los Moore había sido el dormitorio del hijo de Lyle en sus años de juventud. Ahora era un hombre adulto y casado que vivía en Oregon y raramente volvía a su tierra natal.

La primera vez que Geoff escuchó la voz de Nancy fue en forma de grito. La muchacha no había contestado al «¡Hola, ya he vuelto!» que su padre había pronunciado al entrar en casa. Lyle se había dedicado entonces a enseñarle a Geoff la habitación y el cuarto de baño. Regresaban al pasillo cuando Nancy apareció corriendo escaleras abajo, secándose el pelo con una toalla. Cuando Geoff salió de pronto de la habitación, Nancy se llevó tal susto que lanzó un grito. Fue una escena muy embarazosa para los tres, aunque comprensible dadas las circunstancias. El señor Moore le explicó a su hija quién era el invitado y todo volvió a la normalidad.

El joven empleado de la hacienda Moore pasó el resto del día colocando infinidad de objetos en distintas secciones del ala central del granero. Era distraído irle haciendo preguntas a Lyle acerca de la utilidad de aquellos cachivaches. Había cientos de objetos enigmáticos, como un trineo de madera de seis plazas, o enormes sierras con mangos en cada extremo para que dos personas pudieran cortar un tronco. Geoff trasladó grandes calderos de hierro usados para derretir cera, y también los moldes para hacer las velas; en el interior de grandes armarios encontraron todo tipo de reliquias: viejos aparatos de radio, cajas y más cajas de platos, mantequeras de todas las formas y colores, y por lo menos cincuenta marcos ornamentales de madera tallada. Las anécdotas en torno a los viejos objetos eran fascinantes, pero aun así el muchacho no entendía qué motivo podría tener alguien para comprar todas aquellas antiguallas inútiles.

Aquella noche, el señor Moore le prestó a Geoff una muda limpia para poner a lavar la ropa que habían usado ambos durante el día. Luego se fue a la cocina y preparó la cena. Mientras tanto, Nancy esperaba repantigada en el salón y llamó a Geoff para que fuera a hacerle compañía. Al parecer, la señora Moore no había acostumbrado a su hija a colaborar en las tareas domésticas, y la muchacha no parecía muy dispuesta a tomar la iniciativa. Cenaron los tres juntos y luego los dos jóvenes se fueron al granero para ver los descubrimientos del día.

—La verdad es que me traen sin cuidado todos esos trastos viejos. Mi padre tiene una bodega de cerveza casera en el otro granero —reveló Nancy—. Cree que no sé que lo tiene allí escondido. Ven, te lo enseñaré.

Una vez dentro de la construcción en la que se almacenaba el heno, la chica se dirigió a un viejo armario de madera con la pintura cuarteada, abrió la portezuela y extrajo una botella.

—Podemos sentarnos por aquí —sugirió mientras se acomodaba en una pila de heno y abría la cerveza..

—Puede que esto no sea buena idea —apuntó Geoff, mirando a su alrededor en aquel escenario poco familiar—. Tu padre podría enfadarse.

—Qué va. Conozco a mi padre. Fregará los platos, escuchará algún programa de la radio, colgará la ropa y se irá a dormir. Ni siquiera nos buscará. Nunca lo hace.

La muchacha tenía razón. Mientras compartía con Geoff el contenido de la botella, le contó lo aburrido e insufrible que era vivir en el Medio Oeste. Luego abrieron otra cerveza. En algún momento de la madrugada, Geoff se despertó y descubrió que Nancy ya no estaba junto a él. Regresó a la casa y se metió en la cama, pensando que ella habría hecho lo mismo.

El día siguiente fue una réplica del anterior. Lo único que variaba eran las curiosidades que Lyle iba contando acerca de los objetos. Descubrieron un mueble bar de nogal provisto de una barra de latón para apoyar los pies que había sido rescatado de un viejo hotel, al igual que tres grandes espejos biselados, de dos metros de altura cada uno, que en su día habían adornado el mueble. El botín incluía también algunas sillas cuyo tapizado de terciopelo azul se había ennegrecido y desgarrado con el paso de los años, dejando entrever el relleno de crin. Lyle encontró una caja negra cubierta por el polvo que guardaba un par de extrañas pistolas. Le explicó a Geoff que eran armas de duelo y le habló de cómo los hombres de antaño solucionaban sus diferencias: a balazos.

Hacia mediodía, pararon para almorzar. Lyle preparó bocadillos y abrió una lata de sopa. Mientras comía, miraba por la ventana con expresión absorta. En la cocina reinaba un silencio absoluto hasta que Lyle abrió los labios para decir:

—Sabes, chico, no me puedo quejar de la vida que he tenido. Sí, soy un hombre afortunado. Soy el dueño del techo que cubre mi cabeza, conquisté el amor de una buena mujer y todos mis hijos tienen salud. El trabajo en la hacienda es duro, pero puedo irme a pescar siempre que me apetezca. Espero que encuentres tu lugar, muchacho. Espero que tú tampoco puedas quejarte de tu suerte.

Por la tarde, el autobús amarillo del colegio se detuvo en la carretera, a escasa distancia de la hacienda, y Nancy recorrió con parsimonia el trecho que la separaba de la casa. Se percató de que Geoff la observaba desde el granero pero no hizo ningún gesto de saludo. Cuando los hombres dieron la jornada por concluida y volvieron a la casa para asearse, la muchacha estaba encerrada en su habitación. Desde abajo se escuchaba el sonido amortiguado de la música y un retumbar de pisadas, como si estuviera bailando. No se molestó en ofrecer ningún tipo de ayuda a su padre que, una vez más, preparó la cena e hizo la colada del día.

Después de cenar, Nancy y Geoff se dirigieron al granero de heno con la intención de seguir desvalijando el armario donde Lyle guardaba la cerveza. Nancy estaba de buen humor. Odiaba la escuela, la hacienda y el pueblo, pero aquél había sido para ella un día especialmente grato, pues la habían elegido para interpretar un papel en la función teatral

del instituto.

—¿Por qué no se lo has contado a tu padre? —preguntó Geoff mientras abría una botella de cerveza y se disponía a beber el primer sorbo de la noche.

—Porque sé que no le interesa el tema. Tú no conoces a mi padre. Mi madre era la única que daba importancia a ese tipo de cosas. Seguro que habría venido a ver mi actuación, pero ya no puede verme. Yo no creo que los muertos sepan lo que pasa en el mundo de los vivos, ¿y tú?

—No sé qué decirte. Mi padrastro era predicador y no paraba de hablar sobre la muerte, el cielo y el infierno, pero era tan hipócrita que dejé de escuchar lo que decía. Hace mucho tiempo que no pienso en eso.

—Pues yo no creo que puedan vernos —insistió Nancy—, aunque me encantaría darles algo digno de ver, y se me está ocurriendo una idea genial —insinuó mientras desabotonaba su blusa y empezaba a desvestirse—. Nunca he visto a un negro desnudo. Quítate la ropa.

—Yo no soy negro —replicó Geoff—. Soy australiano.

—¿Y qué más da de dónde seas? Si eres negro, pues eres negro y punto, no pasa nada. —La muchacha cogió la mano de Geoff y la colocó sobre su cuerpo—. Venga, vamos a pasarlo bien —susurró.

Cuando vivía en Tejas, los amigos de Geoff le habían hablado de sus escarceos con las chicas, pero él nunca había estado con ninguna. Se sentía inseguro y avanzó despacio. Nancy no tardó en tomar las riendas de la situación. Apuraron la cerveza y después Geoff no acertó a explicarse qué estaba ocurriendo. Aquello no se parecía en nada a lo que le habían descrito sus amigos. Cuando hubo terminado, Nancy se vistió y regresó a la casa. Geoff esperó algunos minutos y luego siguió sus pasos. Cuando llegó, ella ya estaba durmiendo.

En la tercera jornada de limpieza del granero, Lyle descubrió una gran huevera de cartón en cuyas concavidades la señora Moore había depositado piezas de joyería antigua. Le dijo a Geoff que la llevara a la casa para que pudieran examinar su contenido con mayor detenimiento llegada la noche.

Tras la cena, Lyle recordó su hallazgo y le pidió a Geoff que entregara la huevera a su hija, con instrucciones de inspeccionar cuidadosamente cada uno de los compartimentos y tratar de averiguar si había algo de valor entre aquellas viejas alhajas. Lyle se uniría a la pesquisa en cuanto terminara de limpiar la cocina y tender ropa. Geoff observaba a Nancy mientras ésta retiraba las joyas, vaciando una a una las cavidades diseñadas para albergar huevos. Había anillos, pendientes, collares, pulseras. Ninguno de los dos jóvenes poseía los conocimientos necesarios para determinar el valor de las joyas, pero Nancy sostuvo en sus manos un collar de perlas y, en lugar de devolverlo a la huevera, se lo metió en el bolsillo. Luego, siguió examinando las piezas y añadió a su expolio un anillo

de diamantes, un broche de esmeraldas y un par de gemelos de diamantes antes de que su padre se uniera a ellos en el salón. El hombre parecía asombrado por la extraordinaria colección de joyas que la señora Moore había reunido y estaba seguro de que le darían por ella una buena suma de dinero en la subasta del sábado.

Al día siguiente, hacia mediodía, los dos hombres finalizaron la tarea. Lyle le dijo a Geoff que era libre de marcharse enseguida si así lo deseaba, aunque podía pasar la noche con ellos y seguir su viaje por la mañana. El granjero había colocado una muda de ropa limpia en una mochila que había pertenecido a su hijo y se la dio a Geoff, junto con un billete de diez dólares por cada día trabajado.

—Esto también es para ti —añadió, extendiendo la palma abierta de la mano, en la que descansaban un alfiler de corbata y dos gemelos a juego—. Creo que las piedras rojas pueden ser granates, o incluso rubíes, no estoy seguro. En todo caso, son joyas elegantes.

—Sí, lo son —confirmó Geoff—. No sé cuándo tendré oportunidad de lucirlas, pero no hay duda de que son elegantes.

—Todo joven que cruza el país en busca de su destino debe llevar consigo un buen par de gemelos —bromeó Lyle.

Durante el trayecto en coche de vuelta al restaurante donde se habían conocido, el joven pasajero observó de reojo al conductor, que ponía toda su atención en un trayecto que había hecho miles de veces. «Es un buen hombre —pensó Geoff—. Un hombre justo, quizás incluso generoso. Lástima que su hija no lo vea así pero, ¿quién soy yo para juzgar a nadie? Sólo he estado con ellos unos cuantos días.» De pronto, notó los gemelos en su bolsillo. «A lo mejor cree que me ha pagado poco, o tal vez se alegre de que no haya tenido mucho tiempo para poner mis manos sobre su hija. ¿Para qué quiero yo unos gemelos? Me los ha dado para perderme de vista, no porque realmente sintiera ganas de regalarme algo, pero es un buen hombre.»

Llegados al restaurante, Lyle se despidió de Geoff y entró en el establecimiento para tomar una taza de café. El muchacho se apostó delante del edificio con el brazo extendido y el pulgar apuntando hacia la carretera. Al cabo de cinco minutos, estaba de nuevo en ruta.

Geoff siguió recorriendo en autostop el territorio estadounidense y llegó a la conclusión de que beber resultaba más barato que comer. En Detroit, trabajó durante un mes fregando platos; en Nueva Orleans lo contrató una empresa de recogida de basura; en Miami cortaba el césped y hacía otras labores de jardinería. Allá donde iba, parecía atraer como un imán a personas infelices que por lo general se robaban unas a otras. Los que fregaban los platos robaban las propinas de los camareros, los recogedores de basura robaban las bicicletas de los jardines, los del servicio de jardinería pedían permiso a los

propietarios de las viviendas para ir al cuarto de baño y se llenaban los bolsillos con todo lo que encontraban a su paso. Geoff entendía a los ladrones pues, al igual que ellos, se sentía injustamente rechazado y privado de una serie de bienes materiales, lo cual le producía un sentimiento de profunda envidia. Sin embargo, había algo, una sensación abrumadora, que lo distanciaba de ellos y le hacía despreciar a quienes robaban: el sentimiento de culpa. Robar era pecado, y Geoff detestaba no sólo ver cómo otros lo hacían, sino saber que él también era capaz de hacerlo. Carecía de ambición, no sentía interés por ningún tipo de oficio y descubrió que, si bebía lo bastante, no había sentimiento de culpa capaz de hacer mella en su estado de ánimo. El alcohol era un alivio siempre bien recibido, y Geoff se volvió adicto a él.

En Arizona, a la edad de diecinueve años, fue a parar a la cárcel por robar un libro de cheques del interior de un coche aparcado. Lo enviaron a un centro de rehabilitación, y todo parecía indicar que iba por buen camino cuando una empresa de seguros lo contrató para trabajar como conserje y chico de los recados. Por desgracia, entre sus obligaciones figuraba la de comprar alcohol para los agentes de seguros, que solían ofrecer una copa a sus clientes. La tentación era demasiado fuerte y resultaba muy fácil acceder a la bebida, por lo que no tardó en perder su empleo. Poco después, en la ciudad californiana de San Francisco, Geoff fumó por primera vez una hierba especial que no se obtenía fácilmente en otros Estados. La adicción a una sustancia ilegal como la marihuana, añadida al problema del alcoholismo, fue el detonante de su definitiva caída. Geoff perdió toda noción del tiempo, del lugar en que se encontraba y de cómo había llegado hasta allí. Vagó durante meses bajo la constante influencia de sustancias adictivas.

La casa de huéspedes que regentaba la señora Crowley era un edificio de dos plantas cuyos listones de madera, a diferencia de las demás casas del barrio, necesitaban con urgencia una nueva mano de pintura blanca. La línea del tejado se prolongaba por encima de la puerta de entrada, formando un soportal que se apoyaba sobre dos pilares de ladrillo con los que se pretendía dotar al conjunto de un aspecto sólido y robusto. En la fachada se veían pequeñas ventanas con cortinas de distintos colores. La vivienda estaba precedida por una zona cubierta de césped y rodeada por una valla de hierro que medía poco menos de un metro de altura. La herrumbre carcomía la cancela y hacía imposible cerrarla. Arbustos sin podar y algunas flores silvestres crecían junto a la valla. La señora Crowley señaló la casa mientras la rodeaban para entrar por el callejón de atrás. Aparcó el coche a escasa distancia de la puerta trasera, resguardada por un mosquitero de medio cuerpo y precedida de un pequeño porche al que se accedía tras subir cinco escalones.

—Deja los muebles en el porche y lleva las verduras a la cocina —ordenó Daphne Crowley mientras cerraba con ímpetu la puerta del conductor y desaparecía en el interior de la casa. Beatrice miró a su alrededor. Una dulce fragancia apenas perceptible flotaba en el aire y sintió la imperiosa necesidad de descubrir de dónde provenía. El olfato la condujo hasta un árbol frutal que crecía olvidado en el espacio que separaba la casa de huéspedes de la vivienda vecina. Beatrice regresó enseguida a la tarea que le había sido encargada, pues no quería disgustar a su jefa justo en el primer día de trabajo. Retiró del coche las distintas piezas de la destartalada silla y el largo perchero de madera, que fue apilando en el porche junto con una caja metálica de reparto de leche, la base combada de una corona fúnebre y numerosas cajas vacías.

Lo siguiente que hizo fue sacar los alimentos del coche. Al cruzar el umbral de la puerta, se encontró en el interior de la cocina de la señora Crowley, una estancia abarrotada de objetos cuyo suelo de linóleo imitaba un embaldosado blanquinegro. En el

fregadero y en una mesa cercana se amontonaba una interminable pila de platos sucios. Los armarios de la cocina no tenían puertas, así que la estancia daba la impresión de no tener paredes, sino tan sólo compartimentos repletos de vasos, tazas, cuencos, cajas de varios colores y tamaños, y también productos comestibles en distintas fases de caducidad. Un gato de color mostaza salió desperezándose de debajo de la mesa, donde había estado durmiendo acurrucado en un banco. Beatrice no sabía dónde dejar las compras. La única superficie libre era el suelo, así que allí depositó las bolsas. De pronto, la voz de la mujer llegó a sus oídos a través de la pared que daba a la habitación contigua:

—Lo primero que quiero que hagas es fregar los platos. Los lavas, los secas y luego los guardas en su sitio. En un par de minutos iré a echarte una mano, y luego te enseñaré tu habitación.

Aquello parecía una tarea interminable, pero lo cierto es que Beatrice se alegró de tener algo en lo que concentrar su mente, asediada por mil y una preguntas. Primero tuvo que reordenar los platos sucios que se amontonaban sobre la mesa con el fin de hacer sitio para los del fregadero. Sólo entonces pudo llenarlo de agua y jabón. Dos horas más tarde, tras reponer dos veces el agua en el lavavajillas, pudo al fin dar la tarea por concluida. Para entonces, el gato amarillo ya había aceptado su presencia y se restregaba contra sus piernas ronroneando.

—¡Oh, vaya, qué tarde es! —exclamó Daphne Crowley entrando en la cocina como un huracán—. Tenemos que prepararnos para el té de la tarde. Pela esas patatas. Ten, aquí tienes un cuchillo. Yo haré las galletas.

Los preparativos transcurrieron sin incidentes. Daphne dio una serie de órdenes concretas que Beatrice supo cumplir sin necesidad de preguntas ni comentarios.

—Ahora lávate las manos y ponte este delantal. Quiero que todos te vean. Ven, ayúdame a llevar esto al salón.

Pasaron a la habitación contigua, donde había cuatro hombres reunidos en torno a una mesa.

—Caballeros, les presento a Beatrice, una negrita que ha sido criada y educada por las Hermanas de la Misericordia. Me ayudará con la casa y me encargará personalmente de que no les moleste, por lo que espero que su presencia resulte beneficiosa para todos nosotros. Beatrice, trae la sopera.

Así transcurrió el primer día de Beatrice en la pensión Crowley, y así transcurrirían también la mayor parte de los días siguientes. Por las mañanas, cambiaba las sábanas, limpiaba el polvo y barría las habitaciones. Una vez aprendió a cocinar al gusto de Daphne, era ella quien preparaba todas las comidas del día. También servía y atendía la mesa, y después recogía y fregaba los platos, limpiaba la cocina y los cuartos de baño e incluso ayudaba a sacar las malas hierbas del jardín. Además, se encargaba de podar y

regar el árbol frutal que crecía en territorio de nadie. Sus ramas arqueadas pronto empezaron a desmenuzarse, apuntando hacia el cielo repletas de hojas tiernas y brillantes.

La habitación de Beatrice quedaba en el ático, al que se accedía desde la cocina por medio de una escalera. Era una estancia enorme que se utilizaba como trastero y estaba repleta de objetos de toda clase. Había un único claro en el centro, delimitado por viejas mantas colgadas de las vigas que hacían las veces de paredes. El mobiliario de aquel improvisado dormitorio se reducía a un jergón y un pequeño tocador, pero Beatrice podía aprovechar los muebles desperdigados por el ático entre cajas cuyo contenido había caído en el olvido mucho tiempo atrás. Llevaba una semana durmiendo allí cuando, en un raptó de osadía, decidió hacer algunas modificaciones sin pedirle permiso a nadie. Cambió las mantas de lugar, ampliando así los límites de sus aposentos, y añadió al mobiliario de la habitación una pequeña mesa roja, una silla negra, una mecedora y un espejo roto. Gracias a la nueva disposición, su dormitorio contaba con una pequeña buhardilla. Para Beatrice, la buhardilla fue un hallazgo maravilloso, pues le permitía acceder al tejado, a un pequeño espacio llano que resultaba invisible desde abajo. La primera noche que durmió en el ático y descubrió que podía sentarse bajo el cielo estrellado, se sintió muy afortunada. Las luces de la ciudad dificultaban la observación de los astros, pero aun así Beatrice se las arreglaba para distinguir las constelaciones. Se acostumbró a dormir al raso. Lo cierto es que la superficie dura del tejado no era mucho más incómoda que las camas del orfanato y, con el tiempo, aprendió a abstraerse del incesante murmullo urbano. No recordaba haber sido tan feliz en toda su vida.

Los inquilinos de la casa de huéspedes iban y venían como las mareas, pero algunos se quedaban más tiempo que otros. Andrew Simunsen entraba en la categoría de los huéspedes de larga duración. A sus veintiún años, era un hombre alto, delgado y apuesto que vivía entregado en cuerpo y alma a la consecución del éxito. Había cursado estudios elementales en el medio rural donde había nacido y donde aún residía su familia. Se había trasladado a la ciudad para completar su formación académica y allí se había quedado. Andrew no sentía ningún interés por los oficios de su abuelo y su padre: el primero era agricultor y el segundo propietario de un comercio que esperaba poder legar a su hijo.

Andrew tenía visión de futuro. Estudiaba las tendencias económicas y estaba absolutamente convencido de que invertir en minerales como el hierro, el plomo y el petróleo era la forma más rápida y segura de amasar una fortuna. Tenía la costumbre de contemplar sus propias manos e imaginar que las adornaba un reluciente anillo de oro macizo con un gran diamante blanco en el centro. Evocaba esta imagen varias veces a lo largo del día para no perder de vista su principal objetivo en la vida: hacerse rico. En su imaginación, había diseñado y vuelto a diseñar el anillo una y otra vez. Estaba seguro de que algún día sería suyo, y el negocio de la minería se presentaba como el camino más

corto hacia el éxito. Por desgracia, no disponía de capital para invertir y no sabía absolutamente nada sobre la explotación minera. No obstante, empezó por conseguir empleo en un banco local, donde tenía oportunidad de tratar a los hombres más poderosos e influyentes del estado.

Andrew vivía en la pensión de la señora Crowley porque era económica y porque quedaba cerca de la parada de autobús. Trataba de ahorrar una parte de sus parcos honorarios, pero le resultaba difícil porque debía mantener las apariencias y eso le obligaba a gastar dinero en buena ropa. Decidió eliminar el almuerzo de su dieta y muchas veces optaba por caminar en lugar de tomar el autobús. Ni siquiera había sentido la tentación de buscar novia, aunque tampoco se podía decir que refrenara sus instintos sexuales: más bien sacaba provecho de ellos.

Había encontrado una especie de mecenas en la señora de Henry Holmes —Elizabeth para los amigos—, una acaudalada cliente del banco cuyo marido viajaba constantemente. Elizabeth se sentía sola y disfrutaba de la compañía de Andrew hasta el punto de estar dispuesta a engrosar las ganancias del joven a cambio de sus favores. Los amantes jamás habían discutido la cuestión del dinero. Después de su primer encuentro íntimo, Andrew descubrió algunos dólares en el bolsillo de su chaqueta, y ahora era capaz de adivinar con precisión qué cantidad encontraría en su bolsillo tras la cita en función de los deseos que había satisfecho.

A menudo recordaba el consejo que le había dado su abuela cuando no era más que un niño. Se disponía a emprender un viaje corto y ella lo estaba ayudando a preparar el equipaje. Sosteniendo en sus manos uno de los calcetines del nieto, la anciana había dicho:

—Guarda aquí el dinero que te sobre. Ningún ladrón se acordaría de buscarlo en un par de viejos calcetines.

Y así, por absurdo que pudiera resultar, Andrew jamás se deshacía de sus calcetines viejos. La mitad de los cajones de su cómoda estaban repletos de calcetines doblados que guardaban en su interior los billetes que le daba Elizabeth a cambio de sus servicios.

La pensión Crowley disponía de cinco habitaciones para alquilar cuyo escaso mobiliario se reducía a una cama, un tocador, una mesita auxiliar, un escritorio, una silla y una lámpara, unidos en una variopinta amalgama de tonos y estilos. Eran muebles sólidos y robustos, capaces de soportar el peso de un hombre de gran complexión. En la primera planta había un lavabo con bañera y ducha, y un excusado aparte, mientras que en la segunda planta había un pequeño aseo con lavamanos y retrete. Nadie podía entrar en el dormitorio de Daphne Crowley, que guardaba celosamente la pequeña llave dorada de sus aposentos y siempre la llevaba encima, colgada de un hilo que sujetaba al bolsillo con un imperdible.

John Ramey, otro de los residentes, era un hombre de mediana edad y sienes plateadas

en cuyo rostro destacaban dos penetrantes ojos azules que asomaban bajo las persianas nunca del todo alzadas de sus párpados. Seis meses antes, su casa se había convertido en pasto de las llamas, y en el incendio habían perdido la vida su esposa, su hijo y su nuera, dejándolo sumido en la más profunda desesperación. Durante los primeros tiempos se había hospedado en casa de unos amigos, pero no había podido acostumbrarse a la falta de intimidad. Le sacaba de quicio que los demás quisieran hablar cuando a él le apetecía mantenerse en silencio. Por las noches, cuando no podía dormir, le gustaba salir a caminar; a veces se iba a medianoche y sólo volvía a casa pasadas las tres de la madrugada. Procuraba no hacer ruido por consideración hacia los demás habitantes de la casa, pero también para evitar tener que oír una retahíla de preguntas y consejos.

Un día, mientras hojeaba la página de anuncios del periódico, descubrió la casa de huéspedes de Daphne. Poco le importaba el aspecto de la habitación y la calidad de la comida; sólo quería un sitio donde quedarse hasta decidir qué iba a hacer con su vida.

John Ramey trabajaba para una fábrica de cemento cuyos responsables solían hacer alarde de la infalible regularidad de su mejor empleado que, desde hacía veintidós años y hasta el día del incendio, jamás había faltado al trabajo. Después de la tragedia, John se había reincorporado a sus funciones, pero su rendimiento decayó y empezó a cometer errores, uno detrás de otro. El supervisor no sabía cómo enfrentarse a la situación. Era diez años más joven que John, no tenía ni la mitad de su experiencia y se compadecía de él por la terrible pérdida que había sufrido, pero no podía quedarse de brazos cruzados ante sus reiteradas muestras de descuido. Se reunió con el supervisor jefe para pedirle consejo y llegaron a la conclusión de que lo mejor sería hablar con John. Trataron de razonar con él, pero era como hablarle a una pared. No hacía más que sonreír con expresión ausente y asentir a cuanto le decían.

La mayor de las habitaciones alquiladas en la pensión Crowley ocupaba una de las esquinas de la parte delantera de la casa y en ella vivían un camarero llamado Kenneth y Charles, un joven que solía entretener a la clientela del bar donde trabajaba el primero cantando y tocando varios instrumentos. Kenneth y Charles trabajaban de noche y dormían de día. En la habitación que compartían había dos camas individuales, cada una de las cuales les costaba a la semana lo mismo que una habitación completa, así que Daphne estaba contenta con el trato. Debido a su intempestivo horario de trabajo, Kenneth y Charles raramente compartían mesa con los demás huéspedes, por lo que el hecho de que dos hombres compartieran habitación no había levantado sospechas ni rumores.

El quinto huésped era William Brawley, un hombretón de pelo encendido que tenía treinta y cinco años y pesaba cien kilos. Brawley trabajaba en la cervecería local y era el mayor apologista del dorado brebaje. Había sido expulsado de más tabernas, campos deportivos, hoteles y pensiones de lo que alcanzaba a recordar aunque, a decir verdad,

no tenía aspecto de borracho. En su caso, síntomas de ebriedad tan inequívocos como el semblante congestionado y la nariz enrojecida pasaban inadvertidos porque su piel se había curtido bajo el sol hasta adquirir un profundo tono trigueño salpicado de pecas más oscuras y un sinfín de finos pliegues que le surcaban todo el rostro. Los demás no se daban cuenta de que estaba bebido porque jamás lo veían sobrio. Brawley, como todos lo llamaban, sólo sacaba a la luz una faceta de su personalidad. Para mantenerla a flote, empezaba el día desayunando tres cervezas y tragaba por lo menos otras veinte antes de irse a dormir. Era un hombre grosero y bravucón, además de un sabelotodo, pero cada viernes pagaba religiosamente su alquiler, y eso era lo único que le importaba a la señora Crowley.

—Beatrice, ¿sabes planchar? —preguntó Daphne, mojando un panecillo del día anterior en su taza de té mientras los rayos de sol dibujaban formas caprichosas sobre la mesa de la cocina.

—Algo he planchado, pero no mucho.

—Es muy fácil. Sólo tienes que prestar atención a lo que haces y no dejar la plancha mucho tiempo sobre la tela, porque de lo contrario se quema. Hoy te enseñaré. Los huéspedes siempre están dispuestos a pagar un poco más para que les hagan la colada, y hasta ahora todos se han mostrado satisfechos, excepto Andrew Simunsen, que prefiere llevar su ropa a una lavandería china. Un muchacho extraño, ese Simunsen... se cree muy importante. ¡La lavandería china, ni más ni menos!

Más tarde, Beatrice recibió instrucciones sobre la forma de alimentar el tambor de la lavadora eléctrica. Tras dejar que la ropa diera vueltas en su interior durante algún tiempo, debía introducir las prendas enjabonadas en el mecanismo de cilindros que las escurría; luego, las introducía en la palangana de enjuague y finalmente las pasaba de nuevo por los rodillos antes de trasladarlas al cesto de la ropa limpia. Mientras Beatrice colgaba la ropa, Daphne supervisaba sus movimientos y le iba dando indicaciones precisas sobre la forma de colocar las prendas en el tendedero. Primero, había que insertar bajo la cuerda un mástil de punta bifurcada para impedir que cediera debido al peso de la tela mojada, y al tender las sábanas había que tener cuidado para que el viento no las arrojara contra el chasis del *sedan*. Después de las operaciones de lavado y tendido, Daphne instruyó a su pupila en el arte de doblar y planchar la ropa.

Por la noche, durante la cena, Brawley protestó por la mala calidad del pan y llamó a Beatrice al salón para increparla personalmente.

—¡Esto no hay quien se lo coma! Tiene un sabor asqueroso y está tan duro que ni siquiera ha podido absorber la miel. ¡Mira cómo se escurre por mis dedos! Tengo intención de decirlo a la señora Crowley en cuanto la vea, considérate avisada. ¡Más vale que te enseñe a cocinar, negra, o de lo contrario se verá obligada a comprar el pan que nos da de comer! ¡Si las cosas no empiezan a cambiar en esta casa, alguien tendrá que

largarse, y no será el viejo Brawley, eso te lo puedo asegurar!

Beatrice se sintió muy disgustada por las ofensivas observaciones del hombre. Aquella noche, tras haber finalizado sus quehaceres, subió a su refugio en las alturas y se preguntó qué ocurriría si la señora Crowley decidía prescindir de sus servicios. ¿Dónde iría? ¿Qué podía hacer? Dos semanas después de haber abandonado el orfanato, se cuestionaba por primera vez acerca de su propio futuro.

Aquel fin de semana, mientras limpiaba el cuarto de baño de la segunda planta, Beatrice encontró un reloj dorado sobre el lavamanos. Se disponía a bajar las escaleras para preguntarle a Daphne qué debía hacer con él cuando pasó por delante de la habitación de Andrew Simunsen. Había dejado la puerta abierta y estaba sentado al escritorio, leyendo un libro. Cuando vio a la muchacha, esbozó una sonrisa y la saludó. Luego, dobló la página, cerró el libro y dijo:

—Lo siento, he olvidado tu nombre.

—Beatrice —contestó la muchacha, alzando la mano en la que sostenía el reloj—. ¿Es tuyo? Lo encontré mientras limpiaba.

—Sí, sí que es mío —confirmó el joven mientras depositaba el libro sobre el escritorio—. Lo voy dejando en todas partes. Gracias.

—No hay de qué. Espero no interrumpir —añadió, adentrándose en la habitación para entregarle el reloj—. A mí también me encanta leer.

—¿De veras? ¡Vaya! No sabía que hubiera aborígenes estudiantes. ¿Y qué te gusta leer? —preguntó mientras se ceñía el reloj alrededor de la muñeca.

—Me encanta la ciencia en general: física, biología, astronomía, ese tipo de cosas. Claro que, desde que dejé el colegio para venir a vivir aquí, no he vuelto a abrir un libro.

—Hay una biblioteca en el centro, y tiene montones de libros que seguramente no habrás leído aún. Aquello es enorme. Deberías pedirle a alguien que te lleve.

No bien había acabado de pronunciar estas palabras, añadió rápidamente:

—Mejor aún: te daré la dirección —anunció, sacando papel y lápiz para apuntar las señas de la biblioteca. Mientras lo hacía, preguntó—: ¿Qué piensas hacer con todos esos conocimientos científicos?

Beatrice miró fijamente el rostro recién afeitado del joven y contestó:

—¿Que qué pienso hacer con los conocimientos? ¿A qué te refieres?

Andrew suspiró y puso cara de sorpresa. «Buena pregunta», pensó. Jamás había oído

hablar de un científico negro, y mucho menos de una científica negra. Las ocupaciones de los aborígenes eran un completo misterio para él, aunque sabía, desde luego, que en el banco no los contrataban ni siquiera para sacar la basura.

—No conozco a ningún aborigen personalmente, aparte de ti, claro está. No sé nada acerca de tu pueblo. ¿Por qué no me hablas de ti?

—De acuerdo —contestó la muchacha—. La verdad es que no sé muy bien qué decir —dudó, para luego pasar a narrarle la historia de su vida. Cuando Beatrice concluyó su relato, Andrew había llegado a la conclusión de que ella tampoco sabía mucho acerca de su raza.

Beatrice sugirió varias veces a Daphne la posibilidad de tomarse una tarde libre para visitar la biblioteca, y siempre obtuvo la misma respuesta:

—Un día de éstos lo haremos.

Un mes después, mientras volvían del mercado, Beatrice le recordó una vez más su deseo de conocer la biblioteca. Daphne aparcó el coche y subieron juntas los escalones de hormigón que conducían a la entrada, flanqueada por dos enormes pilares y dos leones de piedra. La anciana bibliotecaria no daba crédito a sus propios oídos. El hecho de que una aborigen pretendiera sacar libros prestados de la biblioteca era algo tan insólito como sospechoso. Recelosa, preguntó si la muchacha sabía realmente leer, si sería capaz de cuidar los libros y de devolverlos a tiempo. También quiso saber qué clase de libros le interesaban y luego sugirió que sería mejor para todos que leyera en la biblioteca. Así no habría motivo para preocuparse por la desaparición o el deterioro de los libros.

—Sí, lo mejor será que venga a leer aquí, sin duda —repitió la bibliotecaria varias veces, mirando a Daphne en lugar de dirigirse a Beatrice.

Al volver a casa, Daphne le explicó que la bibliotecaria no se había negado a prestarle libros; sólo se había opuesto a que los sacara de la biblioteca. Para la joven empleada, no había ninguna diferencia entre lo uno y lo otro, y se sintió muy decepcionada. Estaba sentada en el porche cuando se iluminaron las farolas de la calle, justo en el momento en que Andrew Simunsen se disponía a salir. Beatrice lo retuvo y trató de explicarle lo que le había ocurrido, pero Simunsen tenía prisa y se limitó a mascular un «lo siento».

El miércoles siguiente, Simunsen llamó a Beatrice a su habitación y le entregó tres libros que había sacado para ella de la biblioteca. Aquel gesto marcó el inicio de una larga y compleja relación. Él seguía sin entender qué provecho podría sacar de los estudios una criada negra, pero le pesaba en la conciencia el trato que recibía el pueblo aborigen. Se sentía responsable por el hecho de que Beatrice no tuviera ningún futuro y, aunque se negara a admitirlo, le atormentaban los remordimientos por aceptar dinero de Elizabeth.

Según el acuerdo al que habían llegado Daphne y las Hermanas de la Misericordia, su antigua protegida tenía derecho a una pequeña paga, alojamiento y comida a cambio de

sus servicios. También quedó estipulado que el diez por ciento de la paga se enviaría directamente al orfanato en concepto de limosna semanal. Los detalles del arreglo jamás fueron puestos en conocimiento de la huérfana, que siguió esperando y esperando su primer sueldo.

Beatrice llevaba cinco meses trabajando para Daphne y ésta estaba a punto de pagarle por primera vez cuando ocurrió algo que le hizo cambiar de opinión. Aquel día sonó el teléfono y, desde el otro lado de la línea, una secretaria de la fábrica de cemento le comunicó que John Ramey había muerto, lo cual significaba que sus finanzas iban a sufrir un serio revés.

John Ramey había muerto víctima del estado de apatía y dejadez en que se hallaba sumido. Acababa de fregar el suelo cuando había accionado la palanca de encendido de una máquina dejando caer un cable que, al entrar en contacto con la superficie mojada, desencadenó una descarga eléctrica mortal. La mala noticia para Daphne no era la defunción de su inquilino, sino el engorro de tener que buscar a otro nuevo.

—Beatrice, trae una caja de cartón y ayúdame a empaquetar las cosas de John —ordenó sin asomo de emoción mientras colgaba el auricular—. Se ha muerto.

El señor Ramey tenía dos maletas de cuero bajo la cama, por lo que no hubo necesidad de utilizar cajas. Tenía muy pocas posesiones, y éstas se limitaban casi exclusivamente a su ropa. No había ningún álbum de fotografías, ninguna joya, nada excepto unos cuantos objetos de higiene personal y dos cartones de cigarrillos que Daphne se llevó al piso inferior. También había un cenicero que no había visto antes; lo dejó sobre la mesita de noche y lo añadió a su inventario. Las maletas que contenían las pertenencias del difunto estuvieron en el vestíbulo durante dos días y luego fueron trasladadas al ático, donde habrían de permanecer hasta que alguien viniera a reclamarlas en nombre de John Ramey, algo que nunca llegó a ocurrir.

Pero los problemas en la pensión no se limitaban a la súbita escasez de huéspedes. Brawley seguía protestando por la comida, por el estado de su ropa, por el polvo acumulado en los muebles de su habitación y por cualquier otra actividad o circunstancia relacionada con la criada negra. No obstante, la señora Crowley sabía cómo manejarlo: fingía escuchar atentamente todas sus quejas, movía la cabeza con simulada perplejidad y luego le prometía poner fin a todos los desaguisados o librarse de la chica. Al principio, Beatrice se tomaba muy a pecho los comentarios de Brawley y le dolía no merecer la aprobación de uno de los huéspedes. Poco a poco, sin embargo, llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer para complacer a Brawley era desaparecer, o bien teñir su piel de blanco.

La nueva inquilina de la que fuera la habitación de John Ramey trabajaba en una tienda de ropa del centro y había llegado a la casa de huéspedes por referencia de Kenneth y Charles. Cuando se instaló, pagó dos meses de alquiler por adelantado,

ahorrándose así cualquier tipo de cuestionario por parte de la casera. Helena era muy alta y delgada. Sólo vestía prendas de primera calidad, y era tal la abundancia de su guardarropa que hubo de llevarse dos estantes metálicos de la tienda para colocar todos sus zapatos, sombreros y atuendos. Ocultaba la piel del rostro bajo una gruesa capa de maquillaje, llevaba los labios pintados de rojo carmesí y lucía unas uñas larguísimas. Tenía conjuntos de bisutería a juego con todos sus trajes y disfrutaba de una intensa vida social. Por el sonido de sus tacones en el sendero de la entrada, Beatrice sabía cuándo entraba y salía de la pensión.

Lo cierto es que pasaba tanto tiempo en el tejado que podía dar fe de las idas y venidas de todos los habitantes de la casa, pues había aprendido a reconocer sus pasos. Sabía incluso que el hombre que repartía la leche al alba, dejándola dentro de una caja metálica para que se mantuviera fresca, era el mismo que a veces entraba y salía sigilosamente por la puerta trasera y tenía permiso para cruzar el umbral de la puerta cuya llave de bronce guardaba Daphne con tanto celo.

Beatrice había trabajado un año para Daphne cuando ésta decidió por fin pagarle su primer sueldo. Nadie le preguntaba a Beatrice si era feliz, y ella misma tampoco solía plantearse la cuestión. Leía el periódico y escuchaba las conversaciones de los huéspedes, por lo que se mantenía al corriente de los últimos acontecimientos, pero ningún medio de comunicación se hacía eco de los problemas de tensión racial que tenían lugar en la ciudad. De hecho, era como si todo el continente australiano viviera ajeno a los conflictos entre blancos y negros.

Las luces de freno lanzaron su rojo destello cuando el conductor del Chevrolet modelo deportivo de 1953 pisó a fondo el pedal y, con un estridente chirrido, detuvo el vehículo varios metros más adelante. Los neumáticos seguían humeando cuando puso la marcha atrás y recorrió lentamente el camino inverso para ir al encuentro del autostopista que corría hacia él. Geoff casi esperaba que el conductor de rostro desconocido pisara el acelerador y arrancara a toda velocidad en cuanto él se dispusiera a subir al vehículo, dejándolo tirado en el suelo y con un palmo de narices. No sería la primera vez que le ocurría, así que abrió la puerta con cautela. El conductor era un joven de piel bronceada y pelo rubio cortado al rape que lo invitó a subir con una señal del dedo índice. El coche era tan nuevo que todavía olía a fábrica.

—¿Hacia dónde vas? —preguntó el chico rubio.

—A ningún sitio en especial. ¿Y tú?

—Voy camino de Fort Irwin, California. Me acaban de llamar a filas. Voy a pasar dos años cumpliendo el servicio militar y me han hecho este pequeño regalo de despedida. ¿A que es una preciosidad? —exclamó, mientras acariciaba con la palma de la mano el volante forrado de piel—. Los Burk son los dueños de casi todo en el lugar de donde vengo, incluyendo el concesionario de coches. Su hijo no quiere hacer la mili, así que me pagan a mí para hacerla en su lugar. No está mal, ¿eh?

Geoff sonrió pero se abstuvo de contestar. Una mirada le había bastado para averiguar cuanto necesitaba acerca de su interlocutor. Reconocía enseguida a alguien enamorado de sí mismo y sabía que debía limitarse a escuchar, lo cual no era mucho pedir a cambio de un viaje desde el Medio Oeste hasta la costa californiana. Ignoraba si alguien llamado Burk le había regalado el coche a su compañero de viaje o si lo había robado con sus propias manos pero, a decir verdad, tampoco le importaba.

—Harry, Harry Tull —se presentó el conductor alargando la mano derecha.

—Jeff —contestó el autostopista.

No llevarían más de cinco minutos en el coche, que avanzaba de nuevo a todo gas, cuando Harry le pidió al copiloto que sacara una cerveza del asiento trasero.

—Sírrete. Dentro de poco estará tan caliente que no se podrá beber. Tendremos que parar en algún sitio para comprar hielo.

Pasaron el resto del día bebiendo una cerveza tras otra, aunque estuviera caliente, y vaciaron un paquete de cigarrillos que se deslizaba a uno y otro lado del salpicadero. El conductor hablaba por los codos; el pasajero escuchaba. Harry hacía breves paradas para que pudieran orinar, pero ni siquiera llegaban a salir del coche: se limitaban a abrir las puertas y competían por ver quién eliminaba más líquido. A las once de la noche habían agotado las provisiones de bebida. Distinguieron en la distancia la silueta roja y luminosa de un caballo alado y acertaron a identificarlo como el símbolo de la compañía petrolífera Mobile, que anunciaba la cercanía de una estación de servicio. Harry decidió hacer un alto en el camino. Se apearon del coche entre risas y se dirigieron al edificio haciendo zigzags. Un cartel colgado en la puerta anunciaba que el establecimiento ya había cerrado, pero alguien había olvidado echar el cerrojo por dentro, así que los chicos hicieron caso omiso del cartel y entraron en el restaurante. Un fuerte olor a carne y cebolla impregnaba el aire.

—Póngame una de esas —ordenó Harry cuando un rostro rubicundo se asomó desde la cocina. El cocinero tardó en contestar. Presintió que aquel chaval podía darle problemas y optó por la resignación.

—¿Una de esas qué? —preguntó al fin.

—De lo que sea que huele tan bien. Hamburguesas, ¿no? Pues que sean dos. No, mejor cuatro. Tenemos hambre, ¿verdad, colega? —dijo Harry tamborileando con los dedos la superficie rosada de la barra, sin quitar ojo de la cocina. El cocinero no opuso resistencia. Colocó cuatro hamburguesas crudas sobre la plancha que acababa de limpiar y encendió los quemadores con una cerilla.

—Espérame aquí —dijo Harry—. Voy a por gasolina.

Se dirigió a la caja registradora y, tanteando el anaquel que había debajo, sacó una llave de aspecto poco común. «Qué gente más imbécil —pensó—. Siempre dejan la llave en el mismo lugar, al alcance de cualquiera.» Salió fuera, introdujo la llave en el surtidor de gasolina, lo conectó y llenó el depósito del Chevrolet. Acababa de dejar la llave en su sitio y se había unido a Geoff, que estaba sentado en un taburete de la barra, cuando llegaron las hamburguesas, servidas por un par de brazos regordetes y rojizos como el rostro que antes se había asomado.

—Ponme una cerveza.

—Y a mí otra.

El cocinero sacó las bebidas de la nevera y las dejó sobre la barra antes de volver a la cocina. Los dos chicos comieron en silencio. Luego, Harry rodeó la barra, abrió la nevera

y sacó dos *packs* de seis cervezas.

—Ten, llévalas al coche —le dijo a Geoff, mientras sacaba otra docena de botellas.

Geoff sabía que el cocinero no iba a hacer nada al respecto. No iba a llamar a la policía y probablemente ni siquiera se lo diría al dueño del restaurante, a no ser que éste lo obligara a justificar la desaparición de las cervezas. Cuando estaba en Tejas había asistido tantas veces a fanfarronadas como aquélla que podía prever sin esfuerzo la reacción de las víctimas. Tenía la impresión de que cada vez pasaba más tiempo observando a los demás y menos actuando por su cuenta.

Los días siguientes fueron una mera prolongación del primero. Cuando no podían mantener los ojos abiertos, Harry detenía el vehículo en el arcén y ambos sucumbían al sueño o al alcohol. Cambiaron dos veces la placa de la matrícula, que sustituyeron por otras robadas, y sólo en una ocasión pagaron por llenar el depósito de gasolina. Harry parecía disfrutar arriesgando el pellejo.

En la mañana del cuarto día, circulaban por la autopista 66 cuando Harry se detuvo frente a una tienda de víveres junto a la cual había dos letreros. El de arriba anunciaba que habían llegado al pueblo californiano de Linwood, habitado por treinta y siete almas; en el de abajo, una flecha indicaba un desvío hacia Fort Irwin.

—Supongo que aquí se separan nuestros caminos, socio —dijo Harry—. Quédate con el resto de la cerveza.

—Gracias —le contestó Geoff—. Oye, ¿estás seguro de que quieres meterte en un cuartel?

—Bueno, eso ya se verá. A lo mejor hasta me da por convertirme en militar de carrera. En el pueblo oí decir que mientras estás en el ejército no pueden arrestarte por ningún delito civil, ¡y eso a mí me suena a carta blanca para robar!

Dicho esto, Harry arrancó a toda velocidad sin mirar hacia atrás, levantando una nube de polvareda en el suelo de grava del aparcamiento.

Geoff entró en la tienda y compró una bolsa de patatas fritas. Luego echó a caminar lentamente hacia la costa, sosteniendo el desayuno con una mano mientras con la otra hacía autostop y se llevaba las patatas a la boca. Según le había informado el dependiente de la tienda, aún no había cruzado todo el desierto de Mohave, y le quedaban unos trescientos kilómetros para llegar a la costa. Llevaba un cuarto de hora caminando cuando notó que un coche se le acercaba despacio por la espalda. Se giró y reconoció la insignia pintada en el costado del vehículo: era una patrulla de tráfico del estado de California. Uno de los agentes bajó del coche y se acercó a él.

—¿Qué haces aquí, chico? —le preguntó el hombre uniformado.

—Nada. Me dirijo a Los Ángeles.

—Enséñame tus documentos.

—No tengo documentos.

El policía lo miró de arriba abajo y finalmente sentenció:

—En tal caso, tendrás que venir conmigo para que te tomen las huellas. Sube al coche.

Geoff obedeció sin protestar y sin hacer ningún tipo de comentario. Lo llevaron a Victorville, población que quedaba a cincuenta kilómetros del lugar en que lo habían detenido. Llegados a las dependencias de la policía de tráfico, le ordenaron que vaciara el contenido de sus bolsillos y le tomaron las huellas digitales. Luego, lo encerraron en una habitación desangelada en la que sólo había una mesa y dos sillas. No entendía por qué lo habían detenido y se preguntaba si todo aquello tendría algo que ver con Harry. Al cabo de dos horas, la puerta se abrió y entró un hombre desconocido que le hizo una serie de preguntas. Geoff contestó de la forma más evasiva que pudo e insistió en que sólo estaba de paso hacia Los Ángeles. Al parecer, no encontraron ningún motivo para retenerlo, así que por la tarde le devolvieron la libertad.

Cuando solicitó que le devolvieran sus pertenencias, los dos policías que lo atendían se miraron entre sí y movieron la cabeza en señal de negación.

—Traías los bolsillos vacíos, ¿no te acuerdas?

De pronto, se encontró ante una gran disyuntiva. En aquella ocasión no era un mero observador, alguien que asistía a los abusos cometidos y sufridos por otros. Durante años, había visto a las víctimas de dichos abusos como seres pusilánimes, y no entendía por qué se dejaban humillar. Ahora la víctima era él y debía elegir entre rebelarse para defender sus derechos o dejarse someter. Pensó que, en verdad, las joyas que le habían robado no significaban nada para él. No creía haberlas merecido, y estaba casi convencido de que el granjero se las había regalado para que no volviera a acostarse con su hija. Además, lo más probable era que no valieran gran cosa. Decidió aceptar la pérdida de las alhajas como el precio que debía pagar por su libertad. Fue una decisión sencilla. Eligió el camino de la sumisión y se fue con las manos vacías.

La palabra «cobardía» había asumido para él un nuevo significado. «En algunas ocasiones —se dijo— es mejor dejar que gane el otro. En el fondo, quizá la cobardía sea una señal de inteligencia.» Pensó que toda realidad admitía dos interpretaciones, y que la sabiduría consistía en saber elegir la más adecuada en cada momento.

Geoff se asustaba a sí mismo. Cuando no estaba borracho, lo atormentaban pensamientos profundos, demasiado profundos. De pronto, se sorprendía a sí mismo planteándose dilemas y buscando respuesta a cuestiones que nunca hasta entonces habían cruzado su mente. Sabía que llevaba un billete de cinco dólares en la suela de un zapato. Lo había puesto allí para que Harry no lo viera. Se detuvo para sacarlo.

«Me compraré un par de cervezas —pensó—. A ver si consigo que mi cerebro se tome un descanso.»

Durante el segundo año que pasó en la casa de huéspedes, Beatrice —que a la sazón contaba dieciocho años— perfeccionó su rutina de trabajo. Descubrió que, con un poco de astucia, podía dedicar parte del día a hacer lo que le viniera en gana; el secreto consistía en aparentar que seguía trabajando. Cada vez que Daphne la enviaba al mercado elegía una ruta distinta y, poco a poco, fue descubriendo otras zonas de la ciudad. Ya no le daba miedo subir al autobús. Siempre llevaba el importe exacto del billete para poder pagar y sentarse hasta llegar a destino sin más percances. Durante una de aquellas expediciones urbanas, descubrió un barrio exclusivamente habitado por aborígenes. Allí no había jardines de césped cuidadosamente podado, ni arriates de flores, ni las coloridas orlas que en otros barrios enmarcaban las puertas de las casas.

Toda la zona era un conglomerado de edificios destartalados con abundantes cristales rotos. Había cajas de madera astilladas y despojos metálicos esparcidos por el suelo. Bolsas de pan, latas de refresco vacías y otros desechos se arremolinaban en los bordillos, señalando la última dirección en que había soplado el viento.

Siempre había gente sentada en los escalones, bajo los árboles o en la acera. Cuando Beatrice veía a un grupo de niños jugando, se detenía y se sentaba para descansar y observarlos. Una mujer joven que aparentaba tener aproximadamente su edad se acercó y le preguntó:

—¿Alguno de ellos es tuyo?

—No —contestó Beatrice—. No tengo hijos.

—Ése de ahí es el mío —prosiguió la mujer, señalando un niño de cabellera rizada que llevaba pantalones cortos de color rojo—. Creo que no te había visto antes. ¿Eres nueva en el barrio?

—Sí. Trabajo en una casa de huéspedes y no conozco la ciudad, así que he decidido salir a pasear un poco.

—Así que trabajas. ¿Tienes un buen empleo? —preguntó la chica.

Gracias a su amistad con la joven madre, que se llamaba Pansy, Beatrice entró en contacto con todo un segmento de la sociedad cuya existencia desconocía hasta entonces. Había aborígenes de segunda, tercera e incluso cuarta generación nacidos en aquella especie de gueto o en sus aledaños. Los abuelos de los actuales habitantes habían sido desplazados de sus tierras a medida que los colonos blancos se fueron asentando. Les habían dado té, azúcar, harina y tabaco a cambio de sus tierras, su modo de vida y la totalidad de sus creencias y costumbres. Los nativos habían instalado sus tiendas en los límites de la ciudad y habían asistido a su desarrollo y expansión. Con el tiempo, la población blanca se fue trasladando, dejando atrás los deteriorados edificios en los que ahora habitaban los aborígenes. Ni siquiera los blancos de más baja estofa estaban dispuestos a convivir con negros, de modo que aquella zona se convirtió en un reducto aborígen. Beatrice descubrió que, en 1954, se habían inaugurado escuelas para enseñar a la gente de su pueblo, que los orfanatos y misiones religiosas iban cerrando sus puertas uno tras otro y que los aborígenes vivían de las subvenciones que les concedía el servicio de bienestar social. También se hablaba de promover la igualdad de derechos y se fomentaban medidas como la legalización de la venta de alcohol a los aborígenes. La equiparación de derechos en lo que respecta a la vivienda o las oportunidades laborales y las campañas de sensibilización en contra del racismo eran proyectos que todavía tardarían mucho en materializarse.

Beatrice trabajaba duro en la casa de huéspedes para concluir sus tareas lo antes posible y así poder pasar más tiempo en los arrabales donde vivía la comunidad aborígen. Hizo nuevos amigos y se le iban las horas oyéndolos hablar de acontecimientos históricos relacionados con su pueblo. Por encima de todo, le encantaba la compañía de los más ancianos, a quienes pedía que le hablaran de la vida en Australia antes de la llegada del hombre blanco.

El interés por conocer sus propias raíces se fue volviendo cada vez más insaciable y aprendió cuanto pudo de las antiguas lenguas aborígenes.

—Hacia el norte hay gente que todavía vive como antes —le dijo un hombre de edad avanzada—. Cazan, pescan y construyen sus viviendas entre la maleza. No quedan muchos, pero sí algunos.

—¿Hacia el norte? ¿Dónde exactamente? —preguntó Beatrice.

—No lo sé, pero si diriges tus pasos hacia allí acabarás encontrándolos. Así hay que buscar, hay que tener fe en uno mismo y en el camino. Yo ya soy muy viejo para volver. Llevo demasiado tiempo sentado en este lugar. No sé por qué mi gente debe sufrir este castigo, y no veo ninguna solución a nuestros padecimientos, pero sigo creyendo en la antigua ley según la cual, con cada reencarnación, a los hombres les es concedida una nueva oportunidad de demostrar que cuidan la Madre Tierra y viven en la Sagrada Unidad a la que están destinados desde el inicio de los tiempos. Tal vez los jóvenes

puedan enderezar el rumbo de nuestro pueblo. No sé... Se torció hace mucho, mucho tiempo. Tú que eres joven, inténtalo. Intenta enderezar el rumbo. Ve hacia el norte y aprende.

A la mañana siguiente, mientras el sol jugaba a asomarse entre las nubes que tapaban el cielo, Beatrice preparó el desayuno, limpió la cocina, lavó y colgó la ropa y arrancó las malas hierbas del jardín. Horas más tarde, mientras limpiaba y ponía orden en la abarrotada habitación de Helena, las palabras del anciano seguían resonando en su mente: «Hay que tener fe.» ¿Sería verdad que, en algún lugar, había gente que le podía decir quién era ella realmente? ¡Quizá sus propios padres seguían viviendo en ese lugar del norte! El hilo de sus pensamientos se vio interrumpido cuando, para limpiar el escritorio de Helena, tuvo que apartar todos aquellos frascos de medicinas. Pensó que aquella mujer debía de estar muy enferma, porque guardaba allí un verdadero arsenal de pastillas y dos recetas para la compra de hormonas femeninas. Beatrice sintió lástima por ella. Tenía un aspecto muy sano y llevaba una vida de lo más activa pero, si necesitaba todas aquellas medicinas, era evidente que no se encontraba bien. Como tenía que volver a dedicarse a limpiar el suelo de pelos, comprobó una vez más que la pobre pasaba buena parte de su tiempo eliminando el vello no deseado. Debía de ser terrible, pensó, ser mujer y tener tanto pelo —en los brazos, en las piernas, en el pecho— como un hombre.

Un día, durante el desayuno, mientras Beatrice servía el té y la cerveza, Brawley se dedicaba, como de costumbre, a hojear el periódico y a manifestar su opinión personal acerca de cada noticia. Había acabado de leer un artículo que hablaba del asesinato de una mujer de la alta sociedad, una tal señora de Henry Holmes, cuyo marido había sido interrogado por la policía y puesto en libertad. Al parecer, acababa de regresar de un viaje y no supo identificar al hombre que había sido visto en compañía de su mujer aquel mismo día. Sin interrumpir el movimiento con el que vertía la crema de leche en su taza de té, Andrew Simunsen le preguntó si el periódico había publicado alguna foto de la señora Holmes, añadiendo que, si fuera cliente del banco en el que trabajaba, quizá la conociera de vista. También preguntó si había alguna descripción del hombre que buscaban, a lo que Brawley contestó negativamente.

—Pero están investigando una prueba que han encontrado —añadió—. No dicen de qué se trata, sólo que es una joya.

Aquella noche, Andrew salió por la puerta trasera transportando una gran bolsa de papel que introdujo en el contenedor de rejilla metálica que había en el callejón antes de prenderle fuego. Normalmente, era Beatrice quien se ocupaba de sacar toda la basura de la casa. Apostada en el tejado, observó lo que hacía Andrew y le extrañó su comportamiento. El contenedor estaba casi lleno, así que ella misma se habría encargado de quemar la basura al día siguiente. Parte del contenido de la bolsa cayó por las rendijas

del contenedor, salvándose así de la quema. La curiosidad fue más fuerte que ella, y Beatrice lo recogió. Era el fragmento de una fotografía rota en la que se veía a una pareja sonriente cuyas cabezas se rozaban en un gesto cariñoso. El hombre de la fotografía era Andrew, y el rostro de la mujer era el mismo que Beatrice había visto en el periódico, el rostro de la señora de Henry Holmes. La muchacha también notó que Andrew ya no llevaba su reloj de muñeca que, al parecer, había decidido sustituir por uno de bolsillo. Beatrice jamás hizo ninguna pregunta al respecto ni le habló a nadie de sus conjeturas. La identidad del misterioso asesino de Elizabeth Holmes jamás salió a la luz. Pero ella sospechaba que habría reconocido el reloj de pulsera conectado con el caso.

Beatrice llevaba tres años ahorrando dinero. Se sentía bien cada vez que abría la vieja caja de puros y hacía recuento de sus ganancias. A lo largo de aquel año, se había ofrecido en varias ocasiones para ayudar a algún aborigen con graves problemas económicos, pero Pansy se lo había desaconsejado, aduciendo que ya les llegaría algún subsidio estatal y recordándole que la señora Crowley podía prescindir de sus servicios en cuanto quisiera.

A Beatrice le intrigaba pensar que tenía un futuro por delante y que cabía la posibilidad de no tener que pasar el resto de sus días trabajando para Daphne. A menudo evocaba las palabras del anciano que le había aconsejado emprender el regreso a sus orígenes sin más brújula que la fe en sí misma y en el camino que guiaría sus pasos. Sin embargo, quizá jamás se hubiera atrevido a llevar a la práctica sus deseos de no haber sido por el incendio.

Beatrice estaba durmiendo en el tejado cuando, a las tres de la madrugada, la despertó el intenso olor a quemado y el fino velo de humo que se colaba por la ventana de la buhardilla. Abajo, empezaba a cundir el pánico: los huéspedes abandonaban la casa, corriendo entre alaridos y cargando sus posesiones más preciadas. Los vecinos se despertaron y salieron a la calle. Beatrice entró en el ático y buscó su caja de puros en medio de la humareda que invadía la estancia. Luego se dirigió a la puerta, cuyo pomo quemaba. Logró salir, pero sólo para descubrir que la escalera ardía en llamas. Al abrir la puerta había dejado entrar tanto humo que el aire en la habitación se había vuelto irrespirable. No podía ver la ventana pero sabía en qué dirección estaba, así que contuvo la respiración y corrió. Sus manos encontraron el marco y trepó hacia fuera. Al principio, los bomberos no la veían, pues concentraban sus esfuerzos en apagar las llamas que consumían la fachada. Nadie les había dicho que vivía una persona en el ático. Finalmente, alguien la vio de pie junto a la cornisa, abrazada a su caja de puros, y le tendieron una escalera. Mientras un bombero la ayudaba a bajar los últimos peldaños, el tejado se vino abajo, esparciendo una lluvia de ascuas.

Daphne Crowley permanecía de pie en medio de la calle, con la cabeza cubierta de rulos de plástico rosados y el cuerpo enfundado en una bata de satén negro. Brawley

estaba junto a ella, sin más atuendo que sus calzoncillos. Su vientre de bebedor de cerveza parecía mucho más prominente que cuando lo ceñía bajo los pantalones con un cinturón. Kenneth y Charles llevaban idénticos albornoces de felpa y se abrazaban. De Helena no había ni rastro, pero una vecina había visto a un hombre con el pelo largo y ropa de mujer que corría calle abajo cargando un bolso. Al escuchar las palabras de la vecina, Beatrice asintió en silencio. Jamás se le había ocurrido que un hombre pudiera desear tener el aspecto de una mujer, pero aquello era la respuesta a todos los misterios que habían rodeado a Helena.

Andrew Simunsen no había vuelto a casa aquella noche. Beatrice pensó en consolar a Daphne, pero ni siquiera logró acercarse a ella. La propietaria estaba demasiado ocupada relatándole al jefe de bomberos lo valiosos que eran su casa y sus muebles. Luego le confió a una vecina que el seguro lo cubriría todo y que llevaba tiempo deseando vender la casa y mudarse a otro lugar. Si la compañía de seguros le concedía la indemnización que esperaba, saldría incluso ganando con la tragedia. Algunos instantes después, tuvo la amabilidad de añadir:

—¡Espero que detengan las llamas antes de que lleguen a tu casa!

Beatrice no quiso seguir contemplando aquel espectáculo. Tampoco se detuvo a pensar qué iba a hacer, dónde iría o qué le ocurriría de allí en adelante. Apretó la caja de puros contra la pechera del vestido de algodón que solía ponerse por las noches para salir al tejado y echó a caminar calle arriba con sus pies descalzos. Sin haber tomado una decisión consciente, dobló la esquina y se alejó. Se dirigía al norte, siguiendo los dictados de su corazón.

El catorce de julio de 1960, un transeúnte encontró a Geoff Marshall tirado en el callejón que daba a las traseras de una tienda de vinos y licores. Estaba inconsciente y tenía la ropa teñida de sangre, aunque su cuerpo no presentaba heridas. En el suelo, a poco más de un metro de distancia, había una navaja que llevaba impresas las huellas digitales de un hombre fichado como Jeff Marsh. Las huellas coincidían con las del sujeto, cuyo cuerpo se hallaba sobre los cadáveres de otros dos hombres. Geoff no recordaba nada, ni siquiera cómo había llegado a Florida. No conocía a los fallecidos, pero al parecer nadie los conocía. La policía no pudo identificar a las dos víctimas, que quedarían consignadas en los trámites judiciales como cuerpo número uno y cuerpo número dos. La sangre hallada en los pantalones y la camisa de Geoff coincidía con la de ambos cadáveres, y se dio por sentado que había sido él el autor del crimen. Geoff no sabía si lo era o no. Tenía la mente en blanco.

No se molestó en corregir a las autoridades respecto a su nombre. Supuso que, en algún lugar y momento que no sabía precisar, le habían detenido y había declarado a la policía que su nombre era Jeff Marsh. A decir verdad, poco le importaba cómo lo llamaran.

Geoff no tenía dinero para pagar la minuta de un abogado, así que le fue asignado uno de oficio. El letrado le aconsejó que se declarara culpable, aduciendo que, de esta forma, la sentencia sería probablemente más benévola que si el caso pasaba ante un jurado y éste lo declaraba culpable. Geoff desconocía por completo el sistema jurídico y puso su vida en manos del abogado. Se declaró culpable y fue condenado a la pena capital.

La vida le había cerrado la primera puerta en las narices cuando tenía menos de veinticuatro horas de vida; la segunda se le había cerrado de golpe, apartándolo de todo lo que hasta entonces había conocido, a la edad de siete años. Ahora, por tercera vez, una enorme puerta, en este caso de acero, se cerraba ante sus ojos con una resonancia metálica y definitiva. A sus veinticuatro años, se convirtió en el preso número 804781,

condenado a morir en la silla eléctrica.

Su ingreso en el sistema penal era un trasunto de aquella primera derrota que le habían infligido siendo apenas un bebé, cuando lo arrebataron de los brazos de su madre para arrojarlo al mundo de los blancos. Mientras avanzaba por el largo pasillo que conducía a su celda, cargando su uniforme, una almohada, una manta y una toalla, iba escuchando los silbidos y abucheos que le llegaban desde las celdas contiguas. Intentó no meterse en problemas, pero la privación del alcohol y de las drogas le provocaba alucinaciones. Pasó dos días intentando atrapar objetos inexistentes hasta que, finalmente, al tercer día de su estancia en la cárcel, lo encerraron en una celda de aislamiento. Cuando lo sacaron de allí, dos semanas más tarde, tenía la mente despejada pero sus problemas no habían hecho más que empezar. Geoff no encajaba en ninguno de los grupos en que se dividían los presos. Las distintas etnias se aislaban en pequeñas comunidades exclusivamente constituidas por blancos, afroamericanos, hispanos, indios americanos o asiáticos que, a su vez, se subdividían en distintas facciones según las creencias religiosas. Pero no había lugar en aquel crisol de razas para un aborigen australiano, y pronto se convirtió en el chivo expiatorio al que recurrían los demás siempre que tenían ganas de «zurrarle la badana» a alguien.

Hacia el final de su primer mes en la cárcel, Geoff estaba en la ducha colectiva cuando un hombre se abalanzó sobre él por la espalda y le inmovilizó el cuello con un brazo en tanto que otro le escupía en la cara. Mientras el esputo maloliente se deslizaba por su barbilla, le propinaron un golpe en el pecho que lo obligó a expulsar todo el aire de los pulmones. Apenas había recuperado el aliento cuando una bota con puntera de acero le asestó una patada en el riñón derecho que lo hizo caer de rodillas al suelo. El dueño de la bota contaba con la impunidad que había comprado a dos de los celadores. Geoff perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, le chorreaba sangre por la boca, la nariz y, sobre todo, por el profundo tajo que le habían abierto en la frente. Se incorporó y avanzó tambaleando hasta el vestíbulo, donde un guardia lo miró de arriba abajo y le ordenó que se vistiera.

Cuando volvió a salir, ya vestido, el guardia le preguntó si necesitaba atención médica, a lo que Geoff asintió. La sangre seguía manando profusamente de la herida abierta en la cabeza.

Después de aquello, Geoff aprendió a vivir con los cinco sentidos en constante estado de alerta y ganó fama de huraño, aunque a menudo se veía obligado a pelearse con otros presos. Entraba y salía periódicamente de la celda de aislamiento hasta que, al final, se labró una reputación de individuo peligroso y despiadado, alguien a quien convenía no buscarle las pulgas.

El sol del nuevo día asomó en el horizonte y se elevó resplandeciente sobre el hombro derecho de Beatrice. Era la confirmación de que, tras haber recorrido un dédalo de calles tortuosas y colinas de serpenteante perfil, tras haber cruzado barrios de mansiones y más tarde manzanas de edificios comerciales, seguía caminando rumbo al norte. Cerca de una autopista que se extendía más adelante, un letrero blanquiazul de superficie esmaltada indicaba la existencia de cuatro poblaciones, a veinte, ochenta, ciento veinte y doscientos cincuenta kilómetros de distancia. Los coches pasaban rugiendo a su lado, pero Beatrice ni siquiera alzaba la mirada. Aunque tenía los ojos clavados en el suelo, no estaba tan enfrascada en sus pensamientos como aparentaba. De hecho, tenía la mente en blanco. Un poderoso imán distante e invisible parecía empujar su cuerpo hacia delante. Su cerebro, embotado por los acontecimientos de la madrugada, se dejaba arrastrar como un objeto inanimado.

Sus pies ya no eran tan resistentes como cuatro años antes, cuando había entrado a trabajar para la señora Crowley y había empezado a usar zapatos. Las piedras y las raíces protuberantes le herían las plantas de los pies, que empezaron a inflamarse, aunque ella ni siquiera se dio cuenta. De cuando en cuando, un coche pasaba a su lado y hacía sonar el claxon a modo de saludo o de advertencia, pero sus oídos no registraban ningún sonido. Siguió caminando y caminando.

Cuando por fin despertó de aquella suerte de letargo, estaba en medio de una vía férrea. El pitido del tren estremeció el aire y Beatrice se sobresaltó al ver el monstruo negro que avanzaba hacia ella a toda velocidad. La amenaza del tren la devolvió a la realidad. Cruzó la vía y siguió por el camino que la llevaba al pueblo que se divisaba en lejanía, una cuadrícula de casas blancas y parches de césped. Beatrice llegó a un parque en el que había bancos y una fuente a la que se acercó para reponer fuerzas. Tal era su sed que casi podía sentir el agua recorriendo cada milímetro de su organismo. El contacto del agua fresca en su rostro la devolvió definitivamente a la realidad. Había

caminado veinte kilómetros pero no conservaba ningún recuerdo del trayecto.

Un delicioso olor a pollo asado impregnaba el aire. Guiada por el olfato, Beatrice cruzó el parque y fue a parar a la calle principal, a ambos lados de la cual se alineaban varios comercios. El local que ella buscaba tenía la fachada totalmente abierta al exterior, pues la pared delantera era una gran puerta corrediza que se desplazaba lateralmente durante las horas laborables. Un cartel anunciaba los platos disponibles y el precio de cada uno, pero Beatrice no se detuvo, sino que siguió avanzando hasta el cruce más cercano, dobló la esquina y allí, al abrigo de las miradas ajenas, abrió su caja de puros. Sacó algo de dinero, lo metió en un bolsillo y luego volvió sobre sus pasos hasta el lugar de donde procedían aquellos irresistibles efluvios. Desde el otro lado de la barra, el cocinero anunció el precio del plato que la muchacha había pedido y extendió la mano. Quería ver el dinero antes de entregarle la comida. Beatrice pagó y salió del restaurante con un envase que sostenía entre las manos como si de un tesoro se tratara. Volvió al parque y se sentó bajo un árbol para deleitarse comiendo el pollo dorado y las crujientes patatas fritas.

A su derecha se extendía un campo de césped en el que estaba a punto de concluir una partida de bolos sobre hierba. El campo estaba cercado por una alambrada y lo presidía un reloj que se elevaba entre los focos de luz. Justo cuando volvía su mirada en aquella dirección, las luces se encendieron súbitamente. Bajo los focos, los jugadores parecían máculas blancas sobre la verde alfombra de césped, pues todos ellos lucían uniformes de este color: sombreros blancos, camisas blancas, falda o pantalón blancos, zapatos blancos. Beatrice había oído hablar de aquel deporte, pero jamás había asistido a una partida de bolos sobre hierba. Aquello formaba parte del mundo blanco, y por tanto no era el tipo de lugar al que esperaba ser invitada. Tenía sueño y buscó un lugar recogido para descansar. Dio con un rincón rodeado de arbustos frondosos entre los cuales ocultó la caja de puros. Luego, se tumbó en el suelo y se durmió.

El sol ya había salido cuando alguien la despertó sacudiéndola por el hombro.

—Despierta. Te tienes que ir. No puedes quedarte en el parque —dijo el agente de policía que estaba de pie junto a ella, tapando el sol con su cuerpo—. Tienes que irte. Venga, muévete.

Beatrice alargó la mano bajo los arbustos, retiró su caja, se puso en pie y trató de estirar su desgastado vestido. Tardó un momento en orientarse, luego sacó otro billete de la caja, lo introdujo en el bolsillo y encaminó sus pasos una vez más hacia el restaurante. Había decidido desayunar un donut y un vaso de leche antes de abandonar el pueblo.

Después de desayunar echó a caminar por el arcén de la carretera. Había un flujo parsimonioso y constante de vehículos que pasaban aproximadamente cada cinco minutos. Uno de aquellos vehículos, una vieja furgoneta de color rojo, aminoró la marcha tras haber adelantado a la muchacha y se detuvo a unos cien metros de distancia.

Mientras se acercaba al vehículo, Beatrice distinguió en la parte de atrás a una mujer aborígen de mediana edad y un chico de unos doce años que viajaban hacinados entre piezas de mobiliario atadas con cuerdas. Otra mujer sacó la cabeza por la ventanilla del pasajero para preguntarle si quería que la llevaran. Beatrice aceptó el ofrecimiento y le indicaron que subiera a la parte de atrás. Hacía demasiado viento para intentar mantener una conversación, pero los tres viajeros intercambiaban alguna que otra sonrisa y señalaban algún punto lejano del horizonte. Para Beatrice, los siguientes sesenta kilómetros pasaron muy deprisa.

El vehículo se detuvo por fin junto a una pequeña casa amarilla de la que enseguida salieron varias personas, todas ellas aborígenes. Cuando Beatrice se presentó supo que estaba en la vivienda de la familia McDaniel. Según le contaron, las cuatro personas que viajaban en la furgoneta habían ido a recoger los muebles de casa de un pariente que había fallecido. Los McDaniel insistieron en que Beatrice se quedara a pasar la noche y fuera su huésped por unos días. Parecían dispuestos a compartir cuanto tenían y a acoger a los extraños como si fueran familiares cercanos que se encontraban de paso.

—Me llamo Pauline —dijo la mujer que la había interpelado en la carretera—. Ten, lleva este reloj —añadió dirigiéndose al chico, que lo asió para transportarlo al interior de la casa.

—Mi nombre es Beatrice. ¿Qué puedo hacer para ayudar? Les estoy muy agradecida por el viaje.

—Puedes ayudar a llevar esta mesa al porche —contestó la mujer—. ¡Freddy, ven a echarme una mano! —añadió a voz en grito.

Dos hombres acudieron a su llamada y se encargaron de maniobrar la mesa cromada y salpicada de herrumbre mientras Beatrice y Pauline cargaban una silla cada una. Dejaron la mesa en el porche, pues no había lugar para ella dentro de la casa. A duras penas habían logrado hacer sitio para una mesa y cuatro sillas en la cocina. Por lo que respecta a las restantes cuatro habitaciones de la vivienda, estaban repletas de camas, sillones, armarios e incluso colchones tendidos en el suelo. El cuarto de baño era la estancia contigua a la cocina y el retrete quedaba en un cuartucho al que se accedía desde el recibidor.

Nada más cruzar el umbral de la puerta, los recibió un maravilloso olor a comida casera.

—Quédate a comer con nosotros —insistió Pauline—. Luego podremos sentarnos en algún rincón para que nos cuentes tu historia.

Beatrice nunca había pensado en su vida y las circunstancias de su singular peregrinaje como una historia, pero se le antojó una buena forma de llamarlo. Después de cenar, accedió a la petición de su anfitriona y habló del incendio en la casa de la señora Crowley y de su interés por conocer las viejas costumbres del pueblo aborígen.

—¿Por qué te interesa el pasado? —inquirió Pauline mientras se llevaba a la boca un trozo de ñame—. Es como si quisieras ir hacia atrás, cuando lo que tenemos que hacer es avanzar. Debemos luchar para que el Gobierno nos conceda más subvenciones, más viviendas y mejores puestos de trabajo. ¡Si empiezas a hablar como la vieja Auntie, sólo lograrás empeorar las cosas!

—Puede que tengas razón —concedió Beatrice con una sonrisa, mientras estudiaba el rostro de Auntie, la anciana que estaba sentada en un rincón del porche—. Pero ¿cómo sabremos por qué luchar en el futuro si ni siquiera sabemos lo que hemos perdido? —Luego, volviendo la mirada hacia los demás, añadió—: Sólo pretendo pasar algún tiempo con alguien que me pueda hablar del pasado, que me pueda contar cómo solían ser las cosas, para llegar a entender cómo y por qué ha cambiado todo.

—Aún quedan algunos que viven según las antiguas costumbres —intervino Freddy—. Si vas a Arnhem Land o te internas en el desierto los encontrarás con toda seguridad. Nosotros tenemos amigos en el norte y en el territorio occidental. Si quieres, te puedo poner en contacto con ellos.

—Pero las cosas van igual de mal por allí —objetó Pauline—. ¡Todo es tan injusto! Nadie en el Gobierno está interesado en escucharnos, ningún hombre blanco se preocupa por nosotros, y todo el poder está en sus manos. Si de ellos dependiera, nos mandarían a todos a vivir al desierto. Así el ganado podría pastar a sus anchas por todas las tierras fértiles, excepto en aquellas que decidieran sepultar bajo cemento para levantar más tiendas. Pues yo no tengo ninguna intención de salir huyendo. Aquí estoy y aquí me quedaré para defender nuestros derechos. Si nos obligan a aceptar sus costumbres, tendrán que dejarnos vivir como ellos. Necesitamos tener nuestros propios médicos y abogados, nuestros locutores de radio, nuestros operarios en la cervecera y... —pero no pudo proseguir porque los hombres interrumpieron sus palabras con un coro de carcajadas.

—¡Sí, Pauline, si pudiéramos trabajar en la cervecera, todo se arreglaría, sin duda! —bromearon.

—Tú sueñas —sentenció Freddy—. Pretender que los negros trabajen con los blancos, que cobren lo mismo, que desempeñen las mismas funciones, que vivan puerta con puerta... todo eso no es más que un sueño.

Entonces se escuchó el hilo de voz de la vieja Auntie, que dijo casi en un susurro:

—Nosotros somos los hijos del Tiempo del Ensueño, los únicos que entienden lo que significa ser humano. Tenemos que vivir el Ensueño, ésa es nuestra única salida. La única forma de ayudar a nuestro pueblo, la única forma de ayudar al mundo. El hombre blanco cree que todos los aborígenes vinieron del desierto, pero mi pueblo pisó este mismo suelo miles de años atrás, y ésta era nuestra tierra. Nuestro país se extendía desde el mar hasta las montañas, pero nadie se guiaba por mapas de papel. Las fronteras

estaban marcadas por las estrofas de una gran canción. Todo tenía su lugar —y se mantenía en su lugar— gracias a la música. Las naciones vecinas conocían nuestra canción y así reconocían los árboles, los arroyos, las rocas y las montañas a las que cantábamos. Nuestros antepasados construyeron este lugar para nosotros siguiendo los dictados de sus sueños, y levantaron un lugar donde brillaban el honor, la dignidad y la felicidad. Aquí se cuidaba a la Madre Tierra. Pero entonces llegaron los hombres blancos, trayendo consigo a otros hombres encadenados, y no aprendieron nuestra canción. Por el contrario, se reían de nuestra música y de nuestras costumbres. En sus mentes no había lugar para el Ensueño.

Entonces la anciana empezó a cantar:

—*Na na num que, num que, num que.*

Beatrice se sintió fascinada por la ancestral lengua rescatada de los recuerdos de infancia de Auntie. Cuando la anciana terminó de cantar, acordaron que Beatrice se quedaría con ellos unos pocos días para aprender algunas palabras y canciones, pero esos pocos días iniciales pronto se convirtieron en un mes. Beatrice ayudaba a sus anfitriones en todo lo que podía, y contribuía con su dinero a los gastos de alimentación.

Pauline la llevó a una tienda de ropa de segunda mano, en la que se vendían a precios muy asequibles prendas usadas cuyos beneficios revertían a favor de una organización caritativa. Beatrice compró dos vestidos, un par de zapatillas de lona y un morral azul para cargar sus pertenencias.

En una de sus charlas diarias, Beatrice y la vieja Auntie debatieron el tema de la religión.

—El cristianismo me gusta —afirmó la anciana mientras estiraba la columna y se apoyaba contra el tronco de un árbol, buscando una posición más cómoda—. Me gustan las historias de Jesús y la música de órgano, que es tan agradable. Pero jamás he podido entender esas diez reglas de las que se sienten tan orgullosos. Dios le dijo a un hombre que las escribiera sobre piedra, pero yo creo que hubo algún error. Una de las reglas dice que debemos respetar a nuestros padres. Y yo me pregunto: ¿por qué habría de querer la Divina Unidad que algo así quedara escrito si nos hace querer a nuestros padres desde el día en que nacemos? Los niños aman a sus padres de forma natural, y haría falta enseñarles lo contrario para que no los amaran. Creo que, a lo mejor, lo que en verdad decía la regla era algo así como «No cometes actos por los que tus hijos puedan dejar de quererte». Seguramente el hombre encargado de escribir la ley habrá pensado que era demasiado larga y la habrá acortado.

»Hay otra regla que ordena no robar, pero todos sabemos que, si escuchamos la voz de nuestro corazón, no podemos vivir a gusto con nosotros mismos tras haberle quitado una cosa a alguien sin su consentimiento. También tienen una regla según la cual debemos recordar a Dios un día por semana. No puedo creer que la Divina Unidad haya

querido dejar escrito algo así. Nosotros veneramos la Divina Unidad en todas las cosas, todos los días, desde que sale el sol hasta que se pone. Es una lástima que se estén olvidando las ceremonias, los bailes y las lenguas de nuestro pueblo, pero llegarán tiempos mejores, estoy segura. Puede que tarden otros mil años en llegar —añadió en tono socarrón— pero llegarán. No debemos abandonar nuestro sueño. Escucha, Beatrice: si vives el Ensueño, las personas que necesitas conocer vendrán a tu encuentro.

A los pocos días de aquella conversación, mientras estaba en el patio ayudando a Pauline a desplumar gallinas en el patio, que primero escaldaban en una gran olla de agua hirviendo para luego arrancarles el plumaje sin esfuerzo, Beatrice decidió anunciarle a su amiga que debía marcharse. Allí, entre plumas rojas que se adherían a sus brazos y a su vestido, mientras flotaba en el aire el singular olor del plumaje mojado, le dijo que había llegado el momento de seguir su viaje.

—Tengo que irme, Pauline. Necesito estar con la gente del norte.

—Quédate con nosotros, Beatrice. Juntas tal vez podamos hacer algo por nuestro pueblo —replicó Pauline—. Dos pueden más que una. Además, yo necesito tu ayuda, y lo que hagas por la gente de aquí beneficiará también a los que viven en el norte. Todos tenemos las mismas necesidades.

—Quizá recuperar nuestras raíces nos ayude a todos en otro sentido —repuso Beatrice en tono conciliador—. Si nos limitamos a quejarnos no solucionaremos nada. Yo necesito saber quiénes somos, o quiénes éramos. Me cuesta creer que la respuesta a nuestros problemas consista en obtener puestos de trabajo como los de los blancos y vivir en casas como las suyas. No sé cuál es la solución, pero creo que podré averiguarlo si me mantengo fiel a mis sentimientos. El corazón me dice que debo creer en este aliento que me guía y en la existencia de un camino que orientará mis pasos. Lucharé a tu lado, Pauline, te lo prometo. Pero necesito saber no sólo contra qué lucho, sino también por qué.

A la mañana siguiente, Beatrice se despidió de todos y retomó el viaje, siguiendo el trazado de la autopista. Llevaba su modesta caja de caudales —cuyo contenido había menguado considerablemente— dentro del morral azul, junto con algunos alimentos que los McDaniel habían insistido en regalarle, además de una vieja cantimplora militar con agua que llevaba colgada en bandolera.

Aquel día, varios vehículos se detuvieron para ofrecerle transporte. En el primero viajaba una pareja de ancianos blancos con los que Beatrice compartió tres horas de trayecto hasta que llegaron al cruce en el que el matrimonio debía abandonar la autopista. Luego la recogió una mujer extranjera que estaba de vacaciones y la llevó hasta la siguiente ciudad. Beatrice se apeó del coche junto a una gasolinera, donde aprovechó para llenar la cantimplora y comer un bocadillo antes de reanudar la marcha. De pronto, mientras caminaba, un sonido bronco y estridente rasgó el aire a sus espaldas. Era un camión de transporte de mercancías cuyo conductor hizo sonar la bocina antes de detenerse. Tenía toda una noche de carretera por delante y pensó que no le vendría mal un poco de compañía. Beatrice agradeció su generosidad y subió al camión.

—¿Adónde te diriges? —farfulló el hombre, que llevaba un cigarrillo colgado de la comisura de los labios.

—Al norte.

—Hay muchos negros viviendo allá arriba, ¿verdad? Supongo que debe de haber buenos arbustos y raíces. Lo que no entiendo es como podéis comer eso. La verdad, donde se ponga un buen bistec de ternera y el pan untado con mermelada casera...

El hombre se entretuvo el resto de la noche hablando de cuantos temas le venían a la mente. De vez en cuando, interrumpía su monólogo para solicitar la opinión de Beatrice, aunque por lo general un simple «ajá» bastaba para satisfacer su curiosidad. Beatrice tenía mucho sueño pero, puesto que el conductor la había admitido a bordo para que le hiciera compañía, se obligó a permanecer despierta e incluso fingió escuchar con interés

todas las fanfarronadas y agravios personales que aquel hombre insistía en relatarle.

Se detuvieron por la mañana para que el hombre pudiera reponer combustible y desayunar. Beatrice traía su propio desayuno en el morral. Se hicieron de nuevo a la carretera hasta cerca del mediodía, cuando él anunció que necesitaba parar para dormir un poco. En las últimas horas del trayecto les había acompañado de forma intermitente un camión que viajaba en la misma dirección. Se habían adelantado mutuamente en varias ocasiones, y el conductor del camión en el que viajaba Beatrice hizo ráfagas de luces a su colega para que se detuviera junto al arcén. Le explicó que necesitaba parar para descansar pero llevaba a bordo a una autostopista que quería seguir viaje y le preguntó si tenía inconveniente en que lo acompañara. El otro conductor se mostró conforme y Beatrice bajó de una cabina para subir a la otra.

El segundo camionero era un hombre fornido que medía más de metro ochenta. Al coger el morral de Beatrice, tensó los músculos del brazo como si se dispusiera a levantar cientos de kilos y lo arrojó al suelo de la cabina con un ímpetu desmedido. También él hablaba entre calada y calada de un eterno cigarrillo que se consumía entre sus labios como si se tratara de una prolongación anatómica natural. Viajaron durante todo el día, sin detenerse más que para reponer combustible. En una gasolinera, el dependiente se negó a que Beatrice entrara al lavabo de señoras, aduciendo que estaba averiado. Su mujer le dio un vaso de plástico y le dijo:

—Ten, quizás esto te pueda servir.

Beatrice no estaba muy segura de saber utilizar el vaso, pero se dirigió a la parte trasera del edificio, se agachó y sostuvo el recipiente entre las piernas. Cuando terminó de orinar, vació el vaso en el suelo y decidió guardarlo en el morral, por si volvía a encontrarse en el mismo trance.

Aquella noche, varias horas después de la puesta de sol, el conductor decidió hacer un alto en el camino. Bajó del enorme vehículo y empezó a estirar los brazos y a mover el cuello en círculos, tratando de aliviar la tensión acumulada. Luego, abrió la puerta del lado de Beatrice y la invitó a salir.

—Baja de ahí y ven a estirar las piernas. Hace una noche preciosa.

En efecto, aquel paraje desierto ofrecía un hermoso paisaje nocturno. Las estrellas titilaban en el cielo y, gracias a la ausencia de iluminación urbana en un radio de varios kilómetros, la resplandeciente luz de la luna bañaba todo el horizonte. Tras bajar del camión, Beatrice alzó los brazos para estirar la columna. Fue entonces cuando el conductor se le acercó por la espalda, la rodeó por la cintura y la tiró al suelo. Acto seguido, se arrodilló detrás de ella, presionando una de sus piernas con la rodilla mientras con una mano le sujetaba el brazo y le tiraba del pelo. Empleó la mano libre para alzar el vestido y manosear su cuerpo. Beatrice gritó y se debatió, tratando de escapar pero, lejos de inmutarse, el hombre se limitaba a ordenar que se callara. El peso de aquella enorme

rodilla le producía un dolor atroz en la pierna. Intentó liberar su brazo atenazado, pero el hombre la abofeteó y luego le propinó un violento puñetazo que le hizo perder el conocimiento.

Cuando empezó a volver en sí, descubrió que estaba sola al borde de la carretera. No quedaba ni rastro del conductor ni del camión. Tenía el cuerpo cubierto de tierra, sudor y sangre. A duras penas lograba entreabrir el ojo izquierdo y no sentía la pierna a partir del punto en que se había inflamado hasta adquirir el doble de su volumen normal. Haciendo acopio de fuerzas, logró incorporarse y dar unos cuantos pasos. Lo único que podía hacer era intentar caminar. Varios minutos más tarde encontró su morral azul tirado en el suelo. Probablemente el conductor lo había arrojado por la ventanilla mientras se alejaba. Beatrice sabía que debía quitarse aquel vestido manchado y hecho jirones, pero no tenía fuerzas para hacerlo. Siguió tratando de obligar a sus pies a avanzar, arrastrando el morral a su paso.

De pronto, un sonido rompió el silencio y el corazón le dio un vuelco. En la inmensa llanura solitaria, cualquier ruido se propagaba desde lejos, lo que le permitía escuchar el zumbido de un motor mucho antes de que sus ojos pudieran distinguir los faros. Quería esconderse, pero ¿dónde? Intentó correr, salir de la superficie asfaltada y ocultarse entre los matorrales, pero no pudo. Al verla, el conductor del camión había pisado el freno. Detuvo el vehículo, se apeó y empezó a llamarla a voz en grito:

—¡Oye, oye! ¿Eres tú, muchacha?

Corrió hasta alcanzarla y la rodeó con un brazo para impedir que siguiera avanzando. Beatrice estaba tan débil que no opuso resistencia cuando el hombre la sujetó y la obligó a girar sobre sus talones.

—¡Oh, Dios, Dios! —fue lo único que pudo articular al ver su rostro desfigurado.

Era el conductor parlanchín. Amparada por sus brazos, Beatrice regresó al camión y subió de nuevo a la cabina. En el tiempo que el conductor tardó en cerrar su puerta, rodear el vehículo y sentarse al volante, la muchacha se había quedado dormida. A media mañana, el camionero se detuvo para repostar y tomar el desayuno. Uno de los clientes de la cafetería vio a la muchacha en la cabina e hizo algún comentario acerca de su lastimoso aspecto y de la paliza que a todas luces le habían propinado. El conductor no abrió la boca. Terminó de desayunar, pagó y se fue. Le había comprado dos panecillos, té y hielo para bajar la hinchazón del rostro.

Llevaban tres días juntos cuando Harry tuvo a bien presentarse. No se había tomado la molestia de hacerlo cuando se habían conocido porque estaba demasiado absorto en su monólogo. Ahora que se sentía responsable por lo que había ocurrido y notaba el aguijón de los remordimientos, trataba de recompensar lo mejor que podía a la joven negra cuyo peregrinaje tocaba a su fin, pues ya estaban llegando al norte.

El proceso de apelación a la sentencia de Geoff Marshall se prolongó durante ocho años. El caso pasó por las manos de varios abogados de oficio que no contaron con la colaboración, ni tan siquiera la más mínima muestra de interés, por parte de Geoff. Por las noches solía fijar la mirada en el techo tratando de evocar el cielo nocturno de su niñez, aquel maravilloso manto de estrellas que se extendía sobre la hacienda de los Willett. Anhelaba volver a sentir la libertad que había disfrutado en su infancia. Incluso el recuerdo de su gente —salvaje e inculta, pero libre— le resultaba atractivo. Sentía un enorme deseo de saber más sobre su cultura, pero temía perder su reputación de hombre fiero e implacable si los demás reclusos lo veían leyendo.

Un día, mientras el interno encargado de distribuir y recoger los libros prestados pasaba por delante de su celda empujando el carrito en que los transportaba, Geoff se decidió a hablarle.

—Oye, tío, espera un momento —le dijo—. Quiero saber si me podrías conseguir un libro.

—Claro —contestó el anciano que ocupaba el cargo de bibliotecario de la cárcel desde hacía treinta años—. ¿Cuál es el título?

—No lo sé —admitió Geoff—. Verás, una vez, cuando era un niño, vi un libro que hablaba sobre el arte de los aborígenes australianos. Yo nací en Australia, y me gustaría leer sobre ese tema, pero no te puedo dar ningún título ni nombres de autores ni nada de eso. ¿Me puedes echar una mano?

—Claro que sí —aseguró de nuevo el hombre de pelo cano sin dudarle un instante—. Sin embargo, tendré que encargarlo, y puede tardar algunas semanas.

Dicho esto, sacó un lápiz y un papel en el que garabateó algo. Luego, tomó nota del número de celda.

—¿Quién eres? —le preguntó a Geoff.

—Soy el número 804781.

El sol estaba en su cenit y todas las criaturas de Dios buscaban en vano el cobijo de una sombra. Se aproximaban a un pequeño poblado cuando Beatrice supo que había llegado el momento de abandonar la compañía de Harry. No era un sitio especialmente impresionante; de hecho, ni siquiera resultaba atractivo pero, por algún motivo que ignoraba, la muchacha sintió que ése era el lugar que andaba buscando. Todas las construcciones estaban cubiertas por una pátina de polvo que delataba el reciente paso de una tormenta, o bien la frecuente visita del viento. Ni una brizna de hierba asomaba por entre las grietas de las aceras, y la arteria principal del poblado ofrecía un aspecto fantasmal, como si todos sus habitantes estuvieran muertos y olvidados. Sin embargo, a uno de los lados de la calle había un parque con árboles altos y frondosos en el que se entreveían las siluetas de varias personas de piel oscura. También en la avenida principal se habían congregado varios aborígenes, por lo que Beatrice dedujo que en aquel lugar su raza no era una parte minoritaria de la población. Harry detuvo el vehículo en una esquina, delante de un hotel de dos pisos al que se accedía a través del bar de la planta baja. En el segundo piso había varias ventanas abiertas de par en par cuyas cortinas ondeaban por fuera del alféizar, a la espera de que otro soplo de brisa las devolviera al interior de las habitaciones.

Beatrice bajó de la cabina del camión y se despidió de Harry, tras haberle asegurado una vez más que no había motivo para que se preocupara por ella. No le contó que el día anterior había perdido dos muelas mientras masticaba un trozo de pastel de carne. Su ojo seguía amoratado y aún no lo podía abrir del todo, pero la pierna se iba recuperando y cada día le dolía menos. Con el morral a la espalda, cruzó la calle y se encaminó hacia el parque. Justo cuando pasaba por delante de un colmado, una mujer blanca ya entrada en años se asomó a la puerta para colgar un letrero: SE BUSCA AYUDANTE. Sin dudarlo un instante, Beatrice entró en el establecimiento, se acercó a la mujer y exclamó:

—¡Yo soy la persona que busca!

La mujer se giró, sobresaltada, y no pudo evitar un respingo al contemplar el rostro deformado de Beatrice, con aquel ojo de aspecto repulsivo que la miraba fijamente.

—¿Qué? —fue cuanto acertó a decir—. ¿Qué has dicho?

—¡Estoy aquí para ayudar en lo que haga falta, como pide el anuncio! Puedo hacer cualquier cosa si me enseña cómo hacerlo. —Llegados a este punto, se detuvo para recuperar aliento y, notando la mirada aprensiva de la mujer, añadió—: Por favor, no se fije en mi aspecto. He tenido un accidente, pero ha sido la primera vez. No suelo meterme en problemas y puedo ayudarla, de verdad que puedo.

—¡Pero si acabo de colgar el letrero! —replicó la mujer, ligeramente indignada—. Tú eres la primera persona que se ofrece para ocupar el puesto.

—Déjeme trabajar para usted durante dos o tres días, se lo ruego. Si no le gusta cómo lo hago, no me deberá nada y podrá volver a colgar el letrero. Si le gusta, me paga y me quedo el trabajo. ¿Qué me dice?

—No sé... —murmuró la mujer con tono de recelo—. ¿Quién eres y de dónde vienes?

—Me llamo Beatrice y vengo del sur, de Sydney. He ido a la escuela y tengo una excelente formación en lengua, matemáticas y otras asignaturas. Además, he trabajado durante cuatro años atendiendo y sirviendo a otras personas. Ya sé que ahora mismo tengo una pinta horrible, pero cada día que pasa me encuentro mejor. ¡Dentro de una semana, estaré tan recuperada que no va a reconocer a la persona que contrató!

La mujer de cabello gris sonrió. No se le hubiera ocurrido una historia más convincente aunque lo hubiera intentado.

—¿Estás casada? ¿Tienes familia? ¿Dónde vives?

—No, no, ¡de momento, en ningún lado!

Ambas se echaron a reír. Tantas preguntas simultáneas habían recibido una respuesta rápida.

—De acuerdo. Pasa dentro, Beatrice. Te enseñaré la tienda y lo que vas a hacer durante los próximos dos días.

La propietaria del colmado se llamaba Mildred McCreary y había abierto sus puertas veinte años atrás. Al principio, llevaba el negocio a medias con su marido pero, tras la muerte de éste, el hijo de ambos pasó a ser su nuevo socio. Sin embargo, aquel pueblucho perdido se le había quedado pequeño al muchacho. Era demasiado tranquilo y aburrido, demasiado apartado del resto del mundo, así que se había marchado.

Cinco años habían transcurrido desde la última vez que Mildred había recibido una carta y una postal de Navidad de su hijo. Desde entonces, no sabía nada de él. Se despertaba todos los días con la esperanza de verlo entrar por la puerta, alborotando a su paso los largos flecos de plástico que impedían la entrada de los insectos.

El colmado ocupaba un local largo y angosto, de cuya área sólo la mitad quedaba a la vista de la clientela. En las estanterías descansaba un amplio surtido de víveres enlatados,

embalados o almacenados en cajas, y también una nevera en la que se ponían a refrescar las bebidas. Mildred cobraba un pequeño recargo a quienes preferían comprar botellas y latas frías. Además, cocinaba a diario para varios clientes fijos que se llevaban la comida a casa, sobre todo a la hora del almuerzo, aunque por la noche, poco antes de cerrar, siempre acababa vendiendo lo que había sobrado del mediodía. De cuando en cuando, los huéspedes del hotel acudían al colmado para comprar embutidos y otros ingredientes con los que preparaban bocadillos y evitaban así tener que pagar los elevados precios del restaurante. A pocas manzanas de allí, tenían su sede dos empresas de extracción de perlas cuyos empleados se habían convertido en compradores asiduos de los platos preparados de Mildred, pues apreciaban la excelente calidad de su comida y sus precios asequibles.

En la trastienda se apilaban las cajas de provisiones con las que se iban reponiendo los alimentos de las estanterías a medida que se consumían. En la estancia anexa había también un cuarto de baño y un excusado, un pequeño horno, un fregadero, un armario de pared y otra nevera. Junto a la puerta que separaba las dos secciones de la tienda, Mildred había instalado un viejo aparato de música y un sillón mullido en el que pasaba las horas muertas sin perder de vista la puerta del establecimiento. A mano derecha, junto a la puerta trasera, había una escalera que conducía al segundo piso, en el que la familia McCreary había instalado su residencia.

Siguiendo las instrucciones de su nueva jefa, Beatrice colocó en las estanterías las existencias que faltaban, barrió las dos secciones del colmado y limpió el área donde se preparaba la comida. Mildred se sentía impresionada por la dedicación con que la joven se entregaba a todas y cada una de las tareas que le encargaba. Al finalizar el día, fue ella quien sugirió que Beatrice se quedara a dormir en la trastienda, en una cama plegable que guardaba en el piso superior. A lo largo de los siguientes diez días, Beatrice no salió de la tienda excepto para barrer la acera y sacudir el felpudo en la parte de atrás. Un día, se ofreció para limpiar la casa de Mildred, quien tuvo que reconocer que la muchacha lo hacía incluso mejor que ella, así que esa tarea pasó a formar parte de sus quehaceres habituales.

Las dos mujeres congeniaron enseguida. A ninguna de las dos le gustaba perder el tiempo con chácharas y, puesto que Beatrice no sabía estar de brazos cruzados, Mildred se convenció de que había encontrado una joya de empleada. Era tal la confianza que había depositado en ella que incluso se prestó a enseñarle cómo llevar los libros de contabilidad, cómo cuadrar el debe y el haber, y cómo llevar las cuentas de los clientes a los que fiaba.

Cuando Beatrice llevaba cuatro meses trabajando en la tienda, Mildred le confió la responsabilidad de hacer los depósitos bancarios y de ingresar todos los meses en la cuenta de Malcolm Houghton un sobre que contenía el importe del alquiler.

El señor Houghton pertenecía a la segunda generación de una familia dedicada a la cría de ganado lanar. Sus ovejas pastaban en una extensión de tierra veinte veces superior al área del pueblo. El edificio que albergaba el hotel —al igual que todos los inmuebles que se alineaban en aquella misma acera, incluida la tienda y la vivienda de Mildred— pertenecía a Malcolm Houghton. Era un hombre poderoso que formaba parte del consejo directivo del banco y había contribuido de forma significativa al desarrollo de la comunidad. Apoyaba la labor de los médicos que acudían al pueblo dos veces por semana poniendo a su disposición un local para efectuar las visitas, y su intervención había sido decisiva para la construcción de un parque y un campo deportivo. Además, daba empleo a numerosos aborígenes. Beatrice nunca había visto a Malcolm Houghton, y creía que tenía pocas posibilidades de llegar a hacerlo, pero escuchaba su nombre casi a diario.

Una vez se hizo con la rutina de abrir, atender y cerrar el colmado, empezó a tener tiempo para conocer y tratar a las mujeres y familias aborígenes que acudían a veces al colmado.

Para Beatrice era maravilloso comprobar al fin que había un lugar en el que los niños de piel negra frecuentaban la misma escuela que los niños blancos. Aunque el Gobierno también concedía subsidios a la población aborigen del norte, el índice de paro entre los suyos era allí muy inferior al que se registraba en las proximidades de la capital. Beatrice se familiarizó con el arte de una ancestral tribu del desierto, aprendió algunas de las leyendas relacionadas con dicha tribu y siguió pregonando su deseo de saber más acerca de sus orígenes. Un hombre llamado Bill, que vivía junto con otros aborígenes en un asentamiento situado en las afueras del pueblo, le contó que cada cierto tiempo recibían la visita de algún habitante del desierto y prometió avisarla cuando volviera a suceder.

En la mañana de un miércoles soleado, un camión de reparto se detuvo con gran estrépito delante de la tienda de comestibles y dejó junto a la puerta varias cajas que Beatrice se encargó de trasladar a la trastienda.

—¡Cómo pesa esto! ¿Qué hay en estas cajas? —preguntó dirigiéndose a Mildred, que mordisqueaba una tostada.

—Botellas vacías —contestó la mujer mientras cogía un frasco de mermelada de fresa.

Las botellas permanecieron intactas en el interior de sus cajas de cartón durante un par de semanas. Luego, el cartero trajo para Mildred un paquete cuyo remitente era una fábrica de juguetes. Beatrice estaba presente cuando abrió el envoltorio y extrajo de su interior un gran surtido de globos de colores. Se moría de curiosidad por saber para qué querría su jefa semejante cosa, pero se abstuvo de hacer preguntas. Algunos días después se desveló el misterio. Beatrice recibió el encargo de sacar las botellas de las cajas y lavarlas una a una. Luego, vio cómo Mildred mezclaba en su interior mosto, azúcar y un tercer ingrediente que no supo identificar. A continuación, le ordenó taponar

cada una de las botellas con un globo. Estaban haciendo vino, y a partir de entonces tendrían que vigilar los globos y liberar periódicamente el gas para evitar que la presión hiciera explotar las botellas. Así descubrió Beatrice que los empleados del señor Houghton cobraban una parte de su sueldo en especie, más concretamente en alcohol. El empresario confiaba en la pericia de Mildred para dar continuidad a una tradición que habían iniciado su padre y su difunto marido. Ella no veía ningún inconveniente a su participación en aquel negocio. Se excusaba pensando que los aborígenes seguirían bebiendo de todas formas y que, si tenían que emborracharse con algo, mejor que fuera con su vino, pues así los beneficios irían a parar a su bolsillo y no a los de cualquier otra persona del pueblo. Beatrice se sintió decepcionada con su amiga, pues sabía que el alcohol estaba acabando con la vida de su gente más deprisa que las balas, pero nada podía hacer al respecto. Así eran las cosas y, al parecer, no había posibilidad de cambiarlas.

Llevaba casi un año trabajando para Mildred McCreary cuando Bill, el habitante de las afueras, la despertó un día poco antes del alba. Había entrado por la puerta de atrás para decirle que, si se daba prisa en llegar a la carretera que conducía al gran rancho de Houghton, vería pasar a un hombre del desierto como los que él le había descrito.

Era muy temprano y Beatrice decidió no despertar a Mildred, pues sabía que regresaría a tiempo de abrir el colmado. Se puso a toda prisa una falda y una blusa, y salió corriendo.

Geoff, oficialmente conocido como Jeff Marsh, había pasado los últimos ocho años de su vida condenado a pena de muerte y había agotado toda posibilidad de apelación. Era un hombre resentido y amargado, pero se había resignado a la idea de morir cuando, un martes por la mañana, sin previo aviso, dos vigilantes entraron en su celda y le esposaron las manos y los pies antes de conducirlo al despacho del alcaide. Permaneció de pie entre las paredes de madera del despacho mientras éste, sentado en su negro sillón de piel, leía un documento oficial por el que ponía en conocimiento del recluso que se había aprobado la revocación de la pena de muerte en aquel estado. En consecuencia, le habían conmutado la sentencia a pena de muerte por la de cadena perpetua sin derecho a libertad condicional.

La noticia lo dejó sumido en la más absoluta perplejidad. Había pasado mucho tiempo tratando de enfrentarse a la idea de la muerte. Odiaba a los Marshall y la religión que profesaban, pero había dedicado horas y horas a reflexionar sobre todos los sermones que había escuchado a lo largo de los años. Había meditado sobre el cielo y el infierno, los diez mandamientos, Jesucristo y Satanás, sin hallar ningún tipo de consuelo o paz de espíritu. Eran demasiadas las preguntas sin respuesta. Y ahora, de pronto, el alcaide le decía que ya no iba a morir, que seguiría formando parte del reino de los vivos por un período de tiempo indefinido, aunque no dejaría de ser una víctima del sistema y tendría que permanecer encerrado tras los barrotes de una celda hasta convertirse en un anciano. Su nueva situación lo llenaba de inquietud, y no era capaz de discernir sus propios sentimientos. Por un lado experimentaba un gran alivio, pero por otro se sentía asustado, frustrado y deprimido.

A lo largo de las siguientes semanas, todos los presos condenados a pena de muerte abandonaron el aislamiento al que habían sido sometidos y se incorporaron a la vida de la comunidad de reclusos. En todos sus años de cárcel, Geoff jamás había compartido celda con otro preso, pero a partir de entonces se vio obligado a convivir con un hombre

italiano que se hacía llamar «Mediasuela» y cuya edad era lo único que tenían en común. Mediasuela hacía honor a su apodo, pues no tenía más de metro sesenta de estatura y pesaba unos sesenta kilos. Llevaba el pelo tan largo como le consentían los funcionarios de la cárcel y tenía más tatuajes que dientes. Mediasuela tenía en su haber una larga lista de antecedentes penales que se remontaban a sus años de adolescente. Había entrado y salido de la cárcel en cinco ocasiones, acusado de los delitos de robo de vehículos, atraco, pertenencia a una red de juego y prostitución y —el más reciente— intento de homicidio. Mediasuela hablaba por los codos mientras que Geoff, por el contrario, rara vez abría la boca y se había acostumbrado a no dirigirle la palabra a nadie durante varios días seguidos. El italiano le tenía miedo. No se fiaba de la gente tan reservada como Geoff quien, a su vez, estaba seguro de que su compañero de celda iba a sacarlo de sus casillas con tanta cháchara. Sin embargo, lo cierto es que al cabo de tan sólo algunas semanas ya habían congeniado. Mediasuela adiestró a Geoff en las artes de su oficio, desde cómo hacer un puente en un coche o abrir varios tipos de cerraduras hasta la forma de hacer trampas en las carreras de caballos. Geoff lo escuchaba porque Mediasuela necesitaba que alguien lo escuchara y, mientras lo hacía, estudiaba las facciones del italiano. Su rostro despertó en Geoff el interés por dibujar, un interés que había permanecido aletargado en su interior desde la niñez. Ahora que formaba parte de la población reclusa normal, le resultaba más fácil conseguir papel y lápices, así que volvió a dedicar parte de su tiempo a la expresión artística. Al principio rompía todos sus dibujos y los tiraba al retrete, pues no sabía qué tipo de reacción suscitaría su nuevo pasatiempo entre los demás reclusos. Sin embargo, en la cárcel había una gran demanda de motivos para los tatuajes que los presos se hacían unos a otros. Todos querían un dragón, una serpiente o una calavera de aspecto original y único. Muy pronto, Geoff se hizo famoso por su gran creatividad y por ser capaz de dar respuesta a todas las peticiones individuales. Además, descubrió algo que ignoraba acerca de sí mismo. Por cada modelo odioso que creaba para los tatuajes, sentía la necesidad de dibujar algo agradable a la vista y dotado de significado. No sabía de dónde provenía aquel deseo de equilibrio, pero era tan imperioso que no podía ignorarlo. Con el tiempo, empezó a practicar abiertamente ambas formas de arte. En un mismo día, era capaz de crear seres monstruosos que luego surgirían reproducidos a tinta en los bíceps de algún recluso y un paisaje de flores que alguno de aquellos hombres enviaría a su madre.

En los años que siguieron, Geoff no recibió una sola visita. Los abogados de oficio habían concluido su misión y no tenía familia ni amigos más allá de los muros de la cárcel. Nadie le escribía. Era como si ni una sola persona en todo el mundo conociera la existencia de Geoff o se preocupara por él. Se había resignado a vivir entre rejas y trataba de sacar el máximo partido a su situación aunque, en el fondo, creía que no se habría sentido más solo si lo hubieran abandonado en las desérticas llanuras del Outback.

Beatrice enfiló la polvorienta carretera de tierra rojiza que discurría paralela a la hacienda de ganado lanar propiedad del poderoso Malcolm Houghton. La valla que separaba aquellas tierras de la carretera se hallaba en perfecto estado, pues así lo exigía el amo. La vegetación volvía a brotar allí donde los rebaños habían convertido la llanura en un triste páramo. Soplaban una tenue brisa matutina, tan refrescante y agradable que cualquier forastero recién llegado habría supuesto equivocadamente que tenía por delante un día menos caluroso que el anterior. Beatrice pensó con alegría que la piel de sus pies desnudos se había endurecido tanto que podía hacer frente a todos los rigores climáticos. La vegetación silvestre verdeaba, regada por las recientes lluvias. Al fondo, una pequeña arboleda señalaba el punto donde la línea de la valla describía una curva para acotar la propiedad de los Houghton por el flanco occidental. Beatrice avistó lo que parecía un objeto azul colgado entre el ramaje y pensó que bien podría ser alguna señal dejada por el hombre del desierto que se disponía a conocer.

Siguió avanzando en línea recta con la mirada fija en el objeto azul, hasta que la cercanía le permitió distinguir que ni se trataba de un objeto ni estaba precisamente colgando del árbol. En verdad, era una mujer aborigen que se había recostado en una rama, con la espalda apoyada en el tronco y las piernas estiradas, como si el árbol fuera un moderno sillón reclinable. Llevaba por todo atuendo una camisa azul a cuadros desabotonada que dejaba entrever sus senos negros y un harapo anudado alrededor de los genitales. Beatrice no pudo reprimir una enorme sonrisa que iluminó su rostro. La mujer apostada en lo alto del árbol correspondió riendo como un niño, con lo que se hacía evidente que le faltaba una de las paletas. Los ojos de la desconocida, negros y brillantes como guijarros acariciados por mil corrientes, se parecían a los de Beatrice, pero la cabellera grisácea, movida con efusión en sentido afirmativo, de aquella mujer de unos cincuenta años contrastaba con los rizos oscuros que caían sobre los hombros de Beatrice.

La joven pronunció un saludo en una de las lenguas tribales que había estudiado y se quedó a la espera de una respuesta. Como ésta no llegara, lo intentó de nuevo, pero fue en vano. La mujer se limitaba a sonreír y asentir.

Cuando Beatrice repitió su saludo por tercera vez, la mujer reaccionó al fin:

—¡Es hoy! —exclamó en una lengua aborígen.

Acto seguido, Beatrice se presentó y trató de entablar una conversación, pero la desconocida descendió del árbol y, sin previo aviso, empezó a alejarse lentamente. No sobrepasaba el metro y medio de estatura, y su complexión menuda pero robusta y flexible se apoyaba sobre los dos pilares cortos y sólidos que tenía por piernas. La mujer se estaba distanciando de la hacienda Houghton y del poblado para adentrarse en el Outback, donde la vegetación se iba volviendo cada vez más escasa hasta que el paisaje se convertía en un páramo desolado y desértico en pleno corazón del continente australiano. Sin detenerse a mirar atrás, como si hablara con la inabarcable llanura, la mujer dijo, en inglés y en tono resolutivo:

—¡Nos vamos!

—¡Espera! —replicó Beatrice desconcertada—. ¡Sabes hablar inglés!

La desconocida se detuvo y, volviéndose hacia ella, repuso:

—Sí. También yo he vivido en el mundo de la ciudad. Pero ahora debemos partir, debemos irnos a mi país. Nuestro pueblo escuchó tu petición de auxilio. Sabemos que son muchas las preguntas que te atormentan; te ayudaremos a encontrar las respuestas que estás buscando. ¡Ahora, debemos irnos! —insistió antes de continuar la marcha.

Beatrice albergaba desde hacía mucho tiempo la esperanza de conocer a un habitante del desierto, pero siempre había creído que se encontrarían en el pueblo, y que tendría oportunidad de despedirse de su jefa y de encomendar a alguien la custodia de sus escasas posesiones. Sólo entonces, tras haber cumplido con una serie de formalidades, seguiría al rastreador de una tribu hasta su tierra natal. La realidad, sin embargo, se obstinaba en contrariar sus planes.

Mientras reflexionaba, sus ojos recorrían el estampado florido de la falda que se había enfundado a toda prisa aquella mañana; la imagen hizo disparar algún recóndito resorte de su mente que le devolvió, en aquel preciso instante, el eco de una cuestión largamente rumiada: ¿Qué sentían las personas al despertarse en el último día de su existencia? ¿Acaso se veían asaltadas por alguna clase de presagio mientras vestían las prendas que habrían de ser su mortaja? Beatrice no creía que fuera a morir aquel día, pero sabía que estaba a punto de cruzar el umbral de una inmensa puerta, al otro lado de la cual se abría para ella una nueva vida. Su propia mente se encargó de contestar a la pregunta que había formulado: «No —se dijo a sí misma—, no hay manera de saber si el nuevo día será el último de nuestra existencia, un abrupto punto final a todos nuestros planes, pero podemos preparar nuestro espíritu para aceptar lo que venga. ¡Siempre podemos creer

que sacaremos algo positivo de una nueva experiencia!»

A lo largo de dieciséis años, Beatrice no había conocido más mundo que el orfanato religioso donde creció en compañía de otras muchas huérfanas, privada de familia, cultura e individualidad. Había pasado los siguientes cuatro años de su juventud a la deriva, sin mentor, guía o confidente que le valiera, embarcada en una búsqueda existencial sin tener ni la más remota idea de lo que andaba buscando. Había vagado por el mundo sin rumbo y sin raíces, pero aquel día iba a suponer un punto de inflexión en su vida. Sintió que por fin podía albergar alguna esperanza de llegar a formar parte de alguien o de algo, de llegar a sentir que había encontrado su lugar en el mundo.

—¡Espera, voy contigo! —gritó para que la habitante del desierto pudiera escuchar sus palabras—. ¡Sí, espérame, que ya voy!

Caminaron en silencio, la mujer ligeramente más adelantada que Beatrice, hasta que ésta le preguntó:

—¿A qué distancia está tu país? ¿Cuánto tiempo debemos caminar?

La mujer señaló hacia la lejanía con su dedo índice, que luego recogió y volvió a extender dos veces más. «Tres de algo», pensó Beatrice. No podía tratarse de tres kilómetros, pero bien podrían ser tres días. Caminar durante varias jornadas no suponía ningún problema para ella, pues estaba acostumbrada a deambular por calles y carreteras sin detenerse a medir el tiempo.

Beatrice no alcanzaba a entender qué método empleaba la desconocida para averiguar la dirección en que viajaban. No había ninguna demarcación a la vista, ni accidentes geográficos que diferenciaban el paisaje. La tierra bajo sus pies era una inabarcable y monótona extensión de color parduzco, erizada de matorrales que sombreaban la llanura de distintos tonos de verde. Las rocas presentaban las mismas tonalidades que la tierra, y los lagartos que asomaban ocasionalmente aquí y allá se integraban en el paisaje con tal perfección mimética que sólo el movimiento veloz de las pupilas delataba su presencia. A partir del momento en que la hacienda desapareció de vista, Beatrice perdió toda noción de espacio y expresó en voz alta su inquietud:

—¿Cómo sabes en qué dirección avanzamos?

La mujer contestó a su pregunta con un ademán, apuntando hacia el suelo con el pulgar mientras el dedo meñique señalaba al cielo. Beatrice no entendió el significado del gesto, ni tampoco por qué la mujer se negaba a hablar. Llegó a la conclusión de que estaría siguiendo algún tipo de doble señal, terrestre y celeste, que resultaba invisible a sus ojos. No se preocupó. Lo cierto es que el hecho de estar alejándose de todo lo que hasta entonces había conocido le producía una inexplicable sensación de bienestar. Cuanto más diminutas se veían en la distancia las casuchas de hojalata, más crecía en su interior la convicción de que su lugar estaba allí, en algún punto del camino que se abría

ante sus ojos. A cada paso que daba, Beatrice se sentía más segura de que encontraría ese lugar.

Media hora después, la mujer se detuvo y, volviéndose hacia Beatrice, anunció:

—Paramos para dar las gracias a nuestra madre, la tierra. Nuestro cuerpo ha salido de sus entrañas y ella nos nutre y nos cura, nos baña con sus lágrimas y nos acuna en su regazo. Cuando morimos, acoge nuestro cuerpo usado y permite que se mezcle con los cuerpos de nuestros ancestros y de aquellos que están por nacer. Ha llegado el momento de devolver a la tierra lo que hemos tomado de ella y ya no seguiremos utilizando.

A continuación, la mujer le habló a la tierra y le pidió consentimiento para abrirla. Luego, se arrodilló y empezó a cavar un hoyo.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Beatrice.

La mujer asintió con la cabeza. Beatrice se arrodilló frente a ella y siguieron cavando juntas hasta que la mujer se detuvo, se quitó la camisa a cuadros y la depositó en el hoyo. Después, desanudó el harapo que llevaba a modo de taparrabos y se levantó mientras lo dejaba caer también a tierra. Una pequeña bolsa de piel le colgaba de las caderas, sujeta por una trenza de hebras que lucía a modo de cinturón. La mujer miró a Beatrice como alentándola a imitar su gesto. Una oleada de recuerdos se agolpó en el cerebro de Beatrice, devolviéndole la mentalidad que le habían inculcado en el orfanato católico, el pudor y la sensación de vergüenza ante la visión de un cuerpo desnudo. Tras dudarle un segundo, se despojó de la falda floreada y la añadió a las prendas que se apilaban en el interior del hoyo. Entonces, la mujer le habló de nuevo a la tierra para agradecerle aquellos ropajes, cuyos colores desaparecían a medida que rellenaban el hoyo. A continuación, esparcieron la capa superior de tierra para nivelar la superficie, y luego la mujer frunció los labios y soplo hasta haber eliminado por completo las huellas de sus manos y rodillas. Al cabo, no quedaba señal alguna de su paso por aquel lugar. Entonces, la mujer se volvió hacia Beatrice y le dijo:

—No te sentirás tan incómoda cuando te unas a los demás y empieces a conocer las costumbres de mi pueblo, la tribu de los Auténticos.

—¡Pero si tú misma llevabas ropa hasta hace un minuto! —apuntó Beatrice.

—Sí, porque debemos respetar la forma de pensar del hombre blanco. No comulgamos con ella, pero tampoco la juzgamos: nos limitamos a observar. En algunos lugares donde el frío arrecia es necesario cubrirse el cuerpo, pero la ropa parece separar más a las personas en lugar de unir las, porque las hace juzgar a sus semejantes. Estoy segura de que has notado lo confuso que resulta tratar de juzgar a alguien por su apariencia externa, pues la persona puede ser muy distinta de la imagen que ofrece. Descubrirás, tal como yo he hecho, que la vergüenza sólo existe allí donde los hombres así lo han estipulado. De seguir llevando esa falda y esa blusa, te sentirías como una extraña en el seno de una comunidad que desea acogerte como uno de los suyos.

Retomaron la marcha. Beatrice se alegró de que la mayor parte de los animales que habitaban el continente australiano fueran seres pacíficos. Le tranquilizaba saber que no le saldrían al paso voraces fieras como el tigre o el oso. En su lugar, había canguros de todos los tamaños, pequeños como roedores o imponentes criaturas de casi dos metros de altura; también el pequeño koala, cuya única misión parecía ser recordar al mundo los prodigios del tacto; y también el veloz emú, cuyo majestuoso plumaje se difuminaba en la lejanía. Eso aparte de alguna que otra serpiente venenosa, pero éstas no suponían una amenaza para Beatrice, pues estaba segura de que su compañera de viaje sabría cómo enfrentarse a ellas llegado el momento.

Caminaron durante horas entre matorrales achaparrados y alguna que otra arboleda.

Más tarde, avanzado el día, la mujer habló de nuevo:

—Si es por nuestro supremo bien, comeremos hoy de nuevo. Permanezcamos atentas a lo que nos brinda la Sagrada Unidad. A cada paso que damos, hay cosas que debemos observar y recordar.

A continuación, la mujer señaló diminutas huellas en el suelo, marcas apenas visibles hasta que los ojos de Beatrice se acostumbraron a descubrirlas. Había huellas de patas, garras, vientres deslizantes, saltos elásticos, pasos lentos, hambrientos, cansados, jóvenes y viejos, que hablaban de todas las criaturas que por allí habían pasado. Poco después, avistaron un macizo de vegetación moteado de verde tierno cuyos tallos parecían más gruesos y succulentos que el de la mayoría de las plantas que habían encontrado a lo largo del día. La mujer se detuvo y le habló a la vegetación. Luego, se inclinó, arrancó lo que parecía una vaina y la abrió. En su interior se alineaban una serie de bayas carnosas de color marrón. Con la ayuda del pulgar, retiró el contenido de la vaina, por el mismo procedimiento que Beatrice había aprendido para pelar guisantes. Compartieron los escasos frutos, y luego la mujer indicó por señas a Beatrice que arrancara y pelara una vaina ella también. Mientras seguía sus instrucciones, la muchacha preguntó:

—¿Cómo pudo alguien llegar a la conclusión de que esto es comestible?

—Existe un método para determinar la inocuidad de un alimento desconocido. Hay que empezar por utilizar el sentido del olfato. Es muy importante aprender a reconocer el olor no sólo de las plantas, sino de todas las cosas. Debes oler el aire, el agua, los animales e incluso a las demás personas. Los olores son muy distintos unos de otros, y no debes olvidar el aroma que desprende algo. Cuando hayas comparado bastantes olores, notarás que las sustancias venenosas poseen a menudo una fragancia intensa y única. Si una planta no huele a ningún veneno que conozcas, lo siguiente que debes hacer es partir un trozo y restregarlo en tu piel. Debes hacerlo sobre una zona sensible, como los párpados, la piel que rodea las fosas nasales o la cara interna del brazo. Luego, debes esperar hasta haber comprobado que no te produce ningún tipo de escozor o malestar. Si no te pica ni te deja marcas o ampollas en la piel, puedes probar su sabor, pero no debes

colocar la planta sobre la lengua, sino en la parte lateral de la boca o bien bajo el labio superior. Una vez más, debes aguardar hasta haber comprobado la reacción del cuerpo. Si no se produce ninguna señal de rechazo, puedes probar un bocado ligeramente más grande, pero a continuación debes escupirlo. Una vez lo hayas saboreado bien y hayas comprobado la respuesta de tu cuerpo, puedes tragar un trozo. Tras haberlo ingerido, debes esperar para ver si te causa dolor de estómago o si tu cuerpo rechaza el alimento forzando su expulsión por la boca o por los intestinos. Debes esperar lo bastante como para asegurarte de que no afecta a tu pensamiento o tus movimientos.

»Todo lo que encontramos en nuestro camino supone una nueva prueba, ya sea la comida, las personas o las ideas. De entrada, debes olerlo todo. Si alguien te dice algo, ¡huele sus palabras! Si huelen bien, prueba un poquito para saborearlas, pero másticalas bien antes de tragar. Incluso las palabras deben ser masticadas a conciencia antes de ingerirlas, porque es mucho más fácil escupir algo que sacarlo fuera una vez lo hemos tragado. Si dejas que las palabras entren en tu interior pero no estás de acuerdo con la idea que representan, te causarán problemas. Se te formará un nudo en la garganta y tendrás retortijones, dolor de cabeza, dolor en el pecho y en el estómago, y se abrirán llagas putrefactas en tu interior hasta que expulses esas ideas. Porque, verás, más allá de este desierto hay un mundo en el que la vida está siendo alterada por la mano del hombre. No debes confiar en la inocuidad de algo sólo porque ofrece un aspecto normal o atractivo.

»El mayor desafío al que se ha enfrentado mi pueblo ha sido oler y saborear las palabras y creencias del hombre blanco y luego escupirlas sin juzgar ni ofender a quienes las defienden. Ya quedan pocos aborígenes, y cada año van quedando menos, a medida que las tribus se ven forzadas a abandonar sus tierras para someterse a las costumbres del hombre blanco si no quieren perecer. En verdad, no me refiero al hombre blanco. Debo corregir mis palabras, pues el color de la piel no tiene importancia alguna. Es su mentalidad y su forma de vida, la sustitución de las leyes originales por otros valores, lo que ha producido mutaciones en los seres humanos. Hay mutantes de todos los colores.

»Nuestros mayores han bendecido tu llegada, hermana. Muchos de nosotros hemos escuchado tu grito de socorro en nuestros sueños y nuestras horas de vigilia. Tu vida es un camino de búsqueda, y posees el potencial necesario para hallar grandes respuestas y ayudar a encauzar la vida de muchas personas que vagan perdidas. Sin embargo, debes saber que no te será fácil conseguirlo. A diferencia de un niño, que ansía aprender y llenar de nuevos conocimientos el vacío que hay en su interior, tú ya posees mucha información. Tendrás que decidir por ti misma qué cosas debes desechar, sustituir o aceptar. Lo sé porque he estado en tu posición.

Beatrice contempló las semillas que descansaban en la pequeña palma de su mano. Las masticó una a una, lentamente, disfrutando aquel nuevo sabor que le recordaba

vagamente al de las nueces y preguntándose acerca de su valor nutritivo. Cuando reiniciaron la marcha, la muchacha iba reflexionando sobre lo que la mujer acababa de decir.

—¡No estoy segura de poder hacerlo! —exclamó con un hilo de voz apenas audible.

—Te llevaré de vuelta.

—No, no quiero volver. Lo que pasa es que me siento realmente incómoda sin ropa. Sólo de pensar en conocer a otras personas, sobre todo si son hombres... —Sus palabras se ahogaron en un pesado silencio.

—No pasa nada —dijo la escolta, cuyo rostro reflejaba interés y solicitud—. Te haremos un atuendo apropiado. Encontraremos los materiales que necesitamos por el camino, y te enseñaré cómo se hace. En ciertas ocasiones, los Auténticos también cubren sus cuerpos. No pasa nada. Sigo creyendo que te sentirás mejor sin la falda y la blusa, pero podemos confeccionar un atuendo más cómodo y ligero. Entiendo que creas que enseñar el cuerpo es motivo de vergüenza, pero en verdad se trata de una actitud aprendida —puntualizó la mujer. Sus labios se abrieron en una amplia sonrisa y añadió —: Creo que lo ideal sería una piel de oposum. A lo mejor, si enviamos ese pensamiento a las alturas, el oposum nacido con ese propósito nos honrará cruzándose en nuestro camino.

Hacia el final de la tarde, llegaron a un pequeño arroyo en cuya orilla se detuvieron para beber. Mientras lo hacían, una serpiente pitón de cuerpo listado y reluciente cabeza negra se acercó silenciosamente, deslizándose por la superficie de una roca cercana. Antes de que Beatrice pudiera abrir la boca, la mujer atrapó a la serpiente con un movimiento ágil y veloz. Sus dedos rodeaban el cuerpo del reptil justo por debajo de la cabeza mientras sacaba de su bolsa una cuchilla de piedra con la que puso fin a la vida de la serpiente de forma instantánea. Acto seguido, colgó el cuerpo inerte del reptil alrededor de su cintura y siguieron caminando sin cruzar una sola palabra.

Mientras el sol se hundía en el horizonte, la mujer decidió hacer un breve alto en el camino y le habló a Beatrice de la gloriosa y singular belleza de cada atardecer. El fulgor del crepúsculo pronto se desvaneció y la oscuridad se extendió sobre la tierra hasta que el cielo cuajado de estrellas resplandeció. Habían avanzado un pequeño trecho cuando la mujer anunció que se detendrían en aquel paraje para comer y descansar.

Hicieron un montículo con maleza seca y un puñado de excrementos de conejo. Luego, desollaron la serpiente y la cortaron en trozos que colocaron en el centro de la corona de leña, sobre una piedra llana. Valiéndose de dos pequeños pedernales que extrajo del bolso, la compañera de Beatrice encendió una yesca con la que prendió el fuego.

—No debemos dejar que se pierda todo el líquido de la carne —dijo—, pero sí debemos cocinarla porque, de lo contrario, se criarían pequeños gusanos en nuestro

estómago.

Al cabo, se acercó a la fogata y sacó un trozo de carne dorada que entregó a Beatrice. Luego, mientras sacaba otro para ella, añadió:

—Así damos las gracias a esta serpiente por haber nacido y haber venido a nuestro encuentro en el día de hoy. Su espíritu y su carne se fundirán con los nuestros, y seguiremos viviendo unidos.

La carne conservaba aún parte de su jugo, tenía una textura fibrosa y no tardaba en producir una sensación de completa saciedad.

Después de comer, las mujeres permanecieron en silencio durante algún tiempo, hasta que Beatrice preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—En el día de hoy mi nombre es Benala. Así llamamos a un pato de color pardo que adora zambullirse y nadar por puro placer. Verás, nosotros aprendemos de nuestros propios nombres. A medida que vamos creciendo y evolucionando, dejamos atrás viejos apodos y elegimos otros que reflejen mejor nuestra forma de ser. Tras haber vivido en el desierto, encuentro absurda la costumbre del mundo mutante de otorgar un nombre al nacer que hay que conservar a lo largo de toda la vida.

—Sí —confirmó Beatrice—. Al menos así funcionan las cosas para las personas como yo, que nunca han tenido un apellido. Así funciona también en el mundo del hombre blanco. Cuando las mujeres blancas se casan, reemplazan su apellido por el del marido, pero siempre conservan el nombre de pila; otros se hacen llamar por un apodo, un diminutivo o un apelativo, pero la mayoría vive con el nombre que le fue dado al nacer, aunque no les guste o, como sugieres tú, hayan dejado de identificarse con él. Alguien me explicó que puedes solicitar el cambio oficial de tu nombre si pagas cierta cantidad. Pero lo más curioso es que los más próximos a esa persona siguen dirigiéndose a ella como antes.

—¿Los que la quieren? —le preguntó Benala. El resplandor cobrizo de las ascuas iluminaba su expresión de desconcierto.

—Sí —confirmó Beatrice y, tras una breve pausa, añadió—: ¡Supongo que la quieren, pero no lo bastante para llamarla como a ella le gustaría.

Rompieron a reír al unísono, y luego se quedaron en silencio de nuevo, absorta cada una en sus propios pensamientos. Tras contemplar la lenta consumición de una brasa, Beatrice reanudó la conversación:

—Antes has dicho que los Auténticos han tenido que escupir las creencias de los europeos. ¿Cómo podéis estar seguros de que no estaban en lo cierto?

Benala enarcó una ceja y, tras exhalar un suspiro, contestó:

—Ellos creían que cuanto trataban de enseñarnos era por nuestro bien, pero no parecen haber entendido que las leyes que rigen la vida son inalterables, pues forman

parte de la sagrada ley de la Eternidad. Yo creo que las experiencias que vivimos en los primeros años de vida conforman nuestro conjunto de creencias. Esas creencias determinan las experiencias futuras y la forma en que las vivimos, pero ni lo uno ni lo otro las convierten en verdaderas. Las personas tienden a reemplazar la verdad por la creencia.

—No entiendo qué tratas de decir. ¿Podrías darme un ejemplo?

Benala asintió.

—En el mundo mutante existe la ley de la religión. Estoy segura de que te resulta familiar. Pues bien, uno de los preceptos de esa ley dice «No matarás». El mensaje es muy claro, y sin embargo los mutantes siguen matándose unos a otros, en las guerras, en las carreteras, en los experimentos de medicina, en defensa de sus posesiones o de su propia vida, por odio o por venganza. La interpretación de un mandato tan sencillo como «no matarás» se tergiversa para justificar la forma de actuar de una persona en determinadas circunstancias. Eso puede ser lo correcto si una sociedad así lo decide, pero en verdad esa ley encierra una orden muy clara. Ese «No matarás» quiere decir literalmente «¡No puedes matar a nadie!». La ley no menciona circunstancias, excepciones, atenuantes ni el análisis posterior de los hechos. El mensaje es inequívoco: no puedes matar. No has creado esa alma, y por tanto no tienes derecho a destruirla, algo que, por lo demás, resulta imposible. Puedes destruir el cuerpo humano que alberga un alma, pero no haces más que liberar el espíritu, devolverlo a la Eternidad. Las almas no nacen y mueren, sino que son imperecederas. La muerte no supone el fin del espíritu, sino su paso a una existencia distinta en el mundo de la Eternidad. Dicho esto, hay que añadir que, por supuesto, todo aquel que arrebató una vida ajena debe pagar un precio, pues la vida es el más valioso de todos los dones. Sin embargo, dicho castigo no se corresponde con las leyes del mundo blanco, donde, al parecer, millones de hombres han asumido las ideas de unos pocos como valores universales y se han encargado de pregonarlas como la única ley válida. Nuestras leyes de la Creación no cambian con el paso del tiempo y, desde luego, no se aplican de manera distinta a hombres y mujeres. Todas las personas han sido agraciadas con el don del libre albedrío, y eso es algo que jamás les podrá ser arrebatado. Cada uno de nosotros es libre de recorrer su propio camino, buscar su propio destino, descubrir la forma más elevada de su ser. El grupo de personas que te acompaña en tu viaje puede brindarte su apoyo o bien someterte a pruebas que te obligarán a superar un obstáculo tras otro para alcanzar tu meta pese a ellos.

—Pero, espera un momento —interrumpió Beatrice—. Yo no era libre de elegir cuando mis padres me abandonaron al nacer y me condenaron a pasar la infancia en un orfanato.

—Si eso es lo que crees, pues eso es lo que crees y punto —replicó Benala—. ¿Acaso

lo convierte eso en algo verdadero e irrefutable, o es tan sólo tu modo de ver las cosas? Antes de que nacieras, cuando habitabas la Eternidad, se te presentó la ocasión de vivir esta experiencia humana. Eras consciente de las circunstancias personales de tus padres, y sin embargo lo consideraste una maravillosa oportunidad de evolucionar, de crecer como espíritu. ¿Por qué miras hacia atrás y te refugias en el «qué hubiera pasado si...» para buscar una justificación lógica o racional a lo ocurrido? Hoy es un nuevo día, y todos los días caminamos hacia delante. Las opciones de cada día son las que cuentan. En el pasado has tenido muchas oportunidades de aprender a ser tolerante, paciente, a comunicarte con los demás, a aceptarlos como son y a aceptarte a ti misma como eres, a ser generosa, a querer, a ser honesta, íntegra, etcétera. Si no has aprendido esos valores siendo niña debido a la orfandad, volverás a tener ocasión de hacerlo, te lo aseguro. Si, por el contrario, has aprendido, ¡enhorabuena! Las situaciones son irrelevantes; lo que importa es crecer. Ahora debemos dormir. Habrá tiempo para muchas charlas como ésta.

Benala enseñó a Beatrice cómo mullir el suelo que le serviría de lecho y abrir en la tierra una suave concavidad que se adaptaría a las curvas de su cuerpo. Benala se durmió de forma casi inmediata, pero Beatrice no pudo evitar permanecer con los ojos abiertos, contemplando el cielo, mientras pensaba en lo que acababa de escuchar y almacenaba nuevas incógnitas y reflexiones. Pensó que aquel lugar era como una universidad al aire libre. No había escritorios, ni libros, ni títulos colgados de las paredes... no había siquiera paredes, pero Beatrice tuvo la seguridad de que allí se impartían conocimientos superiores. De pronto, una ráfaga de luz la distrajo de sus cavilaciones. Era una estrella fugaz, que lanzó su breve destello mientras surcaba el firmamento negro. «¡Vaya! —pensó—. ¡No sé qué querrá decir esto, pero debe de ser significativo! —No bien lo había pensado, rompió a reír en silencio—. ¡Eso es lo que creo, pero no tiene por qué ser cierto!»

Por unos instantes, la paz de espíritu invadió su mente y su cuerpo, y Beatrice cayó en un sueño profundo.

El sol no había asomado aún por el horizonte cuando Benala se levantó y empezó a trajar. En el cielo, la noche iba dejando paso a los azules entreverados de rosa y naranja. Beatrice se despertó con los movimientos de Benala, abrió los ojos y, por un momento, no supo dónde estaba. Se incorporó en la zanja que le había servido de lecho y se frotó los brazos y el rostro para eliminar la capa de arena adherida a la piel. Se sorprendió de haber descansado tan bien pese a haber dormido directamente sobre el suelo.

—Buenos días —saludó Beatrice.

—En la cumbre de la mañana —fue la inesperada respuesta, ante la cual ambas mujeres rompieron a reír.

—Es un saludo simpático —comentó Beatrice—. Estamos en la cumbre de la mañana.

—Sí que lo es. Creo que se dice en Irlanda. A mí también me gusta mucho. Mi gente, en este caso, diría sencillamente «Es hoy».

—¿Quieres que hablemos en la lengua de tu pueblo? —preguntó Beatrice—. Desde luego, no me vendría mal practicar.

El rostro de Benala se cubrió de tristeza y su mirada vagó por un momento antes de contestar.

—No es tan sencillo. Verás, las cosas han cambiado mucho a lo largo de los últimos treinta años. En el pasado existían cientos de tribus, numerosas lenguas y un sinfín de dialectos. Todos conocían los límites de su territorio y respetaban a las demás naciones y sus costumbres. Sin embargo, desde que el hombre blanco se hizo con el poder, nuestra nación se convirtió en un reducto, un lugar donde acuden a refugiarse los supervivientes de otras tribus. Así, nuestra lengua se convirtió en una combinación de varias, y hemos tenido que cambiar nuestras costumbres para poder respetar las lenguas de quienes se han unido a nosotros. Algunos, por ejemplo, jamás hablan de alguien que no esté presente, mientras que otros jamás mencionan a los muertos. Como es natural, sólo nos

percatábamos de la existencia de estas diferencias culturales cuando uno de los nuestros cometía una ofensa y los recién llegados nos lo hacían saber. Ellos, por otra parte, aprendieron a ser comprensivos y a perdonar nuestra ignorancia. El resultado es que hoy tenemos seis o siete términos distintos para nombrar a alguien como tú, una mujer joven y soltera. Para evitar complicaciones, creo que lo mejor por ahora será que hablemos en inglés.

Benala se arrodilló en el suelo y devolvió su aspecto original al trecho de tierra en el que había descansado. Beatrice siguió su ejemplo pero llegó a la conclusión de que borrar sus huellas soplando no era tan fácil como parecía.

—¿Por qué existían tantas tribus en el pasado? —quiso saber Beatrice. Nada más levantarse, ya tenía la mente llena de preguntas.

—Porque así funciona la naturaleza, supongo. A medida que se multiplicaban, las personas iban formando vínculos de amistad. Luego, seguramente para asegurar la obtención de alimento, se dispersaron y se constituyeron en distintos grupos de amigos que viajaban juntos y vivían según una serie de leyes aceptadas por todos sus integrantes. Los valores, las creencias y las ceremonias fueron variando ligeramente de unos a otros, a lo largo y ancho de la tierra.

La piel de la serpiente que habían comido la noche anterior estaba tendida al sol en un arbusto cercano. Benala la cogió y la colgó de nuevo del cinturón que ceñía sus caderas. De pie, con las piernas separadas y los brazos erguidos, recibió el nuevo día con una plegaria silenciosa.

Cuando dio por finalizado su ritual matutino, contempló durante unos instantes a su nueva compañera de viaje. Sin intercambiar una palabra, ambas mujeres echaron a caminar juntas, dando comienzo a una nueva jornada en su viaje. Una de ellas retomaba un camino que conocía como la palma de su mano; la otra se adentraba en un mundo nuevo y desconocido.

La caminata de aquella mañana las llevó a un territorio poblado de densos matorrales, cuyas ramas, a veces cubiertas de espinos, debían apartar con las manos para seguir adelante. Mientras avanzaban así, Beatrice le hizo a su compañera una pregunta muy seria:

—Benala, ¿por qué crees que, pese a existir desde hace decenas de miles de años, nuestra raza no ha desarrollado ningún alfabeto ni ninguna forma de lenguaje escrito? Siempre he defendido nuestra cultura frente a quienes argumentan que este hecho es la prueba de que somos intelectualmente inferiores. ¿Conoces tú el motivo?

—Sí —contestó la mayor de las dos aborígenes—. El motivo es que había que pagar un precio demasiado elevado. Cuando los británicos encerraron a los nuestros en edificios donde trataban de obligarlos a aprender a leer y escribir, ellos les dijeron que

antes preferían morir. ¡El precio que debían pagar a cambio de esos conocimientos era demasiado elevado! Decidieron que preferían dejar de existir antes que perder la memoria. En nuestra cultura, la información que reciben los más jóvenes, los estudiantes, no la imparte un profesor en un aula, sino un grupo de profesores con los que conviven día a día. Así nada se olvida, nada se añade, y las interpretaciones individuales no se enseñan como hechos. Aprendemos la historia a través de la música y el baile, lo cual, bien mirado, no es tan distinto de la cancioncilla rítmica con que los mutantes aprenden la tabla de multiplicar, por ejemplo. A partir del momento en que los hechos quedan registrados por escrito, no pasa mucho tiempo antes de que sufran algún tipo de tergiversación. En el pasado, nuestro pueblo solía utilizar la comunicación de mente a mente y de corazón a corazón. Podrás comprobar por ti misma que mi tribu ha sabido conservar esta habilidad, que se basa en no tener secretos y no mentir jamás. Cuando escribimos algo, tendemos a creer que no hace falta recordarlo porque podemos recuperar la información más tarde. Por desgracia, el resultado de esta actitud es una mente perezosa. Trasladamos el poder de nuestra memoria a un trozo de papel. Hoy en día, las personas no recuerdan las cosas más sencillas, como lo que hicieron el día anterior o lo que comieron dos días antes. Los que viven familiarizados con la lectura y la escritura se comparan con los demás individuos de su sociedad y llegan a la conclusión de que la escasez de memoria es algo natural en el ser humano. Una vez más, podríamos preguntarnos: ¿esta conclusión es un hecho cierto o una mera creencia? —Benala sonrió, enseñando su inmaculada dentadura blanca—. Entre los nuestros las personas que llegan a los cien años han retenido el doble de información que cuando tenían cincuenta años. Sólo en muy contadas ocasiones hemos confiado en la escritura para transmitir información a las generaciones futuras. Para nosotros, hacerlo resulta no sólo innecesario sino también poco apropiado. Es un método de transmisión de conocimientos que funciona en otras culturas, pero eso no significa que sean mejores o peores que la nuestra. Tú has sido educada en el mundo mutante, por lo que conoces el valor de la palabra escrita y también sus riesgos. Ahora, junto a mi gente, verás una concepción muy distinta de la vida, y luego podrás decidir cuál de las dos es mejor para ti. Nosotros hemos utilizado símbolos escritos para grabar información en nuestras varas mensajeras, y también para señalar el camino a los viajeros de siglos venideros. Además, registramos la historia de nuestro pueblo en los muros de cuevas y desfiladeros, pero lo cierto es que siempre hemos vivido más pendientes del espíritu que del mundo material. Jamás se nos ha ocurrido tratar de manipular a la naturaleza, controlar los elementos o convertirnos en superhombres. El mundo todavía está en evolución. No es muy sensato por parte del hombre pensar que no hay criatura más perfecta que él sobre la faz de la tierra. Las plantas siguen adaptándose a su hábitat, los animales siguen cambiando y el ser humano aún debe recorrer un largo camino para que su lucidez espiritual y sus pretensiones se

hallen a un mismo nivel. Nosotros, en cambio, hemos seguido un desarrollo distinto, porque nuestro deseo es alcanzar la longevidad y la armonía entre todas las formas de vida. Beatrice, estoy segura de que algún día ya no sentirás la necesidad de defender tu cultura frente a los ataques de extraños y llegarás a entender, como yo he hecho, lo afortunadas que somos por haber nacido aborígenes.

—Sí —ratificó Beatrice—. Muy especial tiene que ser una cultura en la que no existen campesinos, comerciantes ni abogados, sino artistas, poetas, músicos y magos. Tienes razón, Benala: ¡debemos sentir orgullo de nuestros orígenes!

Un conjunto de peñascos se erguía entre los matorrales, formando una concavidad natural donde se había acumulado el agua de las últimas lluvias. En aquella especie de balsa flotaban los cadáveres de dos pájaros despojados de su plumaje, esparcido por el negro espejo de la superficie. Benala sacó la piel curtida de serpiente que llevaba colgada a la cintura, se acercó a la orilla y agitó el agua con la mano para limpiarla de residuos. Luego, llenó la piel de agua y le explicó a Beatrice que debía beber las gotas que se filtraban por los poros. Luego, le tocó a Benala saciar su sed con el goteo de agua purificada.

Tras un breve descanso, continuaron la marcha. Apenas habían avanzado cuando una pequeña bandada de aves pasó sobrevolando sus cabezas. Eran bellas criaturas de plumaje verde y amarillo que, al parecer, abundaban por aquellos parajes, pues empezaron a ver el mismo tipo de pájaros volando en soledad o apostados en las ramas de los árboles cercanos. Benala aguzó la vista y encontró un nido en el que había tres huevos, pero sólo extrajo uno para asegurar la continuidad de la vida. A continuación, abrió un orificio en la base de la cáscara y succionó parte de su contenido antes de pasarle el huevo a Beatrice para que hiciera lo mismo. Luego, envolvió la cáscara hueca con hojas tiernas y la guardó en su bolsa.

Al atardecer, un lagarto adulto se cruzó en su camino, por lo que se unió a las viandas del día. Por la noche, mientras descansaban bajo un cielo cuajado de estrellas, Benala sugirió a Beatrice que considerara la posibilidad de elegir un nuevo nombre.

—Puedes conservar el que tienes si te sientes a gusto con él, o puedes cambiarlo por otro cualquiera. No hay restricciones de ningún tipo. Puedes hacerte llamar de la forma que más te apetezca.

—¿Y qué pasa si decido utilizar un nombre que ya pertenece a otra persona?

—No pasa nada. Los nombres simbolizan cosas muy distintas para cada uno de nosotros. Tu nombre es la forma en la que deseas que el mundo te conozca y se dirija a ti. Te recuerda una cuestión específica a la que concedes gran importancia en este trecho de tu camino espiritual. Yo, por ejemplo, elegí cambiar mi antiguo nombre por el de Benala, que quiere decir «pato», porque he sido demasiado seria y responsable durante

la mayor parte de mi vida. Debe haber un equilibrio entre el deber y el placer. Yo admiro al pato porque es capaz de zambullirse en el agua y flotar en ella sólo por gusto. No para buscar alimento, no para eludir algún peligro ni para impresionar a nadie, sino única y exclusivamente porque le proporciona placer. Yo no actúo así a menudo, pero estoy tratando de aprender a... tener una personalidad más «flotadora» —concluyó con un brillo en sus ojos.

—Pensaré en ello —contestó Beatrice.

Aquella noche, Benala enseñó a su amiga cómo preparar un cómodo lecho utilizando las hojas tiernas de la vegetación circundante. Con la llegada del nuevo día, Benala repitió su ritual matutino.

A medida que avanzaban, el perfil del terreno iba cambiando y la vegetación se volvía cada vez más escasa. Las plantas se arracimaban en ciertas zonas, allá donde, según Benala, pasaban corrientes de agua subterráneas. Cada cierto tiempo, se detenían para recolectar hojas y bayas secas que Benala almacenaba en su bolso. Mientras buscaban bayas silvestres, encontraron un oposum grande y gordo de pelaje gris que mordisqueaba una hoja con toda tranquilidad, como si hubiera estado esperando la llegada de las dos mujeres. Benala tomó una gran piedra y la arrojó con todas sus fuerzas contra el animal, que murió al instante. Acto seguido, pronunció palabras de agradecimiento mientras practicaba un corte longitudinal en el vientre de la criatura para extraerle las vísceras. Beatrice se ofreció para transportar la carcasa. También ella dio las gracias, en silencio, al espíritu del oposum.

En las primeras horas de la tarde, Benala guió los pasos de ambas hasta un gran estanque natural. Gracias al lecho rocoso y al constante fluir de un manantial subterráneo, el agua era tan cristalina que bastaba mirar hacia abajo para contemplar el hermoso mosaico natural que reverberaba bajo la superficie. Junto a la orilla del estanque, allí donde la corriente desembocaba en un pantano de aguas turbias, crecía una extraña forma de vegetación cuyos brotes semejaban salchichas ensartadas en largos tallos. Beatrice se arrodilló junto al estanque para refrescarse la garganta mientras Benala recogía las plantas maduras y una brazada de brotes tiernos. A escasos metros de distancia, se alzaba una gran piedra de superficie llana. El hecho de que estuviera aislada era un claro indicio de que no había sido puesta allí por la naturaleza. Sobre ella, había otra piedra de forma oval, superficie pulida y color más oscuro.

—Esta roca se utiliza para moler grano desde hace cientos de años. Es una especie de altar para los habitantes de esta nación. Hoy, la utilizaremos para moler nuestra comida y, al hacerlo, recargaremos la energía espiritual de este lugar y saldremos fortalecidas por la energía que él desprende.

Dicho esto, Benala vació el contenido de su bolsa, en la que cargaba bayas, hojas y una cáscara de huevo. Uno a uno, molió los ingredientes hasta convertirlos en un polvo

granulado, al que luego añadió algunas gotas de agua para formar una pasta. Acto seguido, con los tallos entrelazados hizo un cuenco en el que vertió la pasta.

—Comeremos esto más tarde —anunció Benala mientras limpiaba el área de la molienda y volvía a dejarla tal como la había encontrado.

Echaron de nuevo a andar. El día y la distancia parecían discurrir suavemente mientras caminaban. Benala sacó largas hojas de su bolsa y empezó a trenzarlas.

—¿Cuántas personas hay en la tribu de los Auténticos? —preguntó Beatrice.

—En este momento, diecinueve. Contigo seremos veinte. Pero el número varía con frecuencia, y no los conocerás a todos al mismo tiempo. Ya no podemos vivir juntos como en el pasado. No existe alimento disponible en un solo lugar para diecinueve personas y, lo que es más importante, si viajáramos en grupos grandes, el hombre blanco nos descubriría y nos quitaría la libertad. Si somos pocos, en cambio, podemos desaparecer, convertirnos en rocas o troncos de árbol. Se decidió que es lo mejor para nosotros en estos tiempos.

—¿Por qué varía el número?

—Porque muchos de los miembros de la tribu son como nosotras, refugiados provenientes de otra nación. Además, las misiones ofrecen una vida cómoda, con comida y tabaco gratis, sin pedir nada a cambio. Los primeros cautivos de las misiones tienen ahora hijos y nietos que han nacido en ellas, en lugares donde todas las costumbres tribales han sido erradicadas. Luego está también la vida en los pequeños pueblos y en las grandes ciudades. El Gobierno está empezando a conceder dinero a los aborígenes para que puedan hacerse con unos pocos bienes materiales, lo cual resulta muy tentador. Pero los que optan por partir viven entre dos mundos, sin acabar de estar en ninguno de los dos. Algunos nos encuentran y acuden periódicamente a nosotros en busca de apoyo y consejo. Nosotros administramos nuestra energía con el fin de llevar una vida lo más positiva posible.

Cuando se detuvieron aquella noche encendieron una pequeña fogata. Benala dejó que las llamas se consumieran antes de colocar sobre las brasas las pastas hechas con las semillas molidas que llevaba en la bolsa. Tras dejarla cocer al calor de los rescoldos, Benala sacó las pastas y las compartió con Beatrice.

—Esto es para ti —anunció Benala mientras alargaba el brazo por encima de las ascuas muertas para entregar a Beatrice la labor en la que había estado trabajando a lo largo del día, una bolsa de singular aspecto—. Más tarde, te enseñaré a hacer una como la mía con distintos tipos de piel, pero por ahora éste te servirá.

Beatrice observó con mayor detenimiento el recipiente que Benala utilizaba para transportar todo tipo de objetos, un auténtico prodigio de ingenio y habilidad. Se podía doblar una y otra vez en cuadrados cada vez más pequeños hasta adquirir el tamaño de un monedero pero, en caso de necesidad, se desdoblaba de nuevo hasta alcanzar el

volumen de una bolsa de compras. «Y pensar que, para muchos, las gentes que viven lejos de la ciudad carecen de cultura y sentido artístico... —pensó Beatrice—. Es una lástima que el mundo se haya vuelto ciego a esta clase de genialidad.»

—Muchísimas gracias —dijo Beatrice en tono afectuoso—. Ya empiezo a sentirme más cómoda.

Benala volcó entonces su atención en el oposum, al que degolló y despellejó. Luego, colocó la carne sobre las cenizas y tendió la piel en el suelo. Con la ayuda de una espátula que cargaba en la bolsa, eliminó los residuos de grasa y tejido que se adherían a la cara interna del pelaje. A continuación, extrajo los sesos del cráneo del animal y le explicó a Beatrice que los necesitarían para untar la piel del oposum a medida que se fuera secando en los días siguientes.

—¡Cuando tu nueva ropa esté lista, te sentirás como en casa! —añadió mientras se disponían a dormir.

Beatrice sonrió y pensó para sus adentros: «Me siento cada vez más en casa, ahora que no estoy en ninguna.»

En el cuarto, quinto y sexto días que pasaron juntas, Beatrice se despertó antes del alba sabiendo qué se esperaba de ella. Volvía a llenar la hondonada que había abierto la noche anterior para dormir, nivelaba la superficie y soplabla para borrar las huellas de su cuerpo. Benala no tardaba en unirse a ella, y ambas mujeres saludaban el nuevo día consagrándolo a la Divina Unidad. Beatrice comprendió al fin que todo cuanto se cruzara en su camino —cada criatura, persona o mera circunstancia meteorológica— tenía su razón de ser. La misión de Beatrice consistía en honrar esa razón de ser aceptándola, aunque no alcanzara a comprender su finalidad. La vida en el Outback carecía de complicaciones. Se trataba sencillamente de honrar y respetar los designios del Gran Espíritu.

Beatrice se ciñó las caderas con el cinto de tallos entrelazados que su compañera le había regalado, del que colgaba cómodamente la bolsa, por encima de la piel de oposum que llevaba a modo de taparrabos, una pieza por delante y otra por detrás. Su pecho seguía estando desnudo, pero ya no le importaba. Sacudió la cabeza y peinó con los dedos su pelo enmarañado. El polvo que el viento había arrastrado en los últimos días se había mezclado con la arena sobre la que apoyaba la cabeza por las noches. No sabía cuándo ni cómo podría lavarse el pelo, por lo que se resignó con sacudirlo. Siguiendo el ejemplo de Benala, cogió una porción de arena entre los dedos índice, medio y pulgar, y se la llevó a la boca. Friccionó encías y dientes con la arena y luego la escupió, con lo que inmediatamente sintió frescor en la boca. Las dos mujeres desmontaron juntas la fogata de la noche anterior y devolvieron al paisaje su aspecto original antes de continuar la marcha por el vasto llano.

Soplabla una brisa muy suave, tan suave como el hálito del amante que busca la atención del ser amado soplando en su mejilla. El cielo azul y distante se fundía con la tierra rojiza, creando una franja intermedia de color indefinido. El paisaje se extendía en las cuatro direcciones como una inabarcable llanura desértica. Habían llegado a una parte

del continente demasiado árida y desolada para que en ella hallaran sustento los grandes canguros rojos y grises. Las únicas criaturas que poblaban aquellos inhóspitos parajes eran los roedores del desierto y los conejos, cuyo número aumentaba cada año a ojos vistas.

Tras haber avanzado durante dos horas, llegaron a un matorral.

—Esperaremos aquí —anunció Benala—. Este lugar es una frontera, un trazo de canción que separa dos naciones distintas. Mi pueblo es el encargado de velar por la conservación de este territorio pero, como viajo contigo, debemos esperar que nos den permiso para cruzar la frontera.

Se sentaron y esperaron en silencio.

—¿Cuánto tiempo tardarán en averiguar que estamos aquí? —preguntó Beatrice.

—Ya lo saben —fue la respuesta.

—¿Cómo pueden saberlo? —replicó Beatrice, perpleja.

—Lo saben, eso es todo.

—¿Qué debemos hacer? ¿Cómo sabremos si podemos continuar nuestro camino? —insistió la joven habitante de la ciudad.

—Ya lo verás —obtuvo por toda respuesta.

Permanecieron en silencio hasta que Beatrice pidió con ansiedad:

—¡Mientras esperamos, por favor, háblame más acerca de nuestro pueblo!

—Bueno... —empezó Benala tras un profundo suspiro—, los pueblos aborígenes son hijos de la naturaleza. La tierra es nuestra madre y nunca hacemos nada que pueda dañarla o que suponga una falta de respeto hacia ella. Formamos parte de una gran familia que abarca el cielo, las estrellas, el sol y la luna. Estamos emparentados con todas las formas de vida —mamíferos, aves, plantas— y nos sentimos afortunados por haber nacido en este paraíso. Hace miles de años, esta tierra era un edén en el más puro sentido de la palabra. Vengan de donde vengan, todos los seres humanos aprecian un lugar en el que existe una imponente cordillera y un río que fluye desde las alturas como una gran serpiente, reptando perezosamente por la falda de las montañas, desdoblándose al llegar a los fértiles valles para luego desembocar en el inmenso mar, junto a una orilla de arenas doradas. Así era la franja costera de toda nuestra tierra, y ése fue el territorio que reclamaron para sí los europeos que venían de un lugar frío, húmedo y gris para levantar ciudades como Sydney, Brisbane o Adelaide.

»Nos obligaron a abandonar nuestras tierras, pero los aborígenes somos un pueblo pacífico. Carecemos del instinto del guerrero, del deseo de venganza. La ley del “ojo por ojo y diente por diente” no tiene cabida en nuestra forma de pensar. De hecho, hacemos todo lo contrario. Los episodios de agresión física producidos a lo largo de nuestra historia son muy escasos en comparación con cualquier otra raza del mundo. Cuando alguien cometía un acto violento o socialmente intolerable, el conflicto se solucionaba

mediante un sistema denominado “pena en los huesos”, por el que la parte agravante se castigaba a sí misma desarrollando alguna enfermedad de tipo psicosomático —que podía llegar incluso a producirle la muerte— debido al sentimiento de culpa. Nunca habíamos necesitado cárceles, guillotinas, pelotones de fusilamiento ni personas encargadas de vigilar y castigar los actos de sus congéneres. Pero entonces, hará unos ochenta años, la libertad nos fue arrebatada por unos forasteros que constituyeron un gobierno pero jamás tuvieron en cuenta nuestras necesidades. De hecho, los documentos en los que se basa todo el sistema legal australiano aseguran que, a la llegada de los europeos, éste era un continente despoblado. Sencillamente se ignoró la existencia de un millón de personas. Como no opusimos resistencia física, nuestra cultura se desmoronó rápidamente.

»Buena parte de nuestro espíritu pacífico, creo yo, se debe a la relación que mantenemos con nuestros hijos. En la cultura aborígen no existen los hijos indeseados. Desde hace siglos, las parejas mascan una hierba especial que les permite evitar el embarazo. Nuestra experiencia de la natalidad planificada es muy especial, puesto que es el alma nonata la que decide el momento de venir al mundo. En el pasado, cuando un espíritu deseaba acceder a la escuela de la experiencia humana, hacía saber su deseo y toda la comunidad aguardaba su llegada. Los demás niños de la tribu se convertían en sus hermanos y hermanas; todas las mujeres eran como segundas madres y todos los hombres como segundos padres. Los niños jamás sentían falta de atención o afecto, sino que cada uno de ellos recibía constantes muestras de aliento y amor. Los niños mamaban hasta que cumplían tres o cuatro años, y el placer de dar el pecho era compartido por varias mujeres de la tribu.

»Verás, nosotros sabemos que todos los bebés, con independencia del sexo al que pertenecen, nacen dotados de múltiples talentos. Todos los seres humanos poseemos la capacidad innata de hacer tantas cosas maravillosas a lo largo de la vida que pocas veces vivimos lo bastante para descubrir la totalidad de nuestros dones. Todos llevamos dentro un cantante, un bailarín, un artista, un profesor, un médico, un líder, un payaso, un cuentacuentos... la lista sería interminable. Podemos no creer en algunos de nuestros talentos, podemos no sentir interés por desarrollarlos, pero eso no los minimiza. Sólo significa que no sabemos reconocer —no sabemos honrar— esa faceta de nuestro ser.

»Creo que por eso los aborígenes no han podido entender jamás los prejuicios de tipo racial. Para nosotros, no existen personas más valiosas que otras. Los individuos que componen nuestros clanes y tribus hacen lo que más les gusta hacer, pero no movidos por el deseo de impresionar a los demás o porque esperen recibir algún tipo de recompensa. Todos aportan algo a la comunidad en función de su forma de ser, y la aportación de cada individuo es recibida con un genuino sentimiento de gratitud, así que todos nos sentimos aceptados y valiosos. Incluso nuestros llamados líderes asumen ese papel de forma voluntaria y a menudo rotativa. Nuestros mayores son ciudadanos que

merecen un especial respeto debido a su sabiduría, que han alcanzado gracias a la experiencia acumulada a lo largo de los años.

»Debes tener en cuenta que estoy generalizando. Existen cientos de tribus aborígenes y, como siempre que existen distintos grupos de personas, las costumbres varían de unas a otras. No sé a qué tribu pertenecían mis padres y mis abuelos. Tú y yo formamos parte de una generación de niños secuestrados, arrancados de su entorno nada más nacer. Tú tampoco habrás podido averiguar nada acerca de tu nacimiento, ¿verdad?

—Nada —confirmó Beatrice.

—Personalmente —prosiguió Benala—, te diré que la enseñanza más valiosa que he obtenido al comparar ambas sociedades, la urbe mutante y nuestro reducto de supervivientes del desierto, ha sido llegar a entender, por un lado, mi misión como un espíritu eterno que ha venido al mundo para vivir una experiencia humana y, por el otro, la diferencia entre juzgar y observar. En el mundo donde crecí me enseñaron a juzgarlo todo: a las personas por su aspecto, las posesiones por su valor, el día por el tiempo, la salud por el grado de dolor. El mundo está lleno de expertos jueces que jamás acaban de ponerse de acuerdo entre ellos. El resultado es que cada persona termina aislándose y distanciándose incluso de sus seres más queridos —cónyuge, familia, amigos— por creencias que determinan y limitan sus acciones.

»Aquí, en el desierto, he aprendido a observar. Juzgar significa discernir entre lo bueno y lo malo, o entre distintos grados de lo uno y lo otro. Sin embargo, cuando juzgas algo, te predispones automáticamente a vivir la otra mitad de la ecuación. En otras palabras, debes ser perdonado y también aprender a perdonar. Por cada momento que dedicas a juzgar, pasarás otro tanto perdonando. Si no lo haces en esta vida, tendrás que hacerlo más adelante.

»La observación es una actitud mental diametralmente opuesta a la que acabo de exponer. Para observar no hace falta perdonar. Basta reconocer a todos tus semejantes como espíritus de la Eternidad —seres que, al igual que tú, siguen su viaje de iniciación, su aprendizaje en la escuela de la experiencia humana— y reconocer en todas las almas un ente dotado por el Creador de voluntad propia y libertad de elección. En otras palabras, las personas no son mejores ni peores por el hecho de ser distintas de nosotros. Sencillamente, han elegido otras opciones espirituales.

»Nuestro cuerpo nace dotado de cinco sentidos que nos ponen en contacto con cada milímetro de nuestro ser, así que la observación se puede llevar a cabo no sólo a través de la vista, sino también del olfato o cualquier otro sentido. Cada uno de nosotros debe decidir qué considera bueno o correcto, pues ésa será la garantía de un viaje positivo. A cambio, tenemos el deber de ayudar a cuantos se cruzan en nuestro camino. Te pondré un ejemplo: en lugar de emitir un juicio sobre el sistema de valores moderno, nuestra tribu diría que lo ha oído y que nuestro olfato rechaza su olor. En tu caso y en el mío,

hemos saboreado y tocado el mundo mutante, y hemos llegado a la conclusión de que no nos apoya en nuestro viaje. Damos nuestra bendición a esa forma de pensar, pero elegimos distanciarnos. No la hemos tachado de incorrecta, irresponsable o egoísta, sino que nos hemos limitado a observar lo que ocurría a nuestro alrededor y hemos decidido que no queremos tomar parte en eso. Estamos hablando de algo muy complejo, pues tiene que ver con la conciencia de Unidad, pero tendremos tiempo de discutirlo a fondo cuando estén presentes los restantes miembros de la tribu.

»Mi pueblo se hace llamar “Karoon”, que se podría traducir como “los primeros”, “los originales”, “los puros”, “los reales” o “los que piensan en unidad”. A mí me gusta llamarnos la tribu de los Auténticos. Para referirnos a la sociedad de tipo occidental, hablamos de “los cambiados”, “los que ya no piensan en unidad”, “los alterados” o “los mutantes” —Benala descubrió su blanca dentadura y añadió entre risas—: Y esto que te digo no es una opinión, sino una observación.

No bien había acabado de pronunciar estas palabras, un extraño zumbido se propagó por la vasta llanura y llegó hasta sus oídos. El tono agudo inicial dio paso a otro más grave y luego se prolongó en un inquietante lamento sostenido.

—¿Qué es este ruido tan raro? —preguntó Beatrice.

Benala se llevó el dedo índice a los labios y se mantuvo a la escucha hasta que el sonido cesó por completo. Sólo entonces habló:

—Es un mensaje de nuestro pueblo. Dicen que podemos seguir avanzando. De momento, eres bienvenida en el círculo externo de la tribu. Han empleado un sistema de comunicación muy, muy antiguo, que consiste en producir sonidos con un trozo de madera atado a una cuerda. Al dar vueltas, la cuerda vibra y forma las palabras del mensaje. En la llanura, las vibraciones sonoras recorren grandes distancias. Este sistema resulta muy útil cuando no es posible practicar la comunicación de mente a mente y de corazón a corazón.

Las dos mujeres reanudaron la marcha. Una vez se detuvieron para comer y beber: Benala se dirigió a un pequeño macizo de vegetación junto al cual se arrodilló y pidió permiso a la tierra para abrir un hoyo. Éste se llenó rápidamente con el agua que brotaba de una corriente subterránea, y entonces Benala pidió permiso para beber. Acto seguido, ambas mujeres formaron un cuenco con sus manos para beber. Beatrice iba comprendiendo que el agua era un lujo con el que no se podía contar todos los días. Benala arrancó dos matojos del suelo, entregó uno de ellos a Beatrice y le explicó cómo eliminar la tierra de las raíces y aprovechar al máximo las partes tiernas del tallo. Tras un breve descanso, echaron de nuevo a andar.

Habría pasado media hora cuando avistaron una colina, la más elevada de las divisadas aquel día.

—La tribu nos espera al otro lado, a la sombra —informó Benala.

Beatrice se preguntó qué aspecto tendrían los verdaderos aborígenes, personas que, en su mayoría, no habían pisado jamás una ciudad, y por un momento los imaginó brincando cual canguros para evitar ser capturados. Aquellas gentes tildadas de primitivas vivían toda su vida, desde que nacían hasta que morían, sin ningún tipo de comodidad material. ¿Y sus propios padres, cómo habrían sido ellos? ¿Estúpidos, paganos y no del todo humanos, como le habían inculcado las monjas del orfanato? ¿O acaso todo lo contrario, inteligentes y pacíficos, como los había descrito Benala? Beatrice se preguntó qué encontraría al otro lado de la colina, y por un momento temió arrepentirse de haber emprendido aquel viaje. Mientras salvaban la distancia que las separaba de la tribu, siguió ponderando la situación hasta que, por fin, distinguió una silueta que avanzaba hacia ellas. Al aproximarse, Beatrice reconoció los contornos de una mujer aborígen.

La mujer que salió a recibirlas llevaba por todo atuendo una cálida sonrisa de bienvenida y una bolsa similar a la de Benala, colgada de una cuerda trenzada que rodeaba sus caderas. La piel achocolatada y tersa de su cuello esbelto revelaba que se encontraba aún en la flor de la vida. Benala imprimió mayor velocidad a sus pasos y la muchacha desconocida hizo lo mismo. Fueron acercándose, hasta que la más joven de las dos echó a correr.

—¡Es hoy! —exclamó Benala, rodeando con sus brazos a la muchacha.

—¡Es hoy! —contestó ésta. Volviéndose a Beatrice, añadió—: Has venido a nosotros. Deseamos que encuentres lo que buscas. Ven, te llevaré hasta nuestro círculo.

Echaron a caminar las tres, juntas y en silencio.

En aquel paraje, los torbellinos de arena mojada zarandeados por las tormentas de viento se habían visto frenados por una superficie rocosa y habían ido formando un promontorio. Mientras rodeaban la loma, las tres mujeres avistaron una cavidad en la roca, un punto en el que el viento había excavado un refugio natural. Allí, sentadas en el suelo, había cuatro personas, dos mujeres y dos hombres. Uno de ellos lucía una larga cabellera blanca y una barba tupida del mismo color. Tenía un aspecto tan sereno y afable que, de haber nacido en la ciudad, sólo podía haberse llamado Santa Claus. El otro hombre era más joven y llevaba el pelo trenzado mediante hebras entrelazadas. Tenía el rostro delgado y sus brazos parecían delicadas alas de pájaro, pero el cuerpo era de complexión robusta y flexible. Resultaba difícil adivinar la edad de la primera mujer. No tenía canas, aunque sí profundas arrugas en ojos y labios que la avejentaban. La otra mujer, en cambio, tenía una cabellera blanca como la nieve y llevaba una pequeña pluma de ave sobre la oreja derecha que, a primera vista, se confundía con un mechón de su ensortijada melena. Llevaba el pecho pintado con listas blancas y una serie de pequeños puntos del mismo color adornaban su frente. Los cuatro sonrieron cuando la joven que había acudido a recibirlas se acercó a ellos y se sentó.

—Espera aquí —le indicó Benala a Beatrice antes de ocupar su lugar en el grupo,

junto a la muchacha—. Debes esperar que te inviten a unirte a nosotros.

Beatrice permaneció de pie bajo el sol, preguntándose qué clase de consideraciones determinarían su aceptación en el círculo.

Los últimos cuatro días de su vida en poco o nada se parecían a los primeros veintidós años. Estaba encantada con su nueva amiga, cuya compañía convertía el viaje en un continuo placer. Disfrutaba escuchando las sabias explicaciones con las que daba respuesta a muchos de sus dilemas e incógnitas pero, aun así, se sentía un poco incómoda. Tuvo que admitir para sus adentros que, en el fondo, temía descubrir que sus verdaderas raíces eran como una caja de Pandora que más tarde lamentaría haber abierto. Por encima de todas las cosas, deseaba poder sentirse orgullosa de sus antepasados, defenderlos y presumir de su legado, pero en aquel momento no estaba nada segura de lo que iba a ocurrir. ¡Aquella gente no parecía precisamente un grupo de vecinos que dan la bienvenida a un recién llegado al barrio!

La mujer con la piel pintada y la pluma en el pelo se levantó, se alejó algunos metros del grupo y se detuvo en una zona de relieve llano. De rodillas en el suelo, empezó a apartar las piedras y a alisar la arena con la palma de las manos hasta que hubo despejado un área circular con cerca de un metro de diámetro. Acto seguido, volvió al refugio y cogió un palo corto y puntiagudo que entregó a Benala antes de volver a sentarse en su lugar. Benala transportó el palo hasta la zona bañada por el sol y lo puso en manos de Beatrice mientras le decía:

—Por favor, haz un dibujo en el interior del círculo.

—¿Un dibujo? ¿Qué clase de dibujo? —preguntó la forastera.

—Da igual. Dibuja cualquier cosa que desees mostrar a los demás —fue la respuesta de Benala.

—Pero... ¡si no sé dibujar! —insistió Beatrice.

—Claro que sabes. Todo el mundo sabe dibujar. No te preocupes, límitate a hacerlo lo mejor que puedas. Adelante.

Beatrice se sintió más aturdida que nunca. No tenía ni la más remota idea de lo que aquellas personas esperaban de ella. No entendía si se trataba de una prueba, un juego o una broma.

Todos la observaban con gesto grave mientras esperaban que diera inicio al dibujo. La expresión de sus rostros seguía siendo afable y amistosa, pero se notaba que aquél era un momento solemne. «Límitate a hacerlo lo mejor que puedas», le había dicho su amiga. Beatrice empuñó el palo y, sin detenerse a pensar en nada, empezó a trazar un círculo en la arena; luego, dibujó otro círculo más pequeño encima del primero y añadió algunas líneas. Ante sus ojos empezó a surgir la tosca silueta de un canguro. Cuando hubo concluido, se levantó, se volvió hacia su público y dijo a modo de justificación:

—La verdad es que nunca se me ha dado bien el dibujo. Lo siento.

Entonces, el grupo se levantó. Uno tras otro, sus seis integrantes desfilaron alrededor

del garabato infantil, contemplándolo dos veces desde todos los ángulos posibles. Al cabo, volvieron a sus asientos. Hubo un murmullo de voces durante unos instantes, y luego Benala se volvió hacia Beatrice y la invitó a sentarse junto a ella.

—Bienvenida a este círculo —empezó Benala—. Te presento a Apalie, que significa «Mujer de Agua» —añadió mientras señalaba a la persona que estaba sentada frente a ella—. La que está a su lado es Wurtawurta, «Adorno de Plumas» —prosiguió, señalando a la mujer de pelo cano—. Y ellos son Mitamit, «Espíritu del Viento», y Googana, «Hombre Lluvia» —añadió, refiriéndose al hombre de barba plateada—. La muchacha que salió a recibirnos es Karaween, «Hacedora de Cestas».

Concluidas las presentaciones, Benala añadió:

—Ellos ya saben quién eres, pero necesitan oírlo de tus labios.

—Me llamo Beatrice y, al igual que a Benala, me separaron de mis padres al nacer. Vengo a vosotros en busca de ayuda para entender quién soy.

Todos los presentados asintieron en señal de entendimiento y conformidad. Entonces Googana, Hombre Lluvia, empezó a hablar en su lengua nativa. Beatrice logró seguir su discurso con notable facilidad.

—Te hemos pedido que hicieras un dibujo para que él nos revelara la respuesta a muchas preguntas. Si un visitante dibuja montañas y árboles, sabemos que ve nuestra nación como un territorio de paso. Si dibuja el cielo, estamos ante alguien más consciente de su lugar en el universo, alguien que puede quedarse entre nosotros por algún tiempo. Tú has dibujado un canguro de forma espontánea, lo cual indica que posees algún tipo de vínculo con este animal y con todos aquellos que se hallan también emparentados con el canguro. Nosotros lo habríamos dibujado reproduciendo la huella de sus patas, por lo que deducimos que tú observas lo general. Te ayudaremos a ver los detalles y también lo invisible. Las verdades que buscas son muy específicas, pero comunes a toda la inmensa humanidad.

Los integrantes del grupo permanecieron sentados durante algunos instantes más. Luego, se fueron levantando y cada uno se encargó de borrar las huellas de su presencia. Beatrice vio que Benala alisaba la arena en la que ella había dibujado y la ayudó a colocar de nuevo en su sitio las piedras que habían sido desplazadas. Cuando acabaron, los siete viajeros echaron a caminar en silencio por la llanura. No escuchaban más sonido que el de sus pasos o los de alguna pequeña criatura que corría en busca de cobijo. Beatrice no recordaba haber experimentado nada semejante en toda su vida; se sentía presa de una sensación rayana en el aturdimiento. Su estado de ánimo era una extraña mezcla de expectación y alivio que le resultaba difícil de entender. «A lo mejor — pensó —, así es el sentimiento de paz, una especie de inmensa nada.»

En medio del silencio, la joven Karaween, Hacedora de Cestas, movía el brazo izquierdo como si blandiera una batuta. Beatrice la observó con curiosidad.

—Cantamos juntos en silencio —informó la chica.

—La telepatía es el principal sistema de comunicación de la tribu de los Auténticos —intervino Benala—. Nosotros lo llamamos hablar de mente a mente y de corazón a corazón. Con el tiempo, también tú podrás hacerlo, pero es algo que requiere adiestramiento y práctica. Probablemente descubrirás, como hice yo tiempo atrás, que lo importante es desaprender lo que hasta ahora has aprendido.

Avanzaban en grupo pero sin un orden fijo. Nadie iba a la cabeza de la comitiva. En aquella época del año no resultaba difícil encontrar broza suficiente para prender una hoguera cada día, pero más adelante sería necesario cargar un recipiente con ascuas encendidas. Aquel día no, sin embargo. No bajo aquel sol de justicia.

Mientras caminaban en dirección a la puesta de sol, iban recolectando aquí y allí ñames y otras plantas cuyas hojas, tallos o tubérculos eran comestibles. Dos serpientes, dos conejos y un lagarto se unieron al menú del día. Los viajeros comían por separado, a medida que iban encontrando alimento. La vida en el desierto se manifestaba de forma particularmente intensa en tres momentos del día: al alba, al caer el sol y bien entrada noche. La actividad de recolectar alimento era para los aborígenes una manera natural de desarrollar habilidades como arrojar un objeto, hacer diana o matar sin dolor, amén de una forma de perfeccionar otras aptitudes, como correr, enfocar un objeto a distancia o lograr la concentración mental. Todos los jóvenes pasaban varias horas al día observando a los mamíferos, los reptiles, los insectos y las aves. Aprendían a reconocer los sonidos de cada uno, y eran maestros en el arte de imitar sus llamadas. Sabían reproducir con absoluta perfección la forma en que la iguana movía la lengua, los distintos tipos de salto del canguro y del walaby o el veloz desplazamiento del oposum y el uombat. Los niños aprendían que era necesario unir su espíritu humano con el espíritu vital de los alimentos antes de que ambos se convirtieran en la comida.

En el acto de la recolección de alimentos, el sagrado don de la vida que el hombre recibe de la tierra se valoraba por encima de todo. Beatrice se sentía impresionada por la ingente cantidad de conocimientos que poseían los miembros de la tribu. Sabían qué alimentos eran comestibles y cuáles no, dónde buscarlos según la estación y las condiciones climáticas, cómo extraer sustancias químicas de las plantas sin dañarlas o cómo conservar dichas sustancias para emplearlas más tarde como medicinas. Por las noches, los movimientos y sonidos de los animales se incorporaban a las canciones y bailes de la tribu, convertidos en magnéticas invocaciones que aseguraban el alimento del día siguiente. Plantas y animales daban su vida a cambio de la continuidad de esa misma vida en el nuevo cuerpo, y el ciclo vital se cumplía de acuerdo con un principio sagrado basado en el respeto hacia todos los seres. Los aborígenes creían que todas las cosas nacen con un propósito, una razón de ser positiva que debe ser honrada, y jamás olvidaban este principio, ni siquiera cuando las circunstancias parecían sugerir lo

contrario. Así, en lo que aparentaba ser un páramo yermo y desolado, había alimentos en abundancia, a la vista y bajo tierra, en el agua, el cielo, los nidos, los hoyos, en los árboles vivos y muertos, en los hormigueros y en las cuevas.

Pedían los alimentos, esperaban su llegada y los recibían con gratitud. No daban por sentado que iban a recibirlos, pero tampoco creían que tuvieran que trabajar para ganarlos. Eran conscientes en todo momento de que el Gran Espíritu, una suerte de supremo poder divino, había hablado y actuado a través de sus antepasados y seguía haciéndolo a través de los aún no nacidos, de los elementos y de toda la creación en su conjunto. El mundo evolucionaba según un diseño perfecto y cada forma de vida constituía una parte fundamental del inmenso rompecabezas.

Beatrice se percató de que existía una diferencia muy clara entre la clase de saber que le habían enseñado —consistente en un conjunto de conocimientos— y la sabiduría por la que regían su vida los aborígenes de la tribu de los Auténticos. Según Googana, el Hombre Lluvia, los conocimientos y la educación eran una misma cosa, un saber que podía adquirirse por medio de la experiencia, de las enseñanzas de un profesor o bien —como ocurría en el mundo mutante— a través de los libros y otros inventos modernos. Los conocimientos, en definitiva, eran algo completamente distinto de la sabiduría que, según creía la tribu, consistía en la forma en que cada uno decidía emplear sus conocimientos. Para los Auténticos, la sabiduría era el factor que permitía determinar cuándo y cómo había que actuar y cuándo lo mejor era abstenerse de hacerlo. Como le dijo Wurtawurta, la mujer más anciana de la tribu: «Una vida sin sabiduría es como el agua que se pierde entre los dedos de una mano; si se recoge en un cuenco, es distinto. Ambas opciones son válidas y tienen su razón de ser en determinadas circunstancias, pero una vida despojada de sabiduría debe, por fuerza, repetirse en otro tiempo y otro lugar, pues de lo contrario se habría desperdiciado mucha energía.»

Una tarde, mientras caminaban, Beatrice se acercó a Wurtawurta y le preguntó:

—¿Has nacido en esta tribu? Me gustaría saber más acerca de ti.

—¿Quieres oír mi historia? —fue la respuesta de la anciana de rostro apergaminado y afable—. De acuerdo, te contaré lo que a mí me explicaron hace muchos, muchos años.

»Hacía un día esplendoroso. El océano se abatía sobre la costa, dejando un ribete de burbujas en la arena dorada, que inspiraba y expiraba al compás de las olas. Los pescadores lanzaban a las cálidas aguas azul turquesa las redes que habían tejido con sus manos, y celebraban con gritos de júbilo la pesca de los mejores especímenes. Un grupo de niños y niñas de piel tostada jugaban junto a la orilla y se encargaban de transportar cada uno de los trofeos plateados hasta la arboleda cercana donde las mujeres se afanaban en la preparación de la cena. Toda la comunidad se hallaba reunida en aquel lugar, a excepción de tres mujeres. La más joven de las casadas de la tribu estaba dando a luz en un lugar sagrado, tierra adentro. Su madre y su tía la asistían en las labores de parto. Se habían estado alimentando de fruta y carne de tortuga ahumada, pero celebrarían la inminente llegada del nuevo miembro de la tribu con buen pescado fresco, que alguien se encargaría de llevar a la nueva madre cuando finalizara el día.

»El parto no fue difícil. La joven madre disfrutaba de una excelente salud y había preparado a conciencia su espíritu y el del feto para su llegada al mundo. La pequeña recién nacida recibió el afectuoso saludo de sus familiares. La abuela limpió su cuerpo, empleando aceite y las partes más suaves de grandes hojas tiernas que habían sido preparadas aquel mismo día, antes de que la madre empezara a notar las primeras contracciones. Según la tradición de la tribu, madre e hija permanecerían apartadas durante tres días. En ese período de tiempo, el padre y el resto de la comunidad prepararían el recibimiento de la niña y la madre tendría oportunidad de reponerse.

»Madre e hija descansaban sobre un lecho de hierba fresca. Toda la vegetación empleada en el proceso del parto se quemaba en un fuego ritual al que se añadía una

sustancia destinada a ennegrecer el humo. Era una señal que avisaba a cuantos veían la negra columna elevándose en el aire que no debían acercarse al lugar. Además, el humo informaría a los invisibles antepasados espirituales que el espíritu de la niña había llegado sano y salvo. Tras un día de ayuno, la joven madre tenía apetito y comió con placer el pescado fresco que le sirvieron, no sin antes dar las gracias al espíritu que albergaba y a las mujeres que lo habían transportado.

»A la mañana siguiente, la madre acudió con su hija a una gruta de perfil escarpado que se elevaba junto a la orilla del mar y en cuyo interior había una pequeña laguna que aprisionaba las olas más impetuosas. Gracias al agua que se infiltraba poco a poco bajo tierra, una corona de plantas y flores había arraigado alrededor de la laguna, formando un macizo tan frondoso que la joven tuvo que apartarlas para poder introducirse en el agua. Allí se bañó y puso a la niña en contacto con un medio acuático similar al del útero materno.

»Llegado el tercer día, la madre, la abuela y la tía emprendieron el regreso al campamento de la tribu, cargando a la niña en el interior de un cuenco, sobre un lecho de pétalos. Nada más llegar, pusieron al bebé en brazos de su padre, que aguardaba aquel momento sentado entre dos líderes ancianos y sabios. La abuela asistió al acto de entrega, pero se abstuvo de mirar al padre a los ojos. La experiencia acumulada a lo largo de miles de años había demostrado la conveniencia de que la suegra y el yerno no llegaran a establecer contacto visual, y aquella constatación se había convertido en una regla de la tribu.

»Aquella noche se organizó un festín para celebrar el nacimiento. Por lo general, los miembros de la tribu eran gentes de apetito frugal, dotadas de la complexión delgada y atlética propia de la raza aborígen, pero aquél era un día especial y lo celebraron con comida abundante. Cuando todos hubieron saciado su apetito, algunos fregaron los cuencos y limpiaron el área donde había tenido lugar el festín, mientras otros se afanaban en preparar la ceremonia en la que, una vez más, toda la atención se concentraría en la recién nacida. El aire se llenó con el zumbido que producía un músico soplando en el interior de un tronco hueco, mientras otros marcaban el ritmo golpeando entre sí dos palos que sostenían en las manos. Las mujeres se habían pintado con tiza blanca y su piel resplandecía con un brillo nacarado debido al polvo de conchas marinas que habían añadido a las pinturas. En aquella época del año abundaban las flores, que también adornaban sus cuerpos. En las canciones y bailes que ejecutaban, los hombres y mujeres narraban la historia de su pueblo, según la cual, en el principio, en el tiempo anterior al tiempo, no había nada, hasta que se produjo el Ensueño de la Sagrada Unidad. El Tiempo del Ensueño era un estado de conciencia que se amplió para incluir un nivel de energía agraciado con el don del libre albedrío. Esto permitió que los integrantes de ese nivel de energía, los espíritus ancestrales, participaran en la creación del Ensueño.

Hombres y mujeres bailaron con gran dramatismo para evocar las enseñanzas de sus antepasados, los espíritus animales y la sagrada herencia de la tierra. Al finalizar la ceremonia, la niña estaba lista para formar parte de la sociedad en la que había nacido, pues había escuchado la historia de su pueblo. Le pusieron el nombre de Índigo por la flor así llamada, que sólo brotaba una vez cada quince años. El día en que la flor abrió sus pétalos, la futura madre la estaba mirando, y fue en ese preciso instante cuando el feto se movió por primera vez. El suave aleteo en el vientre de la embarazada era la señal de que el espíritu de su hija estaba relacionado con aquella singular flor.

»Índigo vivió en aquel lugar apacible, junto a su numerosa familia, durante cuatro años. Según la estación, se instalaban en la costa o subían a las montañas cercanas. La pequeña dormía cada noche acurrucada contra el pecho de alguien o en una fila, junto a los demás niños. Hacía la siesta a la sombra de un árbol, mientras los rayos del sol jugaban al escondite con las ramas tropicales mecidas por la brisa. Cuando empezó a distinguir formas y colores, las demás niñas la entretenían jugando con largas hojas que movían de acá para allá como si fueran personas, remedando los quehaceres diarios de los adultos. Siempre que la estación lo permitía, los niños también jugaban con muñecas hechas de ramas en flor, cuyas ramificaciones hacían las veces de extremidades. Otras veces, las muñecas se hacían con atados de hojas que simulaban la forma del cuerpo humano. Uno de los niños siempre cogía a Índigo en brazos en lugar de una muñeca, por lo que la pequeña participaba en todos los juegos. Los juguetes no eran propiedad personal de nadie. Cada niño tenía su preferido, pero todo se compartía y solucionaban entre ellos cualquier posible diferencia.

»Cuando cumplió su primer año de vida, Índigo sabía jugar al escondite de dos maneras: ocultando objetos y ocultándose a sí misma.

»A la edad de tres años había aprendido a colaborar en las tareas de recolección y preparación de los alimentos, y pasaba mucho tiempo en compañía de su abuela, que recogía y secaba hierbas medicinales para sanar todo tipo de heridas y molestias. Recibía educación a través de los cuentos, las canciones, los bailes y los rituales de la tribu. Hasta que cumplían cinco años, no había distinciones de ninguna clase entre los niños y las niñas. Jugaban juntos, dormían juntos y ayudaban a los adultos en sus tareas siempre que les apetecía. Índigo prefería la compañía de su abuela a las actividades con las que solían entretenerse los niños y las niñas mayores, como cazar animalejos y pájaros. Algunas veces, la búsqueda de una determinada planta medicinal las obligaba a alejarse bastante del campamento, como ocurrió cuando Índigo tenía cuatro años y empezó la pesadilla.

»Habían estado fuera todo el día. La abuela había apretado el paso para llegar a casa antes de que la noche se les echara encima y la niña sucumbiera al cansancio. “Algo no va bien”, pensó la anciana mientras rodeaban un pantano camino del campamento. Todo

estaba silencioso y tranquilo, demasiado tranquilo. No se oía el canto de las aves, un intenso olor a sangre impregnaba el aire y casi se podía palpar una presencia invisible. La abuela sentía el mal en la piel de sus brazos y de la nuca, notó cómo se le formaba un nudo en el estómago. Se detuvo y le susurró a su nieta:

»—No hagas ruido, pequeña, y no te apartes de mí. Algo no marcha bien.

»A medida que se acercaban al campamento, el silencio se hizo tan pesado que hasta la niña se percató de que algo muy extraño estaba ocurriendo. Incluso desde aquella distancia, podían ver que ninguna ola se elevaba sobre el mar para desplomarse sobre la orilla y lamer la arena en su retirada. Era como si también el océano contuviera la respiración.

»Fue entonces cuando la anciana los vio, dos hombres blancos que llevaban pantalones largos, calzaban pesadas botas y empuñaban sendas armas. Uno de ellos era pelirrojo y lucía una barba tupida; el otro iba tocado, pero la anciana distinguió los mechones de pelo blanco que asomaban bajo el ala del sombrero. Estaban hablando entre ellos cuando, de pronto, el hombre del sombrero asestó una patada a algo que se ocultaba entre la maleza. El del pelo encendido disparó contra la vegetación y la abuela apenas pudo reprimir un grito. Había oído hablar de la existencia de las armas de fuego, pero era la primera vez que oía un disparo.

»Desde el inicio de los tiempos, su pueblo había sido responsable por el cuidado de la tierra que se extendía hacia el sur. Habían asistido a la llegada de muchos colonos blancos, cuya inicial actitud amistosa se había trocado en desmedida violencia con el paso del tiempo. Tras haber intentado comunicarse pacíficamente con los forasteros, algunos de la tribu habían sucumbido a la promesa de alimento diario servido en bolsas y latas sin necesidad de cazar ni pescar, y se habían ido a vivir voluntariamente a las misiones. Otros, acusados de algún crimen, morían entre las paredes de una cárcel tras haber permanecido allí tan sólo unas horas. Los restantes se encaminaron hacia el norte, rumbo a una tierra cuyos moradores habían desaparecido misteriosamente.

»La abuela rodeó con sus manos la cabeza de la niña y la atrajo hacia sí, apretándola contra su muslo, tratando de detener el temblor que sacudía ambos cuerpos. Empezaron a retroceder lentamente, pero la anciana seguía sintiendo el olor del hombre blanco, que se hacía cada vez más intenso, y sostuvo la mano de Índigo con tanta fuerza que ambas notaban a través de la piel los latidos del corazón de la otra. Volvieron sobre sus pasos en dirección al pantano. La tierra del sendero por el que avanzaban se fue haciendo cada vez más blanda y húmeda hasta que se convirtió en un espeso lodazal que les llegaba hasta los tobillos. La anciana alzó a la niña en brazos y la sentó a horcajadas sobre su cadera izquierda. Cuando se detuvo para sacar el cuerpo de la pequeña del barrizal, que la liberó al fin con un chasquido de succión, la abuela escuchó a su espalda los pesados pasos de los hombres blancos, cada vez más cerca. La vegetación que orillaba el pantano

había crecido hasta alcanzar la cintura de una persona adulta, pero no era lo bastante densa para ocultar su presencia. La abuela ya no caminaba a paso normal, sino que arrastraba los pies por la superficie viscosa, deslizándose sobre el barro como si llevara esquís. No quería volver la espalda al ruido de los pasos y al extraño olor —mezcla de alcohol, tabaco y ajo— que desprendían aquellos hombres, pero no tenía elección; debía buscar un refugio. Tras el ralo cortinaje de vegetación se extendía una charca descubierta que habrían de vadear para alcanzar la otra orilla y ocultarse en el cañaveral que se elevaba entre roquedos. La abuela ponderó la situación. A sus cuatro años, Índigo sabía mantenerse a flote, pero la abuela no olvidaba que su forma de nadar consistía en chapotear con gran estrépito. Para evitarlo, tendría que nadar y arrastrar a la pequeña. ¿Lograría hacerle entender que en aquella ocasión no debía hacer aspavientos sino tan sólo flotar en silencio? La ciénaga se hacía más y más profunda, dificultando y retardando el avance de la anciana. Oía las botas y la voz de un hombre, pero no podía determinar a qué distancia se encontraba. Sabía que aún no las habían visto porque no se había producido ninguna alteración en el tono de sus voces. La abuela miró fijamente a los ojos negros de Índigo, tratando de hacerle llegar su pensamiento. Se llevó un dedo a los labios para indicar silencio y luego la subió a su espalda. Los brazos de Índigo rodearon el cuello de la anciana, que sujetó los diminutos pies de la nieta sobre su vientre. “¡No te muevas! —pensó una y otra vez—. ¡Por favor, no te muevas!”

»Se adentró en el agua lo bastante para poder nadar. Avanzó trabajosamente hacia la orilla opuesta, nadando a la manera de las ranas para no perturbar la quietud de la superficie. “Debí haber arrancado algunas hojas —pensó—, para cubrir nuestras cabezas.” Pero era demasiado tarde. Se habían alejado de la vegetación circundante y, aunque la penumbra de la tarde envolvía ya los contornos del pantano, sus cabezas se distinguían perfectamente deslizándose en la superficie del agua. Estaban a punto de alcanzar la otra orilla cuando oyeron un grito proveniente del lado derecho. La abuela miró hacia allí y vio a otro hombre blanco. A sus espaldas también se oían ruidos que llegaban desde la orilla en la que se habían sumergido. El tercer hombre no las había visto, pero sí a sus amigos, con los que hablaba a voz en grito. La anciana no entendía el contenido de sus palabras. Estaban a escasos metros de distancia de los juncos de la orilla, pero se encontraban en el campo de visión del tercer forastero, que en aquel momento asomaba de entre la maleza. Si tan sólo volviera la cabeza, le sería imposible no verlas. La abuela no tenía tiempo para avisar a Índigo ni para pensar en una alternativa: sencillamente se sumergió en la ciénaga y, mientras buceaba en el agua turbia, cogió a la niña en brazos y la apretó contra su pecho. Cuando volvieron a la superficie, ya entre los frondosos juncos y los lirios salvajes, la abuela tapó con su mano la boca de Índigo. El tercer hombre oyó el sonido de sus cuerpos al salir del agua, pero sus ojos no alcanzaron a verlas, por lo que siguió rodeando el pantano para reunirse con sus amigos.

»Las dos fugitivas se atrincheraron en su escondrijo, tan inmóviles como las plantas que las rodeaban. La abuela sellaba los labios de Índigo con tanta fuerza que un acceso de tos sólo logró inflar sus mejillas y obligarla a expulsar el agua por la nariz. La niña sentía que se ahogaba y miraba a su abuela con ojos de terror, pero la anciana no movió un solo músculo hasta que el tercer hombre se unió a los otros dos y se alejaron.

»Permanecieron en el pantano durante dos horas más, hasta que los sonidos y olores de los crueles forasteros se desvanecieron, dejando tras de sí el sangriento hedor de la muerte. Sólo entonces salieron del agua y se alejaron del pantano. Apenas habían caminado algunos metros cuando avistaron un cuerpo tendido en el suelo. Índigo, que caminaba de la mano de su abuela, pensó que se trataba de alguien durmiendo boca abajo, pero luego vio la sangre, todavía fresca, que manaba de un agujero en la nuca del hombre postrado. Cerca de su cabeza, vio un par de pies y tobillos que asomaban entre la vegetación silvestre, pequeños pies infantiles que lucían una trenza amarilla en el tobillo, idéntica a la que solían usar muchos de sus amigos. Hacia un lado había una mano extendida, prolongación visible de un cuerpo que yacía oculto entre la maleza. La mano tenía venas protuberantes. Era una mano envejecida, más incluso que las de la abuela. Índigo no podía apartar la mirada de la mano, los pies del niño y el hombre que yacía anegado en su propia sangre. No hacía falta que le pidieran silencio, pues le resultaba imposible articular palabra. En cierta ocasión, cuando era más pequeña, se había muerto un anciano de la tribu y ella había presenciado el ritual de preparación del cadáver, la construcción de la balsa que hacía las veces de féretro y su lanzamiento al mar con una antorcha por bandera. Índigo conocía la existencia de la muerte, pero hasta entonces le había parecido algo natural, carente de toda connotación negativa. Nadie le había dicho que podía implicar sufrimiento o llevar consigo a los niños. Lo que aquel día vieron sus ojos también era la muerte, pero bajo un terrible disfraz.

»La abuela debía tomar una decisión. Dudaba entre alejarse de allí sin más dilación u ocultar a la niña en algún lugar mientras volvía al campamento para averiguar qué les había ocurrido a los demás. ¿Estaría la pequeña a salvo allí sola? ¿Sabría quedarse quieta o se perdería? Si los hombres no se habían marchado y la mataban a ella también, ¿qué pasaría con la pequeña? El cuerpo tendido a sus pies era la prueba de que aquellos hombres eran asesinos de niños. Al parecer, las armas no sabían de edades. La anciana llegó a la conclusión de que debían marcharse cuanto antes, alejarse de aquel lugar impregnado del olor a muerte cruel y absurda. Y así, sin hacer ningún tipo de averiguación, sin tocar siquiera a los cuerpos tirados por tierra, Abuela e Índigo echaron a caminar, dejando atrás su tierra natal. Aquello ocurrió en 1870, hace ahora ochenta y seis años. Yo soy Índigo y he vivido con distintos clanes a lo largo de mi vida. Mi historia es la de todos. Con la llegada de los forasteros, empezó el ocaso de nuestro pueblo. Los que no morían a manos del hombre blanco, sucumbían a los reclamos con que nos tentaba

para que ingresáramos en las misiones religiosas que se multiplicaban por todas partes. Luego, como quien deshoja una flor, fueron aboliendo y condenando a la extinción nuestras lenguas, costumbres, creencias, juegos y rituales. Los aborígenes, que no estaban acostumbrados a consumir azúcar, harina, sal, mantequilla, tabaco y alcohol, se mueren ahora a una edad muy temprana, víctimas de las enfermedades del hombre blanco. No sé si los nuevos ciudadanos siguen matando a los nuestros por deporte, al azar, como solían hacer con el canguro y el koala. En el desierto nos fuimos agrupando los supervivientes de las distintas tribus. Durante algún tiempo, parecía ser el único lugar del continente que no despertaba la codicia de aquellos hombres, súbditos de un rey forastero.

»Ésta es mi historia. He cambiado de nombre en varias ocasiones a lo largo de mi vida, y ahora me hago llamar Wurtawurta. He explorado ocho talentos distintos, he extraído sabiduría de todas mis experiencias y soy la comadrona de la tribu de los Auténticos. Sólo ahora, a mis noventa años, me siento preparada para usar adornos de plumas y para pintar mi cuerpo en los días que no son tan especiales.

»Yo ya había aprendido las costumbres de mi nación cuando la abuela y yo entramos a formar parte de esta comunidad constituida por parias y habitantes del desierto. El cuerpo de la abuela nunca se adaptó del todo al clima de estas tierras, que en cuestión de horas pasa del día más tórrido a la noche más helada, pero aun así se las apañó para verme cumplir trece años. Recuerdo que, de chica, la ayudaba a cavar el hoyo en el que dormía, para que la arena conservara el escaso calor de su anciano cuerpo. Hoy, soy yo la anciana, y guardo en la mente incontables historias, canciones y bailes de mi tribu natal de la costa, así como los conocimientos que me transmitió el pueblo que ahora considero mío. A medida que pasaban los años, la abuela solía decirme: “El hecho de que tengamos diferentes creencias no significa que existan enfrentamientos entre las tribus. Unas afirman en sus canciones que la Sagrada Unidad creó el cielo y sus habitantes antes que ningún otro ser, y sostienen que estamos hechos a partir del polvo de las estrellas en tanto que, según otras, descendemos de los animales. Esto no supone un conflicto, sino tan sólo una diferencia que carece de importancia en el cómputo final de la Eternidad. Todos los seres humanos son espíritus eternos —solía decir—, incluyendo los europeos de ojos azules que han dado en llamar Australia a esta tierra y creen que les pertenece. La verdad es la misma para todas las almas y todas las personas. Las opiniones podrán variar, pero la verdad es sólo una, y la ley espiritual es la ley suprema. Algún día, todas las personas abrirán los ojos y lo entenderán.”

»La abuela lo decía a menudo: “La vida es cambio. Habrá cambios grandes y pequeños, pero nada crece si no hay cambio. Además, el cambio y el crecimiento no implican dolor ni sacrificio.”

»Cuando Benala se unió a nosotros, la escuchamos durante horas, fascinados por los

acontecimientos mundiales que nos relataba. De cuando en cuando, vuelve al mundo moderno y regresa con más información. Y ahora llegas tú, otra refugiada del mundo blanco. Nuestros caminos se han cruzado, y eso me satisface, porque no es nada accidental, es algo que ha ocurrido por el bien supremo. De ahora en adelante, los acontecimientos de cada día nos presentarán —a ti y a nosotros— nuevas oportunidades de crecimiento espiritual.

Beatrice reflexionó sobre los dos mundos: el que la había visto crecer y aquél, un mundo del que los mutantes pretendían rescatar a los aborígenes. «¡Si tan sólo pudieran entenderlo!»

Aquella tarde, mientras caminaban, los Auténticos decidieron iniciar a Beatrice en los conocimientos ancestrales de la tribu: le enseñarían las leyes de las estaciones, cómo reconocer y prever los cambios atmosféricos, y la presentarían a todas las formas de vida que se cruzaran en su camino. Empezarían al día siguiente con la primera de las lecciones en forma de canción y baile que habrían de sucederse a lo largo de todo un año. Las enseñanzas que estaba a punto de recibir Beatrice eran las mismas que escuchaban y aprendían todos los niños de la tribu.

Los seis acompañantes de Beatrice hablaron de su primer encuentro con la muchacha y de la buena impresión que les había transmitido su dibujo, pese a que adolecía de una perspectiva muy limitada. No era la primera vez que encontraban a alguien con una visión plana de las cosas. No ver sino la piel del canguro era algo propio del hombre blanco y de aquellos que vivían en su mundo. La primera vez que ocurrió algo así, los aborígenes no supieron qué pensar, pues todas sus formas de expresión artística reflejaban una perspectiva aérea. En sus dibujos y pinturas, los yacimientos de agua, las formaciones geológicas sagradas, las fogatas y las personas aparecían representados a vista de pájaro. También abundaban las reproducciones de animales, ya fueran mamíferos, reptiles o peces, con la peculiaridad de que se veía la totalidad de su anatomía, desde la piel y los ojos a la espina dorsal y los órganos internos. A los aborígenes les resultaba muy difícil entender cómo podía el hombre blanco mirar de una forma tan superficial, sin ver más allá de la corteza externa de las cosas. Sin embargo, una vez comprendieron el porqué de este hecho, se convirtió en otro interesante desafío para ellos. Los aborígenes sabían que Beatrice no tenía una personalidad conflictiva y exigente, pues no había dibujado dedos ni otros detalles específicos de la anatomía del canguro. Sus trazos eran amplios y sueltos, lo cual era para ellos sinónimo de mente abierta. Todos se habían fijado en la línea que atravesaba el cuerpo del canguro y que representaba la bolsa, pero no había ninguna cría asomando de su interior. Al igual que el

canguro, Beatrice tenía una línea que atravesaba su cuerpo. Ella no había dado ninguna explicación al respecto y los aborígenes tampoco se la pidieron. Consideraban que llegaría con el tiempo, si es que tenía que llegar, aunque intuían que se trataba de algo relacionado con su condición femenina. Como artista, Beatrice se había mostrado insegura e incluso había pedido consejo, pero había participado de buena gana en el proceso de exploración de su propia personalidad, y eso también decía mucho a su favor. A lo largo de cincuenta mil años de existencia, los aborígenes habían vivido plácidamente ajenos a cuestiones como la personalidad, las peculiaridades y las acciones de los individuos o la dicotomía entre influencia social y rasgos hereditarios. Sólo a partir de la llegada del hombre blanco empezaron a circular —por boca de los aborígenes cautivos que lograban huir— relatos de crueldad, robo y codicia, tres conceptos totalmente nuevos para ellos que, al parecer, desprendían muy mal olor.

En el principio no había individuos irresponsables. Algunos tenían un inagotable caudal de energía y otros parecían haber nacido cansados, pero cada uno asumía, a su manera, una parte de responsabilidad. En el principio existía el honor, y las personas lucían adornos honoríficos. Cualquiera podía crear magníficos adornos y usarlos, pero a nadie se le ocurría imitar o tratar de reproducir los objetos que otro había recibido en reconocimiento de sus méritos.

Desde que los europeos habían desembarcado en sus tierras y habían obligado a las distintas tribus a disolver sus naciones, los nuevos aborígenes nacidos bajo su influjo parecían contemplar la responsabilidad y el honor como algo que ya no formaba parte de su cultura. No tenían de qué sentirse responsables. El hombre blanco les había enseñado que todo aquello con lo que se identificaban era incorrecto, estúpido y malo. En el corazón y la mente de quienes sufrían semejante pisoteo de todas sus creencias quedaba poco espacio para el honor.

Más tarde, aquella noche, fueron seis oyentes y una oradora, pues Beatrice les habló de su vida. Alentada por Benala, los puso al día sobre el funcionamiento del mundo más allá de los límites del desierto y les habló de dos tierras lejanas que se llamaban América y China.

—Hay una tela —explicó— hecha a partir de hilos muy finos y resistentes que fabrica un gusano.

—¿Un gusano que teje una red como las arañas? —interrumpió Karaween, uniendo los dedos para formar un círculo.

—No sé muy bien qué forma tendrá la red —confesó Beatrice—, pero el hilo que fabrican los gusanos es parecido al hilo de la telaraña, sólo que mucho más largo y resistente, y se utiliza para urdir una tela que es tan suave, tan suave... —Hizo una pausa para buscar un símil adecuado y continuó—: ¿Sabéis lo que se siente al rozar la mejilla con un guijarro muy pulido? ¿O la sensación de flotar desnudos en el agua? Pues esta

tela es así, te da la impresión de estar envuelto en una nube ligera y vaporosa. Sí, es como sentir el cielo rozándote la piel, como usar el pulimento de una piedra sin su peso. La tela de la que os hablo se llama «seda». Una vez, tuve un retal entre mis manos, pero en China hay gente que lleva trajes enteros hechos de esta tela.

Beatrice enmudeció entonces, incapaz de pensar en algo que añadir. Sentados bajo la bóveda estrellada, cada uno de los oyentes interiorizaba esta nueva idea: el tacto de la seda.

La luna nueva se ocultó para dar lugar a los primeros rayos de sol. Mientras recogían el campamento, cada uno iba evocando los relatos de lugares remotos que aún resonaban en sus mentes. Luego, el viejo Googana congregó a todos los presentes para que formaran una fila india, adoptando la siguiente postura: el flanco izquierdo vuelto hacia el sol naciente, el brazo del mismo lado extendido hacia abajo, la mano abierta a la altura de las rodillas. El brazo derecho alzado por encima de la cabeza, la palma abierta y vuelta hacia la luz; la cintura ligeramente arqueada, describiendo una línea curva, la mirada dirigida al este. A continuación, pronunciaron al unísono la plegaria que repetían cada mañana:

«¡Es hoy, Sagrada Unidad! Caminamos en este nuevo día para honrar el propósito de la existencia de todos los seres. Nuestro propósito no es otro que honrar su propósito. En aras del bien supremo de la vida en todas partes, estamos abiertos a la experiencia de volver a comer en el día de hoy.»

Mitamit, Espíritu del Viento, terminó de limpiar el área donde habían encendido la fogata de la noche anterior. Mientras enterraba las cenizas bajo la arena, le habló a la madera consumida y a la tierra. Les explicó lo mucho que todos agradecían el calor que les habían brindado, y les ofreció un regalo a cambio, que consistía en reunir la madera quemada con la tierra, para que pudieran alimentarse mutuamente y convertirse en fuente de nuevas formas de vida, de nuevos árboles.

—¿Por qué empleas la palabra «regalo»? —preguntó Beatrice—. Creía que los regalos eran para las personas.

—Y lo son —repuso Mitamit—. Pero no sólo para las personas. Además, por lo que tengo entendido, en el mundo mutante ocurre a menudo que lo que se llaman regalos no lo son en absoluto.

—¿A qué te refieres?

—Hacer un regalo consiste en darle a una persona algo que desea, no algo que, según tu criterio, debe poseer o algo que te sientes obligado a darle. Sólo cuando una persona desea algo y tú tienes la posibilidad de dárselo haces un verdadero regalo.

Benala intervino en la conversación:

—Pero no se trata sólo de eso. Tu experiencia concluye con el acto de la ofrenda,

mientras que la experiencia de la otra persona empieza en el momento en que recibe y acepta tu regalo. Si dejas que algún tipo de vínculo emocional te ate al objeto que has regalado, si pretendes establecer condiciones o esperas una determinada reacción, no habrás hecho un verdadero regalo. El objeto regalado pertenece a la persona que lo recibe para que haga con él lo que desee. Así que cuando un mutante regala algo y espera que la otra persona le dé las gracias, lo utilice, lo exhiba o le corresponda con otro objeto, no está haciendo un regalo. Deberían llamarlo de otra forma.

—A nosotros nos encanta hacer y recibir regalos —prosiguió Mitamit—. Como podrás comprobar, los regalos convierten cada día, cada comida y cada lugar donde nos detenemos a descansar en algo especial.

Entonces Wurtawurta, la anciana de pelo blanco, decidió compartir sus pensamientos:

—Hay tanto que contar... pero debemos empezar por el principio, y luego cada uno irá añadiendo su parte al relato. ¿Sabes lo que es la Eternidad? —preguntó dirigiéndose a Beatrice, pero ella misma contestó a la pregunta antes de que la muchacha tuviera tiempo de ordenar sus pensamientos—. La Eternidad es un período de tiempo muy, muy largo. Es tan largo que no tiene principio ni fin, ni mañana ni ayer. Es como un círculo. Antes de seguir escuchando, debes asimilar la inmensidad de este concepto. ¿Crees que entiendes el significado de la Eternidad?

Beatrice asintió.

—Bien —prosiguió la anciana—, porque tú eres la Eternidad. De ella naciste, a ella volverás y todo cuanto hagas se verá reflejado en ella. La Eternidad del espíritu es lo que da sentido a nuestra existencia. ¿Has oído hablar del Tiempo de Ensueño y de la Serpiente del Arco Iris?

—Algo he oído, pero mi conocimiento del tema es muy escaso —confesó Beatrice, que miraba fijamente a la anciana—. Por favor, cuéntame todo lo que debo saber.

—Bueno... —empezó Wurtawurta—. En el principio, en el tiempo anterior al tiempo, no había nada: ni estrellas, ni sol, ni tierra, nada. Lo único que existía era la Gran Unidad. Cuando ésta empezó a soñar, nació el Tiempo del Ensueño. A lo largo de ese período, la Gran Unidad se expandió para albergar un nuevo nivel de conciencia espiritual. Ese nuevo nivel de conciencia fue agraciado con el singular don del libre albedrío. La Serpiente del Arco Iris es la portadora de la energía espiritual, y fue la que insufló vida a nuestros antepasados. El mundo fue creado gracias a esa energía invisible, y nuestros antepasados, los Soñadores, eran libres de darle la forma que desearan. Por eso existen montañas, ríos, flores, oposums y personas, todas hechas de la misma energía. No podemos separar los elementos de la Creación y afirmar que no importa lo que hagamos con los árboles. No podemos afirmar que un árbol no siente. Yo creo que sí siente, de forma distinta a nosotros, desde luego, pero está vivo y, cuando lo cortan agoniza durante mucho tiempo antes de morir. Tal como nosotros tenemos un espíritu

que nos protege, también las flores escuchan una voz que les dice: «¡Creced, creced y brotad!» No podemos comer la carne de un pájaro como el cardenal y decir que es lo mismo que comer la carne de un cocodrilo. Son animales muy distintos y, al ingerirlos, nos proporcionan un tipo de energía diferente. Todos nosotros tenemos un vínculo de parentesco espiritual con un animal que, a su vez, está unido al lugar donde nacimos. Es nuestro animal totémico, y no podemos comerlo, pues sería como devorar a nuestro hermano o a nosotros mismos.

—Beatrice, tú te has dedicado al estudio de las ciencias, ¿verdad? —preguntó Benala.

—Sí.

—Bien, ¿recuerdas haber leído acerca de las distintas formas de energía? Recordarás entonces que las variaciones de vibración y frecuencia son lo que permite distinguir los sonidos de los ultrasonidos, los colores visibles de los infrarrojos invisibles, etcétera. Pues bien, yo creo que la ciencia empieza ahora a demostrar que lo que nosotros conocemos desde hace miles de años como la Serpiente del Arco Iris es un hecho irrefutable. Los forasteros se ríen de nuestras palabras porque se limitan a visualizar una criatura roja, amarilla, verde y azul. No se esfuerzan en entender el simbolismo que encierra. Lo que nuestro pueblo ha defendido a lo largo de todo este tiempo es que una nube está hecha de lo mismo que nosotros. Somos en parte sol, luna, estrella, agua, fuego, dingo... ¿Entiendes lo que trato de explicar? Todo forma parte de un mismo ente único.

—Sí, lo entiendo —contestó Beatrice—. Pero las personas son distintas. Nosotros tenemos alma, mientras que todo lo demás carece de ella, ¿no es así?

—Puedes emplear la palabra «alma» o cualquier otra que prefieras, pero yo creo que los humanos se equivocan al creer que son superiores a las demás criaturas, que la evolución se detuvo en el hombre y que sólo él posee un alma que no guarda ningún tipo de semejanza con el espíritu de todos los demás seres creados por la Fuente. Los Auténticos concentramos nuestros esfuerzos en vivir de la mejor manera posible nuestra experiencia como seres humanos. Consideramos que todas las formas de vida son únicas e igualmente valiosas.

—Creo que eso requiere alguna reflexión —repuso Beatrice—. Si todos los seres están conectados a un espíritu, o si todo es espíritu, ¿cuál es exactamente nuestra misión como seres humanos?

—«Misión»: ésa es la palabra exacta —puntualizó Benala—. La vida de una flor se compone de una serie de fases previsibles; los animales poseen el don del movimiento y la oportunidad de buscar un entorno más acorde con sus necesidades, pero no son responsables por la forma en que se relacionan con el mundo. El ser humano, sin embargo, sí ha elegido y aceptado una misión, directamente relacionada con las excepcionales habilidades que le han sido concedidas.

»Nuestros espíritus no son algo impreciso y borroso que permanece en el mundo

invisible hasta el momento del nacimiento. No hemos tenido que venir a la tierra para devenir seres completos, ni hemos elegido venir a nacer en este mundo para descubrir que se trata de una apuesta al todo o nada. Nuestras vidas no son un examen que se aprueba o se suspende. Sin embargo, a diferencia de otras formas de vida, los humanos son responsables de cuanto hacen. Nosotros podemos elegir. Tenemos libre albedrío y somos conscientes de ello. Sólo nosotros decidimos el grado de disciplina que estamos dispuestos a imponernos a nosotros mismos, y nuestra responsabilidad se establece en función de ese baremo personal. Además, somos seres creativos; tanto es así que no existen límites a nuestra capacidad de crear. Estamos aquí para relacionarnos con nuestros semejantes, para ayudarnos, cuidarnos, entretenernos y comunicarnos. Estamos aquí para cuidar este planeta. Junto con la conciencia, recibimos la energía y el deber de administrarla. Somos capaces de sentir una amplia gama de emociones, a veces contradictorias, pero la clave es muy sencilla: amar sin juzgar. Algo que se nos antoja complicado no es amor, sino otra cosa. El amor es ayudar, es dar o recibir, según requieran las circunstancias. Los seres humanos pueden alcanzar la sabiduría, pero las demás formas de vida no disponen de esa oportunidad. La sabiduría emocional es una parte de nuestra misión terrenal.

»Las personas somos seres únicos porque sabemos reír. Podemos entender y encontrar humor en lo que hacemos. Nuestra música no conoce fronteras. Sólo nosotros hemos sido tan agraciados por la Fuente.

»Creo que el haber vivido durante algún tiempo en la sociedad mutante, ajena a mi vínculo innato con la naturaleza, ha sido beneficioso para mí. He tenido ocasión de conocer dos mundos distintos, y entiendo por qué parecen tan diferentes, casi opuestos. Sin embargo, ambos son el resultado de la acción de una misma ley universal. Sé que todo esto da mucho que pensar, pero habrá tiempo de sobra para que conozcas a fondo la forma de vida de los Auténticos.

«Sí —pensó Beatrice mientras asentía—. Tengo tiempo de aprender y tengo una familia que me alentará a hacerlo.»

Los siete nómadas avistaron una hondonada en el terreno que constituía un abrevadero natural. Aquel día, sin embargo, el agua apenas alcanzaba un palmo de profundidad. El barro cubría la mayor parte de la superficie de la charca.

—Nos detendremos aquí para recolectar comida —dijo Apalie—. Ven, te enseñaré cómo hacerlo —añadió dirigiéndose a Beatrice.

A continuación, removi6 el fondo de la charca con el cayado que empleaba normalmente para cavar y empezó a sacar pequeñas bolas de barro. Las demás mujeres se unieron a ella, y poco después habían apilado un buen número de bolas.

—Ahora dejaremos que se sequen —informó.

Googana se había sentado delante de Beatrice. Aquel día, llevaba su larga barba blanca peinada en una trenza que le rozaba los pezones cuando movía la cabeza al hablar, descubriendo una cicatriz que normalmente permanecía oculta. El sol radiante de aquel día iluminaba la amplia marca en el centro del pecho. Googana se percató de que Beatrice observaba la cicatriz y leyó sus pensamientos.

—¿Te gustaría saber qué es esto? —preguntó, colocando un dedo sobre la vieja herida—. ¿Quieres oír mi historia?

Beatrice sonrió y asintió con la cabeza.

—Yo soy un iniciado, un Hombre Sabio —empezó—. Todos los varones pasan por el ritual de iniciación en algún momento comprendido entre el noveno y el duodécimo verano de sus vidas. Los chicos más bulliciosos y audaces suelen ser iniciados a los nueve, mientras que los más frágiles y apocados no suelen estar listos hasta los doce. No puedo contarte los detalles del ritual, pues se trata de una cosa de hombres, algo que las mujeres no deben conocer, pero sí te puedo decir que se hace a través de una ceremonia especial en la que la madre del iniciado dice adiós a su hijo. Se trata de un ritual muy emotivo, ya que la madre se despidе de un muchacho y, varios días más tarde, ve regresar a un hombre. La iniciación supone el fin de la infancia, la muerte del niño. Hay

muchas vidas dentro de cada vida. La niñez es tan sólo la primera. Nosotros hemos descubierto que todos necesitamos que nos ayuden a crecer, y ése es el papel que cumple nuestro ritual de circuncisión. Cuando un chico aprende y aplica con facilidad los ejercicios de abstracción mental que le enseñan para paliar el dolor, es señal de que tiene capacidad para convertirse en un Hombre Sabio, si así lo desea y se somete al entrenamiento necesario. Pero, además, significa que posee la pasión necesaria para concentrarse en un solo talento a lo largo de la vida.

»Eso me ocurrió a mí. Los demás Hombres Sabios pueden enseñar las técnicas en una serie de iniciaciones a lo largo de los años, pero sólo el estudiante puede alcanzar la sabiduría necesaria para determinar cuándo, por qué y a quién servirá, y cómo compartir su don con los demás.

»Había visto treinta y siete veranos convertirse en invierno cuando oí una voz que me llamaba desde lejos y me prometía que, si la localizaba, se produciría entre nosotros un intercambio beneficioso para todos. La voz me guió a través de varias naciones tribales hasta una tierra muy bella en la que había un gran acantilado. Desde su elevada cima se precipitaba una cascada que nutría un lago de aguas heladas. La voz seguía hablándome desde lo más profundo del lago. Era la voz de un cristal que me pedía que lo sacara de allí porque quería ver el sol y me prometía, a cambio, ampliar mis poderes. Yo accedí a su deseo, y el cristal ha cumplido su promesa: se aloja aquí, bajo mi piel, cerca del corazón, desde hace cuarenta años.

»Ahora, no tengo más que cerrar los ojos para viajar a través del aire y ver acontecimientos que tienen lugar a kilómetros de distancia. También puedo viajar bajo tierra y ver qué plantas están a punto de brotar, cuánta agua lleva el caudal de un río subterráneo o dónde ha nacido una nueva camada de animales. He aprendido a utilizar los sentidos de los pájaros y de todos los animales para ayudar a nuestro pueblo y a todas las demás formas de vida siempre que sea necesario. Puedo ver el interior del cuerpo de una persona y descubrir lo que le está ocurriendo, aunque a menudo es suficiente con la conversación, la música o el color. No hay fuerza externa, enfermedad o accidente que no guarde una relación directa con el espíritu del individuo afectado. Para curar a alguien, debo ayudarle primero a distinguir la oportunidad de crecimiento espiritual que se le presenta.

»La tierra es un lugar de aprendizaje por medio de la experiencia. Como espíritu de la Eternidad, has deseado venir aquí y has contribuido a crear las circunstancias que te han permitido hacerlo. Fue tu energía la que recogió la esencia de los alimentos que tu madre comió, fue esa misma energía la que creó un cuerpo con el material disponible. Tú eras consciente del entorno y de la herencia que te esperaban, de las circunstancias que estabas propiciando, y creíste que éste era un lugar perfecto para experimentar un singular enriquecimiento espiritual.

»Si tan sólo pudiéramos recuperar nuestra conciencia eterna, veríamos claramente que la tierra es la escuela de las emociones. Nuestra energía no se mezcla de la misma forma que la de otros elementos, como la lluvia o el fuego, ni se comporta del mismo modo que la energía de otras formas de vida, como las plantas y los animales. Nuestra energía es única. Debemos experimentar las emociones que nos brinda esa energía y emplear nuestros cuerpos como instrumento para alcanzar la sabiduría emocional.

»El cuerpo es el medio a través del cual los seres humanos reciben orientación del mundo espiritual, de la Fuente, de todos nuestros antepasados, de nuestro propio ser eterno y perfecto. Todos los sentidos corporales —vista, audición, paladar, tacto, olfato— están estrechamente relacionados con las emociones, que constituyen los verdaderos cimientos de nuestro ser.

»Los bebés nacen en un estado de paz emocional. La respuesta de sus sentidos al mundo exterior está unida a la evolución emocional del niño. A medida que vamos creciendo, por ejemplo, el aleteo de un águila puede resultarnos placentero o bien generar en nuestro interior un sentimiento de miedo o aprensión, según el tipo de contacto que hayamos tenido con ese animal en el pasado, o según lo que creamos a partir de lo que hemos visto o escuchado.

»Como Hombre que Cura, sé que las personas viven de forma más sana si son conscientes de esto. Como Hombre Sabio, sé que el hecho de ser conscientes les permite arrojar más luz en su camino hacia la Eternidad.

Googana se levantó y, tomando prestado un cayado, empezó a dibujar figuras sobre la arena.



—Ésta es la Serpiente del Arco Iris. Es una línea que proviene de la Fuente y cruza la tierra por dentro y por fuera. Forma parte de la fuerza de la vida, una fuerza que recorre nuestro cuerpo de la siguiente forma:



Googana señaló la silueta que acababa de trazar en la arena y luego prosiguió:

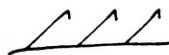
—Cada emoción tiene una forma distinta. La ira, por ejemplo, tiene forma de lanza:



»En su estado normal, la energía de la vida fluye libremente por nosotros como el agua sobre un lecho de piedra pulida pero, cuando una persona se enfurece, la energía es empujada a uno y otro lado, en tanto que adquiere una forma puntiaguda y afilada que se clava en el cuerpo y daña los órganos internos. Al igual que la lanza, la ira abre una llaga y es difícil de extraer.

Googana continuó, señalando un nuevo dibujo:

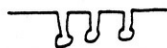
—La energía del resentimiento es así:



»El resentimiento también tiene una forma afilada, pero además termina en arpón, por lo que se clava en lo más hondo del ser y allí se aloja durante mucho tiempo. El resentimiento es más destructivo que la ira, porque tarda más en desaparecer. Cuando nos preocupamos, la línea de la energía desciende, así —explicó Googana mientras trazaba otro dibujo—:



»La envidia, los celos y la culpa son sentimientos mucho más complejos que la preocupación, y provocan nudos que pueden formarse en el estómago y bajo la piel, o bien retrasar el flujo de la energía en todo nuestro ser:



»La tristeza es un trastorno menor, y las penas profundas son una forma de tristeza que, de hecho, constituye un vínculo de amor y puede acompañar a una persona a lo largo de toda su vida.



»El miedo es un sentimiento que bloquea la energía. Entorpece el flujo de la sangre, el ritmo cardíaco, la respiración, el pensamiento, la digestión, todo. El miedo es un sentimiento curioso porque, de hecho, ni siquiera es humano. Lo hemos tomado de los animales, en cuyas vidas cumple una función muy puntual y positiva que asegura la supervivencia. Ningún animal vive en permanente estado de miedo. En el principio de los tiempos, las personas no tenían nada que temer. Sabían que formaban parte de la Eternidad, sabían que todo dolor o molestia era un estado transitorio. Ahora, el miedo se ha convertido en una colosal forma de energía que rodea nuestro planeta. Así es el miedo, y así es el daño que hace en nuestro interior:



»Cuando estamos contentos, sonrientes, y nos sentimos bien, el cuerpo recibe y transmite la energía de esta forma —añadió, señalando un nuevo dibujo—:



»La paz, la tranquilidad, el descanso, se traducen en una línea como ésta:



»El desapego emocional, que proviene de la observación libre de juicios, es una forma de energía suave, completa y saludable que enaltece la vida y sigue una línea recta:



»Como ves —prosiguió Googana—, cada individuo es responsable de administrar su energía y disciplinar sus emociones. Todos experimentamos en algún momento un estado emocional negativo, pero rendirse a ese sentimiento, regodearse en él y no sacar ninguna lección de esa experiencia es una actitud irresponsable, inmadura y poco sabia. Además, el mero hecho de que alguien respire no significa necesariamente que esté vivo. Verás, hay períodos de vida y períodos de no-vida. La depresión, por ejemplo, es un estado en el que la persona no vive. Tenemos que madurar para poder disfrutar de una vida larga y sana. En última instancia, todos responderemos del uso que hemos hecho de nuestro tiempo de vida como humanos y de nuestro libre albedrío.

»Si lo traducimos al lenguaje de los mutantes estaríamos hablando de un “libro de cuentas la Eternidad”. En sus páginas habría una entrada que indicaría cuántos segundos hemos vivido realmente, y un desglose en el que se computarían cuántos de esos segundos hemos vivido en paz, satisfechos, a gusto con nosotros mismos —como ocurre cuando ayudamos a otra persona—, y cuántos segundos hemos dedicado al placer de la risa o de la música. En el libro quedaría también registrado el número de veces, a lo largo de nuestro centenar aproximado de años de vida, en que nos hemos enfadado y hemos elegido permanecer enfadados, o hemos sentido odio y hemos alimentado ese sentimiento.

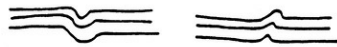
»Cada palabra que pronunciamos se diluye en el vaho y jamás puede recuperarse. Podemos decir “lo siento”, pero eso no anula el efecto de la energía que hemos liberado. Las intenciones son energía, las acciones son energía. Sin embargo, una persona puede actuar de una forma y ocultar en su interior una intención distinta. Todas las formas de conciencia humana son acumulativas y generan atmósferas colectivas. Hoy día, la Madre

Tierra se halla envuelta en un halo tan denso y cargado de energía negativa que, en algunos lugares, las personas respiran y se alimentan de los pensamientos de victimismo colectivo y llenan el vacío que crean con más de lo mismo. También existe una aureola que se desarrolló a partir de planteamientos y acciones basados en la premisa “yo primero, lo demás no importa”. La cuestión es conseguir lo que se desea a toda costa. Movido por este tipo de razonamientos, el hombre ha puesto todas sus energías en el afán de inventar, de sacar provecho a todo, sin detenerse a pensar en la vida del mañana, ni en si habrá posibilidad de vida mañana. Los espíritus de los recién nacidos y de los niños son fuerzas tan positivas que, ahora, muchos de ellos vienen a la tierra para quedarse tan sólo un breve período de tiempo y poner toda su energía en el intento de compensar —y eventualmente eliminar— la energía negativa.

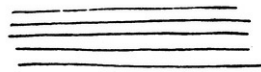
»Cada uno de nosotros, como individuos, puede alimentar esta energía destructiva con cada acción cotidiana, o bien invertir su energía en apoyar la armonía, la belleza y la continuidad de la vida en este mundo.

Googana trazó un nuevo dibujo sobre la arena y dijo:

—Nuestra vida, nuestro cuerpo y nuestro futuro pueden ser así:



»O bien —continuó, señalando otro trazado— puede ser éste el mundo en que vivimos.



»Sólo nosotros, como individuos, decidimos cuál de los dos vencerá. La vida humana es una espiral. Venimos de la Eternidad y a ella regresamos, con la esperanza de haber alcanzado un nivel superior. El tiempo es un círculo, y nuestras relaciones también son círculos. Los aborígenes aprenden desde la más tierna infancia lo importante que es cerrar cada círculo, cada relación. Cuando se desata un conflicto entre nosotros, nos quedamos despiertos hasta dar con la solución. No nos vamos a dormir esperando dar con ella al día siguiente o en alguna otra fecha futura. Eso sería dejar el círculo abierto, con puntas deshilachadas.

—Pero —interrumpió Beatrice— ¿qué pasa cuando esperamos algo de una persona? ¿Qué pasaría si le pidiéramos un favor a alguien tres, cuatro veces, y esa persona no nos hiciera caso? Nos sentiríamos defraudados. No resultaría fácil olvidarlo ni cerrar el círculo de forma positiva.

—Bueno, la alternativa sería seguir asociando el sentimiento de decepción con esa persona. Diez años más tarde, el mero recuerdo o la mención de su nombre despertaría

de nuevo ese sentimiento, y esto, a su vez, nos provocaría un trastorno físico. Convendrás en que no es una actitud muy sabia.

—Entonces, ¿cómo habría que actuar? ¿Qué harías tú?

—Personalmente, yo le diría a esa persona: «¿Sabes qué? Me sentí decepcionado cuando ignoraste mi petición de ayuda. Insistí una y otra vez, y me sentí cada vez más defraudado.» Luego, sonriendo, añadiría: «Debo de ser duro de mollera. Tenía que haberme dado cuenta, al comprobar tu primera reacción, que no ibas a hacerme el favor que te había pedido. No era algo que desearas hacer, y probablemente pensaste que fue bastante tonto por mi parte volver a pedirte. Tenías razón, fue realmente tonto. Lamento haber tardado tanto en comprender que no estabas interesado en el tema.» Lo más seguro es que acabáramos riéndonos de mi comportamiento y ambos habríamos aprendido algo de la situación. Entonces mi círculo quedaría cerrado.

—Pero ¿qué pasaría si se tratara de un asunto realmente importante? Pongamos por ejemplo que un pariente tuyo se dedicara a hacer o decir cosas que te resultaran muy ofensivas y te molestaran mucho, que se comportara de una forma que, como decís vosotros, no te oliera bien. ¿Qué harías para cerrar el círculo en ese caso?

—Le diría a ese tal pariente con bastante firmeza: «Te quiero, pero no me gustan tus acciones. Soy consciente de que no se trata de algo accidental. Sé que para ti está bien actuar así, porque has elegido expresarte de esta manera. Lo he intentado, pero no puedo aceptar lo que dices y haces. Para mí no está bien, así que debo abdicar de nuestra relación. No puedo invertir más energía en ella. Te quiero, pero no me gusta lo que haces, así que te deseo todo lo mejor y me despido de ti.»

—Vaya... —murmuró Beatrice—. Entonces, lo que estás diciendo es que yo puedo cerrar el círculo por mi cuenta. Si la otra persona acepta, el círculo también se habrá cerrado para ella, y si no acepta da igual, porque si algún círculo se queda abierto y con puntas deshilachadas es el suyo. Ése será su desafío espiritual, pues ha elegido no cerrar el círculo.

—Exacto. No tienes la obligación de llevarte bien con todas las personas. Con algunas, es imposible hacerlo. Lo que sí te comprometiste a hacer antes de venir al mundo fue amar a todos tus congéneres, y eso es fácil. Debes amar lo eterno de cada persona e invertir todas tus energías en aquellas cuya forma de conciencia es más afín a la tuya. La única forma de influir en alguien es predicar con el ejemplo, pero debes recordar que nadie cambiará hasta que esté preparado. Y recuerda, no hay bien ni mal. Todo tiene su lugar en el esquema de la Eternidad. —La barba del anciano acompañaba sus movimientos mientras hablaba y dibujaba sobre la arena.

»Venimos a este mundo con un nivel de conciencia espiritual y tenemos la oportunidad de abandonarlo en un nivel más elevado y amplio.



Tras reflexionar un momento, Beatrice preguntó:

—¿Y qué me dices de las personas de nuestro pasado? ¿Qué pasa si sientes rencor hacia una persona que no ves desde hace tiempo y que puedes no volver a ver en la vida?

—No importa. Debes decirle lo que tengas que decirle en pensamiento, y enviar el mensaje en un arco iris allá donde esté. El arco iris se encargará de que lo reciba. Debes convertir tu vieja condena en una observación. Nadie tiene que perdonar o dejar de perdonar a nadie, sólo tenemos que ser más comprensivos. Sana la herida de tu mente, de tus emociones, de todo tu ser. Cierra el círculo y sigue adelante.

La penetrante mirada de Googana parecía actuar como un imán sobre los ojos de Beatrice.

—Cuanto más sutil es la forma en que se canaliza la energía —prosiguió— más cerca está de la Fuente de la Unidad. Mover los brazos de forma rápida y brusca puede ser lo más apropiado en algunas circunstancias pero es una forma de energía más apegada a la parte física, mientras que los movimientos suaves y lentos se hallan más cerca del espíritu. La música alta y acelerada es algo muy físico, mientras que el sonido arrastrado y sostenido de una sola nota llega mejor al espíritu. La caza de animales, según el método y la intención de quien la practica, puede ser más o menos coherente con su evolución espiritual. Observa bien todo lo que te rodea, incluyendo las relaciones, los rituales, los alimentos, las enseñanzas, los juegos y hasta los lugares de refugio: descubrirás formas muy sutiles de energía. Pronto comprobarás que puedes conversar, consolar, apoyar y amar con muy pocas acciones y menos palabras aún. Se puede hacer el amor con la mirada. En algunas ocasiones, la cercanía física tampoco es necesaria. Se puede hacer mucho desde la distancia, por grande que sea.

Beatrice iba absorbiendo en su mente todo lo que escuchaba, y le gustó especialmente el concepto de las relaciones como círculos.

Imaginó un collar hecho de argollas doradas, con un nombre grabado en cada una. Junto a su corazón veía un círculo grande, como la cadena de un reloj de bolsillo, que llevaba un nombre: «Freda.»

Aquella amistad de la infancia había sido, sin duda alguna, la relación más significativa que Beatrice había vivido hasta entonces.

Era la estación de la fruta, el tiempo en que las bayas largamente acariciadas por el sol alcanzan su plena madurez y el hombre corre para hacerse con los tesoros que cuelgan de las ramas antes que los pájaros y las demás criaturas. Mitamit se había ausentado y regresó con un puñado de fruta que compartió con los demás.

—Seguidme —dijo—, os enseñaré dónde encontrarlas.

Cuando hubieron saciado su apetito, Beatrice le pidió a Mitamit que le contara su historia.

—Muy bien —accedió—. Llevo este nombre, Espíritu del Viento, porque me ha sido concedida la oportunidad de experimentar algo que muy pocos experimentan. Estaba corriendo un día cuando, de pronto, me sentí como si fuera un emú y, sin habérmelo propuesto, supe cómo hacer que mis piernas y mis pies avanzaran a toda velocidad sin apenas rozar el suelo. Se trata de un ritmo muy distinto al de todos los demás movimientos. Creo que, de hecho, en lugar de latir más deprisa, lo que hace mi corazón es ir más despacio, y el aire parece llegar a una parte más honda de mis pulmones. Es entonces cuando me convierto en viento. Sin tener que hacer ningún tipo de esfuerzo, me dejo llevar por las ráfagas de aire y puedo pasar todo el día volando de acá para allá. Es una sensación maravillosa. Doy gracias por este don y por el cuerpo que me ha sido concedido.

«Qué insólito y qué refrescante resulta —pensó Beatrice— encontrar a alguien que realmente valora su cuerpo, que lo aprecia y que ha alcanzado tal grado de sintonía consigo mismo y con el mundo que puede sacarle el máximo partido.»

A ratos, los cálidos rayos del sol asomaban por los resquicios del nubarrón que entoldaba el cielo y derramaba su luz sobre los viajeros mientras se introducían en un angosto desfiladero. Avanzaban en fila india por la garganta de la montaña, flanqueada por elevados muros de granito rojo. Llegados a cierto punto, el pasadizo se hacía tan

estrecho que se vieron obligados a caminar de lado. Poco después, empezó a lloviznar.

—Debemos darnos prisa —dijo alguien que iba delante—. Dentro de poco este camino se habrá convertido en el cauce del río que trae el agua desde las montañas, arrollando todo lo que encuentra a su paso.

Los siete nómadas apretaron el paso y siguieron avanzando por el angosto sendero hasta que en un punto emprendieron la escalada de la roca. A unos cinco metros de altura, el relieve de la montaña formaba una meseta que precedía la entrada a una pequeña cueva. Habían ido recogiendo pequeñas ramas caídas durante la larga caminata del día, y al llegar allí las colocaron en posición vertical, formando una pira, para que se secaran. Aquel refugio sagrado había sido construido muchos años atrás, miles de años tal vez, con suave arena blanca recogida a kilómetros de distancia y esparcida sobre el suelo de la cueva para hacerlo más cómodo a la hora de dormir. Las marcas dejadas por el fuego en la roca y una serie de piedras originalmente dispuestas en forma de círculo señalaban el lugar donde debía encenderse la hoguera. Si se prendía en aquel lugar exacto, el fuego calentaría el interior de la cueva pero el humo saldría hacia el exterior. Mitamit recogió del suelo los fragmentos de huesos abandonados allí por algún animal de gran porte tras devorar a su presa. Empleando redecillas hechas de cabello y hebras vegetales, tres de las mujeres se encargaron de tamizar la arena puñado a puñado, liberándola de todos los residuos indeseados antes de volver a depositarla junto a la pared más alejada de la entrada. Apalie empleó una rama de arbusto cargada de recio follaje para barrer la cueva, y después volvió a colocar las piedras en círculo. Googana examinó las pinturas rupestres e hizo una lista mental de lo que necesitaba para reparar las antiguas pinturas de sus antepasados.

Se quedarían en aquel lugar durante algún tiempo. Había trabajo que hacer, y disponían de alimento y agua en abundancia. Más de diez especies distintas de pájaros frecuentaban aquellos parajes, así como una amplia variedad de criaturas terrestres que pasaban por delante de la cueva arrastrándose, brincando o deslizándose. Había también plantas para varios usos, desde la alimentación y la medicina a las ceremonias rituales.

En dos horas habían concluido todas las tareas del día y se reunieron en torno al fuego para saborear el alimento proporcionado por la carne y el espíritu de una criatura que había volado cerca de las estrellas, en dirección a la puesta de sol.

Afuera, seguía cayendo una lluvia fina y cálida. Googana se asomó a la entrada de la cueva, miró al cielo y abrió la boca para beber. Luego, se sentó de nuevo junto al fuego y se dirigió a Beatrice:

—Háblame de la gente que nunca bebe el agua de la lluvia. ¿Es cierto que nacen y mueren sin haber probado esta sensación maravillosa? He oído decir que salen corriendo cuando se desata la lluvia y se cubren la cabeza con un trozo de tela que sostienen con un palo. ¿Por qué lo hacen?

Beatrice miró a Benala y ambas rompieron a reír.

—Sí, es cierto. Los mutantes no suelen ponerse bajo la lluvia, pero no porque así lo hayan elegido. Normalmente, usan atuendos hechos de una tela cuyo aspecto cambia mucho si se moja. Además, también suelen llevar en el brazo un reloj que dejaría de marcar las horas y ganaría herrumbre si se mojara. Y los peinados que usan las mujeres pierden su forma con la humedad. Los mutantes llevan el agua a sus viviendas para poder sumergirse en ella o dejar que les rocíe el cuerpo cuando les viene en gana, no cuando lo decide la Sagrada Unidad.

—¿Y cómo llegaron a la conclusión de que ellos saben mejor que nadie cuándo hay que ponerse bajo el agua?

—No estoy segura de poder contestar a tu pregunta. Lo determinaron así hace mucho, mucho tiempo, cuando pensaron por primera vez que podían controlar la naturaleza a su antojo para llevar una vida más cómoda.

—Cuando nuestras necesidades se ven atendidas —replicó Googana— nos sentimos satisfechos. ¿Qué más podemos querer?

—Los mutantes buscan la comodidad. Para ellos, cubrir las necesidades básicas no es suficiente. Necesitan sentirse cómodos, y todo debe ser dispuesto en función de su conveniencia.

—¿Conveniencia? No entiendo el significado de esa palabra.

—Verás, significa tenerlo todo bajo control. Se trata, por ejemplo, de no tener que recolectar comida para el día de hoy para así poder hacer otras cosas más apetecibles. Por eso, los mutantes almacenan la comida, montones de comida, y así aseguran su propia subsistencia a lo largo de muchas lunas. La conveniencia significa también no tener que desplazarse caminando. Cuando quieren ir de un lugar a otro, emplean algún medio de locomoción. Primero fueron los caballos, y después llegaron el barco, el ferrocarril, el automóvil y el avión. Pero todo cambia constantemente en el mundo mutante, así que, en el futuro, habrá medios de transporte todavía más cómodos y convenientes.

—Pero, en última instancia, es la Sagrada Unidad quien decide. ¿Acaso no saben los mutantes que no pueden impedir que sople el viento, que resuenen los truenos, que broten las flores o que la fruta caiga de los árboles? ¿Cómo se puede cosechar hoy la fruta de mañana? ¿Cómo se puede saber lo que el mundo tiene en reserva para el futuro?

—Los mutantes no creen que el mundo tenga nada en reserva para el día de mañana. Ellos son los encargados de controlar el mundo. Creen que los humanos son la única forma de inteligencia del planeta, y que las personas pueden hacer todo lo que les plazca. Según ellos, el mundo le fue concedido al hombre para que lo utilice de la forma que más le convenga.

—¿Que los humanos son la única forma de inteligencia en el planeta? ¿Y cómo llaman

entonces al habla y al pensamiento de los delfines y las ballenas?

—Por no hablar de los lobos, los loros o los chimpancés —añadió Benala—. En el mundo hay un gran número de animales dotados de gran inteligencia, pero los mutantes no creen que estas criaturas puedan desarrollarse y alcanzar la superación de su actual fase evolutiva. Según ellos, los animales no tienen mucho que ofrecer. Realmente creen que están hechos para ser dominados.

Googana no hizo ningún comentario. En la cueva reinaba el silencio y, tras haber seguido atentamente la conversación, todos sopesaban su contenido, permitiendo que brotaran las emociones, sintiéndolas en el interior de sus cuerpos.

El grupo dedicó el día siguiente a la tarea de recoger los materiales necesarios para hacer pinceles: cerdas de distintos animales, cabello humano y plumas de ave. Llegado el tercer día de estancia en el refugio, prepararon pintura blanca y negra a partir de diversas sustancias molidas.

—En el pasado, sólo unos cuantos elegidos de una tribu específica podían tocar estas imágenes, pero ahora todos los miembros de esa tribu han desaparecido, así que nosotros nos hemos convertido en los guardianes de las pinturas. Rogaremos a los espíritus de nuestros antepasados para que nos concedan su aprobación, pues nuestras intenciones son las más elevadas. Con la ayuda de los espíritus, podremos restaurar las pinturas de los que un día habitaron esta cueva y lograr que perduren.

Los trazos originales fueron minuciosamente repasados, pincelada a pincelada, y todos los detalles fueron reproducidos con absoluta fidelidad, sin quitar una sola línea, sin añadir un solo punto. Era una labor que requería paciencia y dedicación, y sólo la podían ejecutar personas como aquéllas, que ponían amor y respeto en cada movimiento de sus manos.

Por la noche, Karaween y Apalie anunciaron que les gustaría hacer una representación en honor de todos los demás, incluidos los espíritus de los antepasados que habitaban aquella cueva.

Los cinco espectadores se sentaron bajo al umbral de la cueva, mirando hacia fuera, mientras la pareja de actrices se disponía a empezar su actuación en el improvisado escenario del altiplano. Gracias a la ausencia de árboles, la luz de la luna alumbraba sus siluetas como si de un foco escénico se tratara, bañándolas en un suave resplandor que contrastaba con la oscuridad reinante en el interior de la cueva.

Karaween y Apalie interpretaron un número cómico en el que se remedaban a sí mismas ejecutando varias tareas diarias con infinita torpeza, y luego explicaban a través de la mímica cómo habían llegado a adquirir destreza y habilidad en esos mismos quehaceres. Hacía mucho tiempo que en aquel lugar sagrado habían resonado las risas por última vez. Incluso algún que otro animal se detuvo a escuchar aquel singular sonido que el mundo recibía como una bendición.

Al alba, cuando los pájaros empezaron a cantar, Beatrice se removió en su lecho de arena y abrió los ojos. Karaween ya se había despertado y estaba sentada, apoyada la espalda contra la pared de la cueva, escuchando el despertar del mundo.

—Gracias por la actuación de anoche —susurró Beatrice—. ¡Fue tan divertido! Creo que deberías llamarte Artista. Por favor, háblame de ti y del origen de tu nombre.

La muchacha de dieciséis años asintió y señaló la entrada de la cueva. Salieron las dos en silencio y treparon por la ladera rocosa hasta encontrar un rincón agradable donde podían seguir manteniendo su conversación sin temor a perturbar el sueño de los demás.

—Elegí este nombre pocos meses atrás porque sentí la necesidad de desarrollar mi faceta adulta. He sido una maestra en el arte del juego desde hace mucho tiempo. De hecho, el dibujo que hiciste en la arena antes de entrar en nuestro círculo es una variación de uno de mis pasatiempos. Conozco docenas de juegos que parten de la misma base, un círculo dibujado sobre la arena. Hay uno que he bautizado como «Alrededor de la luna», en el que pueden participar cuantas personas deseen hacerlo. Dos jugadores se colocan de pie, espalda contra espalda, en el centro de un círculo. A una señal, ambos empiezan a brincar a la pata coja dentro y fuera de la línea, y así van rodeando el círculo en direcciones opuestas hasta que se encuentran. Entonces se determina cuál de los dos ha recorrido un trecho más largo, y esa persona sigue jugando, mientras que la otra es sustituida por un nuevo jugador hasta que le vuelve a tocar entrar al círculo. El juego sigue y sigue hasta que, al final, todos acaban rendidos y muertos de risa, y no queda más remedio que darlo por terminado.

»También hay un juego que se llama “Uno de cada” y que se juega en un pequeño círculo. Los jugadores se turnan para ir llenando la circunferencia de dibujos, pero sólo puede haber una representación de cada categoría, y el juego se acaba cuando ya no queda espacio en el interior del círculo. La gracia está en tratar de aportar nuevas ideas y distintas categorías con cada dibujo.

»A veces, cuando la tierra está mullida y la arena es fina como el polvo, jugamos a lo que yo suelo llamar “En busca del tesoro”. Cada jugador tiene una pajita y nos sentamos alrededor de un montículo de arena en el que una mano inocente ha enterrado un pequeño objeto, como por ejemplo uno de los globos oculares del animal ingerido en la cena. Luego, los jugadores se turnan para sacar una porción de tierra con su pajita. Este juego es perfecto para entretener a los niños, pero ahora ya no hay niños entre nosotros.

»Los más pequeños también adoran inventar historias e ilustrarlas con sus garabatos. Algunas veces, un niño hacía un dibujo en la arena y otro empezaba a contar la historia; luego se iban relevando unos a otros, por lo que todos participaban en la narración, que por lo general era bastante rocambolesca. Yo inventé un pasatiempo al que se jugaba con ramas largas y una brasa o una piedra caliente que los jugadores tenían que pasarse unos a otros. También he enseñado juegos malabares con una rama encendida por ambos

extremos que hago girar sobre sí misma, por detrás de la espalda y entre las piernas. Los juegos son algo bueno, y debe haber lugar para los momentos de diversión y risa, pero yo necesitaba asumir responsabilidad en algún tipo de ocupación más propia de los adultos. Ahora estoy aprendiendo a hacer cestas, sobre todo de hebras vegetales, porque son el material más fácil de encontrar, aunque también he aprendido a hacer recipientes con partes de animales.

»He nacido en esta tierra y he pasado aquí la totalidad de mis quince veranos. Un día, vino un helicóptero y se llevó a mis padres, entre muchos otros. Llevaba pintada la cruz de los médicos. Desde entonces, he vivido con Wurtawurta. Me alegro mucho de que te hayas unido a nosotros. Casi nunca conocemos gente nueva.

Después de la conversación, las dos chicas se dedicaron a recoger suministros para el día que empezaba y regresaron a la cueva en el momento en que los demás comenzaban a desperezarse. Cuando dormían a cielo descubierto, solían levantarse muy temprano; en la oscuridad de la caverna, en cambio, las horas de sueño se prolongaban. A lo largo del día, Beatrice pensó a menudo en la joven Karaween y su propósito de alcanzar la madurez emocional. «Espero que siga conservando su vena creativa y algo de su encanto infantil —pensó—. Ahora entiendo lo importante que es tener una mente y un cuerpo sanos.»

El día siguiente amaneció claro y soleado. Beatrice estaba ayudando a Wurtawurta a recoger pequeñas piedras para calentarlas al fuego cuando le vino una pregunta a la mente.

—Wurtawurta, tú has vivido en ambos mundos, en el moderno y en éste, aislado de todo. ¿Qué diferencias has notado en la forma de entender las cosas?

—Muchas. La manera de solucionar los problemas es una de las más evidentes. Recuerdo haber visto a muchas personas enfurecerse, gritar e incluso agredirse físicamente durante una discusión sin que, por lo general, nada de eso sirviera para solucionar el problema. Sencillamente perdían los estribos y luego se separaban con sentimientos negativos hacia la parte contraria. Ahora sé que eso ocurría porque aquellas personas carecían de un objetivo común que sirviera de puente entre ellas. En nuestra cultura, reconocemos el derecho de cada uno a tener sus propias ideas y a expresarlas libremente pero, como vivimos muy cerca de la naturaleza, sabemos que el árbol no llega a romperse porque cede. Cuanto más crece, mayor es su flexibilidad. Cuando dos personas tienen distintos puntos de vista, se detienen para determinar cuál es la dirección de la que provienen sus ideas. Ya sabrás que existen siete puntos cardinales: norte, sur, este, oeste, el cielo por encima de nuestras cabezas, el suelo que pisamos y las entrañas de la tierra. Cuando hay un desacuerdo, una de las personas enfrentadas puede estar hablando desde el oeste, es decir, desde el pasado, basándose en una convicción

adquirida. También puede estar hablando desde el este y, en tal caso, basará su punto de vista en la salvaguarda de un interés futuro. Asimismo, la persona podría afirmar que habla desde dentro, desde las entrañas de la tierra, con lo cual manifestará lo que siente en su corazón o en sus propias entrañas. Llegados a este punto, si ninguno de los dos es capaz de entender la perspectiva contraria y llegar a un acuerdo, se ponen en el lugar del otro, literalmente. Quiero decir que se desplazan y colocan sus pies sobre las huellas del oponente. Entonces, hablan de nuevo, pero desde el punto de vista que antes habían rechazado, para defenderlo con la misma pasión y vehemencia con la que antes habían defendido su propio punto de vista. Por lo general, llegan a un acuerdo. Sin embargo, cuando eso no ocurre, se detienen de nuevo y se preguntan el uno al otro: «¿Qué lección deberíamos extraer de esto?»

»Escucha, Beatrice: durante miles de años, nuestra raza ha vivido en unidad. Todos nos respetamos, todos participamos y todos damos y recibimos apoyo, porque en verdad somos un equipo. De hecho, podría decirse que somos un equipo humano con una misión espiritual.

»Otro aspecto que desde el principio me pareció muy distinto y que aún considero una de las principales diferencias entre las dos culturas es el concepto de competición. En el mundo mutante, sólo hay sitio para uno en la cumbre, y todos los demás deben quedar por debajo, como en un triángulo: la gran mayoría de las personas están abajo, sirviendo de soporte a la que está arriba del todo. Me resulta muy difícil entender cómo alguien puede decirle a su hijo que sólo puede haber un vencedor y que todos los demás son perdedores. Es como si realmente creyeran que no hay bastante prestigio y bastantes puestos de liderazgo para todos. Se convenceran de que sólo uno puede alcanzar la cima del éxito, mientras que todos los demás deben resignarse a desempeñar un papel menor. Creo que, al fomentar sentimientos de carencia y limitación, al alimentar emociones como la envidia y la violencia, la competitividad ha separado a las personas en mayor medida que ningún otro factor.

—Sí —asintió Beatrice—, aunque, por supuesto, los mutantes dirían que la competitividad es lo que ha hecho posible el progreso, lo cual, a su vez, nos permite vivir cada día mejor. Inventar algo nuevo es una forma segura de obtener fama y fortuna.

—Eso es cierto, pero ¿vivimos realmente mejor? ¿Ha ganado la tierra en bienestar y salud? ¿Han ganado las plantas, los animales y las personas en salud? ¿Acaso el futuro se presenta hoy más halagüeño y esperanzador? No trato de emitir un juicio, pues sé que todo forma parte del Orden Divino. Sin embargo, como observadora y a título personal, considero que nada de esto desprende muy buen olor. Doy mi bendición a los que piensan que nunca tienen bastante o que son superiores a los demás, pero debo apartarme de ellos. La raza aborígen siempre ha funcionado más como un rompecabezas que como un triángulo. Nosotros creemos que todos tienen su lugar en el rompecabezas

y que cada persona es una pieza fundamental del mismo. Sin cualquiera de nosotros, habría un vacío y el dibujo del rompecabezas quedaría incompleto. Cuando nos sentamos en torno al fuego, cada persona aporta algo único. Uno contribuye con su destreza en el arte de cazar, otro sabe enseñar, cocinar, curar, escuchar, bailar... Seguimos los pasos de un líder, pero sabemos que cada uno de nosotros puede desempeñar ese papel en cuanto sienta que ha llegado el momento de hacerlo. Tenemos la capacidad de seguir y de ser seguidos. Ninguna opción es mejor que la otra, sino que hay un tiempo y un lugar para ambas.

A la luz de aquellos pensamientos, Beatrice reflexionó sobre las diferencias raciales existentes en la ciudad entre la población aborigen urbana y los descendientes de los inmigrantes europeos, y se preguntó: «¿Cuál de los dos grupos alberga más sentimientos de carencia y limitación? ¿O acaso es algo que afecta a ambos? Al fin y al cabo, todos luchamos por vivir nuestro propio Ensueño, con independencia de la raza o la cultura a la que pertenecemos.»

Al alba, Beatrice se despertó con un pensamiento grabado en la mente, un pensamiento que había rumiado entre sueños: «¿Cuál es mi lugar?»

Llevaba algún tiempo considerando la posibilidad de adoptar un nuevo nombre, pero sabía que semejante decisión no podía ser tomada a la ligera. El nuevo nombre debía ser una palabra que resultara agradable al oído, una palabra a la que pudiera acostumbrarse de forma rápida y sin esfuerzo. Además, el nuevo nombre debía reflejar su manera de ser en aquel momento de su vida, así que se preguntó una vez más: «¿Quién soy yo?»

*Soy aborigen,
soy alguien que busca,
alguien que según mi percepción está contaminado,
pero alguien que vive este momento rodeado de amigos, maestros, amor.
Me siento aceptada, segura.
No hay ningún talento en especial que desee explorar, y sin embargo me siento llena
de talento. Siento que estoy evolucionando pero no alcanzo a atisbar cuál será el
resultado final de mi evolución.*

Una semana después, Beatrice le comunicó a Wurtawurta su determinación:

—Ha llegado el momento de celebrar mi cambio. Estoy preparada para recibir un nuevo nombre.

Wurtawurta anunció el deseo de Beatrice, que los demás recibieron con júbilo y gestos de aprobación. Se determinó que la ceremonia tendría lugar tres días más tarde. En ese margen de tiempo se dirigirían a un lugar especial y harían todos los preparativos. A lo largo de los días siguientes, mientras caminaban, el aire se fue llenando de sentimientos festivos y el viaje se convirtió en un divertido juego de adivinanzas, pues todos trataban de adivinar qué nombre había elegido Beatrice.

En la tarde de la ceremonia de cambio de nombre, el grupo avistó un inmenso y

profundo cráter. Su diámetro era tan descomunal que, en el mundo moderno, bien podía haber albergado el mayor estadio deportivo jamás construido. Un pequeño arroyo cruzaba la base del cráter, cual serpiente plateada que iba trazando en el círculo su estela sinuosa. Fuera cual fuese la fuerza que había horadado la tierra hasta formar aquella descomunal depresión, había hundido sus garras en sus mismísimas entrañas hasta el punto de sacar a la superficie una corriente de agua subterránea.

—Existen leyendas dispares acerca del origen de este lugar —explicó Benala mientras emprendían el descenso hacia el centro del cráter—. Antes no existía, pero un día surgió, sin más. La tribu que guardaba las tierras incluidas en este trazo de canción no tenía constancia alguna de la existencia de este lugar aunque, como puedes ver, es demasiado grande como para haber pasado desapercibido. Ya no queda nadie de aquella tribu; se los llevaron a todos. El último habitante de esta zona fue obligado a partir hará unos cinco años, y jamás había oído hablar del cráter. Al parecer, surgió después de que él se fuera.

—Como ya sabes —intervino Wurtawurta en tono alegre— todas nuestras montañas, ríos y valles tienen un nombre. Identificamos cada accidente geográfico con los espíritus que le dieron origen y sus historias. Sin embargo, este lugar es como tú, nuevo y en busca de un nombre.

Ni siquiera echando mano de su portentosa imaginación podía Beatrice acertar a explicarse cómo se había formado aquella gigantesca caldera, pero se alegró de que se encontraran cerca de allí cuando tomó la decisión de cambiar de nombre porque, en efecto, no podía haber elegido un lugar más adecuado.

Un franja de color púrpura se derramó sobre el horizonte para anunciar el crepúsculo, y todos los componentes del grupo pensaron que era la nota de color perfecta para la fiesta de Beatrice. Mientras el sol se ocultaba, encendieron una hoguera y rociaron las llamas con el polvo extraído de una corteza de árbol que sólo se empleaba en ocasiones especiales y cuyo dulce aroma llenó el aire. Karaween sazonó con hierba de sal varias piezas de carne y las repartió entre los presentes. Apalie se había encargado de preparar la bebida, fermentando las hojas de cierta especia en una vejiga con agua que agitó bajo el sol durante el día. Después de comer se turnaron contando historias y, más tarde, cantaron y bailaron al compás de un ritmo que marcaban con palos. Luego volvió la serenidad, y se reunieron de nuevo alrededor del fuego para hablar de varias cuestiones relacionadas con los nombres. En un momento dado, Karaween y Apalie guiaron a Beatrice hasta el arroyo, en cuyas mansas aguas la bañaron. Mientras rociaban suavemente su piel, le explicaron que su vida pasada y su nombre presente desaparecían con el agua. Cuando se despertara a la mañana siguiente, sería una nueva persona con un nuevo nombre.

Las mujeres regresaron al grupo, reunido en torno al fuego, y dieron inicio a la ceremonia propiamente dicha. Adornaron el rostro de Beatrice con pequeñas plumas

mojadas en una pasta hecha con sangre animal que fueron pegando sobre su frente hasta formar una delicada tiara de tacto sedoso. Beatrice se sentía bella y majestuosa como la más afortunada de las reinas. A continuación, se sentaron alrededor del fuego y aguardaron a que la homenajead susurrara su nuevo nombre al oído de uno de ellos. El elegido debía anunciarlo a los demás de una manera creativa, improvisando una canción, un poema o una representación dramática por medio de la cual transmitiría la información.

A excepción de Beatrice, ninguno de los presentes sabía a quién iba a elegir, ni disponían de plazo de tiempo alguno para preparar su intervención. Así se había determinado con el fin de mantener despierto el espíritu creativo de todos los miembros de la tribu.

Beatrice se levantó y rodeó con sus pasos el círculo formado por cuatro mujeres y dos hombres. Se detuvo un instante e hizo amago de dirigirse a Wurtawurta, pero luego siguió avanzando. Todos rompieron a reír. Con su forma de ser, Beatrice se había ganado el corazón de los miembros de su nueva familia. Quería asegurarse de que todos, y no sólo ella, se divertían en su fiesta. Siguió rodeando a sus amigos, correteando como si fuera una niña, hasta que de pronto se detuvo y, antes de que ninguno de ellos tuviera tiempo de reaccionar, susurró su nuevo nombre al oído de Mitamit. El elegido no pudo ocultar su perplejidad. Jamás había sospechado que Beatrice iba a escogerlo a él. Eran amigos, por supuesto, pero como él era un hombre soltero y ella una mujer soltera, siempre habían mantenido una cautelosa distancia entre ambos. Mitamit había considerado que esta actitud era la más prudente, ya que el matrimonio no entraba en sus planes en aquel momento y quería evitar dar una impresión equivocada. Tras escuchar la palabra de labios de Beatrice, se levantó y tomó la palabra:

*La garza tiene el cuello largo,
el pingüino tiene los pies pequeños.
La cucaburra tiene una voz sonora,
y el águila es nuestro manjar preferido.
¿Qué tienen en común todos ellos?
El huevo que guardan en sus nidos.
Y, si hubiéramos de elegir una parte del huevo,
¿cuál de ellas representaría mejor a nuestra amiga?
Ha dejado atrás el mundo blanco transparente,
y no se protege bajo una cáscara dura.
Os presento a Minendie, «la yema de huevo».
Sí, señor, te va que ni pintado.*

A partir de aquel momento, ninguno de ellos volvería a pronunciar el nombre Beatrice.

Todos elogiaron el poema de Mitamit, y cuando éste pidió a Minendie que explicara los motivos de su elección, la muchacha contestó:

—Creo que has leído en mi corazón como en un libro abierto. —Luego, volviéndose hacia los demás, añadió—: Las palabras de Mitamit definen justo lo que siento. Es como si caminara amparada por vuestros brazos, que me enseñan el camino y me permiten crecer, cambiar, evolucionar. Me siento querida y protegida. También siento que ignoro el origen de esta yema de huevo, y no tengo ni la más remota idea de lo que va a ser de ella de ahora en adelante. Vosotros sois como la madre que nunca he tenido; día tras día, os aseguráis de que no falte el calor en mi nido, y aceptáis sin condiciones al ser que se está incubando en su interior. Jamás había experimentado un sentimiento tan maravilloso, y siempre os estaré agradecida por la amistad que me habéis brindado.

La celebración prosiguió con más cantos y bailes, hasta que el cansancio se adueñó de todos y, uno a uno, fueron rindiéndose al sueño.

Minendie alzó la vista al cielo y cortó todas las ataduras que mantenía con Beatrice. A partir de aquel momento, estaba en paz con el padre Felix, el padre Paul, la hermana Agatha y todos los demás. Con la llegada del alba, abriría los ojos a la luz recién estrenada de un nuevo día y sería, ella también, una recién nacida.

Algunos días, conversaban mientras iban caminando; otros, en cambio, reinaba el silencio. Sin embargo, todas las noches llegaba el momento de compartir, por lo general a través de la música y el canto. El grupo llevaba consigo un sencillo equipo de percusión constituido por dos palillos de madera porosa, de unos veinte centímetros de longitud cada uno y redondeados por los extremos, cuya superficie había sido adornada con motivos grabados a fuego. Cada noche, uno de los miembros del grupo se encargaba de hacerlos sonar, golpeándolos entre sí para marcar un ritmo. A menudo, los demás participaban y seguían el ritmo con cualquier trozo de madera que hubiera a mano, un par de piedras o incluso las palmas de las manos. También contaban con un singular y milenario instrumento musical conocido como *didgeridoo*. Un día, Mitamit encontró la carcasa de un árbol muerto cuyo meollo había sido devorado por las hormigas blancas. Cortó un segmento recto que medía cerca de un metro y pulió el interior soplando y restregándolo con arena. Luego, con la ayuda de piedras, arena y otros trozos de madera, pulió también el borde en el que apoyaba los labios. Según el tipo de madera empleada, el *didgeridoo* produce sonidos más graves o agudos, pero Mitamit era capaz de arrancarle todos los tonos de la escala a aquel singular instrumento de aire carente de lengüeta; sabía imitar el canto de las aves y los sonidos de los más diversos animales. Allá donde iban, los Auténticos llevaban consigo la música. Cuando pasaban por un humedal donde crecían los juncos, solían producir una sonoridad única soplando entre los tallos, y también fabricaban un instrumento musical similar a la armónica atando varios juncos de distinta longitud.

«Todos tenemos el don de la musicalidad —afirmaban—. La música forma parte de nuestra misión terrenal. Una persona puede no cantar porque no se cree capaz de hacerlo, pero eso no quiere decir que carezca de talento musical, sino sencillamente que no lo honra.» Las canciones de los Auténticos narraban acontecimientos históricos y hablaban sobre todo del Tiempo del Ensueño, el tiempo en que el mundo fue creado.

Todas las noches componían al menos una nueva canción. Algunos de aquellos cánticos se acompañaban de bailes ejecutados por las mujeres que, o bien se movían lado a lado, o bien danzaban en círculo. En otras ocasiones, cada cual bailaba a su antojo, con movimientos libres que expresaban su individualidad.

—En muchas tribus, los hombres y las mujeres jamás bailaban juntos, pero eso era en el pasado, antes de que quedáramos tan pocos. Hay momentos en los que la necesidad obliga a hacer pequeños cambios —explicó Wurtawurta en tono quedo, los ojos negros rebosantes de recuerdos.

Al finalizar cada concierto, los Auténticos daban las gracias a las partes de la naturaleza que habían utilizado como instrumentos musicales por haberles permitido disfrutar de un momento tan agradable.

Acto seguido, desmontaban los instrumentos y los devolvían a la tierra.

Una noche en la que Minendie se conmovió especialmente con la música, Wurtawurta le dijo:

—De la misma forma que el pájaro sabe cómo construir su nido desde que nace, una persona que creciera a solas en una isla desierta, sin tener ningún tipo de contacto con otros seres humanos, desarrollaría dos características muy específicas, dos cualidades que nos son inherentes. ¿Adivinas cuáles son esas cualidades?

Minendie negó con la cabeza.

—La música y la risa. Aunque jamás llegara a ver a otro ser humano, esa persona aprendería a tararear, a cantar, quizás incluso a producir notas musicales, del mismo modo que descubriría el sonido y la sensación de su propia risa. Verás, tanto la música como la risa son medicinas naturales para el cuerpo y el alma.

Minendie nunca había reflexionado sobre esta cuestión, pero pensó que en su caso, desde luego, era cierto. ¡No la habían dejado sola en una isla desierta, pero casi! Y, sin embargo, el hecho de soltar una carcajada siempre aliviaba sus penas, y vivía la música con tal intensidad que, según el tipo de melodía, no podía resistir al impulso de marchar, bailar o llorar.

Los Auténticos no caminaban sin rumbo fijo, sino que sus pasos seguían el trazado de una ruta. Conocían las estaciones y sabían qué plantas ofrecían sus frutos en cada una de las épocas del año. Se mantenían absolutamente fieles al compromiso de cuidar las tierras de aquellas tribus que ya no podían hacerlo.

A lo largo de los años, habían apreciado una serie de cambios en la tierra: cuando llegaban las lluvias, el agua depositada en las charcas se secaba y dejaba un residuo en la roca; cada verano, las temperaturas parecían más elevadas que el anterior, y lo mismo ocurría con el invierno, siempre más cálido. En la época estival el calor era tanto que, según observaron, ciertas serpientes habían abandonado su hábitat natural para buscar

otro más fresco. Los peces que extraían del agua presentaban extrañas protuberancias internas y, más tarde, la enfermedad que padecían se hizo evidente también a flor de piel. Un día, junto a la orilla de una charca pantanosa, Wurtawurta llamó la atención de Googana hacia las malformaciones que presentaban los renacuajos y las pequeñas ranas que en ella vivían. Algunas tenían tan sólo un anca, muchas de las que poseían dos extremidades tenían una más larga que la otra y había varias ranas con tres ancas. Fue entonces cuando el grupo decidió hablar acerca de los extraños fenómenos que había ido observando, y de los cambios que estaba sufriendo la tierra lo harían en la reunión que iba a congregarse a todos los miembros de la tribu de los Auténticos —en total veinte personas— en una fecha cercana.

Un día, Minendie quiso saber si siempre había existido en la tribu aquel equilibrio, aquella perfecta sintonía entre hombres y mujeres. No había notado ninguna señal de dominio masculino, pero se preguntaba si este hecho se debía tan sólo a la manera de ser de Googana y de Mitamit, o si los demás grupos de aborígenes se comportaban de la misma forma. En el mundo mutante, los hombres blancos disfrutaban de un estatuto indiscutiblemente superior respecto a las mujeres, y también los hombres negros se sentían más inteligentes que sus compañeras.

—Nosotros creemos que hay cosas de hombres y cosas de mujeres —explicó Wurtawurta mientras se acomodaban bajo la sombra de un árbol—. No es que unos sean mejores y otros peores; nuestros espíritus son iguales, pero no así nuestros cuerpos. Las mujeres no participamos en los asuntos de los hombres, ni los comentamos. No sabemos exactamente en qué consisten. Ciertamente es que el lenguaje de mente a mente y de corazón a corazón no nos permite tener verdaderos secretos, pero lo que hacen los hombres entre ellos no es de nuestra incumbencia. Ignoro cómo han llegado a integrar las distintas costumbres tribales masculinas desde que todo nuestro mundo empezó a venirse abajo y los supervivientes empezaron a unirse entre sí. Creo que siempre han deseado tener un vínculo más fuerte con el origen de la vida, y ese anhelo insatisfecho los empuja a formar una especie de hermandad, consagrada a lo que ellos denominan «cosas de hombres». Es su forma de experimentar el sentimiento de exclusividad en el seno de una sociedad unida.

»Al igual que ellos tienen sus asuntos, las mujeres tenemos los nuestros, y de éstos sí te puedo hablar. Somos las encargadas de explicar a las más jóvenes los cambios que experimentarán en su cuerpo a medida que vayan creciendo, de enseñarles cómo proceder llegado el momento, de hacerles ver lo maravillosos y especiales que son esos pocos días del mes que aseguran la continuidad de la vida. El parto es cosa de mujeres. Los hombres nunca están presentes cuando el bebé es invitado a salir al mundo que ha

elegido visitar. Concedemos un gran valor a la sabiduría y los consejos de las abuelas. Una mujer que ha visto crecer a sus hijos y sus nietos es una mujer sabia: ha aprendido a distinguir lo efímero de lo permanente, lo importante de lo que no lo es. A lo largo de sus muchos años de vida, ha conocido a todo tipo de personas y puede contribuir a un mejor entendimiento entre los distintos individuos que constituyen la comunidad.

Wurtawurta empezó entonces a recitar:

*El recién nacido debe estar con su madre,
el niño con la comunidad,
la juventud con los maestros,
la novia con su marido,
la madre con su familia,
la anciana con el pueblo.*

—Uno de los papeles más importantes que desempeñan las mujeres en la comunidad es el de Guardianas de las Respuestas. Le pediré a Apalie que te explique en qué consiste.

Dos días más tarde, Apalie anunció al resto del grupo que Minendie y ella se ausentarían hasta el día siguiente para hablar en privado de «cosas de mujeres». Cuando habían recorrido una distancia considerable, se acomodaron en la arena.

—Ahora soy yo la Guardianas de las Respuestas —explicó Apalie mientras abría una pequeña bolsa—. Es una función que cambia de manos cuando otra mujer expresa el deseo de vivir este don. Quiero que introduzcas tu mano en esta bolsa y saques algo sin mirar.

Minendie obedeció y extrajo de la bolsa una pieza de cuero redonda, del tamaño de una moneda grande. Era suave al tacto por ambos lados, y presentaba un símbolo grabado a fuego en la cara curtida. Al darle la vuelta, Minendie se dio cuenta de que había otro símbolo distinto en el reverso.

—Existen treinta y dos piezas que indican el camino a seguir. Te enseñaré cómo funciona. Vuelve a introducir la pieza. Ahora busca el silencio en tu interior y plantea alguna cuestión sobre la que te gustaría obtener consejo. Yo también guardaré silencio en mi interior. Ahora pondremos nuestras manos sobre la bolsa. Una vez hayas formulado la pregunta en tu mente y en tu corazón, saca una pieza.

Minendie obedeció. Volvió a extraer el mismo símbolo.

—No es de extrañar —comentó Apalie—. Al fin y al cabo, el mundo ya conocía tu pregunta y también su respuesta antes incluso de que tú la formularas. Pero existe otro mensaje —añadió, mientras vaciaba el contenido de la bolsa, dejando caer en la tierra las restantes piezas de cuero—: los símbolos no se repiten, y el que tú has elegido es el símbolo de la madurez. Significa que algo o alguien se halla en su apogeo, que la lucha por alcanzar una meta ha tocado a su fin y que ha llegado el momento de cumplir el

objetivo marcado. ¿Cómo encaja esto en tu pregunta?

—He preguntado acerca de nuestro encuentro con los demás miembros de la tribu de los Auténticos; quería saber si, después de poner en común nuestros sentimientos de inquietud por la tierra, seremos capaces de hallar alguna solución. Creo que la respuesta significa que no debo preocuparme por el cuándo, el dónde o el cómo de la reunión. Todo está en manos de la Divina Unidad y, por tanto, tendrá lugar en su debido momento.

—Te felicito, Minendie. Has hecho un muy buen análisis del símbolo —dijo Apalie mientras disponía los pequeños discos en hileras sobre la arena—. Creo que, algún día, sentirás el deseo de convertirte en Guardiana de las Respuestas.

La maestra pasó varias horas enseñando a su nueva discípula cómo interpretar los símbolos, cómo aplicar la información obtenida y cómo reparar o sustituir piezas dañadas.

Antes de regresar con el grupo, Minendie pidió a Apalie que le contara su historia.

—He visto cómo cuarenta veranos dejaban paso al invierno. Aunque he vivido los últimos ocho años en el desierto, con los Auténticos, aún pienso a menudo en las personas a las que me unen lazos de sangre, y en mi vida tal como era antes del día en que me separé de ellas. Yo nací en una reserva. Cuando tenía ocho años, abandonamos aquel reducto y nos mudamos a unas viviendas de nueva construcción hechas de planchas de hierro onduladas. Recuerdo una pared muy larga, dividida por medio de tabiques perpendiculares en una serie de pequeñas estancias cuadradas, cada una de ellas destinada a albergar a una familia. Todas las habitaciones disponían de una puerta y el hueco de una ventana. Es posible que los planes de construcción incluyeran cristales, pero jamás llegaron a instalarlos. El mobiliario se componía de una cama, una mesa y varias sillas, además de unos cuantos accesorios absurdos, como un galán de noche o un aparador para guardar la vajilla. En el centro de la estancia, colgada de un largo hilo, se veía una bombilla solitaria. También había un enchufe al que a veces conectábamos el aparato de radio. Los muebles nunca duraban mucho tiempo. Mi padre los vendía, los perdía en alguna apuesta o los destrozaba en uno de sus accesos de ira. A mi madre también se le daba bien arrojar y romper toda clase de ob-jetos.

»Al igual que nosotros, mis abuelos recibieron instrucciones de mudarse a vivir a aquel lugar, pero jamás lo hicieron, sino que siguieron ocupando las tierras de la reserva estatal, donde se fueron congregando los ancianos aborígenes que no sabían hablar inglés. Allí construyeron sus propias viviendas, con la tradicional estructura de ramas y arbustos a la que añadían algún que otro trozo de cartón, lona o cajas de madera. Los mayores nunca se sometieron del todo a la forma de vida que trataban de imponer los forasteros. Mi abuelo se cubría los genitales, pero jamás llevaba ninguna prenda cosida. La abuela llevaba un harapo anudado a la cintura y otro cubriéndole los pechos.

»El abuelo era un hombre triste que jamás sonreía. Pasaba los días caminando por el

bosque o sentado a la sombra de un árbol. No solía abrir la boca más que para dar las gracias a la abuela cuando ésta le servía un plato de comida o una taza de té. A menudo, se preparaba él mismo la comida con algún alimento que había encontrado en sus caminatas.

»Por lo general, eran los hombres quienes iban todos los jueves a recibir la provisión semanal de comida y tabaco, pero en nuestra familia eran mi madre y mi abuela las que se encargaban hacerlo. Creo que tenía cuatro años el día en que mi madre subió por primera vez a la parte de atrás de un camión de hombre blanco. Cuatro años después, no parecía la misma persona. Recuerdo la primera vez que presencié una discusión entre mis padres. Él la cogió por el brazo y la arrastró hacia fuera, literalmente. Yo los seguí con la vista: en la calle los esperaba un hombre blanco cuya mano reemplazó a la de mi padre para obligar a mi madre a entrar en la parte trasera de su viejo camión. Mi padre se alejó, dando una patada en el suelo. Cuando se dio cuenta de que yo estaba allí, me ordenó que me fuera mientras doblaba un billete de un dólar y lo guardaba en el bolsillo del pantalón.

»A partir de aquel día, no era raro que mi padre recibiera dinero a cambio de los servicios de su esposa. Mi madre era una mujer hermosa que solía jugar conmigo y hacerme pequeños juguetes, pero todo eso se acabó cuando mi padre empezó a obligarla a irse con extraños. La abuela veló entonces por mi bienestar y se encargó de educarme, tratando de encontrarle algún sentido al mundo para contestar a mis preguntas.

»La abuela me hablaba de su infancia y me explicaba cómo era crecer y vivir en contacto con la naturaleza. Me hablaba de bosques maravillosos habitados por pájaros de mil colores, de la inmensa orilla del mar, de bellísimas cascadas y profundas lagunas azules. Recordaba para mí las verdes llanuras en las que abundaban los canguros, y me contaba que su pueblo sabía en qué momento exacto había que prender fuego a la maleza para que luego la lluvia fecundara la tierra e hiciera brotar nueva vida. Me describía el vasto desierto y toda la belleza y paz que encerraba.

»Cuando tenía doce años se propagó una enfermedad entre los aborígenes que se cobró, entre otras, la vida de mis padres. Yo me fui a vivir con mis abuelos y crecí bajo la tutela de la comunidad de ancianos. El abuelo murió cuando yo tenía dieciséis años, y la abuela lo siguió dos años después.

»A partir de entonces me dediqué a vagar sin rumbo fijo. Nunca sentí deseos de casarme o tener hijos, y no lograba encontrar sentido alguno a mi existencia hasta que me tropecé con un rastreador aborígen que estaba de paso en la zona urbana y decidí acompañarlo en su viaje de regreso al desierto. Han pasado ocho años desde aquel día.

»Elegí el nombre de Apalie, que significa Mujer de Agua, porque una anciana que ya no está con nosotros me enseñó el arte de olfatear el agua en el aire, de buscarla bajo el suelo, de sentirla dentro de mi propio cuerpo. La profunda veneración y el respeto que

sentía por el fluido que transmite vida fue para mí una fuente de inspiración. El agua no hace preguntas, acepta y se adapta a la forma del recipiente al que va a parar. Puede ser caliente o fría, elevarse en forma de vapor o caer en forma de lluvia. Alimenta a las plantas, a los animales y al hombre. Respeta todas las formas de vida y se ofrece libremente. El agua es débil y, sin embargo, gota a gota, puede llegar a perforar una piedra. La mano del hombre la enturbia, pero después se purifica de nuevo. Me siento orgullosa de estar vinculada al agua.

«Todas las personas, en todas partes, tienen una historia que contar —pensó Minendie—. Si tan sólo se tomaran la molestia de escucharse unas a otras, estoy segura de que los distintos individuos, países, gobiernos y religiones darían un enorme paso adelante en su mutua comprensión.»

A menudo, los aborígenes caminaban en absoluto silencio porque habían elegido hablar entre ellos a la manera antigua, utilizando la telepatía en lugar de la voz.

—¿Cómo se hace? —preguntó Minendie un día a la persona que caminaba a su lado—. ¿Crees que yo también podría aprender a hacerlo?

—Claro que sí —contestó Benala—. El único motivo por el que la telepatía no se practica en el mundo mutante es el miedo, que bloquea la comunicación. Los mutantes sienten temor ante la posibilidad de que alguien penetre en su mente y en su corazón y descubra lo que llevan oculto en lo más profundo de su ser. Se convencen a sí mismos de que no es posible comunicarse con la mente y que, de ser posible, sería indeseable e incluso maligno, ya que adentrarse en el mundo sobrenatural es algo que asusta a muchos de ellos. Lo ven como algo que va mucho más allá de las facultades normales del ser humano, pero se equivocan. Sólo se necesita práctica y concentración.

Aquella noche, cuando estaban reunidos en torno al fuego, Benala inició a Minendie en el ejercicio de la comunicación telepática: le dijo que mirara intensamente una llama y se concentrara en esa visión con todas sus fuerzas hasta que cesara todo diálogo en su mente y no pudiera percibir sonido o movimiento alguno a su alrededor. Cuando Minendie se hubo sumergido en un profundo estado de trance, todos los del grupo se concentraron en transmitirle el color rojo. Más tarde le dijeron que, cuando fuera capaz de recibir cinco colores con absoluta nitidez, podría empezar a enviar mensajes. La muchacha tuvo dificultades para captar los mensajes aquella primera noche. Tras analizar la causa de su bloqueo, tuvo que admitir que, en secreto, seguía albergando ciertos recelos respecto al tema de la desnudez.

—Debes entender —replicó la anciana Wurtawurta en el tono cálido y amable habitual en ella— que no existe el bien ni el mal. No habrá aplausos ni muecas de desaprobación porque sientas de forma distinta a la mayoría de nosotros. El mundo no es blanco y negro, sino de todos los colores intermedios. Algo que en un determinado momento te

resulta tan desagradable que el mero hecho de pensarlo te repugna, puede ser objeto de veneración para otros e incluso para ti, en otro tiempo, otro lugar, otras circunstancias. Lo que cuenta es la honestidad. Debes ser sincera contigo misma. Obsérvate y reconoce lo que sientes ante las cosas que te rodean. No hay nada de malo en sentirse incómodo, pero no lo niegues ni trates de ocultar tus emociones. Sólo así aprendemos que las personas pueden pensar y sentir de formas muy distintas, y que las opciones de cada cual son las buenas en el trazado de su propio camino. Si no honras tus propios sentimientos, jamás podrás honrar los sentimientos ajenos. La ley del universo determina que nadie puede acceder a tu mente a menos que tú lo consientas. La telepatía es un ejercicio de apertura hacia los demás.

Una vez entendió esto, Minendie siguió aprendiendo con mucha más facilidad. Primero, le enseñaron a recibir y transmitir mentalmente distintos colores. Visualizaba el color rojo —su aspecto, textura y olor— utilizando todos los sentidos. Luego pasaron a las formas: círculos, cuadrados, triángulos. El contenido de los mensajes se fue haciendo cada vez más complejo, mezclando distintas formas y colores, hasta que al fin logró enviar y recibir pensamientos abstractos. Los mensajes telepáticos no eran una voz que escuchaba en su cabeza, ni palabras escritas en su cerebro, sino una suerte de percepción intangible. Con la práctica diaria, la comunicación mental se le hacía cada vez más fácil. Al cabo de cierto tiempo, ya no necesitaba concentrar la mirada en un objeto hasta entrar en trance para mantener conversaciones silenciosas. Poco a poco, también fue desarrollando una especial sensibilidad para captar las manifestaciones mentales colectivas que tenían lugar a kilómetros de distancia. Cuando los demás señalaban en una determinada dirección y decían que desde allí les estaba llegando un gran dolor o una explosión de felicidad, ella también sentía el sutil hormigueo de un flujo de energía.

Minendie llegó a la conclusión de que la gran ventaja de la telepatía era el hecho de que obligaba a personas como ella a desprenderse de los sentimientos reprimidos, a sacarlo todo a la luz. «Me siento bien sabiendo dónde estoy, dónde he llegado por mi propio pie», se dijo a sí misma.

La tierra desprendía calor, pero una suave y compasiva brisa agitaba el aire en aquel páramo azotado por el sol.

—¿Cuándo nos reuniremos con los demás? —preguntó Minendie mientras trataba de recoger su larga melena en lo alto de la cabeza.

—Muy pronto —contestó Apalie, colocando un dedo sobre la cinta para que Minendie pudiera hacer el nudo.

—Antes, alguien mencionó que nuestro pueblo sabía volverse invisible, y que por eso los mutantes no podían dar con aquellos salvajes que venían a salvar, civilizar y rescatar de sí mismos. Hace ya varios años me dijeron que, en el pasado, los nuestros sabían

practicar un truco de ilusionismo gracias al cual desaparecían. ¿Se referían a eso?

—Sí —contestó Apalie, mientras contemplaba el penacho de pelo que coronaba la cabeza de Minendie, balanceándose hacia delante y hacia atrás a cada paso que daba la muchacha, como si se tratara de la cresta de un gallo.

—¿Cómo se hace? —quiso saber la que ahora se hacía llamar Yema de Huevo—. ¿Crees que yo también podría aprender a hacerlo?

—No se trata de un truco de magia, sino de un paso más en nuestra comunión con el universo, que se tradujo en la habilidad de desaparecer a nuestro antojo cuando empezamos a ser conscientes de la presencia entre nosotros de guerreros y agresores. Imagina que eres un miembro de la tribu de los Auténticos y alguien viene a hacerte daño, alguien que porta un arma. ¿Qué haces? Tú no tienes un arma, y no la emplearías aunque la tuvieras. Controlas la distribución de energía en tu cuerpo y sabes que no puedes morir: tú eres la Eternidad. En consecuencia, ni siquiera sientes miedo. Tampoco juzgas ni condenas a la persona que te está amenazando. Sabes que, al hacerlo, está expresando el nivel de conciencia más elevado que se ha permitido a sí misma alcanzar. Desde su punto de vista, está haciendo lo más correcto. No está cometiendo un error. Ésa es la actitud que le corresponde en el momento presente. Tú, por tu parte, observas lo que está teniendo lugar, pero te niegas a alimentar un sentimiento cuyo sabor y olor te resultan desagradables, así que canalizas tu energía de forma selectiva y haces lo que crees más correcto para el bien de la vida en todas partes. Siempre que sea posible, lo mejor es permanecer de pie, con las piernas ligeramente apartadas y las manos a ambos lados del cuerpo, con las palmas abiertas y vueltas hacia el agresor. Entonces visualizas una luz incandescente —la energía del espíritu— que emerge de la tierra y fluye por tus pies, tus piernas, hasta llenar todo tu ser, hasta envolver todas y cada una de tus células. Acto seguido, proyectas esa forma de belleza, como si se tratara de un haz de luz, hacia la persona que empuña el arma. No mueves un solo músculo, pero sin embargo abrazas y envuelves a la persona que trata de arrebatarte tu vida. Le envías tu incondicional respeto y aceptación, tu comprensión, tu amor. Le hablas a la persona en silencio, de mente a mente y de corazón a corazón. Es muy importante que le expliques en ese mensaje silencioso que no está cometiendo un error, que jamás ha cometido un error. Nadie comete errores. Todos emprendemos un viaje desde la misma Fuente para acabar volviendo a esa misma Fuente, y a todos nos ha sido concedido un mismo don. Un círculo nunca está del todo cerrado, existe siempre un último trecho que queda por completar, y lo mismo ocurre con nosotros. Al igual que tú, esa persona forma parte de la perfección, y tiene todo el derecho a elegir sus acciones. Eso no significa que debas comulgar con sus creencias ni aprobar su conducta, pero no la juzgas. Amas a la persona, no a la acción que emprende.

»Cuando eres capaz de aceptar y amar sin condiciones a otra persona, sean cuales

fueren las circunstancias, despiertas su más profundo nivel de conciencia. Entonces se produce un conflicto entre la conciencia del espíritu, que conoce la verdad de su ser, y la limitada conciencia terrenal y cerebral que la cree capaz de cometer un asesinato. La situación se resuelve por medio de la emoción animal que el hombre ha hecho suya. Su reacción frente al amor absolutamente incondicional es el miedo humano, muy distinto del miedo animal, que es una emoción momentánea supeditada al más inmediato instinto de supervivencia. El hombre le ha añadido un sinfín de tremendas complicaciones y ha creado el nuevo fenómeno que es el miedo humano. Tiene miedo de situaciones imaginadas, de acontecimientos anticipados, de la eventual repetición de otros, de cualquier cosa para la que no halla explicación, y le aterra la pureza de la aceptación verdadera e incondicional. Ese miedo se manifiesta en la forma del objeto, animal o circunstancia que más teme la persona, como podría ser una serpiente venenosa. Si la persona carece de autoestima y siente que su vida no le importa a nadie, no verá absolutamente nada. Algunos cazadores ven serpientes o jabalíes en el lugar que antes ocupaba el aborigen al que pretendían dar caza; otros afirman que sencillamente se desvaneció en el aire.

»La ilusión está en los ojos del que mira. La protección nace de la creencia de que no hay necesidad de protección.

Siete siluetas negras avanzaban por el desierto reflejando en su piel tostada el fulgor de la Madre Sol. Dirigían sus pasos hacia el mar de la costa norte, hacia un lugar idóneo para que veinte aborígenes ajenos a las leyes del hombre blanco se congregaran durante unos días sin temor a ser descubiertos. El último rastreador que se había adentrado en el mundo urbano les había dado fe de las últimas leyes que todos los aborígenes estaban obligados a cumplir so pena de castigo legal, pero aquel grupo de resistentes no tenía intención alguna de someterse a los dictados de una autoridad ajena. Ellos debían obediencia a un tribunal superior y se regían por leyes más elevadas.

El punto en el que habían acordado reunirse no era un lugar abierto, sino una marisma que quedaba oculta tras el denso follaje de los elevados árboles y la tupida vegetación que crecía en sus aguas pantanosas. El desplazamiento por tierra era prácticamente imposible, así que, para moverse de una zona a otra, los aborígenes tendrían que caminar por robustas cuerdas de raíces que hacían las veces de puentes y les permitían salvar la distancia de tres a cinco metros que mediaba entre los árboles. Como si de una inmensa telaraña se tratara, todos los puentes partían de un mismo punto, el colosal tronco de un árbol milenario. Junto a la orilla, el pantano tenía una profundidad de por lo menos un metro, pero aumentaba considerablemente en la zona central, donde habitaban los cocodrilos y las serpientes marinas. Aquel inhóspito paraje era un paraíso para los Auténticos, un remanso de paz donde no había que temer el acecho de los cazadores bípedos. La densa bóveda de follaje impedía que los vieran desde el aire, y podían escuchar con toda nitidez el rugido de una lancha motora si es que alguna se aventuraba a enfilarse los canales de la ciénaga. Por lo demás, había alimento en abundancia; podían abastecerse de peces, ranas, huevos, tortugas, serpientes, moluscos y numerosas plantas.

Allí convivirían durante algunos días la veintena exacta de personas que componía la tribu de los Auténticos. Minendie aguardaba con ansiedad el momento de conocer a los restantes trece, que habían viajado en tres grupos distintos, dos de cuatro personas y uno

de cinco. La tribu se reunía cuatro veces al año.

A medida que se acercaban a la marisma, la vegetación se iba haciendo más densa, hasta convertirse en una impenetrable jungla. Los rayos del sol no lograban traspasar la espesura, por lo que el ambiente era fresco y húmedo. El musgo se extendía por todas partes como una verde alfombra de mil tonalidades. La tierra empezó a ceder bajo los pies de Minendie, que la notaba cada vez más blanda, húmeda y resbaladiza. La muchacha pensó que aquél no era el tipo de lugar en el que desearía quedarse por mucho tiempo. Ya empezaba a añorar la cálida luz del sol.

Un murmullo de voces les anunció que los demás ya habían llegado. En la oscuridad que se abría bajo la bóveda de los árboles, incluso el más ligero susurro resonaba y se propagaba en forma de eco. El grupo decidió no usar telepatía, pues la experiencia les había enseñado que resultaba confuso hacerlo cuando había tantas personas comunicándose a la vez.

Minendie, que acababa de vivir el proceso de elección de un nuevo nombre, sentía un gran interés por saber cómo se hacían llamar los demás miembros de la tribu, y por qué. Decidió pedir a cada uno de ellos que le explicara el significado de su nombre, pues creía que de esta manera los recordaría mejor. «Al fin y al cabo —bromeó para sus adentros—, yo estoy acostumbrada a apuntar las cosas para no olvidarlas.»

El grupo se acercó a dos mujeres sonrientes que rodearon con sus brazos a los recién llegados. Minendie se presentó. Una mujer que llevaba los hombros tatuados con cicatrices dijo que se llamaba «Guardiana del Tiempo». Cuando Minendie le pidió que explicara por qué había elegido ese nombre, la mujer contestó:

—Bueno, representa una responsabilidad. Desde hace siglos, alguien en la tribu se ha encargado de recordar, una vez al año, todos los acontecimientos importantes, los nacimientos, las muertes, el primer avión que surcó nuestro cielo, etcétera. Una vez al año, colaboro con otra persona que registra la información a través de la pintura, y juntos añadimos los hechos más recientes al mural de nuestra historia, que está en el interior de una cueva. La responsabilidad de medir el tiempo es algo que se transmite de una persona a otra. Desde que llevo este nombre, el concepto de tiempo ha cobrado un nuevo significado para mí. Existen tres maneras de referirnos a él: por un lado está el pasado, es decir, el ayer, lo que hemos dejado atrás; por el otro, está el futuro, el mañana, que se extiende ante nosotros como una línea recta y, por último, existe el círculo del tiempo, que abarca los dos anteriores. Nosotros venimos de la Eternidad y a ella volveremos. Yo he aprendido a ver el tiempo y a relacionarme con él tal como lo representa nuestro arte, es decir, como un mero punto. No podemos cambiar el pasado y no tenemos garantías de futuro, así que el único momento que cuenta es el presente, el ahora, cada instante que vivimos, cada uno de esos puntos que llenan el fondo de nuestras pinturas. Si vivimos cada día tratando de dar lo mejor de nuestras habilidades,

de poner en práctica el nivel más elevado de nuestra conciencia, habremos triunfado en este viaje iniciático que es la vida humana.

Guardiana del Tiempo parecía muy complacida por el hecho de que Minendie se hubiera molestado en averiguar el significado de su nombre.

—Bienvenida a nuestra tribu —añadió, para concluir su intervención.

La mujer que se encontraba a su lado se hacía llamar «La que Habla con los Antepasados». Una expresión taciturna asomaba en su rostro magro y alargado cuando explicó:

—Elegí este nombre porque no estaba segura de lo que sentía acerca de la vida y la muerte. Me resultaba muy difícil seguir siendo una persona positiva en vista de todas las desgracias que han venido abatiéndose sobre nuestro pueblo, y por eso deseaba aprender a comunicarme con el mundo de los espíritus, si es que existía. Supongo que, en el fondo, ponía en duda la disponibilidad de los espíritus para contestar a nuestras preguntas y orientar nuestros caminos. Al principio me hacía llamar La que Anhela Hablar con los Antepasados, pero ahora puedo afirmar que, de hecho, hablo con ellos. Todos nosotros recibimos orientación espiritual, pero debemos permanecer atentos para captar las señales. Ahora, me resulta difícil imaginar la vida sin comunicarme con el mundo invisible y con los nonatos. No hay duda de que me ayudó a recuperar el talante positivo.

Un grupo de tres personas, dos hombres y una mujer, se acercó a Minendie, que repitió su presentación y la inusual petición de que los desconocidos le explicaran el origen de su nombre.

El primero de los hombres era menudo, fornido y parecía feliz.

—Mi nombre —dijo— es «Hacedor de Medallones». Es lo que más me gusta hacer. ¿Has visto alguno? Sólo se utilizan como adorno, no como escudo de batalla. Llevo varios años haciéndolos, con todo tipo de materiales: pelo de animales, hebras, cabello, piedra, hueso, madera, plumas, dientes, garras, piel de serpiente... Cuando empecé, sólo hacía joyas para los hombres, ya que las mujeres tenían su propia orfebre. Sin embargo, ahora somos tan pocos que, en algún momento, alguien me pidió que hiciera un medallón para una mujer, y desde entonces me dedico a ambos estilos. Si nunca has visto ningún medallón, supongo que no conocerás su significado. Verás, nosotros empleamos las joyas como una forma de expresión. En algunos casos, simbolizan una necesidad de protección, dicen que nos sentimos personas vulnerables, o quizá que necesitamos escudarnos frente a los pensamientos tristes que nos llegan de la ciudad. El medallón también puede representar un corazón que no está preparado para exponerse a los demás. La verdad es que disfruto mucho creando estas joyas.

El segundo hombre se hacía llamar «Pariente del Búfalo». Era, sin duda alguna, el hombre de mayor complexión de toda la tribu.

—Me gusta mi nombre —explicó— porque el animal que simboliza no es originario de

Australia, sino que lo trajeron los hombres que llegaron en barco. Tiene una fuerza y una resistencia portentosas, y ha sabido adaptarse y sobrevivir en una tierra ajena desde que escapó de la vida en cautiverio. A mi modo de ver, ambos vivimos una situación similar: pertenecemos a esta tierra, pero somos seres desarraigados, y por eso necesitamos la determinación y la fuerza bruta para sobrevivir.

La mujer que acompañaba a los dos hombres tenía el pelo veteado de mechones blancos, tan simétricos que parecían haber sido pintados sobre la cabellera oscura, y se expresaba en un tono dicharachero y efusivo.

—Me llamo «Tres Seres en mi interior» porque un día me di cuenta de que, si bien me iba haciendo mayor, mi forma de ver el mundo seguía siendo a veces la de un niño. Otras veces, en cambio, miraba y sentía como una mujer adulta y, cada día más, intento ver las cosas desde el punto de vista sabio y ponderado de la anciana que también llevo dentro. No pienso renunciar a ninguna de las tres personas que conviven en mí. Me gusta ser un adulto responsable, y me enorgullezco de haber tomado algunas decisiones sabias, pero sigo disfrutando de la risa como lo haría una niña, y no he perdido un ápice de curiosidad por el mundo que me rodea. Creo que mi nombre significa: «Aceptadme como soy; no voy a crecer.»

Otro hombre se había unido al grupo. Frisaba los cuarenta años, era alto y enjuto, y se hacía llamar «Sendero Bifurcado».

—Cuando elegí este nombre, creía que lo iba a usar por poco tiempo. En aquel entonces era un pozo de dudas: no sabía muy bien qué talento cultivar, dudaba entre casarme o seguir soltero, y me preguntaba si, como grupo, seríamos capaces de cumplir con la responsabilidad de cuidar las tierras abandonadas de tantas naciones. Mi ceremonia de cambio de nombre tuvo lugar hace años —añadió entre risas— y sigo siendo Sendero Bifurcado.

Una mujer se acercó a Minendie y se presentó.

—Mi nombre es «Amanecer Florido», y me llamo así porque he visto que la naturaleza tiene una forma mágica de mantener el orden en el mundo. Así, las noches son frías para que las pequeñas semillas que duermen bajo la tierra puedan almacenar la energía suficiente para brotar con fuerza cuando llegan los cálidos rayos del sol. La naturaleza distingue los pétalos marchitos de las flores y las ramas secas de los árboles, y los elimina de forma selectiva: agita el aire y, una a una, retira las partes muertas de todas las plantas. Luego, recoge la hojarasca y la barre hasta el fondo de un barranco, donde se convierte en el refugio de los pequeños y asustadizos roedores y lagartos. Cuando el silencio se cierne sobre la tierra, los pájaros bajan desde el cielo, cierran las alas y se ocultan entre los árboles mientras el aire se vuelve pesado y el cielo se viste de negro para anunciar que está a punto de comenzar el gran espectáculo de la naturaleza. Entonces, veo un destello de luz que extiende sus largas patas de araña en todas las

direcciones. A veces ocurre que una de las patas alcanza el suelo. Tan pronto como surge, el destello es absorbido de nuevo por la negra oscuridad, y se produce un momento de silencio antes de que el aire se estremezca con el atronador restallido de un látigo. Algunas veces, es tal la furia con que azota la tierra que parece querer partirla en dos. El suelo tiembla y el estruendo resuena en la interminable llanura del desierto. Entonces llega la lluvia, que cae en forma de gruesas lágrimas. Sábanas de agua cruzan el horizonte, azotando y doblegando cuanto encuentran a su paso. Cada pequeña rendija del suelo, cada grieta de las rocas, se llena a rebosar, hasta que el agua es tanta que barre la tierra como una gigantesca ola. Con los primeros atisbos de sol que siguen a la descarga de agua, el horizonte surge como un inmenso campo de flores que se extiende hasta perderse de vista. Es algo que me conmueve y me inspira. Veo a nuestra tribu como esas pequeñas semillas durmientes, integradas en el paisaje, que pasan inadvertidas a los ojos ajenos pero que, en el momento justo, brotarán en un estallido de color. Siempre he pensado que la pequeña semilla debe sentir bastante aprensión hacia el mundo exterior: debe luchar con todas sus fuerzas para mantenerse fértil y no ejerce control alguno sobre los elementos. Sin embargo, ha sido creada en perfecta sintonía con su entorno, y lo mismo ocurre con nosotros. Cada vez que sale el sol, me siento florecer.

Minendie sintió enseguida una gran afinidad con Amanecer Florido. Luego, se acercó una mujer ya mayor, de pelo cano y expresión adusta, que se hacía llamar «La que Ve a través del Agua».

—Qué nombre más interesante —comentó Minendie—. ¿Eres buena nadadora? ¿Te zambulles en el agua para buscar algo en concreto?

—No —contestó la mujer en tono pausado—. El agua a través de la cual ven mis ojos son las lágrimas. Siento el sufrimiento ajeno y oigo el llanto de los nuestros cuando se vienen abajo en tierras lejanas. Los amparo con la luz de mis pensamientos, les envío la energía de la Serpiente del Arco Iris, y velo por ellos cuando no se pueden valer por sí mismos. Todos los días me esfuerzo en recordar que mi misión no consiste en entender el Ensueño que se está desvelando, sino en entender, y hacer entender a los demás, que la Madre Naturaleza se encargará de encontrar la solución más beneficiosa para todas las formas de vida.

A continuación, un joven muy delgado y sesudo se presentó como «Búho Blanco».

—Existen muchas clases de búhos —explicó— pero hoy ya casi no se encuentran búhos blancos. Por lo general, el búho es un animal silencioso, característica que entiendo y comparto. Normalmente repito las cosas varias veces en mi mente antes de decirlas en voz alta. A lo mejor esto se debe a una falta de confianza en mí mismo, o quizás al hecho de que no siempre me muestro tolerante con las personas que hablan y hablan sin llegar a decir nada.

—Mi nombre es «Hermana de la Hormiga» —anunció una mujer de mediana edad

que lucía una pulsera de semillas en el tobillo—. Elegí este nombre porque es un recordatorio constante para todo el grupo de que, poquito a poco, las criaturas más insignificantes son capaces de levantar construcciones monumentales sin perjudicar la tierra, sino en perfecta armonía con ella. Nosotros, los Auténticos, somos muy pocos, pero tenemos paciencia, somos resistentes y estamos dispuestos a dedicar nuestras vidas a preservar la tierra y la cultura que nos vieron nacer.

La persona que tomó entonces la palabra era un hombre atractivo de aspecto distinguido y señorial cuya edad debía de rondar los sesenta años.

—Mi nombre es «El Llamado de Lejos». Durante un período de mi vida, alimenté un gran resentimiento hacia los invasores europeos que llegaron a nuestra tierra y sometieron a nuestro pueblo sin que nadie les hiciera frente ni organizara un frente unido para luchar contra ellos. Ahora creo que era mi destino venir aquí y unirme a este grupo de personas para llegar a entender mi misión como ser humano. El apoyo que aquí encontré salvó mi vida y, a cambio, intento apoyar a los demás y ser consciente de mi responsabilidad como administrador de la energía que fluye por mi ser. Me dedico en cuerpo y alma a hacer todo lo posible para no añadir negatividad a la conciencia colectiva y al Ensueño del mundo.

Un hombre de baja estatura y complexión muy menuda se presentó a continuación.

—Mi nombre es «Guardián de la Historia». Soy el artista que trabaja codo a codo con Guardianas del Tiempo para plasmar y conservar el registro de nuestro pasado en la pared de una cueva. Se trata de un cargo que cambia de manos siempre que alguien expresa el deseo de desempeñar esta importante misión. A mí me encanta dibujar y pintar, así que realmente disfruto siendo quien soy en este momento de mi vida.

El último miembro de la tribu que se presentó a Minendie era el hombre más apuesto que la muchacha había visto jamás. Al sonreír, sus labios descubrían una dentadura inmaculada y perfecta; sus ojos negros irradiaban una mirada tan amable y afectuosa que iluminaba todo su rostro. Era de complexión fuerte y tenía una piel tersa y suave, libre de toda marca. Mientras avanzaba hacia Minendie, la arropó con su envolvente mirada.

—Me llamo «Hacedor de Bumeranes». Bienvenida a nuestra tribu. Creo que mi nombre se explica por sí solo. Siento un profundo vínculo con nuestros hermanos y hermanas fuente de vida que forman la gran familia de los árboles. Existen muchos tipos de árboles, y el espíritu de cada uno es tan único y especial como el de las personas. El bumerán es una herramienta que nos ayuda como ninguna si sabemos comunicarnos con el espíritu del árbol que lleva dentro. Puede tener muchas formas y utilidades distintas; algunos sirven para jugar y otros para su propósito original, que consiste en matar de forma indolora e insospechada. Mientras existan aborígenes sobre la faz de la tierra, siempre habrá alguien como yo que se llame Hacedor de Bumeranes.

Tras las presentaciones, el grupo se mezcló para saludarse con mayor detenimiento e

intercambiar algunas impresiones. Luego, llegó el momento de recolectar y preparar la comida. Después de la cena, Minendie se sentó en una enorme raíz desde la que podía divisar a todo el grupo. Se alegró mucho al comprobar que recordaba los nombres de las trece personas que acababa de conocer y sintió que, en aquel breve espacio de tiempo, había establecido ya un fuerte vínculo con todas y cada una de ellas.

Googana se había sentado a escasa distancia de Minendie, en un tronco ligeramente elevado, por lo que se encontraba a la vista de todos. De un modo espontáneo e imperceptible, el grupo se había ido acomodando de tal forma que todos miraban al anciano. Al parecer, había sido tácitamente elegido como el conductor de la reunión.

Búho Blanco estaba sentado frente a Minendie. La muchacha pensó que sus intervenciones serían más bien escasas. A su lado estaba La que ve a través del Agua. Minendie se preguntó si el debate que se avecinaba aumentaría el caudal de lágrimas que albergaba su corazón. Cuando sus ojos encontraron los de Amanecer Florido, sonrió, y luego asintió a Guardián de la Historia.

—Me alegro mucho de volver a veros —empezó Googana, mientras miraba a su alrededor y establecía contacto visual con todos y cada uno de los presentes—. Sugiero que hablemos por turnos, siguiendo el orden del círculo, para que cada uno tenga oportunidad de comentar los cambios que ha observado en la tierra y cualquier otra cuestión que le preocupe.

Uno tras otro, los miembros de la tribu hablaron de los fenómenos obvios, y por otra parte misteriosos, que se habían ido produciendo a lo largo de los meses y años anteriores. El número de aves había disminuido considerablemente, y las que subsistían eran más enfermizas y tenían un plumaje más ralo. Había menos huevos por nido y sus cáscaras eran más frágiles. Algunas especies de pájaros habían desaparecido por completo. La vegetación también era más escasa, y las plantas, más pequeñas y pálidas, presentaban menos brotes. El clima experimentaba cambios inexplicables: cada año el verano era más asfixiante y el invierno menos riguroso. Todas las serpientes de una determinada especie habían desaparecido. Un pez que en otros tiempos era tan grande que hacían falta dos hombres para transportarlo, no sobrepasaba ahora las dimensiones de cualquier otra especie. Wurtawurta habló de los renacuajos deformes que había visto. Los miembros de la tribu no acertaban a explicarse la causa de todas estas anomalías. El

hecho de que el canguro, el dingo y el koala estuvieran siendo aniquilados podía relacionarse directamente con la población blanca; de la misma forma, el desequilibrio ecológico causado por la importación de animales como el ganado vacuno y lanar, el camello, el caballo, el búfalo, el conejo, el gato, el perro, la rana, la rata y varios insectos era el resultado directo de la presencia europea.

—Hay algo más que debemos tomar en consideración —señaló Googana—: las últimas leyes de obligado cumplimiento para todos los aborígenes promulgadas por el hombre blanco. Según estas leyes, los aborígenes deben:

Inscribirse en el censo de recuento de la población.

Inscribirse en el registro fiscal.

Dar parte de todos los nacimientos.

Dar parte de todas las defunciones.

Enterrar a los muertos, y enterrarlos únicamente en los lugares autorizados para dicho fin.

Escolarizar a todos los niños.

Vacunar a todos los niños.

Solicitar la debida licencia para utilizar máquinas de trabajo.

—¿Cómo podemos observar todo esto y no juzgar? —preguntó El que fue Llamado de Lejos.

—¡La pregunta no es cómo, sino qué hacemos! —contestó Googana—. ¿Cuál es el principio puesto en causa en esta cuestión? A mi modo de ver, se trata de la responsabilidad que hemos asumido de invertir nuestros pensamientos, acciones y palabras, todas nuestras energías, en aquello que deseamos ver crecer. Debemos dejarnos guiar por la conciencia universal y centrar nuestros esfuerzos en aquello que nos huele bien para alcanzar la armonía y asegurar la continuidad de todas las formas de vida.

El debate prosiguió.

—Lo que ha ocurrido no tiene remedio. Sólo la propia Madre Naturaleza podría enmendar estas pérdidas.

—No serán enmendadas, pero quizás esté por venir algo nuevo y más resistente que las sustituya.

—El hombre negro no puede salvar al mundo. No sabemos siquiera si podrá salvarse a sí mismo.

—Quizá no se trate de salvar nada. Nos estamos esforzando por mantener las cosas tal como eran en el pasado, creyendo que así salvamos la tierra de la destrucción. Pero a lo mejor el mundo no se está destruyendo, sino tan sólo cambiando, cambiando de forma drástica.

Llegados a este punto, Googana se dirigió a Minendie:

—De todos los presentes, tú eres la que ha tenido un contacto directo más reciente con el mundo mutante. Algunos afirman que ellos son los grandes responsables de esta situación. ¿Cómo han podido llegar a controlar el vuelo de un pájaro?

—No lo sé —contestó la muchacha—. Siempre están surgiendo nuevos inventos. De cuando en cuando, unos pocos manifiestan su oposición a las nuevas tecnologías, argumentando que el artefacto o la fábrica en cuestión envenena el aire o el agua. Ignoro si es verdad o no. Como sabéis, en el mundo blanco la sinceridad brilla por su ausencia. Ellos afirman rotundamente: «Por supuesto que no es cierto», y añaden: «¿Por qué íbamos a envenenarnos a nosotros mismos?»

Las palabras de Minendie fueron acogidas con expresiones de asentimiento. Era una buena pregunta, sin duda. Parecía indiscutible que los mutantes no sentían respeto alguno por su misión como cuidadores de la tierra. Estaban demasiado ocupados llenándolo todo de cemento y matando a los animales por placer, pero ¿serían capaces de llegar hasta el punto de envenenarse a sí mismos para seguir haciéndolo? ¿Y podría ese veneno llegar a afectar a los animales y plantas que vivían a kilómetros de distancia?

La discusión proseguía.

—Rendirnos y mudarnos a vivir a las misiones queda fuera de cuestión, pues allí nuestras costumbres son sistemáticamente pisoteadas. De nada serviría tampoco desplazarnos a la ciudad para manifestar nuestra inquietud ante estas nuevas leyes. Estoy seguro de que otros aborígenes lo han hecho ya. Y no olvidemos que algunos aborígenes están de acuerdo con esas leyes. Han elegido ser como el hombre blanco y vivir como vive él.

Al término de la reunión, habían llegado al acuerdo de que debían seguir respetando una serie de principios inquebrantables. En primer lugar, no podían aceptar la ilusión de que no existen límites y, en consecuencia, renunciaban a tomar las armas para defenderse. No dejarían de honrar todas las formas de vida ni dejarían de vivir en armonía con la naturaleza. Seguirían actuando como habían hecho hasta entonces: cada grupo se haría cargo de una porción del territorio, y seguirían cuidando los lugares sagrados en sustitución de aquellos que habían sido forzados a abandonar sus tierras. Acordaron también volver a reunirse tres meses más tarde en el lugar más adecuado según la estación.

El grupo permaneció en el pantano a lo largo de los cuatro días siguientes, durante los cuales Minendie tuvo ocasión de conocer mejor a todos los demás. Una noche, mientras compartía con ella una pata de tortuga, Benala le dijo lo siguiente:

—Quiero que sepas que, si deseas acompañar a otro grupo en los meses siguientes, eres totalmente libre de hacerlo. Nos encanta tenerte con nosotros, pero creí que debía decirte que no estás obligada en ningún sentido a seguir en nuestro grupo. Karaween se

va a ir para estar con La que habla con los Antepasados. Creo que Búho Blanco y ella se sienten mutuamente atraídos. Entre nosotros, había existido desde siempre un sistema que limitaba la selección de pareja y que se basaba en lo que llamamos «barreras de piel». Los miembros de una tribu sólo podían casarse con los de otras tribus determinadas, según los lazos familiares existentes entre ambas. No existe ningún tipo de parentesco entre estos dos jóvenes, así que son libres de conocerse mejor para descubrir si desean o no contraer matrimonio.

Minendie reflexionó sobre lo que había dicho Benala y pensó que Amanecer Florido era una persona con la que le gustaría entablar amistad. Sin embargo, le inquietaba una duda: Amanecer Florido estaba casada con Pariente del Búfalo; ¿les molestaría su presencia? Tras varias consultas, la tribu volvió a reunirse y se decidió que Minendie podía unirse a sus nuevos amigos como la cuarta integrante de un grupo que incluía también al hombre que se hacía llamar Sendero Bifurcado.

Tres días después de haber abandonado la marisma, apenas había salido el sol, Sendero Bifurcado se alejó del grupo. Minendie podía verlo en la distancia, corriendo en zigzag con los ojos clavados en el suelo. En las manos, cruzadas a la espalda, llevaba una lanza.

Hacia mediodía, regresó con un canguro auestas. Los demás cavaron un hoyo en el que encendieron el fuego. Luego, enterraron al animal boca arriba en el lecho de ascuas, cubriendo todo su cuerpo a excepción de las cuatro patas. Amanecer Florido retiró la carne de las patas traseras para que pudieran ver los huesos mientras se iban blanqueando por acción del calor. Este cambio de color, junto con el retraimiento de las garras delanteras, era la señal de que la carne estaba en su punto y había terminado el tiempo de espera.

Mientras la cena se cocinaba, las dos mujeres se reunieron a un lado para conversar.

—¿Has pensado en casarte? —le preguntó Amanecer Florido a Minendie.

—No —contestó la muchacha mientras extendía una piel de conejo con la que había empezado a confeccionar una nueva bolsa dos días antes—. Hasta el momento no me he sentido atraída por nadie. Creo que no soy una persona muy romántica.

—Me parece una actitud sabia tratar de conocerse a uno mismo antes de buscar pareja. Por lo que nos has contado de tu vida, apenas has empezado a ser tú misma.

—Tengo esta cicatriz desde que era una niña —le confió Minendie, señalando la larga costura que ya se había vuelto casi imperceptible—. Me operaron para que no tenga hijos.

—Lo siento —se apresuró a decir Amanecer Florido en tono de disculpa—. No lo sabía. Pero a lo mejor es bueno que las mujeres entendamos que no todas seremos visitadas por un espíritu que desea venir al mundo. Creo que, en los años venideros, les pediremos a los espíritus que esperen hasta que el mundo esté mejor preparado para acogerlos.

Varias horas más tarde, la carne estaba lista. Cada uno de los cuatro bendijo a la criatura antes de comer en silencio. Minendie se quedó absorta mirando el fuego y, casi como si hablara para sus adentros, dijo en voz alta:

—Fue un gran fuego lo que me trajo hasta aquí...

—¿Cómo has dicho? —le preguntó Sendero Bifurcado mientras depositaba un gran hueso en el suelo.

—Cuando estaba en la ciudad, hubo un incendio en la casa donde trabajaba y vivía. Fue como una especie de extraña liberación. Sencillamente me alejé caminando. Cuando era pequeña, las personas que regentaban el orfanato en el que crecí siempre relacionaban las llamas con el infierno. Creo que jamás les oí decir nada bueno acerca del fuego.

—Nosotros tenemos una plegaria dedicada al fuego que es tan antigua como nuestro pueblo —dijo Sendero Bifurcado—. ¿Te gustaría aprenderla?

—¡Sí! —contestó Minendie encantada—. ¡Por favor, enséñamela!

—De acuerdo —accedió Sendero Bifurcado—. Ahí va:

Plegaria del fuego

Que el fuego ilumine nuestros pensamientos,

que los haga verdaderos, buenos y justos.

Que nos impida resignarnos con menos.

Que el fuego ilumine nuestra mirada.

Que nos abra los ojos al placer de compartir todo lo bueno de la vida.

Rogamos al fuego que nos aleje de aquello que no nos pertenece por derecho.

Que el fuego caldee nuestros labios,

para que podamos decir la verdad con palabras amables

que sirvan y estimulen a otros.

Que el fuego habite en nuestros oídos,

para que podamos escuchar de verdad,

para que podamos oír el rumor del agua

y toda la creación y el Ensueño.

Que nos proteja de las habladurías y de todo aquello

que pueda hacernos daño

y causar el quebranto de nuestra familia.

Que el fuego habite en nuestros brazos y manos

para que podamos ser útiles y construir el amor.

Que el fuego habite en todo nuestro ser,

en nuestras piernas y pies,

para que podamos caminar sobre la tierra con reverencia y respeto,

*para que podamos avanzar por la senda del bien y la verdad,
sabiéndonos a salvo de apartarnos de aquello que es verdadero.*

—¡Qué plegaria más hermosa! —exclamó Minendie mientras contemplaba los radiantes rostros de sus amigos—. No me extraña que los nuestros se sintieran tan perplejos cuando oían a los misioneros afirmar una y otra vez lo terrible que era el infierno, un lugar que ellos describían como un eterno pozo de llamas. Es fascinante comprobar cómo una misma realidad puede ser contemplada por dos grupos distintos desde ángulos completamente opuestos. Unos sólo ven lo negativo, y se pasan toda la vida rezando por alcanzar algo que en verdad creen imposible: el nacimiento del hombre sin pecado. Otros ven a los niños recién nacidos como seres inocentes y puros que llegan a un mundo de abundancia en el que son huéspedes invitados por la Fuente. No tenemos una palabra para designar el trabajo porque el trabajo entre nosotros no existe como tal, sino que cada persona se expresa a sí misma haciendo lo que le resulta más fácil y revierte al bien común. Desde luego, términos teóricamente contrapuestos como «primitivo» y «civilizado» deberían ser revisados.

A lo largo de los años siguientes, los distintos grupos de la tribu fueron cambiando de composición cada tres meses. Siempre que se celebraba una nueva reunión, los compañeros de caminata de unos y otros se renovaban hasta que todos vivieron la experiencia de pasar algún tiempo con los restantes diecinueve miembros de la tribu. Por el bien de Minendie, todos aceptaron de buena gana la responsabilidad de compartir la enseñanza de canciones y bailes.

Las tribus aborígenes jamás celebraban los cumpleaños. Para ellos, la palabra «celebrar» significaba compartir con los demás algo especial, como por ejemplo la consecución de un objetivo personal. El hecho de hacerse un año más viejo no les parecía un acontecimiento digno de semejante honor. En cambio, celebraban la evolución espiritual del individuo, pero sólo cuando éste decidía y anunciaba que había llegado el momento de hacerlo. Los demás reconocían el cambio operado en él, le brindaban su apoyo y lo colmaban de atenciones en medio de un ambiente festivo. Uno no decía «Celebremos mi persona» a menos que lo mereciera, y a nadie se le ocurría cuestionar o negar la celebración de otro.

Minendie conservó su nuevo nombre durante tres años. Un día, mientras se encontraba a solas recolectando añicos de cáscaras de huevo de un nido para luego convertirlos en un polvo muy fino que se utilizaría como alimento y pintura para el cuerpo, afirmó en voz alta, como si hablara consigo misma:

—He sido una yema durante bastante tiempo, y he ido evolucionando hasta convertirme en un producto acabado. Ahora, debo determinar quién soy y elegir un nuevo nombre acorde con mi ser.

Minendie reflexionó sobre la cuestión durante una semana antes de anunciar a sus compañeros de viaje que había llegado el momento de celebrar su nuevo cambio de nombre.

En aquella ocasión, el grupo no se encontraba cerca de ninguna fuente de agua, por lo

que no hubo oportunidad de practicar la tradicional ablución que se llevaba consigo todo lo viejo. En su lugar, emplearon el humo, que quemaba simbólicamente todos los residuos tras una estación fructífera. Una nueva mujer surgiría del humo, al igual que la nueva vida brota de las cenizas. Minendie susurró su nuevo nombre al oído de Hermana de la Hormiga y, algunos segundos después, las palabras se habían entrelazado en su mente en forma de canción. Hermana de la Hormiga se levantó y cantó la buena nueva:

*Todos esperábamos que Minendie, nuestra Yema de Huevo,
se convirtiera en un ave.*

*Parecería un poco absurdo esperar
que se convirtiera en otra cosa.*

*Al fin y al cabo, hay mucho dónde elegir:
están la cacatúa, la cucaburra o el loro.*

*Entre cientos de seres alados,
no podía resultar difícil encontrar
afinidad con alguno de ellos.*

Y, sin embargo, Minendie me ha sorprendido.

*Ornitorrinco, o Mapiyal, es su nuevo nombre,
un ser que vive entre dos mundos.*

Para nosotros, siempre será única.

—¿Por qué Mapiyal? —preguntó alguien—. Ábrenos tu corazón.

—A menudo pienso en los dos mundos, el de los mutantes y el nuestro. El ornitorrinco vive en el agua y en la tierra. Se desenvuelve muy bien en el medio acuático, y pasa la mayor parte de su vida en las charcas de aguas mansas, pero no puede respirar bajo el agua. Debe permanecer en contacto con la tierra, debe abandonar la seguridad de la charca para poder llenar de aire sus pulmones. Lo he pensado mucho, y creo que ha llegado el momento de convertirme en Mapiyal. Gracias, Hermana de la Hormiga, por la hermosa canción con la que has anunciado mi nuevo nombre.

Los días y los años se fueron sucediendo. La vida al aire libre era pacífica y gratificante, un continuo descubrimiento de nuevos lugares, nuevas realidades, nuevas formas de expresión. Y todo tenía lugar entre viejos amigos, en un terreno familiar donde seguían prevaleciendo tradiciones ancestrales.

Cuando Wurtawurta cumplió ciento dos años de vida, anunció en la reunión estacional de la tribu que había preguntado a la Divina Unidad si, en nombre del bien supremo, había llegado el momento de que regresara a la Eternidad. La respuesta había sido afirmativa.

Mapiyal y algunos otros serían testigos por primera vez de la liberación voluntaria de un espíritu respecto del cuerpo humano que lo albergaba. Los miembros de la tribu, que tan firmemente creían en la Eternidad y, por tanto, sabían que la conciencia de la vida no nace en el momento de la concepción sino mucho antes, también creían que la muerte no debía ser necesariamente dolorosa e imprevista. Cada uno de ellos se había iniciado ya en los conocimientos que permitían alcanzar el acto final. Habían aprendido, por ejemplo, a utilizar imágenes mentales para brindar calor a su cuerpo durante las noches heladas o, por el contrario, crear una sensación de frescor cuando, tras la puesta de sol, la tierra seguía desprendiendo un calor sofocante. Habían aprendido también a reconocer los centros de energía que recorren el cuerpo en línea vertical, desde la entrepierna hasta la cabeza. Sabían dormir con los ojos abiertos y reducir las constantes vitales hasta alcanzar un estado de sueño profundo y relajante. Todos y cada uno de ellos dominaban el arte de abandonar el cuerpo y proyectar su conciencia en otra parte.

Los preparativos para la transición de Wurtawurta se prolongaron durante varios días. En la fecha señalada, al alba, Mapiyal recordó una duda antigua: «¿Sienten las personas algún tipo de premonición cuando abren los ojos al que será su último día de vida?» Pensó que posiblemente estaba a punto de descubrir la respuesta. Quizás el motivo por el que tanto la había intrigado y perturbado esta cuestión era el hecho de que la energía

inherente a su ser le había estado diciendo desde el principio: «Uno no muere, sencillamente honra una creencia arraigada en su corazón y regresa a la Fuente de la que todos provenimos. Al igual que has tomado la decisión de venir, tienes derecho a elegir cuándo quieres marcharte. No existen muertes accidentales, sino tan sólo conexiones espirituales que no podemos ver porque no nos hemos distanciado lo bastante de ellas.»

La celebración en honor de Wurtawurta duró todo el día. Los Auténticos destilaron un brebaje especial y cuidaron con singular esmero la preparación de la comida recolectada. Todos los miembros de la tribu tuvieron ocasión de evocar, por medio de la representación y la palabra, su relación con Wurtawurta y los momentos que compartieron con ella. La homenajeadada pronunció un discurso en el que expresó a los demás todo lo que consideraba significativo. Se remontó al pasado para expresarle a Mapiyal su gratitud por haberle descrito, tantos años atrás, el tacto de la seda. Dijo que había evocado muchas veces aquellas imágenes, y que lo haría de nuevo aquel día, cuando emprendiera el viaje de regreso a la Eternidad. Los Auténticos convocaron a los espíritus de las plantas y los animales para que compartieran con ellos aquel momento.

Mientras el sol se ocultaba tras el horizonte, todos los miembros de la tribu, uno a uno, rodearon con sus brazos a Wurtawurta y pronunciaron las mismas palabras: «Te queremos y te apoyamos en este viaje.» Después se alejaron, dejando a la anciana de osamenta arqueada plácidamente sentada en el suelo, con las piernas cruzadas. Wurtawurta cerró mentalmente cada uno de sus centros de energía, liberó todo el calor de su cuerpo, ralentizó la circulación de la sangre y los latidos del corazón y, por último, puso en práctica una ancestral técnica destinada a suspender por completo la respiración. Cuando su corazón se detuvo, la cabeza de la anciana cayó hacia delante y su cuerpo se desplomó a un lado. Se había ido, proyectándose a sí misma como había hecho y enseñado a hacer tantas veces en el pasado, pero en aquella ocasión no iba a volver. Su cuerpo se convertiría en alimento para todas las formas de vida que de él pudieran sacar provecho. No hubo entierro.

Un mes más tarde, el grupo de cinco personas con las que convivía Mapiyal en aquel momento encontró en su camino los destrozos de una avioneta accidentada, prácticamente oculta entre los peñascos que se arracimaban en un punto de la vasta llanura. Al hacer colisión, el aparato se había quedado aprisionado entre los riscos, lo que hacía imposible avistarlo desde arriba.

Junto a los destrozos, encontraron los cadáveres de dos hombres. Los enterraron y decidieron dejar alguna marca en el lugar, por si alguien en el futuro encontraba los restos de la avioneta. Mapiyal sugirió que unieran dos palos en forma de cruz y la emplearan como marca, puesto que, al parecer, era ése el símbolo con que los mutantes identificaban las sepulturas. Tomaron un jirón de tela de lo que aparentaba haber sido la chaqueta de uno de los hombres, la camisa del otro y también un trozo de tela del

tapizado de los asientos, y los quemaron en un fuego ritual. Mientras el humo se elevaba, cada uno de ellos envió energía positiva por medio de un arco iris mental a los difuntos y a sus respectivas familias, que estarían llorando en algún lugar la pérdida de sus seres queridos.

Mapiyal pensó que probablemente aquellos hombres sobrevolaban el desierto en busca de los últimos aborígenes que pudieran quedar en el Outback ¡con el fin salvarlos de sí mismos! «Pero —añadió para sus adentros—, sólo estaban haciendo lo que creían correcto.»

A medida que transcurrían los años, Mapiyal iba ganando en nobleza, paz interior y dignidad. Cambiaba a menudo de ocupación y contribuía a la vida de la comunidad en numerosos sentidos, pero no sintió la necesidad de volver a cambiar de nombre. Cada tantos años, Benala abandonaba la compañía de la tribu para dirigirse a la población más cercana, donde permanecía algunos días.

A su regreso, comunicaba a la tribu la situación del mundo más allá del Outback. Siempre que partía, Benala le preguntaba a Mapiyal si deseaba acompañarla. Aunque se sentía tentada a aceptar la invitación, un sentimiento más poderoso que la curiosidad le decía que no había llegado aún el momento.

El prisionero número 804781, conocido como Jeff Marsh, también se había convertido en una figura pacificadora y respetada en sus años de madurez. Había cumplido cuarenta años, y en su pelo negro asomaban ya las primeras canas.

Tenía libre acceso a todos los libros de la biblioteca, por lo que estudió varias formas de arte y la vida de muchos artistas. Un día, empezó a dar clases de dibujo a uno de los reclusos y, a partir de entonces, el número de discípulos fue en aumento hasta convertirse en un programa de estudios artísticos dirigido por él. Además, enseñaba y participaba en un taller de artesanía y llegó a conquistar tal grado de prestigio que, todos los años, se organizaba en la cárcel una exposición y venta de los objetos manufacturados por los reclusos.

El descubrimiento de su faceta creativa dio sentido a la existencia de Geoff y se convirtió en el eje alrededor del cual giraba toda su vida. Su gran meta de cada año consistía en mejorar, avanzar en el desarrollo de su expresión artística. Aquel hombre que había pasado dos tercios de su vida entre los muros de una cárcel creía haber encontrado al fin su lugar. Se acomodó a una rutina de vida y se hallaba en paz consigo mismo.

Sentados en el suelo, los integrantes de la tribu escrutaban con inquietud la bóveda de negro terciopelo que se alzaba sobre sus cabezas. Dos noches antes, habían visto una deslumbrante ráfaga de luz surcando el firmamento. No sabían si se trataba de una estrella fugaz o algún nuevo fenómeno llegado del mundo mutante. A la noche siguiente, cuando volvieron a ver la extraña estela luminosa describiendo la misma ruta, se sintieron desconcertados. Pensaron que no volvería a repetirse, pero se equivocaron. A lo largo de tres noches seguidas, aquel fulgor de origen desconocido cruzó el cielo entre el tímido parpadeo de las estrellas.

—¿Qué puede ser? —preguntó alguien—. ¿Creéis que se trata de algún tipo de señal?

—Debemos solicitar orientación. Pediré un sueño.

Por lo general, los Auténticos jamás soñaban de noche. Creían que el sueño era un momento de reposo para el cuerpo, un período de recuperación, cura y recarga de energías. Si una parte de la conciencia se encontraba activa soñando, la regeneración no sería completa. Sabían que los mutantes soñaban por las noches, y les resultaba perfectamente comprensible. En la sociedad mutante, nadie podía permitirse el lujo de soñar de día, estando despierto, como hacían los Auténticos. Aquella noche, sin embargo, varios miembros de la tribu pedirían que les fuera enviado un mensaje en forma de sueño.

Mapiyal siguió el mismo procedimiento que todos los demás: llenó de agua una concha marina y bebió la mitad del contenido mientras formulaba su petición de esclarecimiento respecto al extraño objeto en el cielo. Bebería la porción restante al despertar, para establecer una conexión entre la parte consciente de su cerebro y el recuerdo del sueño. Así estaría en las mejores condiciones para entender el significado del mensaje onírico.

En su sueño, Mapiyal vio a una persona de corta edad sentada a horcajadas sobre el caparazón de una tortuga. Parecía un niño, pero no estaba segura. Al principio, el pequeño montaba pacientemente la criatura, pero de pronto empezó a llorar y le suplicó

en vano que se moviera más deprisa. Impasible, el animal siguió avanzando con la misma parsimonia.

Por la mañana, mientras los demás la ayudaban a desentrañar el significado del sueño, alguien le preguntó:

—¿Qué sentimiento te despertaba el niño?

—Sentí que era mío. ¡Lo quería con todo el corazón, como si fuera mi hijo!

—¿Y qué impresión te transmitió la tortuga?

—Me pareció apocada y retraída, una criatura de reacciones lentas; no era, desde luego, el tipo de animal que uno puede azuzar y espolear para que avance más deprisa. Tampoco era una tortuga de las nuestras, es decir, no se trataba de una tortuga de agua sino de tierra.

—¿Y cómo lo interpretas?

—Bueno, considero que mi relación con las tortugas en general es bastante buena pero, si he de ser franca, no he dedicado un solo momento, al menos de forma consciente, a pensar en las tortugas de tierra. La de mi sueño era, sin duda alguna, un espécimen de otro lugar, yo diría que de América. Sin embargo, no alcanzo a ver la relación entre este animal y el objeto en el cielo. Puede que el sueño signifique que pasará mucho tiempo antes de que yo tenga un niño. Desde luego, está tardando lo suyo —añadió en tono jocoso—, porque ya he cumplido cincuenta y cuatro años.

Las mujeres pusieron en común sus interpretaciones del sueño de Mapiyal. Una de ellas lo veía como la señal de que uno de los miembros de la tribu debía viajar hasta la sociedad mutante para buscar allí la respuesta. Según otra, el mensaje era que todo el mundo estaba cambiando: primero había sido la tierra, y ahora el cielo.

Treinta y cuatro años habían transcurrido desde el día en que Mapiyal había abandonado la vida de la ciudad para unirse a la tribu de los Auténticos. Jamás había lamentado el cambio, y no echaba de menos ningún elemento de su existencia pasada. Había envejecido, eso lo podía constatar observando su cuerpo, pero no había vuelto a tener ocasión de ver su propio rostro. Nunca habían llegado a orillas de una charca cuyas aguas fueran lo bastante mansas o cristalinas como para devolverle un reflejo fiel de sus facciones. Este tipo de pensamientos no había cruzado su mente en tanto tiempo que se sorprendió a sí misma. Su aspecto le traía sin cuidado; lo realmente importante era aquello que transmitían los demás al mirarla, y se sentía en paz con las expresiones que veía reflejadas en sus rostros. Cuando Benala regresaba de sus incursiones a la ciudad, no traía perspectivas halagüeñas en lo concerniente a una eventual recuperación del modo de vida aborígen. Mapiyal pensó que quizás había llegado para ella el momento de partir, no por curiosidad, sino porque ahora creía tener algo que ofrecer a su pueblo. Decidió consultarlo con la Guardiana de las Respuestas antes de tomar una determinación.

Aquel mismo día, más tarde, ella y la Guardiania se alejaron del grupo. Entonces, Mapiyal se sumergió en un estado mental de profunda serenidad. Al introducir la mano en la bolsa que contenía las respuestas, extrajo un pequeño disco de cuero cuyo símbolo parecía una extraña rosa de los vientos que señalaba en siete direcciones distintas: norte, sur, este, oeste, arriba, abajo y adentro. Su significado estaba claro: Mapiyal debía considerar cuidadosamente la dirección de la que había partido y la que se disponía a seguir. Siempre había sido consciente del punto cardinal hacia el que dirigían sus pasos, pero nunca había tomado parte en la elección de una ruta concreta. A lo largo de los años, habían viajado en los cuatro sentidos de la brújula. En aquel momento, Mapiyal reflexionó sobre las restantes tres direcciones: el cielo por encima de nuestras cabezas, el suelo bajo nuestros pies y las entrañas de la tierra, que equivalen a lo más hondo de nuestro propio ser. Aguardó confiada el momento en que su voz interna decidiera hablarle, y mientras tanto consultó las restantes dimensiones, el mundo espiritual que habitaba las alturas y el mundo animal que vivía a ras de suelo. El símbolo parecía indicar que debía elegir una de las cuatro direcciones del viento. Sólo ella podía decidir si seguía caminando con la tribu o encaminaba sus pasos hacia la ciudad. La intuición le indicó el rumbo a seguir.

Aquella noche, Mapiyal anunció su partida a toda la tribu. Tenía intención de dirigirse a la población más cercana. Allí, y a no ser que las cosas hubieran cambiado de forma radical, esperaba contar con la hospitalidad de los suyos, que se encargarían de proporcionarle ropa, abrigo y comida. Siglos y siglos de convivencia y apoyo mutuo habían forjado lazos de amistad entre los aborígenes que no podían desaparecer de la noche al día.

A la mañana siguiente, el sol se demoró en su despertar, como si le estuviera concediendo a Mapiyal una última oportunidad de reconsiderar su decisión. Pero ella no abrigaba ningún tipo de dudas. Aquél era el momento: debía partir en aras del bien supremo.

Mapiyal se despidió de todos y expresó su deseo de regresar algún día. Habían calculado que tenía por delante siete u ocho días de viaje antes de llegar al asentamiento aborígen más cercano. Tardó nueve días. Llegó a su destino al anochecer y se sentó entre la maleza para observar el poblado desde una distancia prudente. Había cuatro precarias viviendas que daban la impresión de estar a medio construir o a medio demoler; precisarlo habría resultado difícil. Tres de ellas tenían peldaños de madera frente a la puerta, pero no así las otras dos. Sólo una de las casas tenía cristales en todas las ventanas, pero era como si no los tuviera, puesto que estaban abiertas de par en par para que el aire circulara. Si bien, de cuando en cuando, alguien entraba o salía de aquellas casuchas, la mayoría de sus habitantes parecía haberse acomodado en la calle, unos de pie, sentados otros. Las construcciones estaban rodeadas de árboles altos y frondosos.

Mapiyal avistó a una mujer entrada en años con papada y un pequeño vientre protuberante que parecía tener su misma edad. Tras conversar durante un rato con los demás, aquella mujer se puso a cocinar en una parrilla al aire libre. A Mapiyal le pareció la persona idónea para establecer un primer contacto y aguardó la oportunidad de acercarse a ella. Esperaba que la mujer se quedara a solas más tarde, por la noche quizás. Sin embargo, la comunidad parecía tener una vida nocturna bastante activa. Bien entrada la madrugada todavía seguían reunidos, hablando sin cesar de esto y de lo otro. Mapiyal se dejó vencer por el sueño y cabeceó de forma intermitente a lo largo de la noche. Justo antes del alba, la mujer salió a la puerta de su casa y se sentó en el escalón de la entrada mientras bebía una taza de té. Mapiyal se levantó y se encaminó hacia ella, sacudiendo por el camino el atuendo que envolvía su cuerpo, hecho de retales de piel animal. Mientras se acercaba, la mujer alzó la vista.

—Es hoy —saludó, sin acordarse del saludo habitual en ese mundo.

—Buenas —acertó a contestar la mujer, que miraba a Mapiyal con los ojos como platos, totalmente desconcertada—. ¿De dónde vienes? —preguntó.

—Pertenezco a la tribu Karoon. He venido caminando hasta aquí para pedir vuestra ayuda. Han pasado muchos años desde que abandoné la ciudad. Necesito algo de ropa y también consultar un mapa para hacerme una idea de dónde estoy.

La mujer tenía un talante amable. Asintió en silencio y luego dijo:

—Te puedes poner algo mío. Creo que somos de la misma talla y, además, toda mi ropa lleva elástico en la cintura. Con lo del mapa no voy a poder ayudarte porque no tengo ninguno; de hecho, creo que no he visto un mapa en toda mi vida. Pero no te preocupes: estoy segura de que encontraremos lo que necesitas. Pasa dentro. Te haré una taza de té. —La mujer se levantó y entró en la casa—. No tenía ni idea de que todavía quedara gente en el desierto —continuó—. Nos dijeron que se habían ido todos. Me tienes que contar quiénes sois, cómo vivís.

Tras preparar y servir el té, la mujer entró en otra habitación y regresó con dos vestidos. Uno era liso, de color azul, y el otro tenía motivos estampados. Dejando a un lado este detalle, ambos vestidos eran idénticos: de manga corta, abotonados por delante y con cinturilla de goma elástica, prendas de confección casera cortadas por el mismo patrón.

—Ten, pruébate estos dos. Espero que alguno te sirva. Por cierto, mi nombre es Sally. ¿Y tú cómo te llamas?

—Me llamo Bea —contestó Mapiyal, aunque no supo explicarse por qué. Había dejado de ser Beatrice décadas atrás. Sin embargo, una vez lo había dicho, no le quedaba más remedio que aceptarlo. Si estuviera junto a su familia, aquel repentino cambio de intereses sería, desde luego, una buena excusa para elegir un nuevo nombre, pero lo cierto es que no estaba con su familia. En todo caso, Bea no estaba mal. Su sonido le

recordaba al de *bee*, «abeja» en inglés, la diminuta criatura que se afanaba en llevar el polen de un lado a otro, contribuyendo así a la reproducción de las flores. Además, las abejas sabían aunar sus esfuerzos y trabajar en equipo para levantar y mantener la colmena. Todo esto lo hacían con amor y entrega, pero siempre tenían el aguijón a punto por si surgía la necesidad de utilizarlo. Bea creía y deseaba haber aprendido a no utilizar jamás ningún aguijón.

La conversación se prolongó a lo largo de las horas siguientes. Bea había abandonado el mundo civilizado en 1956 y volvía al cabo de treinta y cuatro años. Corría el año 1990, y todo había cambiado. Sally le habló de la televisión, de los teléfonos inalámbricos, los ordenadores, los satélites y las naves espaciales. Ella no poseía ninguna clase de objetos de lujo, pero lo sabía todo acerca de ellos y tenía amigos que sí los poseían. Sin embargo, no supo explicarle a Bea qué era aquel extraño objeto que surcaba el cielo.

—Lo que sí sé es que tanto los americanos como los rusos llevan tiempo haciendo experimentos allá arriba.

A cambio, Bea le habló a Sally de su experiencia con la tribu de los Auténticos. La mañana se les pasó volando y, cuando se dieron cuenta, era ya mediodía. Para entonces, toda la comunidad se había enterado de que Sally tenía como invitada a una habitante del desierto. Uno a uno, los vecinos fueron acercándose a la cocina. Se asomaban a la puerta, se presentaban y luego intercambiaban algunas preguntas con Bea. Durante el almuerzo, la recién llegada se percató de que había olvidado por completo la existencia de las judías en lata y el pan de molde. Manifestó su gratitud por la hospitalidad con que había sido recibida, pero se mostró frugal a la hora de comer, pues no estaba segura de que su estómago pudiera aceptar de nuevo aquel tipo de comida. Por la noche, el grupo se reunió bajo la arboleda. Bea se sentó junto a ellos y escuchó el parecer de cada uno acerca de la situación de los aborígenes en Australia. El noventa por ciento de la población nativa carecía de empleo, y el sistema de subsidios estatales se había revelado ineficaz para dar respuesta a sus necesidades. Si bien era cierto que los jóvenes recibían una buena educación, no lo era menos que carecían de estímulo para cursar estudios superiores, pues el acceso a los mejores puestos de trabajo les estaba vetado. Había unos cuantos aborígenes en el Gobierno, y algunos trabajaban en los periódicos y otros medios de comunicación, pero por lo general sólo habían sido elegidos para salvar las apariencias y eran, en su mayoría, mestizos. Uno de los allí reunidos creía que el tono de piel seguía siendo un factor de desventaja para los aborígenes. Otro de los principales motivos de preocupación en la comunidad era el estado de salud de la población nativa; la diabetes y el alcoholismo se habían convertido en un flagelo de tal consideración que muy pocos llegaban a la edad de ochenta años.

Pero la carga que más pesaba sobre los hombros de la comunidad era la cuestión de

los derechos de propiedad de la tierra. No había nadie en el Gobierno dispuesto a entender o defender la necesidad de proteger los lugares sagrados. Se habían creado reservas para uso exclusivo de los aborígenes, pero las compañías mineras habían logrado permiso para destruir la tierra incluso en aquellos últimos reductos. Cada paraje bello del continente había sido declarado parque nacional, pero ni siquiera esas porciones de territorio se encontraban a salvo de la industria y la explotación minera.

Según decían, el pueblo aborígen había perdido su orgullo. No les quedaba de qué sentirse orgullosos. Habían perdido su legado cultural.

Más tarde, Sally preparó una cama para Bea en el sofá, pero ésta no lograba conciliar el sueño porque ya no estaba acostumbrada a dormir sobre blando. Al cabo, decidió salir a la calle, donde había otros durmiendo, y se acomodó en un rincón, sobre la hierba mullida. Sin embargo, tomó la precaución de colocar una sábana entre su cuerpo y el suelo, pues le habían advertido de la existencia de minúsculos insectos que se introducían bajo la piel.

Mientras contemplaba el cielo estrellado, se preguntó cómo era posible que dos formas de vida tan distintas, aunque no demasiado lejanas desde el punto de vista geográfico, pudieran existir en la misma galaxia.

«No sé si encontraré una respuesta a la presencia de aquel objeto en el cielo, pero a lo mejor era tan sólo la forma que utilizó la Sagrada Unidad para hacerme venir hasta aquí. Ahora me doy cuenta de que he sido llamada a este lugar no para obtener información y llevarla de vuelta, sino para brindarla. Debo buscar la manera de recordar a nuestro pueblo su herencia cultural, de restaurar su orgullo y dignidad. Quizás haya llegado el momento de que asumamos las riendas de nuestro futuro y tratemos de hacer cambiar a los mutantes en lugar de acatar sus órdenes y ceder a sus exigencias. ¡Tal vez vaya siendo hora de empezar a repartir néctar de abeja!»

Bea se despertó con el gorjeo de los pájaros y la risa de los niños. Sally había hablado con uno de los vecinos y le había pedido que llevara a Bea en coche hasta el pueblo. Allí había una librería y también una oficina municipal donde seguramente encontraría un mapa. Tras compartir con ella un desayuno de té y bizcocho, Sally abrazó a Bea y, con ojos húmedos, le dijo:

—Espero que vuelvas, aunque algo me dice que no será así. Te deseo éxito y quiero ayudarte en tu misión. Esto es para ti —anunció, mientras extendía un fajo de billetes cuidadosamente enrollados que guardaba en el puño cerrado.

Había un coche parado en las cercanías de la casa, y el conductor, un joven aborígen de complexión delgada que lucía pantalón vaquero y camiseta, esperaba junto al vehículo. Tan pronto como Bea empezó a caminar hacia el coche, el muchacho se sentó al volante y pareció impaciente por arrancar. Bea no era su única pasajera: tanto la mujer

que viajaba en el asiento delantero como el hombre del asiento posterior eran personas que ya había conocido durante su breve estancia en la comunidad. Bea subió a la parte de atrás. El hombre que viajaba a su lado tenía cita con el médico, y la mujer iba a visitar a unos amigos. Conversaron durante todo el trayecto. Bea iba perdiendo poco a poco la sensación de ser una forastera.

En la oficina municipal, un hombre voluntarioso que se apoyaba en un bastón sacó varios mapas y los extendió sobre una mesa. Luego le informó de lo que podía encontrar en cada dirección. Le habló de la existencia de centros de acogida y oficinas de atención a los aborígenes. Cuando ella le preguntó sobre los objetos avistados en el cielo dos semanas antes le dijo que no sabía nada del asunto.

Bea descubrió que la gran mayoría de las pequeñas poblaciones contaba con una oficina de atención a los aborígenes financiada por el Gobierno. Por lo general, se trataba de un despacho de dimensiones reducidas y era raro encontrar sus puertas abiertas, aunque siempre había alguien en las cercanías para decirle dónde encontrar al director local. Por lo que pudo averiguar, el puesto de director era un cargo de prestigio pero mal remunerado. Pese a todo, lo cierto es que la creación de aquellas entidades de apoyo a la población nativa parecía fruto de las mejores intenciones por parte del Gobierno. La supremacía blanca había hundido a su pueblo doscientos años atrás pero, ¿qué les impedía levantar cabeza? Bea ya no veía las demostraciones de odio racial frecuentes en otros tiempos. En todo caso, lo que sí había observado era una actitud de indiferencia de la población blanca hacia la población negra. En los comercios, los dependientes se dirigían a ella con el mismo respeto que cuando se dirigían a un cliente de piel blanca. No tuvo problemas en ningún pueblo, villa o ciudad para encontrar un sitio donde dormir y asearse, ni para llenar el estómago por una módica cantidad de dinero.

Tras un peregrinaje de treinta días, Bea llegó a la costa occidental de Australia. Se había sentado en un banco, junto a la puerta cerrada de la oficina de atención a los aborígenes, cuando una mujer salió y le indicó que pasara.

—Siéntese aquí —dijo la joven, mirándola por encima de las gafas—. Tendremos que rellenar una serie de formularios. ¿Cómo se llama?

—Bea.

—¿Apellido?

Bea no supo qué contestar. Lo cierto es que no tenía apellido. No le habían asignado ninguno en el orfanato y la señora Crowley nunca se lo pidió, como tampoco lo hizo Mildred, la dueña del colmado. Pero habían pasado más de tres décadas desde entonces. Al parecer, había llegado el momento de elegir un segundo nombre.

—¿Cuál es su apellido? —repitió la mujer en un tono ligeramente más elevado, pensando que quizá Bea padeciera algún trastorno auditivo.

Algo que, en el desierto, habría meditado a fondo y con tranquilidad, requería allí una

decisión inmediata, acorde con el ritmo de vida del mundo moderno. Rápidamente, Bea hizo balance de sus sentimientos, considerando su lugar en el mundo y cómo podía reflejarlo en su apellido. De pronto, recordó una frase: «Nuestro pueblo es como un lago cuyas aguas crecen o menguan.»

—Lake[1] —contestó Bea—. Me llamo Bea Lake.

—¿Cuál es su número de identificación fiscal?

Bea tragó saliva.

—No tengo.

—¡Vaya por Dios, otro más! De acuerdo, rellenaremos los formularios para eso también. Nadie puede trabajar sin pagar impuestos.

—¿Trabajar? —repitió Bea.

—Sí. Hoy es su día de suerte, querida —añadió la mujer mientras se quitaba un pendiente y se frotaba el lóbulo dolorido sin parar de escribir—. Hay una familia muy agradable que concede entrevistas hoy para contratar a una niñera. Ofrecen habitación, comida y un sueldo a cambio de cuidar a un niño. ¿Cuál es su dirección?

—Bueno, la verdad es que no tengo domicilio fijo.

—Pondremos la dirección del centro de acogida. Puede quedarse allí unos días; así me resultará más fácil entrar en contacto con usted. Veamos entonces, sabe cuidar niños, ¿verdad?

—Bueno, a mí me encantan los niños, pero...

—¡Ay, que se nos echa el tiempo encima! —interrumpió la mujer de cabellos rubios, mirando su reloj de pulsera—. Yo tengo que cerrar para almorzar y usted tiene que salir pitando hacia la parada del autobús. Aquí tiene las señas de la casa de los Carpenter. Suba al autobús número cuarenta y cuatro, y luego el número dieciséis. La casa queda a tan sólo seis manzanas de la parada. Aquí tiene mi número de teléfono. Llámeme después de la entrevista. También le doy la dirección y el número de teléfono del centro de acogida. Si no quiere quedarse allí, asegúrese de decirles dónde va a estar, para que yo pueda localizarla si la señora Carpenter decide contratarla. Sinceramente, creo que es usted la mejor candidata que ha aparecido hasta el momento pero, claro, no soy yo quien tiene que tomar la decisión, ¿verdad?

Dicho esto, la joven se levantó, estiró hacia abajo su minifalda para alisar los pliegues que se habían formado sobre las caderas y cruzó la estancia, avanzando sobre zapatos con tacón de aguja. Entonces abrió la puerta y la sostuvo para que su nueva cliente saliera.

Todo había ocurrido tan deprisa que Bea no sabía muy bien cómo reaccionar. Mientras miraba a su alrededor, tratando de ordenar sus pensamientos, oyó el clic de la llave que giraba en la puerta a su espalda. Dio media vuelta, pero lo único que encontraron sus ojos fue un letrero reversible de plástico blanco que anunciaba el cierre

del establecimiento.

Sólo entonces se percató de que había dos rótulos sobre la pared por encima del banco en que se había sentado. El primero rezaba OFICINA DE ATENCIÓN A LOS ABORÍGENES y debajo de éste había otro con la inscripción AGENCIA DE COLOCACIÓN LABORAL BAKER. Bea se rió para sus adentros mientras movía la cabeza con gesto de incredulidad y pensaba: «Es increíble cómo funciona el universo.» La oficina de atención a los aborígenes aún no había abierto sus puertas. Cuanto más lo pensaba, más le apetecía presentarse al puesto de niñera. Pensó que sería una buena forma de conocer mejor el mundo moderno y, además, se trataba de un trabajo que podía dejar en cualquier momento. Caminó hasta la esquina más cercana y allí encontró una señal por medio de la cual se informaba que el autobús número cuarenta y cuatro se detenía en aquel punto y no tardaría en pasar. No tuvo dificultad alguna para encontrar la residencia de los Carpenter, gracias a la nota que le había dado la chica de la agencia.

La vivienda estaba situada en un barrio de clase alta y parecía de reciente construcción. Llamó al timbre una vez y aguardó. Poco después, distinguió a través del cristal esmerilado una silueta borrosa que avanzaba hacia la puerta. El pomo de la puerta giró y Bea se encontró ante una mujer asiática.

—Buenas tardes —saludó Bea dirigiéndose a la diminuta mujer de rostro sonriente—. Vengo de parte de la agencia de colocación.

—Ah, sí. Pase, por favor. Se lo diré a la señora Carpenter. Puede pasar al salón y esperar —indicó, señalando una magnífica estancia con grandes ventanales que daban a un jardín. Se trataba de un salón muy diáfano, con paredes blancas y suelo de mármol de color marfil. Una serie de alfombras blancas habían sido estratégicamente dispuestas entre el mobiliario tapizado en tonos pastel. Aquí y allá, los candelabros y los marcos de las fotografías añadían al conjunto unas pinceladas de dorado. El sol entraba a raudales por los inmaculados cristales de las ventanas y se reflejaba en un gran cuenco de cristal colocado sobre el centro de la mesa, en cuyo interior había una rosa flotando sobre el agua teñida de azul.

Bea rodeó el gran piano situado en una esquina y contempló las fotografías que sobre él se alineaban en perfecta formación, como si se tratara de un disciplinado pelotón de soldados. De pronto, algo la obligó a pestañear con fuerza y mirar de nuevo. Un niño de pelo rizado, idéntico al que había visto en su sueño, le devolvía la mirada desde una de aquellas fotografías. La única diferencia era que, en su sueño, el niño que montaba la tortuga era aborígen, mientras que aquél tenía rasgos caucásicos.

—Buenas tardes —saludó en tono cordial una voz a sus espaldas—. Soy Natalie Carpenter. ¿Cómo se llama?

—Mi nombre es Bea —contestó la interpelada, girando sobre sus talones para contemplar por primera vez el rostro de la mujer que había decorado aquel bonito salón

y dado a luz aquel niño de aspecto adorable—. Me envía la agencia de colocación.

Natalie Carpenter era la elegancia en persona. Aquel día llevaba un conjunto de pantalón de tono rosa pastel y blusa a juego. Una cadena de oro le rodeaba el cuello y dos pendientes de perlas y oro adornaban los lóbulos de sus orejas. Lucía una media melena de tono castaño claro que daba la impresión de estar recién peinada. Lo cierto es que toda ella parecía haber salido directamente de una pasarela. Era agradable y efusiva, y Bea sintió una inmediata simpatía hacia ella. Aunque el pequeño David estaba durmiendo la siesta, Natalie condujo a Bea hasta su habitación para que pudiera echarle un vistazo. Luego, le enseñó el cuarto de invitados donde dormiría la niñera y le explicó que la mujer japonesa que le había abierto la puerta se llamaba Kuno y desempeñaba las funciones de cocinera y ama de llaves. Cuando se despidieron, Natalie le dijo a Bea que llamaría a la agencia en cuanto tomara una decisión. Bea era demasiado consciente del poder del universo como para dudar de que aquella puerta le había sido abierta por el Espíritu Divino. Pasó la noche en el centro de acogida y, al día siguiente, recibió por teléfono la noticia de que había sido elegida para cuidar a David.

David era un niño de cuatro años inteligente y educado. Bea supo que se llevarían estupendamente cuando, en su primer día juntos, el pequeño insistió en que tomara un helado con él a la hora de la merienda. A David le encantaba leer cuentos en voz alta, y Bea agradecía la oportunidad de refrescar sus conocimientos de lengua escrita. También le gustaba mucho pasear por el parque y correr a sus anchas. Por fin había encontrado una niñera que disfrutaba tanto al aire libre como él. Todos los días a las siete de la tarde, cuando David se iba a la cama, Bea era libre de disponer de su tiempo como mejor le pareciera. Pronto empezó a acudir a reuniones vespertinas de la comunidad aborigen y, poco a poco, se fue involucrando en las cuestiones de política local.

Un día, cuando llevaba dos meses trabajando para los Carpenter, supo que el padre de Natalie iba a ir a cenar a casa de su hija. Kuno había pedido que ella y David salieran a hacer una compra de última hora porque quería preparar el postre favorito del invitado.

Aquella noche, cuando llegó la hora de acostar a David, llamaron a Bea para que acudiera al salón. Un hombre alto y distinguido de pelo cano acababa de entrar procedente del jardín.

—Me gustaría presentarle a mi padre —dijo Natalie dirigiéndose a Bea—. Se llama Andrew Simunsen. Papá, te presento a nuestra niñera, Bea.

—Encantado de conocerla —saludó Andrew—. Mi nieto la quiere a usted mucho. Me alegro de saberlo.

Bea habría reconocido a Andrew en cualquier parte. Lo cierto es que apenas había cambiado. Conservaba la misma complexión delgada y atlética, las mismas orejas ligeramente protuberantes. Las canas no habían hecho más que añadir distinción a su persona.

—Me alegro de volver a verle —contestó Bea—. Ha pasado mucho tiempo.

—Lo siento, me temo que no la recuerdo —confesó el hombre mientras agitaba entre los dedos un vaso de cóctel.

—La casa de huéspedes de la señora Crowley. Me fui después del incendio.

—¡Ah, sí, claro, Beatrice! ¡Pero qué sorpresa! Tienes buen aspecto. Me alegro de que todo te vaya bien. Vaya, vaya, el mundo es un pañuelo.

Bea se despidió de todos los presentes y se llevó a David arriba. Cuando el niño se durmió, salió afuera y se sentó en el jardín. Mientras contemplaba el cielo que se extendía sobre la ciudad, poblado por una cuarta parte de las estrellas que iluminaban las noches del desierto, se preguntó dónde la conduciría aquella nueva puerta que acababa de abrirse. Poco después, Andrew salió al jardín con los Carpenter, sosteniendo cada uno su respectiva copa de vino.

—Y bien, Bea, cuéntame qué has hecho en todo este tiempo —sugirió el viejo conocido de la niñera antes de dar un largo trago a su bebida.

—Bueno, la verdad es que no hay mucho que contar. Usted, en cambio, parece haber tenido una vida de lo más interesante. Me encantaría conocer su historia.

—¡Mi historia, dices! —comentó divertido—. Bueno, la verdad es que no me puedo quejar. Me metí en el negocio de la minería y la suerte me sonrió. Tu pueblo me ayudó mucho al principio, ¿sabes? Un día oí a un tipo hablar de un lugar especial, un lugar con poderes milagrosos, y me dio por averiguar si realmente existía. «De ser cierto —me dije — ¿qué lo hace tan especial? A lo mejor existe un depósito de minerales que enriquece el agua y le da propiedades curativas.» En fin, el caso es que al final logré que me dijera dónde estaba el tal lugar, hice analizar el terreno y solicité enseguida una licencia de exclusividad para la explotación minera. No puedes imaginar la cantidad de yacimientos de hierro, uranio e incluso oro que he encontrado preguntando a los aborígenes por los lugares especiales. Ahora les pagamos los derechos de explotación de las tierras, por supuesto. Empezamos a hacerlo hace ya bastante tiempo. De cuando en cuando, surge algún pequeño enredo legal, pero nada de importancia.

»Tu pueblo ha avanzado mucho a lo largo de estos años. No hay más que mirarte, Bea. Me alegro muchísimo de verte con tan buen aspecto —reiteró. Su anillo de diamantes relucía bajo la luz de la luna mientras se llevaba el vaso a los labios y apuraba el último trago.

Aquella noche, tumbada en su cama con la ventana abierta, Bea escuchaba el rumor nocturno de la ciudad y pensaba: «Así que Andrew Simunsen cree que hemos avanzado mucho. A mí me llegan un olor y un sabor muy distintos. No voy a juzgar a nadie, pero necesito saber cuál es nuestra situación y poner mis energías al servicio del bienestar de mi pueblo.»

Judy era una mujer aborigen de treinta y cinco años que Bea había visto en algunas de las reuniones a las que asistía. Parecía tener una buena formación y sabía expresar sus opiniones de forma clara y concisa. Bea pensó que aquella mujer le podría proporcionar información muy útil. Se había convocado para la tarde siguiente una pequeña reunión de nueve personas para hablar sobre el proyecto oficial de construcción de un vertedero en las afueras de la ciudad, justo al lado de un asentamiento aborigen. Bea le pidió permiso a Judy para asistir a dicha reunión. Según había averiguado, era maestra de escuela y se preocupaba mucho por los más jóvenes, en especial por los adolescentes, que bebían de forma descontrolada e inhalaban pegamento para evadirse. Judy le habló de la escalofriante cifra de adultos aborígenes que vivían entre rejas y le explicó que había decidido hacer cuanto estuviera en sus manos para evitar que las nuevas generaciones siguieran por el mismo camino.

—Sé que nuestro pueblo no es malo por naturaleza; apenas se producían crímenes antes de la llegada de los europeos. De hecho, eran ellos los criminales, pues llegaron encadenados. ¿Cómo se explica entonces que el porcentaje de reclusos aborígenes sea muy superior al que se registra entre los descendientes de aquellos forasteros? He hablado con los nuestros, les he planteado la cuestión y me han dicho que roban para conseguir dinero porque no ganan bastante. Algunos de ellos, en un momento determinado de sus vidas, trataron de conseguir un empleo, pero la gran mayoría fracasó en el intento. Gran parte de los crímenes e infracciones que se cometen entre los aborígenes ocurren bajo los efectos del alcohol. Los jóvenes dicen que beben porque no tienen nada mejor que hacer. Es una aventura, les hace sentir bien, resulta divertido. Cuando les pregunto por el futuro, me contestan: «¿Qué futuro?»

—¿A ti cómo te gustaría que fuera el futuro de los aborígenes? —preguntó Bea.

—Me gustaría que tuviéramos nuestros propios recursos financieros. Si nos dedicáramos a la fabricación de muebles, por ejemplo, y sólo compráramos piezas

hechas por manos aborígenes, en poco tiempo podríamos perfeccionarnos y lograr que las personas de todos los colores apreciaran nuestro estilo, tonalidades y acabados. Quién sabe, a lo mejor podríamos llegar incluso a exportar nuestros muebles. Y esto es tan sólo un ejemplo. Tenemos magníficos artistas, pero nadie valora debidamente su trabajo. Necesitamos tener nuestras propias galerías y encargarnos de la promoción de los artistas aborígenes. Necesitamos fábricas de ropa, calzado, cosméticos, floristerías, ultramarinos. No recuerdo haber visto jamás un restaurante de comida aborígen. Piensa en todos los forasteros que llegaron a nuestra tierra, montaron un negocio y ahora viven como reyes. Nosotros ya estábamos aquí. ¿Por qué no podemos hacer lo mismo?

»También he reflexionado mucho acerca de nuestras tradiciones y nuestra cultura, que parece atrapada entre dos mundos. Es cierto que tenemos problemas para adaptarnos al funcionamiento del sistema fiscal. Cuando una persona empieza a ganar dinero, le resulta difícil separar una parte de sus ingresos para un futuro pago de impuestos. Además, muchos de nuestros hombres son alcohólicos y no se les puede confiar la administración de los ingresos familiares. Yo sugiero que montemos agencias profesionales de asesoramiento y gestión contable para llevar las finanzas de las pequeñas empresas y de todos los negocios familiares, en los que la abuela debería desempeñar el cargo de máxima autoridad. Ella sería la encargada de recibir y administrar las nóminas de la familia. ¡Estoy segura de que funcionaría!

»Es posible crear una sociedad aborígen moderna que funcione, una sociedad basada en valores como la integridad, la honestidad y el orgullo. No tenemos por qué poner alfombras en nuestras casas si no lo deseamos, pero podemos manufacturar las mejores alfombras del país y vendérselas a quienes sí las quieren tener en sus hogares. Si construyéramos nuestros propios edificios, podríamos honrar el espíritu de la madera empleada, y quizá lográramos incluso fabricar materiales de construcción resistentes y reparables que pudieran volver a la tierra cuando los edificios dejaran de ser habitados.

»En el año 2000, muchas personas vendrán a Australia para asistir a los Juegos Olímpicos. Si nos organizamos bien hasta entonces, podremos mostrar al mundo una sociedad aborígen próspera y orgullosa de sí misma.

»También me preocupa la situación de los aborígenes que fueron trasladados a otros países, a sociedades en las que jamás llegaron a integrarse. Te hablo de hombres y mujeres que se vieron abocados a una existencia marginal y que viven hoy confinados entre los muros de una cárcel. Algunos de ellos no han tenido oportunidad de adaptarse, de la misma forma que no pudieron elegir su destino: eran tan sólo niños cuando se los arrebataron a su cultura natal. Ni siquiera saben lo que significa ser aborígen. Debemos hacer algo por ellos. No podemos darles la espalda y fingir que no existen. Son nuestros hermanos y hermanas. Debemos encontrarlos y traerlos de vuelta a casa.

—Tienes planes muy ambiciosos —comentó Bea, aprovechando que Judy había

hecho una pausa para respirar.

—Para eso nos ha sido concedido el sentimiento de la ambición. No para medrar individualmente, sino para ponerla al servicio del bien común. ¿Quieres ayudarme? ¿Puedo contar contigo?

—Sí —contestó Bea—. Haré todo lo que esté en mis manos.

Al término de la reunión, la dos mujeres se quedaron hablando durante una hora más. Cuando por fin regresó a la residencia de los Carpenter, la mente de Bea era un hervidero de preguntas y de posibles respuestas.

Lo primero que quería hacer era hablar con Andrew Simunsen. Decidió que lo mejor sería hacerle una visita en su despacho y esperó una oportunidad para salir de casa sin desatender sus obligaciones. La oportunidad llegó al martes siguiente: Natalie y David salían, por lo que Bea tendría la tarde libre.

Se puso el mejor de sus modestos vestidos y cogió un autobús hasta el corazón del barrio financiero. Cuando las puertas mecánicas se abrieron y Bea empezó a bajar los seis peldaños de la escalerilla del autobús, vio ante sus ojos el mundo que Andrew había creado para sí mismo: una enorme mole de cemento flanqueada por relucientes columnas plateadas cuya fachada parecía una interminable sucesión de relucientes cristales. Una gran puerta, también de cristal, permitía acceder al interior del edificio. Un letrero de terciopelo negro con letras de plástico blanco informaba a los visitantes que el despacho de Andrew Simunsen se encontraba en la cuarta planta. Bea entró en el ascensor y subió hasta el piso indicado.

El despacho de Andrew ocupaba la totalidad de la cuarta planta. En la recepción, una especie de vestíbulo semicircular, una joven de pelo corto y rojizo que sujetaba a ambos lados de la cabeza con bonitos pasadores dorados estaba sentada tras un escritorio.

—¿En qué la puedo ayudar? —preguntó.

—Me gustaría hablar con Andrew Simunsen.

—¿Tiene usted una cita?

—No, pero soy amiga suya. Por favor, dígame que Bea ha venido a verlo.

—Lo siento —replicó la recepcionista—, pero tendrá que pedir cita. Si quiere, la apuntaré ahora mismo para otro momento.

—Por favor, dígame tan sólo que estoy aquí.

—Ahora mismo no puedo, porque está reunido. Dígame cuándo le viene bien y le marco cita para otro momento.

—No —replicó Bea, negando con la cabeza—. Esperaré.

Dicho esto, se dirigió a un conjunto de sillones tapizados con motivos florales y se puso cómoda. Estaba decidida a esperar lo que hiciera falta. Una hora más tarde, la puerta del ascensor se abrió y Andrew salió de su interior en compañía de otro hombre.

—Señor Simunsen —le advirtió la recepcionista mientras Andrew se dirigía a una

puerta lateral—. Esta señora ha venido para hablar con usted pero no tiene cita.

Bea se levantó. Andrew la reconoció desde la otra punta de la estancia y se acercó a ella con gesto aprensivo.

—¿Bea? ¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a David, o a Natalie? ¿Va todo bien?

—Sí, sí —se apresuró a contestar Bea—. Todo va perfectamente en casa de los Carpenter, pero necesito discutir algo con usted, algo muy importante.

—Claro, eh... sí, claro, cómo no —balbuceó mientras trataba de poner en orden sus pensamientos—. Cindy, acompaña a Beatrice hasta la sala de reuniones y ofrécele una taza de té. Yo iré para allá dentro de un momento.

La chica indicó a Bea que la siguiera y los dos hombres desaparecieron tras la otra puerta.

La sala de reuniones era una habitación amplia y larga totalmente acristalada por uno de los lados, con vistas a un parque de estacionamiento jalonado por arriates cuadrados en los que crecían pequeños árboles rodeados de asfalto. El mobiliario de la habitación se reducía a una larga mesa flanqueada por sofisticadas sillas de oficina con ruedas, tapizado de piel, asientos acolchados y respaldos altos.

—Tome asiento, por favor. Enseguida le traigo una taza de té —dijo la muchacha mientras salía de la habitación.

Poco después de que llegara la bebida apareció Andrew, que rodeó la mesa y se sentó justo enfrente de Bea. Ella tuvo la impresión de que, de pronto, las dimensiones de aquella habitación que le había parecido tan amplia se reducían a la escasa distancia que los separaba.

—Y bien, dime, ¿a qué viene todo esto?

Bea le habló de su experiencia en el Outback y trató de explicarle qué clase de personas eran los aborígenes. Comentó las desigualdades que había observado en la sociedad australiana y compartió con él los planes de Judy que tenían por objetivo formar y estimular a los aborígenes para que fundaran y gestionaran sus propios negocios, sin olvidar su inquietud por todos los que vivían encarcelados en un país ajeno. En último lugar, apeló a la generosidad de Andrew y le pidió ayuda, tanto en lo tocante al asesoramiento administrativo como a la financiación del proyecto. Le pidió que considerara su colaboración como una forma de retribuir todo lo que habían hecho por él los aborígenes que lo habían conducido hasta sus lugares sagrados y le habían cedido los derechos de explotación de sus tierras, confiados e inocentes, sin tener noción de lo que estaban perdiendo.

Tras escuchar sus palabras, Andrew pareció sentirse aliviado. Lo cierto es que tenía miedo de que Bea sacara a relucir otro asunto de cariz mucho más grave y personal.

—Cuenta conmigo, Bea —dijo—. Haré cuanto pueda para ayudar a tu pueblo.

La conversación se prolongó a lo largo de la siguiente media hora. Bea se marchó tras

haber acordado que Andrew y Judy se reunirían en algún momento de la semana siguiente.

Entre todas sus inquietudes y todos los proyectos que puso en marcha, Bea sentía un especial interés por conseguir la repatriación de los aborígenes recluidos en instituciones penitenciarias extranjeras.

Durante el día seguía siendo la compañera de juegos de David. Los Carpenter le enseñaron a conducir para que pudiera salir a pasear con el niño siempre que quisiera, y ella decidió presentarse a la jefatura de tráfico y someterse a todos los exámenes necesarios para obtener el permiso de conducción. El día en que pasó a ser una conductora en toda regla, sostuvo el carné en sus manos y exclamó «¡Guau!». Sabía que, en aquella sociedad, y más siendo quien era, conseguir un permiso de conducir significaba haber triunfado. A partir de aquel momento, podía considerarse una persona de verdad.

Bea aprovechaba las tardes y los fines de semana para escribir cartas y recopilar información. El mayor obstáculo al que se enfrentaba era que muchos países no disponían de una oficina de registro central de reclusos. Cada institución penitenciaria tenía sus propios ficheros y la gran mayoría ni siquiera contemplaba a los aborígenes como una raza individual. Descubrió que, en Estados Unidos por ejemplo, sólo existían cinco categorías étnicas: negro, hispano, asiático, caucásico o amerindio. Las demás razas se agrupaban en una especie de cajón de sastre bajo el epígrafe «otros». A lo largo de los meses siguientes, Bea envió cartas a cada uno de los cincuenta estados norteamericanos para tratar de averiguar la raza a la que pertenecían cada uno de los hombres y mujeres incluidos en dicha categoría en una lista informática, y decidió escribir personalmente a algunos de ellos.

En junio, recibió un documento desde Estados Unidos en el que se le informaba de la existencia de un recluso aborígen, condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Ya había cumplido treinta años de sentencia. Bea solicitó y obtuvo permiso —así como una serie de instrucciones precisas— para escribir directamente a Jeff Marsh, identificado como el recluso número 804781.

Estimado Jeff:

Empezaré por presentarme: mi nombre es Bea Lake y soy una aborígen australiana de cincuenta y seis años. Estoy trabajando en un proyecto que pretende tender un puente de comunicación con todos nuestros hermanos y hermanas aborígenes que viven confinados en una cárcel más allá de las fronteras australianas. Por lo que sé, usted es aborígen y australiano de nacimiento. Me gustaría saber algo más de su vida, llegar a conocerlo, entablar una amistad. Adjunto un sobre con mi dirección para su respuesta. Me despido con la esperanza de recibir noticias tuyas muy pronto.

Un saludo cordial,
Bea

Estimada Bea:

Gracias por su carta. Casi no recibo correspondencia personal. Alguna vez me llega una nota de agradecimiento de alguien que ha comprado uno de mis dibujos en la exposición anual de la cárcel. Sí, soy aborigen. Nací en Australia y, al igual que usted, tengo cincuenta y seis años. Viví en mi país de origen hasta que me adoptaron, a los siete años. He olvidado muchos detalles, pero recuerdo una infancia vivida en total libertad y sin preocupaciones. Mi infierno empezó cuando me marché.

Me gustaría que nos siguiéramos escribiendo, pero temo no poder costear los sellos. Ahora mismo tengo un poco de dinero ahorrado porque me corresponde el cinco por ciento de los ingresos generados por las ventas de mis dibujos, pero ignoro lo que cuesta enviar una carta tan lejos. Si resulta caro no podré escribir demasiado a menudo.

¿De qué podemos hablar?

Atentamente,
Jeff Marsh

A lo largo de los siguientes dos años, Bea y Jeff siguieron escribiéndose y, a través de aquellas cartas, se contaron la historia de sus vidas. Bea le habló de su cambio de nombre y Jeff le reveló que había hecho lo mismo. Les sorprendió descubrir que sus fechas de aniversario eran tan cercanas. Según los documentos oficiales, habían nacido con un solo día de diferencia. De acuerdo con la misma fuente, el lugar de nacimiento de Bea había sido la ciudad en la que se encontraba el orfanato, mientras que Geoff constaba como natural de Sydney.

Bea se involucró a fondo en la organización de un comité para la defensa de los intereses aborígenes en el ámbito internacional. Tras numerosos esfuerzos, obtuvo una audiencia gubernamental en la que propuso la creación de un programa de intercambio de reclusos. Según expuso, la iniciativa debía integrarse en un programa de gestión progresiva de los recursos propios de la población aborigen de Australia. Los aborígenes se mostraban seguros de que, si ejercieran ellos las funciones de juzgar, castigar y rehabilitar a los suyos, podrían concienciar a los jóvenes y evitarían que cometieran crímenes.

Ocho meses más tarde, Bea recibió la respuesta a su proposición: el Gobierno estaba dispuesto a considerar la posibilidad de aceptar el regreso del recluso aborigen con ciudadanía norteamericana, pero aún quedaban muchas cuestiones y detalles por concretar: ¿contaba el intercambio con la aprobación incondicional del recluso? ¿En qué

consistía exactamente el sistema de rehabilitación que pretendían poner en marcha los aborígenes? ¿Cómo pensaban proteger a la sociedad de la eventual reincidencia de un hombre juzgado y condenado por haber cometido graves crímenes?

Bea acudió a su viejo amigo Andrew en busca de consejo, pues para entonces él se había convertido en un fiel aliado de la causa aborígen. Le habló de la audiencia con el Gobierno y le preguntó qué haría en su lugar.

—Bueno, creo que deberías conocer en persona a ese tal Jeff, y preguntarle si realmente le apetece volver a Australia. Tienes que ir allí, mirarlo a los ojos y averiguar qué clase de persona es. Ya sé que eres muy optimista, pero cabe la posibilidad de que sea un caso perdido. Debes ir a verlo cuanto antes; estaré encantado de costear el billete de avión y los gastos de alojamiento.

Bea se dirigió al mostrador encabezado por un rótulo amarillo de la agencia Budget de alquiler de vehículos. Una joven dependienta uniformada le entregó una serie de documentos, una única llave cuya etiqueta indicaba que el coche se encontraba en la plaza número treinta y tres y un mapa local en el que señaló, con un rotulador de color naranja, el trazado de la autopista y la ubicación de una población cercana. Bea siguió las flechas que indicaban cómo llegar al aparcamiento y, una vez allí, buscó la plaza número treinta y tres. Era un Ford blanco, tan nuevo que el cuentakilómetros sólo marcaba el número setenta y siete. Se sentó al volante y se sintió incómoda en el lado izquierdo del vehículo, así que pasó los siguientes minutos tanteando torpemente los mandos, moviendo palancas y pulsando botones hasta que se acostumbró al funcionamiento de los elevalunas eléctricos y el limpiaparabrisas. Echó el asiento hacia delante para llegar mejor a los pedales y, por último, encendió las luces, pues el coche se encontraba en un subterráneo. Tuvo que subir tres niveles hasta alcanzar la taquilla de salida, donde un hombre la hizo pasar con ademán cansino mientras daba cuenta de un oloroso bocadillo de atún. Afuera, el sol brillaba con intensidad, y Bea entrecerró los ojos por unos instantes para que se adaptaran a la súbita claridad.

El paisaje rural que rodeaba el camino hacia la cárcel era muy similar a los que Bea había visto tantas veces en las carreteras de su propio país. Ambos climas eran cálidos a lo largo de todo año, por lo que abundaban los porches en las fachadas, las ventanas abiertas de par en par y los senderos de tierra batida para acceder a las casas. Ocasionalmente, se distinguía en algún solar la carcasa de un viejo coche abandonado e invadido por la maleza. Bea intentó escuchar la radio, pero no encontró ninguna cadena de su agrado. Tras haber recorrido unos sesenta kilómetros, divisó un letrero de madera con la pintura cuarteada y desleída en el que aún se podía distinguir el contorno difuso de una flecha apuntando hacia la carretera de acceso al centro penitenciario de máxima seguridad.

Bea avanzó por una carretera pavimentada, rodeó una plazoleta en cuyo centro se elevaba una torre de vigía y se dirigió al área señalada como «acceso de visitantes». Aparcó el coche y se encaminó hacia el grupo de personas congregadas en la acera opuesta a la entrada de la cárcel, en torno a otra torre acristalada en cuya cima se distinguía la silueta de un guardia uniformado. Justo cuando Bea se disponía a pedir información a una mujer, el altavoz anunció: «Los tres siguientes; que pasen los tres siguientes.» Las tres mujeres que se encontraban más cerca de la puerta de la cárcel se separaron del grupo y cruzaron la calle asfaltada. Bea ocupó el lugar que le correspondía en la cola y esperó su turno. No vio a ningún hombre entre el grupo de visitantes que aguardaban, sino tan sólo mujeres y unos cuantos niños, la mayoría de raza negra. El altavoz siguió repitiendo la misma orden con intervalos de unos veinte minutos de duración, y la sumisa multitud fue avanzando en grupos de tres, al compás de aquella intermitente salmodia, hasta que le llegó el turno a Bea. Una puerta electrónica se elevaba en el centro de una impresionante valla metálica de cinco metros de altura coronada a lo largo de todo su perímetro con alambre de púas. Al cruzar el umbral, el visitante se encontraba ante una réplica de la primera valla. El corredor que se abría entre ambas estaba completamente tapizado, a izquierda y derecha, con una espiral de alambre de púas, afiladas como cuchillas, que brillaban sobre el suelo de cemento. Éste, a su vez, estaba surcado por canalillos de agua de unos tres centímetros de ancho que aumentaban la conductividad eléctrica de las alambradas. El edificio que se elevaba tras la segunda valla era de un tono verde pálido.

Un vez dentro, Bea tuvo que enseñar su pasaporte al guardia de turno. Luego firmó en el registro de visitas y entregó el documento de autorización que había recibido por correo.

Al sacarlo del bolso, se fijó por primera vez en el sello estampado en una de las esquinas del documento con la inscripción «Sentenciado a muerte».

El guardia estudió detenidamente la fotografía del pasaporte y luego escrutó el rostro de Bea antes de aceptar el documento que ésta le extendía.

—¿Por qué lleva el sello de «Sentenciado a muerte»? —preguntó al guardia que la atendía desde el otro lado del mostrador.

—Porque ésa es la pena a la que fue condenado, señora. Puede que siga vivo por algún capricho del destino, pero no era eso lo que estaba previsto.

Sin alterar su gesto grave, el guardia le indicó que debía dejar el bolso sobre el mostrador, quitarse el cinturón, descalzarse y enseñarle las plantas de los pies. A continuación, Bea tuvo que vaciarse los bolsillos y despojarse de cualquier objeto metálico. Luego, un guardia de expresión austera y muy obeso cacheó su cuerpo, recorriéndolo con las palmas de las manos extendidas. Lo cierto es que a duras penas podía inclinarse, por lo que no realizó una inspección demasiado exhaustiva. Después, le

ordenaron que guardara todas sus pertenencias en un armario y que pasara a la siguiente estancia portando la correspondiente llave y los zapatos en la mano.

Tras cruzar la puerta, Bea enfiló un largo pasillo a mitad del cual se alzaba un detector de metales. Tras franquearlo, le indicaron que podía volver a ponerse los zapatos. Aquel pasillo conducía a una puerta tras la cual se abría otro corredor de intrincado recorrido, que Bea salvó siguiendo los pasos de un guardia. Finalmente, la hicieron pasar a una estancia que se encontraba dividida en dos por una mampara, hecha de plexiglás en la parte superior y de metal en la parte inferior, con pequeñas repisas dispuestas longitudinalmente y sillas encaradas a ambos lados. Sobre las repisas descansaban aparatos de teléfono que, según dedujo Bea, constituían la única forma de comunicación verbal permitida entre los reclusos y sus visitas.

—Cuatro —masculló el guardia, y Bea se dirigió a la cuarta silla.

Minutos más tarde, una puerta se abrió en el lado opuesto de la habitación y por ella entró Geoff Marshall. Traía las manos y los pies encadenados.

El gris era el color predominante en la estancia, desde el suelo de hormigón y las paredes de piedra y ladrillo hasta el techo, cubierto por una pátina de suciedad, con la pintura descascarillada alrededor de los cables que sostenían las bombillas.

Habían pasado treinta años desde la última vez que Geoff había contemplado aquella habitación, treinta años desde la última vez que alguien se había dignado visitar al recluso 804781.

Cuando la puerta se abrió, Bea ya había tomado asiento. Lo primero que sintió Geoff al verla fue la punzada de la decepción. Le habría gustado contemplarla de pie. Llevaba tanto tiempo sin ver a una mujer que deseaba recorrer visualmente un cuerpo femenino de la cabeza a los pies, deteniéndose en cada detalle anatómico.

Sin embargo, la mujer que tenía ante sí no se correspondía mucho con el ideal de Geoff: parecía entrada en años y en carnes, y lo cierto es que ni su rostro ancho y regordete ni la nariz chata o los ojos negros se distinguían mucho de las facciones que él veía cada vez que se miraba al espejo. Sin embargo, aquella mujer había viajado desde Australia para conocerlo y era de su propia raza, así que tenía que hacerle buen papel. «¿Qué esperabas encontrar? —se dijo—. ¿Una chica de esas que salen en los calendarios, con interminables piernas y un cuerpo de película?» Pues sí, había soñado exactamente eso.

Llevaba muchos años esperando una visita. Cuando le informaron de que Bea había solicitado permiso para verlo, no pudo evitar que la imaginación se le desbocara; durante dos meses, había anhelado que llegara el momento y lo había diseñado a la medida de sus deseos. De forma inconsciente incluso había olvidado que, en una de sus cartas, Bea decía tener su misma edad. Era infinitamente más agradable imaginar a una visitante joven y bella.

En cuanto lo vio, Bea sonrió y se puso en pie.

—¡Hola! —saludó.

No tenía precisamente un tipo de película.

El guardia retiró las esposas que ceñían las muñecas de Geoff y el recluso avanzó arrastrando los grilletes hasta la silla número cuatro.

—No eres como yo esperaba —dijo, descolgando el receptor.

—¿Por qué? ¿Qué estabas esperando? —preguntó ella.

—No lo sé. Tanto da. Te había imaginado de una forma distinta, eso es todo.

Bea sonrió de nuevo y preguntó:

—¿Sabes por qué he venido hasta aquí?

—Claro —contestó Geoff—. ¡Porque a alguien se le ha metido en la cabeza que puede sacarme de este agujero antes de que me muera de viejo en mi celda!

—Se están llevando a cabo negociaciones muy serias, bajo los auspicios de Naciones Unidas, para repatriar a sus países de origen a las personas que cumplen penas de cárcel en tierras ajenas. Además, casos como el tuyo merecen una atención especial, puesto que fuiste dado en adopción a ciudadanos extranjeros sin tener oportunidad de elegir. Muchos creen que el destino de los que están en tu misma situación podía haber sido muy distinto si hubieran sido criados entre su propia gente. El funcionamiento del sistema de rehabilitación aún está por determinar, pero puedo asegurarte que se centrará en la readaptación social, no en el encarcelamiento. Estamos tratando de conseguir que, a tu regreso, quedes bajo la tutela de los líderes tribales. Tu caso sería el primero de estas características, por lo que no podemos permitirnos el lujo de que nos falles. Debes entender que sacarte de aquí no equivale a devolverte la libertad. Tu situación nos ha obligado a replantear las relaciones entre las distintas tribus y a tratar de enmendar las fisuras existentes en lo que queda de aquellas naciones. De cierta forma, nos está obligando a unirnos, y eso es muy positivo. Donde antes existían cientos de tribus, estamos ahora tratando de alzarlos como un solo pueblo unido. Tu custodia sería puesta en manos de un grupo de unos ocho o diez hombres. Así como las mujeres nos ocupamos de nuestros asuntos, así los hombres se ocupan de los suyos. Seguramente te pedirían que les contaras la historia de tu vida, incluyendo el día y los detalles del crimen. Además, querrían saber cómo ha sido tu vida en la cárcel.

»Ignoro qué pasará después. En otros tiempos, cuando un hombre era hallado culpable de haber obrado mal, podía ser condenado al ostracismo o incluso castigado físicamente con una lanzada en la pierna. Cada tribu elegía sus propias formas de punición, como naciones independientes que eran. Hoy en día, por supuesto, todo eso ha cambiado. Tenemos la esperanza de que, si nos conceden el derecho a impartir nuestra propia justicia, no será necesaria la existencia de un cuerpo policial. Si no fuera ése el caso, trataríamos de construir un sistema jurídico justo, capaz de escuchar abiertamente cada

uno de los casos presentados. Lucharíamos por crear un Gobierno y una fuerza policial constituidos por personas honestas, no susceptibles de caer en la egolatría del poder ni de ceder a la corrupción. Antes de seguir, Geoff, necesito saber si estás dispuesto a ser intercambiado por un ciudadano estadounidense retenido por el sistema penal australiano.

—Ahora mismo no puedo contestar a esa pregunta, Bea —dijo Geoff, mirándola fijamente por encima del teléfono negro que se interponía entre ambos—. Dejar de vivir entre estos muros sería para mí un sueño hecho realidad pero, en buena justicia, no puedo afirmar que lo haría sin saber qué trato me espera al otro lado. Aquí dentro carezco totalmente de libertad. Me dicen lo que debo vestir, cuándo debo comer, ducharme, hacer ejercicio o incluso hablar. Todo lo que hago está sometido al control de otros. No tengo poder alguno de decisión. Sin embargo, ha pasado tanto tiempo desde la última vez que me sentí responsable de mis propios actos, que la idea de sobrevivir con los limitados conocimientos y medios que poseo me resulta aterradora. A lo mejor esos líderes tribales de los que hablas deciden imponerme algún castigo terrible. Apenas sé nada sobre la cultura aborígen. He intentado leer sobre el tema pero, a decir verdad, no me siento identificado con mucho de lo que se decía en los libros que cayeron en mis manos. ¿Me puedes ayudar? ¿Cuál sería mi punto de partida?

Bea escuchó atentamente las palabras del hombre que le hablaba desde el otro lado de la mampara de cristal. Entendía lo que había dicho y esperaba haber entendido también cómo se sentía.

—Te ayudaré, Geoff. Voy a poner sobre papel la filosofía de la tribu de los Auténticos, tal como me fue enseñada. Creo que, después de leerla, llegarás a la conclusión de que tu vida no ha sido del todo ajena a los valores que ellos consideran fundamentales.

»Nuestra relación con lo sagrado, con la Divina Unidad, siempre ha estado presente en todos nuestros actos cotidianos. Vivimos en estrecha comunión con toda la naturaleza y toda la humanidad. Nuestra cultura se refiere a la vida antes del nacimiento y la vida después de la muerte como un estado de Eternidad. Pues bien, la Eternidad encierra un mensaje. De la misma forma que los cristianos viven de acuerdo con una serie de leyes del tipo “No harás esto o no harás lo otro” que rigen su conducta, nosotros también tenemos una especie de guía espiritual. Claro que, en nuestro caso —añadió en tono risueño— no se trata tanto de decir “No harás esto o lo otro”, sino más bien “Debes hacer esto o aquello”. Según me explicaron en el desierto, lo que se espera de las almas en su experiencia como seres humanos es válido para todas las personas, en cualquier lugar y en cualquier momento de la historia. Incluso aquí y ahora, por increíble que parezca. Esos valores seguirán siendo aplicables tanto si decides regresar a Australia como si no.

»Lamento que tengamos tan poco tiempo para hablar de todo esto, pero me alegro mucho de haber venido a verte. Siento que somos más que meros conocidos, que somos

amigos de verdad, unidos por un fuerte sentimiento. Espero que sientas lo mismo.

Geoff movió la cabeza de pelo canoso en señal de asentimiento.

—En una de tus cartas decías que también eres huérfana —dijo con una expresión entre la duda y la curiosidad—. A lo mejor somos parientes.

Bea contestó con una sonrisa. También ella lo había pensado.

—Las gentes de mi tribu dirían que eso carece de importancia. Debemos tratar a todas las personas que conocemos con el mismo respeto y consideración. Si más tarde descubrimos que un amigo es, además, familiar cercano, recibiremos esa dicha como una recompensa a la amistad que hemos sabido forjar.

—Mmmmmm... —murmuró Geoff mientras cavilaba sobre la respuesta de Bea—. Supongo que tengo mucho que aprender.

En ese momento, sonó un altavoz.

—Se acabó el tiempo, número cuatro.

Mientras se levantaba y se disponía a abandonar la sala, Bea dijo:

—Te apoyo en tu viaje y espero volver a tener noticias tuyas.

—Vale, lo mismo digo —contestó Geoff, mientras se levantaba él también, inclinándose hacia delante los hombros encorvados. Caminó arrastrando los pies hasta la puerta de salida, donde un guardia volvió a colocarle las esposas alrededor de las muñecas.

Bea se alejó con tristeza.

Aquel día se saldó con la unión de dos personas, un círculo que se cerraba y otro que quizás estuviera a punto de abrirse: dos espirales espirituales que se iban ensanchando en un movimiento ascendente.

Bea presentía que la influencia de aquel hombre sería el primer paso hacia la recuperación de la dignidad y el respeto para todos los aborígenes. Albergaba la esperanza de verlo caminar un día con la cabeza bien alta, orgulloso de ser quien era, habiendo comprendido y asumido su verdadera identidad.

Con este pensamiento, Bea regresó al hotel en el que se hospedaba y se sentó a escribir ante el pequeño escritorio que había junto a la ventana. A la mañana siguiente, ya en el aeropuerto, antes de subir al avión que la llevaría de vuelta a Australia, echó al buzón la carta que había escrito la noche anterior.

Dos días más tarde, el vigilante encargado de distribuir el correo a los reclusos entregó a Geoff un sobre abultado. En su interior, encontró una carta y un documento de varias páginas unidas por una grapa.

Querido Jeff:

Al igual que tú, crecí y me hice adulta sin haber tenido ningún contacto con mi cultura natal. Por fortuna, tuve oportunidad de conocer a los Auténticos, una tribu del desierto. Conviviendo con ellos, aprendí los valores más importantes de la vida. Sus creencias son ancestrales, pero siguen siendo perfectamente válidas en el presente.

Válidas para ti y para mí, válidas para todos.

No puedo asegurar cuál será tu destino si decides regresar a la tierra que te vio nacer. Sólo puedo ofrecerte lo mismo que nuestro pueblo me ofreció a mí: llegar a entender el vínculo que nos une con la Sagrada Unidad y con nosotros mismos en cuanto espíritus eternos.

He tratado de plasmar en estas páginas todo lo que me enseñaron, y he decidido titularlo «El mensaje de la Eternidad».

Regresar o no a Australia después de tantos años es algo que sólo tú puedes decidir. Hagas lo que hagas, honraré y respetaré tu decisión.

Quiero que sepas, Jeff, que te queremos y te apoyamos en tu viaje, yo, la tribu de los Auténticos y todo el universo.

Un saludo afectuoso,
Bea (Bee)

EL MENSAJE DE LA ETERNIDAD

Transcrito por Bee Lake

Este mensaje va dirigido a todas las almas, estén donde estén, y su contenido es válido para todas ellas. Lo ha sido siempre, desde los albores de la humanidad, en los tiempos de las cavernas, hasta el día de hoy. No existe diferencia alguna entre lo femenino y lo masculino. Nuestra misión no consiste en el éxito material y mundano, sino que tiene una dimensión espiritual.

Estos principios han sido seguidos por mi pueblo en la nación del Outback desde el principio de la historia. Nunca hemos sido labradores, mercaderes o pastores, sino cosechadores, músicos, artistas y poetas. Vivimos en comunión con la tierra, con todas sus criaturas y con cada uno de nuestros congéneres.

Éste es uno de nuestros cánticos rituales:

*Sagrada Unidad de lo Eterno,
tú que nos cantas en silencio,
tú que nos enseñas a través de nuestros semejantes,
guía mis pasos con firmeza y sabiduría.
Que pueda ver las lecciones en mi camino,
que sepa honrar el propósito de todas las cosas.
Ayúdame a tocar con respeto,
háblame siempre desde la parte recóndita de mis ojos.
Ayúdame a observar, no a juzgar.
Que no cause daño alguno,*

*y pueda dejar tras mi visita
un legado de música y belleza.
Cuando regrese a la Eternidad,
que el círculo pueda cerrarse
y que se abra la espiral.*

Tú eres un ser espiritual que ha venido a la tierra para vivir una experiencia humana. Así lo elegiste. Naciste de la unión entre las dos personas que son tus padres biológicos, y eso no es fruto de la casualidad ni del azar: sabías quiénes eran, conocías las circunstancias en las que fuiste concebido y el patrón genético de cada uno de tus progenitores, y dijiste «¡Sí!». Eres un ser espiritual que evoluciona hacia la luz. La tierra es un aula donde las lecciones y las demostraciones prácticas se hallan a tu disposición. Es un planeta único habitado por formas de vida únicas. No existe en el universo otro lugar en el que seis sentidos —vista, oído, paladar, tacto, olfato e intuición— se activen en contacto con la energía y se identifiquen como emociones para conectar el cuerpo visible con el espíritu invisible.

Todos los entes físicos del planeta nacen de la misma Divina Fuente Única y están hechos de idénticos fragmentos de energía. Formamos una unidad indisoluble con toda la creación.

Seguramente estás familiarizado con los diez mandamientos, o las leyes de «No harás esto ni lo otro». Han estado al alcance de la humanidad desde hace miles de años. Existen también otras leyes cuyo origen se remonta a un pasado más remoto todavía. Si estas leyes se hubieran cumplido desde el principio, las otras nunca habrían tenido razón de ser.

Tu ser es fruto de un elección personal y un anhelo. Tu evolución eterna reflejará este viaje humano.

Lo que sigue es un decálogo en el que se recoge todo lo que sí debe hacer cualquier persona a lo largo de su vida:

1. Expresa tu creatividad individual

Cada persona contempla el mundo a través de su propio conjunto de experiencias, y por eso ofrece una percepción única del mismo. La creatividad incluye el arte, pero no se limita a él. Pintar, componer y escribir no son en absoluto formas de creatividad superiores a las que ponemos en práctica para consolar a alguien que sufre, poner orden en el conflicto y el caos, o incluso para contarle un cuento a un niño.

Las personas pasan de largo ante la posibilidad de enriquecer su alma cuando creen no poseer ningún talento creativo o no poder expresarlo debido a alguna circunstancia de la vida. Lo que ocurre, de hecho, es justo lo contrario. Cuando nos crecemos ante la adversidad, cuando luchamos por liberar nuestra conciencia creativa, el resultado

tiene un gran mérito y un gran valor.

La sociedad funciona de tal modo que no todos los que la componen tienen ocasión de llegar a ser líderes. Puesto que existen muchos más seguidores que seguidos, la expresión de las aptitudes creativas individuales se convierte en algo todavía más significativo. La creatividad debería ser una fuerza positiva y como tal ha sido creada, pero cada uno de nosotros posee el don del libre albedrío y, por tanto, puede utilizarla de tal forma que resulte negativa para uno mismo y para el mundo. Podemos expresar creatividad a través de algo tan sencillo como el peinado y los atuendos que elegimos, la manera en que decoramos nuestra casa, plantamos un jardín, fabricamos un objeto de artesanía o incluso reparamos algo. La clave está en dejar que nuestras acciones reflejen quiénes somos, y en buscar motivos para sentirnos orgullosos de cuanto expresamos.

2. Sé consciente de tu responsabilidad

Eres un invitado en este planeta y, como tal, se espera de ti que lo dejes como lo encontraste o, en todo caso, en mejores condiciones. Eres responsable de cuidar a todas las demás formas de vida que no pueden hablar ni valerse por sí mismas. Eres responsable de las promesas que haces, los acuerdos que aceptas y los resultados de tus acciones, y deberás asumir las consecuencias de todo ello en tu evolución eterna.

Es muy importante destacar que la evolución espiritual no empieza ni termina. No es como un grifo que se abre y se cierra. Cuando una persona muere, sólo se produce una interrupción de las actividades importantes mientras el alma abandona su efímero recipiente. De hecho, es imposible matar a alguien. El hombre es un ser eterno, aunque la muerte paralice toda forma de manifestación física. Deberás asumir las consecuencias de tu falta de consideración, así como de todo el dolor y el sufrimiento que puedas haber infligido a otros, y la influencia negativa que, indirectamente, ejerces sobre las terceras personas que rodean a la víctimas de tus agresiones. La persona que muere no guarda rencor ni sentimientos negativos. Es la sociedad la que lo hace. Para poder contribuir a equilibrar la balanza, debes hacerte responsable de cuanto dices y haces. Debes aprender a honrar y atesorar la vida, amén de ayudar a conservarla.

Eres responsable de tu cuerpo. Se trata de un regalo que has tomado prestado a los elementos; con tu conciencia, has ayudado a darle forma y le has imbuido vida. Descuidarlo o abusar de él revela una actitud irresponsable.

Cada persona asume la responsabilidad de sus actos sexuales. Deberás rendir cuentas por la forma en que has guiado el alma de un niño tras haberlo concebido, por cómo has protegido su cuerpo, por haberle dado o no un modelo emocional positivo.

Este principio es inseparable del de la creatividad. Eres responsable, en fin, de lo que crees y compartes con el resto del mundo, de salvaguardar el bienestar de otros y de perjudicar la vida.

3. Antes de nacer, te comprometiste a ayudar a los demás

La experiencia humana no debe ser un viaje en solitario. Se espera de nosotros que nos apoyemos y cuidemos mutuamente. Todo lo que hacemos debe ir precedido de un mismo pensamiento: «¿Qué es lo mejor para todas las formas de vida en todas partes?»

Servir a los demás significa ayudar, compartir conocimientos y aportar energía positiva a la vida de otra persona. Todas las personas tienen derecho a ser tratadas con dignidad y respeto desde que nacen. Ayudar significa extender la mano a los ancianos, a los niños, a los enfermos, a los moribundos. Servir a los demás es lo opuesto a hacer cosas por uno mismo, ya sea para alcanzar la gloria o en aras del beneficio económico. Significa ser consciente de que formamos parte de un equipo, el equipo de la conciencia humana, y que el destino del planeta depende directamente de las acciones que emprende dicho equipo.

4. Persigue la madurez emocional

Cada uno de nosotros es capaz de expresar un amplio abanico de emociones, que van desde la ira, la frustración, la depresión, la desesperación, la culpa, la codicia, la tristeza o la preocupación a otras como la alegría, la felicidad, la esperanza, la paz, el amor y un largo etcétera. A medida que maduramos y avanzamos en el entendimiento de lo que significa ser humano, nuestra meta es crecer, aprender a disciplinar y seleccionar las emociones. Como dijo alguien, «Sólo somos felices en la medida en que nos permitimos serlo».

Las relaciones y las vicisitudes que tienen lugar a lo largo de una vida son círculos. Empiezan, siguen su curso y, llegadas a un punto, se detienen. Si maduramos emocionalmente, no tendremos ninguna dificultad en cerrar cada círculo sin dejar puntas deshilachadas, es decir, sin sentimientos negativos.

Es bueno y deseable experimentar emociones como la ira en la primera etapa de la vida, la infancia. Sólo así podemos comprender y comparar lo que se siente al tener el cuerpo minado de sentimientos negativos con lo que se experimenta al alcanzar la paz interior, algo que sólo se consigue poniendo en práctica la capacidad de comprensión y la flexibilidad. Sólo a través de las emociones físicas puede el alma establecer contacto con la conciencia cerebral. Si, por ejemplo, nos duele la espalda, deberíamos preguntarnos a qué se debe ese dolor. ¿Qué representa? ¿Qué podemos hacer para cambiar la situación? ¿Qué podemos aprender de ella? Debemos adoptar los medios físicos necesarios para corregir las deficiencias de nuestro cuerpo, pero sin descuidar el proceso mental que las acompaña y las lecciones espirituales que encierran.

También debemos aprender a honrar nuestras emociones, en especial la alegría y la pena. Si ignoramos cualquiera de ambas, pueden convertirse en el origen de trastornos físicos.

Una de las emociones más importantes para la salud de cualquier individuo y la de todo el planeta en general es la risa. Como seres humanos que somos, nacemos con el singular don del sentido del humor y la capacidad de expresarlo. Gracias a la risa y la alegría, el cuerpo puede permanecer sano y contrarrestar los desafíos al bienestar. El humor es un mecanismo supresor de problemas; aporta solidez a las relaciones y transmite alegría a quienes nos rodean. No obstante, las cosas que consideramos graciosas y celebramos con la risa deben ser objeto de un cuidadoso análisis. El desafío consiste en evitar ser destructivos en cualquier sentido. El humor es algo fundamental para tu bienestar, así que no cierres los ojos para descansar por la noche sin haber experimentado la risa o la alegría en algún momento del día que concluye. Si no lo has hecho, sal de la cama y encuentra un motivo para sentirte feliz.

Los payasos son personas muy especiales que están presentes en todas las culturas. Cada uno de nosotros lleva un payaso dentro, y en algunos momentos de la vida debemos dejar que aflore libremente. Nunca somos demasiado viejos para disfrutar de nuestra faceta de bufones.

Sin embargo, la clave está en la sinceridad. No podemos aspirar a descubrir quiénes somos, por qué estamos aquí o aprender a valorar nuestra trayectoria a menos que digamos la verdad en todo momento.

5. Debes entretener

Así es: una parte de nuestra misión terrenal consiste en distraer y canalizar nuestra atención y la de aquellos que nos rodean. El acto de entretener responde a un impulso voluntario y debe tener por objetivo alegrar al triste, consolar al abatido, confortar al difunto y dar salida a nuestra creatividad. Entretenerse a uno mismo puede ayudarnos a alcanzar la autodisciplina y a madurar desde el punto de vista emocional.

El desafío en este caso consiste, por un lado, en entretener sólo de forma positiva y, por el otro, en no quedarse anclado en el papel de espectador. El entretenimiento puede ejercer una influencia muy fuerte en nosotros mismos y en los demás, pero no debemos separarlo jamás de la noción de responsabilidad.

6. Aprende a administrar tu energía

El hombre no puede crear ni destruir energía, sino tan sólo usarla, moldearla y redistribuirla. Toda la energía que existe ha sido creada en un mismo y preciso instante.

Cada palabra, acción y pensamiento en el que nos concentramos contiene energía. Todo lo que conforma nuestro mundo, tanto en su dimensión material como en la que resulta invisible e impalpable, es un fragmento de eso que llamamos energía. Nuestro mundo no está hecho de otra cosa.

¿Por qué resulta tan importante en este momento de la historia recordar a todos los

seres humanos que su misión consiste en administrar correctamente su caudal de energía? Porque es la energía colectiva lo que da forma a todo lo que vemos y a los invisibles niveles de conciencia que rodean a las personas y a los lugares. Todo lo que existe en nuestro mundo está en continuo proceso de crecimiento o de erosión, según su nivel de energía. Cada palabra que pronunciamos se libera en forma de vaho y se funde con la atmósfera. Nunca podemos recuperar, corregir ni retirar lo dicho. Una vez pronunciadas, las palabras pasan a formar parte del halo que envuelve el planeta. A lo largo del tiempo, se han ido condensando en este halo los gritos de las víctimas, las acciones violentas y los pensamientos egoístas y limitados, hasta tal punto que se ha convertido en una aureola de conciencia victimista. Hoy en día, las personas encuentran más fácil acomodarse a lo negativo que combatirlo y superarlo. Más de la mitad de las almas que hoy visitan la Tierra se encuentran en un estado de conciencia victimista. Nosotros lo hemos creado, y nosotros debemos erradicarlo. Este objetivo es alcanzable si cada uno de nosotros adquiere conciencia de su responsabilidad como administrador de la propia energía y predica con el ejemplo. Aquello en lo que centramos nuestras energías, crecerá. Sintiéndonos víctimas, culpabilizando a los demás y regodeándonos en la autocompasión sólo lograremos aumentar las vibraciones negativas que envuelven el planeta. Debemos cambiar de actitud, perdonar y olvidar, ser más optimistas, buscar el lado positivo de las cosas. Invierte tus esfuerzos en el cumplimiento de las demás leyes y deja que se rompan todas las ataduras que te mantienen ligado al sentimiento de victimismo.

7. Recréate en la música

Uno de los mayores dones concedidos a la raza humana es la capacidad de vocalizar en una escala de tonos más amplia que la de cualquier otra forma de vida, así como la habilidad para construir instrumentos que también producen sonoridades únicas. La expresión creativa y el entretenimiento pueden incluir la música, pero es tan importante que constituye por sí misma una asignación independiente de las demás. La música influye en la humanidad y, de hecho, la energía que libera puede servir para sanar el cuerpo y el planeta. El hecho de escuchar una melodía apacible, acompañada con la pulsación humana, puede ejercer un influjo profundamente positivo en el sistema nervioso y el estado mental del individuo. Todos llevamos la música dentro y percibimos su influencia. La música es el lenguaje del alma, es la voz de nuestro planeta en diálogo con el universo.

8. Lucha por alcanzar la sabiduría

La sabiduría es algo muy distinto del conocimiento. El conocimiento es una forma de saber que se puede extraer de muchas fuentes: libros, escuelas, medios de comunicación, experiencia directa; es aquello en lo que se basa el coeficiente

intelectual. Sin embargo, una persona puede tener una inteligencia excepcionalmente brillante y no poseer un ápice de sabiduría. Ésta consiste en la forma de utilizar los conocimientos. Se basa en una decisión voluntaria y selectiva de actuar de cierta manera o de no emprender acción alguna, tomando en consideración el bienestar de todas las partes implicadas.

Acudir a la escuela u obtener un título no forma parte de los requisitos de nuestra misión terrenal. No hay duda de que resulta muy útil saber leer y escribir, pero estos conocimientos no constituyen una condición indispensable para alcanzar el éxito en nuestro viaje espiritual como seres humanos.

Debes tratar de actuar con sabiduría, sin olvidar en ningún momento que todas las almas están viviendo la misma experiencia humana, que todos somos visitantes y huéspedes de la Madre Tierra. Formamos una unidad indisoluble con el Creador. Toda la creación nació de una misma Fuente Única. Saber honrar el propósito de todas las cosas y actuar en aras del bien supremo de la vida en todas partes es una prueba de sabiduría.

9. Aprende a autodisciplinarte

Nadie más que nosotros, cada uno de nosotros, tiene la obligación de procurar que sus acciones sean compatibles con la vida pacífica, productiva y feliz del planeta. Por desgracia, ha sido necesario imponer leyes porque las personas no respetaban esta parte de su misión.

Puede ocurrir que caigamos en un exceso de indulgencia. Podemos volvernos adictos a una sustancia, negligentes, avariciosos. Podemos llegar a ser crueles y destructivos. La autodisciplina es lo que nos permite mantener a raya estas emociones y nos ayuda en la tarea de alcanzar la sabiduría.

La autodisciplina puede contribuir a conservar el cuerpo sano. El estado de salud del ser humano es una especie de barómetro que refleja el estado de salud de la Tierra. Es necesario aprender a controlar las propias emociones para poder percibir la comunicación interna entre el cuerpo y el alma. Sabrás cuándo detenerte si escuchas la voz de tu corazón. Aprende a distinguir entre lo que dice tu mente y lo que dice tu corazón. La voz del cerebro es un producto de la sociedad, mientras que la voz del corazón es un mensaje de la Eternidad.

10. Observa sin juzgar

Observar sin tratar de establecer juicios es lo que algunos llaman «amor incondicional». Todos los seres humanos poseen un alma, son seres espirituales. Todos hemos sido creados en el mismo instante. Nadie es más viejo, inteligente o privilegiado que otra persona. Cada uno de nosotros ha sido agraciado con el mismo don, el don del libre albedrío o libertad de elección. La Fuente es perfecta, y todo lo

que crea es igualmente perfecto. Nosotros hemos sido creados espiritualmente perfectos, y seguimos siéndolo, pero el don del libre albedrío nos permite creer lo contrario y actuar en consecuencia. Nos permitimos a nosotros mismos vernos y ver a los demás como seres menos que perfectos y nos lanzamos a la dudosa aventura de vivir por debajo de nuestra capacidad potencial.

En la Eternidad y en todo lo que emana de ella no existen los errores. No puedes equivocarte porque, en definitiva, eres libre de explorar tu propio don en la dirección que consideres más adecuada en cada momento. Pero sí puede ocurrir que, al observar algo que ocurre a tu alrededor, llegues a intuir, sin juzgarlo como acertado o erróneo, que su olor, sabor o tacto no son compatibles con el camino que has elegido. Entonces bendices aquello con lo que no comulgas y sigues adelante. Sólo así podrás llegar a amar a todos tus semejantes. No tienen por qué gustarte sus actos ni la forma en que eligen comportarse, pero te abstienes de juzgar a la persona. Sencillamente llegas a la conclusión de que no forma parte de tu camino y no canalizas ninguna energía en esa dirección: ni palabras, ni acciones, ni pensamientos.

Si juzgas, debes aprender también a perdonar: perdonar a los demás, perdonar las circunstancias, perdonarte a ti mismo.

En cambio, cuando te limitas a observar sin emitir juicios, no hay nada que perdonar. La observación está estrechamente relacionada con el hecho de entender y asimilar una verdad universal: todo lo que existe forma parte del perfecto Orden Divino. Lo que ocurre es que nosotros, como seres humanos, hemos elegido vivir por debajo de nuestro intrínseco grado de perfección. Sin embargo, si nos esforzamos día a día y ponemos todo nuestro empeño en alcanzar ese nivel potencial, convertiremos el mundo en un lugar mucho mejor. Si elegimos seguir este camino, llegará el día en que seremos testigos del cierre de un hermoso círculo dorado.

Sentado en la litera de su celda, Geoff sostenía la carta y el documento manuscrito que Bee le había enviado. Pensó en su lejana tierra natal. Por primera vez en muchos años, pensó en su primer hogar y sus primeros recuerdos, irremediamente unidos a la hacienda de los Willett. Recordó los insectos del campo, las moscas, los saltamontes, las arañas y las hormigas. Los senderos de la memoria lo llevaron de vuelta a sus refugios preferidos, el granero y el árbol entre cuyas ramas solía permanecer durante horas, inmóvil y silencioso, hasta que los pájaros se acercaban y se posaban sobre las ramas vecinas, como si creyeran que él era uno más de su especie. Desde su atalaya secreta, solía observar a los adultos que trabajaban allá abajo, sabiendo que nadie lo podía ver a él.

Había pasado tanto tiempo que todo aquello se le antojaba el recuerdo de una vida

anterior. Geoff había olvidado lo que era sentirse un ser completo. Al echar la vista atrás, contemplaba aquellos primeros años en Australia como la única etapa de su existencia en la que había vivido en armonía y equilibrio con el mundo que lo rodeaba, con todas sus criaturas y formas de vida, desde las más colosales a las más insignificantes. Allí había disfrutado de los espacios abiertos y del contacto con la naturaleza, en cuyo seno se sentía feliz, libre para experimentar emociones y desarrollar ideas. Qué distinta era aquella sensación a la de vivir confinado en el interior de un edificio o, peor aún, atrapado como estaba entre los muros de una cárcel en la que había dejado incluso de pensar.

Geoff no había reflexionado sobre su infancia o su juventud desde hacía mucho tiempo, y había abandonado toda esperanza de recobrar la libertad perdida. Años antes, había sentido curiosidad por conocer la cultura de su propio pueblo, los aborígenes australianos, pero sólo en lo concerniente a la expresión artística, que jamás logró comprender. Llegó a la conclusión de que, pese a haber vivido la práctica totalidad de su existencia en Estados Unidos, siempre había sentido un vacío interior que sólo podía llenar la unión espiritual con sus antepasados.

Lo que no imaginaba es que, al ingresar en la cárcel, había asumido la misma actitud de su propia madre el día en que le arrebataron a sus bebés recién nacidos, el día en que proclamó: «Estoy abierta a vivir cualquier experiencia en nombre del bien supremo. No entiendo lo que ha ocurrido, pero lo acato con tristeza.»

Sus ojos recorrieron una vez más «El mensaje de la Eternidad» que había escrito Bee, el conjunto de los diez objetivos más importantes en la vida de cualquier ser humano, y trató de hacer un balance de su propia vida. Había expresado su creatividad; había ayudado a otros prisioneros a través de su curso de arte; había logrado dominar su temperamento y madurar desde el punto de vista emocional; había aprendido a autodisciplinarse y a entretenerse a sí mismo; apreciaba la música y, ocasionalmente, disfrutaba cantando. Sin embargo, aún necesitaba aprender a ser responsable de sus actos y tratar de compensar el daño que pudo haber infligido. Aquello de convertirse en el administrador de su propia energía era un nuevo concepto para él, al igual que la actitud de observar sin juzgar. «La sabiduría —pensó— llegará con el tiempo. En verdad, es como si mi promedio de aciertos fuera ahora del cincuenta por ciento, pero todavía puedo recuperar el tiempo perdido. Puedo irme del planeta habiendo alcanzado un promedio del ciento por ciento. La cuestión es averiguar dónde y cómo aprender a vivir según estos principios.»

Geoff no sabía qué esperar del consejo tribal en cuyas manos pondría su vida en el caso de que decidiera regresar a su país de origen. Lo único que sabía con toda certeza mientras sostenía aquel fajo de papeles, sentado en su litera y escuchando los acompasados ronquidos de su compañero de celda, era que se disponía a tomar la que

era probablemente la decisión más importante de toda su vida. En el pasado, casi todas las decisiones que atañían a su persona de forma decisiva habían sido tomadas por otras personas: los Willett, los Marshall, el juez, los guardias de la cárcel. Geoff supo que había llegado el momento de hacerse con las riendas de su propia vida, y sintió miedo.

Volvió a leer el manuscrito remitido por Bee, quien —al igual que él— había vivido perdida en el mundo blanco hasta que entró en contacto con la tribu de los Auténticos y sus tradiciones. Geoff empezó a recitar, en un susurro apenas audible para no despertar al hombre que dormía en la litera de arriba, la plegaria que Bee había transcrito para él: «Sagrada Unidad de lo Eterno, tú que nos cantas en silencio, tú que nos enseñas a través de nuestros semejantes, guía mis pasos con firmeza y sabiduría...» A medida que iba pronunciando estas palabras, sintió un estremecimiento, como si hubiera concluido un prolongado letargo y algo se despertara en su interior.

Extendió la mano bajo la cama y sacó un bloc de papel y un lápiz. Tras permanecer inmóvil por unos instantes, la mirada perdida, su mano empezó a llenar la página en blanco. Estaba dibujando lo que veía en su mente: un cielo lleno de estrellas que se extendía sobre un horizonte inabarcable, desolado y polvoriento en el que un grupo de personas cantaba congregado alrededor de una pequeña hoguera.

Por fin comprendió el secreto del arte aborígen: aquellas imágenes no estaban destinadas a colgar de una pared, sino a ser observadas desde arriba. Él mismo había dibujado la escena como si la viera desde el cielo, como si contemplara la creación a través de los ojos de la Sagrada Unidad.

Cuando hubo terminado el dibujo, se detuvo a observarlo, preguntándose por qué había elegido aquella forma de contestar a la pregunta de Bee. Puso el dibujo en un sobre, escribió el nombre y la dirección de su amiga y luego se acostó en la litera con los ojos cerrados. Pensó en el viaje que se disponía a emprender —el más importante de su vida— y en el valor que debía reunir para volver al seno de un pueblo que desconocía y someterse a su juicio. Ya no era Geoff, ni tampoco Jeff. Siguiendo los pasos de Bee, decidió cambiar su nombre por otro que reflejara al nuevo hombre en que se convertiría.

De vuelta en su país, en las antípodas, en el extremo opuesto del planeta, Bee siguió luchando por mejorar las condiciones de vida de su pueblo. Albergaba el sueño de que, algún día, el mundo moderno habría ensanchado lo bastante sus miras para recibir la ancestral sabiduría que ya tenía a su alcance, esperando ser compartida. Un mundo preparado, como lo estuvo Geoff, para entender y vivir «El mensaje de la Eternidad».

Agradecimientos

Deseo dar las gracias a mi editora, Diane Reverand, a mis agentes, Candice Fuhrman y Linda Michaels, y a dos personas muy especiales que colaboraron en la redacción y edición de este libro, Jeannette Grimme y Elsa Dixon. Gracias también a Rose Carrano y a Cate Cummings.

También deseo expresarle lo siguiente a Russell Thomas Moore: recibe todo mi amor y todo mi apoyo en tu viaje.

Esta historia también se la dedico a Sean, Michael, Karlee, Derrell y Abby.

Un mensaje dirigido a todas las almas, sin diferenciar entre mujeres y hombres, para restaurar nuestra dimensión espiritual perdida a través del modo en que los aborígenes han vivido en comunión con la tierra, sus criaturas y sus congéneres.

MENSAJE
DESDE LA
ETERNIDAD



Marlo Morgan

Por la autora del best-seller mundial
Las voces del desierto



Beatrice y Geoff nacieron según la tradición aborígen, en contacto con la tierra que les da de comer; pero fueron sustraídos de su entorno y, separados, vivieron perdidos en el mundo blanco.

Tras realizar el camino del desierto, Beatrice encontró en la tribu de los Auténticos la sabiduría de sus antepasados, el mensaje de la Eternidad...

«Este mensaje va dirigido a todas las almas, estén donde estén, y su contenido es válido para todas ellas. Lo ha sido siempre, desde los albores de la humanidad, en los tiempos de las cavernas, hasta el día de hoy. No existe diferencia alguna entre lo femenino y lo masculino. Nuestra misión no consiste en el éxito material y mundano, sino que tiene una dimensión espiritual. [...] Estos principios han sido seguidos por mi pueblo en la nación del Outback desde el principio de la historia. Nunca hemos sido labradores, mercaderes o pastores, sino cosechadores, músicos, artistas y poetas. Vivimos en comunión con la tierra, con todas las criaturas y con cada uno de nuestros congéneres.»

MARLO MORGAN

Marlo Morgan (1937) se doctoró en bioquímica y en medicina oriental. Tras veinticinco años de matrimonio se divorció, abandonó la carrera médica e inició su carrera como escritora. Su obra cumbre, *Las voces del desierto*, que narra sus experiencias durante un *walkabout* junto a un grupo de aborígenes australianos, obtuvo un enorme éxito en numerosos países y del que se han vendido más de un millón de ejemplares en todo el mundo. Desde entonces, la voz de Marlo Morgan sirve de guía a miles de personas que buscan un nuevo camino hacia la espiritualidad.

Mensaje desde la eternidad es su otra gran obra, que ahora B de Bolsillo recupera, cuando se cumplen veinte años de su publicación.

Título original: *Message from Forever*

Primera edición: enero de 2018

© 1998, Marlo Morgan

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Rita da Costa, por la traducción

Diseño portada: Penguin Random House grupo Editorial

Fotografía de portada: Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-907-0465-3

Composición digital: Infilibres, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

[1] En inglés, «lago». (*N. de la T.*)

Índice

[Mensaje desde la eternidad](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)
[Sobre este autor](#)
[Creditos](#)
[Notas](#)

Índice

Mensaje desde la eternidad	2
Capítulo 1	5
Capítulo 2	11
Capítulo 3	14
Capítulo 4	19
Capítulo 5	25
Capítulo 6	28
Capítulo 7	36
Capítulo 8	40
Capítulo 9	43
Capítulo 10	48
Capítulo 11	53
Capítulo 12	58
Capítulo 13	62
Capítulo 14	65
Capítulo 15	68
Capítulo 16	70
Capítulo 17	78
Capítulo 18	85
Capítulo 19	89
Capítulo 20	94
Capítulo 21	99
Capítulo 22	102
Capítulo 23	108
Capítulo 24	112
Capítulo 25	114
Capítulo 26	119
Capítulo 27	122

Capítulo 28	132
Capítulo 29	139
Capítulo 30	146
Capítulo 31	150
Capítulo 32	158
Capítulo 33	164
Capítulo 34	172
Capítulo 35	180
Capítulo 36	184
Capítulo 37	187
Capítulo 38	190
Capítulo 39	193
Capítulo 40	197
Capítulo 41	204
Capítulo 42	208
Capítulo 43	211
Capítulo 44	213
Capítulo 45	216
Capítulo 46	218
Capítulo 47	230
Capítulo 48	237
Agradecimientos	253
Sobre este libro	254
Sobre este autor	255
Creditos	256
Notas	258